
KRISTA LARK
EL LOBO ALFA DE LA BRUJA

# EL LOBO ALFA DE LA BRUJA



KRISTA LARK

© Copyright 2025 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.



Creado con Vellum

# ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

# PRÓLOGO



## ADIRA

Estoy en busca de *Moonbloom,* una hierba rara que se dice florece en los rincones ocultos de Central Park.

Ainz la necesita para una nueva poción que está creando, una que podría revolucionar mi canal de YouTube, dedicado a elaborar elixires poderosos con ingredientes recolectados de todo el mundo.

La tierra húmeda se adhiere a mis botas de senderismo gastadas mientras avanzo a través de la densa maleza, el aroma de hojas mojadas y tierra rica llenando mis fosas nasales.

Mi viaje ha sido fructífero, y siento una sensación de logro.

Pero al doblar una curva en el sendero, de repente me encuentro con un pequeño claro. Un destello de blanco entre las sombras llama mi atención.

En el centro hay una criatura que nunca antes había visto: una cabra blanca magnífica. Su pelaje es tan suave como las nubes, y sus ojos tienen una cualidad casi humana.

Una cabra magnífica, con un pelaje de un blanco puro, me mira con ojos inteligentes y curiosos. Es casi etérea, un faro de luz en el bosque por lo demás oscuro. Me acerco con cautela, extendiendo mi mano, ofreciéndole una ramita de tomillo silvestre que había arrancado antes. La cabra frota su hocico en mi palma, un toque suave y gentil que me hace estremecer.

*Es hermosa, extrañamente cautivadora.*

Mientras sigo acariciando a la cabra, una sonrisa juguetona se extiende por mi rostro. —Eres tan hermosa —susurro, con una voz apenas audible—. Casi quiero comerte. Hmm... ¿debería hacerlo? Tienes pinta de ser deliciosa.

La cabra parece entender, sus ojos brillan con diversión. Frota su hocico en mi mano de nuevo, como si estuviera de acuerdo.

Me río, dándome cuenta de lo ridícula que debo sonar. —No te preocupes —le digo—, solo estoy bromeando. Ni loca me comería.

Una idea traviesa se me viene a la cabeza. Alcanzo mi teléfono y saco la cámara de YouTube. —Tal vez debería grabar esto —digo, sonriendo—. A mis seguidores les encantaría ver a esta criatura adorable. Sin duda, una forma cruda.

Justo cuando estoy a punto de presionar el botón de grabación, todo cambia. El pelaje blanco de la cabra comienza a ondular y cambiar, como si lo atrapara una ráfaga de viento repentina. Luego, ante mis ojos, el pelaje retrocede, reemplazado por una piel lisa y oscura que brilla en la tenue luz.

Mi corazón late con fuerza mientras observo incrédula.

La cabeza de cabra se transforma, convirtiéndose en el rostro de un hombre asombrosamente hermoso. Su pelo blanco, como hebras de luz de luna, enmarca sus facciones. Sus ojos, de un negro obsidiana profundo, contienen un poder que me hiela hasta el alma.

Por un momento, me quedo paralizada por el shock. ¿Acabo de presenciar todo eso?

Y al siguiente, estoy gritando como una loca, el sonido crudo y aterrorizado, resonando en el silencio del bosque.

Para mi sorpresa, el hombre sonríe, mostrando una dentadura perfectamente blanca. —Hola —dice, con una voz suave y seductora—. Mi nombre es Baphomet.

Puedo sentir mi corazón palpitar en el pecho.

Es Baphomet, el señor de los demonios, en su cautivadora apariencia humana. Las historias susurradas en los círculos de brujería, las leyendas de su poder y su naturaleza traviesa, inundan mi mente.

Él es el guardián de los demonios y, según descubrimientos recientes, quien ha estado liberándolos.

He estado planeando hacer un video en YouTube para informar a nuestra gente aquí que los delincuentes están escapando, porque parece que nadie cerca de Central City lo sabe.

Dios mío. ¿Sabrá él que planeo hacer el video? ¿Está aquí para tomar mi alma por ser tonta?

Él sonríe, una curva lenta y depredadora de sus labios que hace que mi corazón golpee contra mis costillas. —Adira —susurra, con una voz sedosa que me eriza la piel—. Te he estado esperando.

Mis instintos de bruja me gritan, instándome a huir, a liberar la furia primaria que arde en mi interior. Pero algo me mantiene clavada en el lugar, una fascinación extraña, un atractivo poderoso que no puedo explicar. Es hermoso, indudablemente, pero la oscuridad que emana de él es intensa, innegable.

—Tú... tú eres la razón —logro balbucear, con una voz apenas un susurro—. Los demonios... han estado escapando... Todo es por tu culpa. ¿Es por eso que estás aquí? ¿Para evitar que la gente lo sepa?

Él ríe, un sonido bajo y melodioso que no tiene alegría. —Ah, sí, el caos. Es un pasatiempo, ya

ves. Y esos molestos demonios, tienen tendencia a vagar. Pero no te preocupes, me encargaré de arreglarlo... eventualmente. —Da un paso más cerca, sin apartar sus ojos de los míos—. Aunque debo admitir que me intrigas, Adira. Una bruja poderosa, un híbrido de hombre lobo... ¿y quieres... comerme?

Mi sangre se enfría. Oh, mierda. Sabe sobre mi linaje, mis habilidades. ¡Ugh! ¿Por qué tuve que decirle que quería comérmelo?

Solo estaba bromeando, pero esto definitivamente ya no es una broma.

—No quise decir eso —digo, con una voz que gana fuerza a pesar del temblequeo en mis piernas.

Él ríe, un sonido que vibra en el aire como una fuerza física. —Qué palabras tan atrevidas para una pequeña bruja. Me gusta eso. —Su mano se extiende, un gesto que podría ser gentil o el preludio de una captura—. Ven conmigo, Adira. Veamos si realmente puedes.

Me encuentro avanzando hacia él, mi cuerpo respondiendo a una fuerza más allá de mi control. Su atractivo es imposible de resistir, el lobo dentro de mí aullando en protesta, pero de manera extraña ansioso por el encuentro. Es un peligro, un depredador, pero hay algo más ahí, una conexión extraña. Y aunque mi mente me grita que luche, mi corazón, por razones que no puedo comprender, comienza a latir un poco más rápido.

El bosque que nos rodea se desvanece mientras lo sigo irremediablemente, el olor a tierra húmeda reemplazado por un aroma embriagador, oscuro e intoxicante. Estoy atrapada, enredada por un señor de los demonios que me encuentra fascinante, y por primera vez en mi vida, siento tanto repulsión como atracción hacia la oscuridad que hay en él.

Mi aventura ha tomado un giro aterrador y confuso.

*Oh, ¿en qué me he metido?*

# CAPÍTULO 1



## AINZ

*Un hombre lobo*.

Tan pronto como la pesada puerta de roble cruje al abrirse, me golpea una oleada de algo... penetrante.

Es ese inconfundible olor a almizcle de hombre lobo. Ugh. Mi nariz se arruga involuntariamente. Y luego, superpuesto a eso, la habitual cacofonía del estudiantado: risas bulliciosas, el raspar de sillas, algunos intentos desafinados de tararear una melodía popular de un bardo.

Mi ceño se frunce. ¿Un brujo con una novia hombre lobo? No es imposible, supongo. Algunos de mis estudiantes son... eclécticos, por decir lo menos. Aunque, esperaba que la regla de "no invocar criaturas peligrosas en el aula" fuera lo suficientemente clara.

Un destello de molestia me atraviesa, pero rápidamente lo aparto. Llegar tarde es mucho más inaceptable que unos cuantos pelajes sueltos. Aliso mi camisa, un gesto practicado, y entro en la sala de conferencias. Mi mirada recorre la habitación, posándose en algunas caras familiares. Ahí está Amber, diligentemente tomando notas como siempre, y Finn, reclinado en su silla con una sonrisa que sugiere que ya está causando problemas.

El reloj avanza y acorto mi observación. —Muy bien, clase —anuncio, con una voz firme y clara que corta el murmullo—. Empecemos.

El aula se queda en silencio en cuestión de segundos. El silencio es una disciplina obligatoria en mi clase de pociones, y me alegra que siempre cooperen. No quieres agitar la cuchara por ningún ruido al hacer pociones.

—Ah, sí. Así que hoy, nos adentraremos en una parte segura y quizás más querida de la elaboración de pociones —comienzo, con una voz firme mientras una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Como saben, las pociones son una herramienta poderosa en el mundo mágico. Pueden curar, dañar o alterar la realidad.

Alargo la mano hacia un frasco lleno de un líquido azul brillante. —Esta es una poción curativa, como todos saben —explico, sosteniéndola en alto—. Está hecha con una variedad de hierbas e

ingredientes mágicos, incluyendo piedra lunar y sangre de dragón.

Ehren, uno de mis estudiantes, levanta la mano. —Profesora Ainsley —pregunta—, ¿pueden las pociones usarse para algo más que curar?

Sonrío. —Absolutamente. Las pociones pueden usarse para una variedad de propósitos, desde el amor hasta la invisibilidad. Las posibilidades son infinitas.

—Por eso hoy... —me sacudo el cabello oscuro, teñido hace un mes para combinar con mis ojos esmeralda, mientras mi mirada barre los rostros ansiosos y emocionados de mis estudiantes.

Son un grupo variopinto de brujas, brujos e híbridos, sus poderes tan diversos como sus personalidades.

Sonrío, con un brillo travieso en los ojos. —Nos adentraremos en las intricacias de las pociones de amor —anuncio, tratando de sonar lo más casual posible. La clase estalla en risitas y susurros. Las pociones de amor son siempre un tema popular, un vistazo tentador al ámbito prohibido de la magia romántica.

—Ahora, recuerden —continúo, inclinándome hacia adelante y bajando la voz—, las pociones de amor no son algo que se deba tomar a la ligera. Pueden tener consecuencias no deseadas si no se usan con cuidado. Una poción de amor puede crear un vínculo poderoso, pero también puede llevar al desamor y la obsesión.

Hago una pausa dramática, dejando que el suspenso se acumule. —Imaginen un mundo donde todos estén perdidamente enamorados de ustedes —susurro, mi voz apenas audible—. Podría sonar como un sueño hecho realidad, pero también podría ser una pesadilla.

Algunos estudiantes se estremecen, mientras otros intercambian miradas de emoción. Puedo notar que ya están imaginando las posibilidades.

—Pero no se preocupen —les aseguro—, con los ingredientes correctos y un poco de magia, pueden crear una poción de amor que les traerá alegría y felicidad a sus vidas.

Meto la mano en mi bolso y saco un pequeño frasco de vidrio lleno de un líquido rosado que brilla. —Esto es una poción de amor —explico, sosteniéndola en alto—. Está hecha con una variedad de hierbas e ingredientes mágicos, incluyendo semillas de rosa, miel, salitre, alcohol y una pizca de mi propia saliva.

La clase se sorprende al unísono. ¿Saliva? Ese es un ingrediente inusual para una poción de amor.

—Ahora —continúo—, para crear una poción de amor, deben seguir la receta al pie de la letra. Un ingrediente equivocado y la poción podría tener el efecto contrario. Por ejemplo, si agregan demasiada saliva, la poción podría hacer que el objetivo se obsesione tanto con ustedes que los seguiría hasta el fin del mundo, sin importar lo que hagan.

—Las semillas de rosa simbolizan el amor y la pasión, mientras que la miel representa la dulzura y la devoción. El salitre es un poderoso purificador, y el alcohol actúa como un catalizador para unir los ingredientes. ¿Y la saliva? —Hago una pausa, mirando las miradas curiosas de la clase

—. Es un toque personal, una parte de ustedes que infunde la poción con su energía única. Es lo que hace que la poción sea verdaderamente especial.

Vuelvo a sostener el frasco. —Recuerden, una poción de amor es una herramienta, no una garantía. Puede ayudarlos a atraer el amor, pero no puede obligar a alguien a sentir algo que no siente. Depende de ustedes usarla con sabiduría y respeto.

Justo cuando estoy a punto de tomar la caja de vidrio del salitre para dar una introducción más detallada sobre su reacción con otros ingredientes, Trinity levanta la mano, sus ojos brillando de emoción. —Profesora Ainsley —comienza—, ¿podría hablarnos sobre la poción de amor más poderosa jamás creada?

Antes de que pueda responder, el aula se llena con un sonido fuerte, claramente proveniente de un teléfono.

*¿Qué demonios?*

Mis ojos recorren rápidamente la habitación, deteniéndose en un chico alto y delgado con cabello rubio y ojos marrones sentado al fondo de la clase.

Una cara nueva. ¿Quién es ese?

Bueno, sea quien sea, estoy bastante segura de que no tiene permitido hacer eso.

Me aclaro la garganta e intento llamar su atención.

—Hola —digo con firmeza—, por favor guarda tu teléfono. Esto es un aula, no un cine.

Él me mira, luego al pizarrón detrás de mí, y vuelve a mirarme, con una expresión de fastidio. —¿No es esta una clase de pociones? —dice, con un tono sarcástico—. Entonces definitivamente es un cine.

Perdón, ¿qué dijiste?

Bueno, es nuevo y quizás no conoce las reglas y normativas.

Sé cómo pueden ser los adolescentes. A menudo ponen una fachada para ocultar sus inseguridades o nerviosismo.

—Debes ser nuevo aquí. Bienvenido a la clase —digo, ofreciéndole una cálida sonrisa—. Por favor, preséntate.

El chico se encoge de hombros, su voz apenas un susurro. —Me llamo Dexton.

Bien, Dexton será.

—Dexton —digo con calma—, por favor abstente de usar tu teléfono durante la clase. Es irrespetuoso con tus compañeros y conmigo.

Él me mira con una expresión hosca. —¿Por qué? Total, no estoy aprendiendo nada de todas formas.

Resisto la tentación de regañarlo. —Esto es una escuela —le recuerdo gentilmente—. Tenemos reglas y expectativas que seguir.

No me responde, ni tampoco baja el volumen de lo que sea que está escuchando en su teléfono.

—Mira, Dexton. Entiendo que es un nuevo día y que estás nervioso, pero no deberías… —continúo.

—¿Nervioso? Por favor. Eso es lo último que alguien como yo estaría. En lugar de enseñar sobre poder y fuerza a estos gatitos en el aula, les estás enseñando a hacer una poción de amor. ¿Cómo va a ayudar eso? Porque no creo que las pociones sean de mucha utilidad contra un oponente poderoso.

Una chispa de diversión baila en mis labios.

Su arrogancia es casi cómica. He enfrentado a magos ancianos con mucha menos compostura de la que este joven muestra. —Las pociones pueden no ser tan llamativas como otras formas de magia —respondo, con voz calmada y medida—, pero son indudablemente potentes. Son una herramienta, un instrumento bien afilado, capaz de manipulación sutil y fuerza devastadora.

—Las pociones pueden no ser tan llamativas como otras formas de magia —repito, con voz firme—, pero pueden ser igual de efectivas. Una poción bien elaborada puede cambiar el rumbo de una batalla, curar a los heridos o incluso salvar una vida.

Miro alrededor del aula, donde un grupo de jóvenes aprendices muelen hierbas y revuelven calderos con diligencia. Sus ojos reflejan una genuina fascinación por el arte de la elaboración de pociones, un contraste marcado con la mueca despectiva en el rostro del chico.

Mientras, los demás escuchan atentamente lo que está ocurriendo entre él y yo.

Él ve las pociones como algo frívolo, un pasatiempo infantil. Es un error común, nacido de un malentendido sobre los delicados equilibrios y fuerzas potentes que mantienen unido el mundo mágico.

Mantengo la calma, a pesar de la ira que crece en mí. Es importante mantener la compostura, especialmente cuando se trata con un adolescente que claramente carece de respeto por los demás.

—Aunque la fuerza bruta pueda parecer la respuesta a todo para alguien como tú —continúo, mi mirada fija en la suya—, a menudo carece de matices y previsión. Las pociones permiten un nivel de control y precisión que otras disciplinas simplemente no pueden igualar. Pueden fortalecer, debilitar, curar o incluso destruir, dependiendo del conocimiento y la habilidad del potionista.

Hago una pausa, dándole a Dexton un momento para considerar mis palabras. —Y en cuanto a enseñar a estos "gatitos", como tan elocuentemente los has llamado, no solo los estoy preparando para batallas. Les estoy enseñando habilidades valiosas que pueden usar en su vida diaria.

Vuelvo a la clase, mi atención se centra nuevamente en los aprendices entusiastas.

Dexton simplemente pone los ojos en blanco. —Sí, claro —murmura—. Son las personas fuertes las que cambian el rumbo de una batalla y salvan vidas, no las pociones. Personas fuertes como los hombres lobo.

Un suspiro recorre la clase. ¿Hombres lobo? No tenemos hombres lobo en esta escuela. Mi corazón late acelerado mientras estrecho los ojos hacia Dexton.

*Es un hombre lobo.*

Siento un escalofrío frío recorrer mi cuerpo.

Un hombre lobo está realmente en mi aula.

No que alguien estuviera saliendo con un hombre lobo, sino un hombre lobo de verdad.

Ahora todo tiene más sentido, por eso es así.

Es parte de ellos, esos parásitos repugnantes, son arrogantes, peligrosos y siempre buscan demostrarse a sí mismos.

Puedo sentir cómo mi rostro se contrae de ira, pero lo contengo.

*¿Qué hace exactamente un hombre lobo en mi clase o en la escuela?*

—Me temo que estás equivocado, Dexton —digo con calma—. Esta es una escuela para brujas, brujos e híbridos, cualquier otra especie excepto ellos. No permitimos hombres lobo.

Dexton sonríe con sorna. —¿Ah, sí? Bueno, supongo que tendré que demostrar que estás equivocado.

Se encoge de hombros y cruza los brazos sobre el pecho.

—Dame tu teléfono —exijo.

Dexton me mira sorprendido. —¿Qué?

—Dame tu teléfono —repito, con voz más firme—. Ahora.

Vacila un momento, pero finalmente me entrega su teléfono de mala gana.

En cuanto lo abro, una ola de shock recorre mi cuerpo.

*¿Es esa... Adira?*

*¿Qué?!*

Es mi hermana, un video de mi hermana escalando un acantilado rocoso, con una hierba roja en la mano.

Mi corazón da un vuelco. Rápidamente oculto mi expresión, sin querer revelar que conozco a la persona del video.

*Maldita sea, Adira. ¿No podrías tener más cuidado?*

Necesito advertirle a mi hermana. Es demasiado imprudente. Un hombre lobo literalmente tiene acceso a su canal. Eso no es nada bueno.

Le devuelvo el teléfono a Dexton con una expresión severa. —Tienes suerte de que estoy de buen humor —digo—. La próxima vez, no seré tan indulgente.

—¿Qué vas a hacer? ¿Usar pociones conmigo? —pregunta Dexton, con una voz cargada de sarcasmo.

Puedo sentir cómo mi ira aumenta. —Eso es todo. Sal —le espeto.

—¿Qué? —Dexton parece confundido, pero me importa un comino.

—¡Dije que salgas! Abandona la clase y repórtate en la oficina del director con tu tutor.

Los ojos de Dexton se abren de par en par. —¡No puedes hacer eso! —protesta.

—Puedo y lo haré —digo con voz fría—. Estás interrumpiendo mi clase y siendo irrespetuoso.

Dexton sale de la clase furioso, cerrando la puerta de golpe. Tomo una respiración profunda e intento calmarme. Sé que no debería haberme dejado afectar por él, pero es un mocoso tan exasperante.

Me vuelvo hacia la clase e intento concentrarme en la lección. No puedo permitir que un estudiante arruine toda la clase.

* * *

Suena el timbre, señalando el final de la clase.

Mientras mis estudiantes recogen sus mochilas y salen por la puerta, no puedo evitar sonreír. Ha sido un día largo, pero siempre he disfrutado enseñar clases de pociones.

—Muy bien, todos —digo, alzando la voz por encima del murmullo—. Eso es todo por hoy. Asegúrense de repasar sus notas y practicar sus habilidades para hacer pociones.

Mientras mis estudiantes salen del aula, empiezo a guardar mis cosas cuando veo a Charles parado frente a mi salón.

Es mi amigo desde que éramos niños, y ahora es el director de la Escuela Xavier. También es un brujo poderoso, hijo de un gran brujo, un hecho que nunca deja de parecerme gracioso, dada la naturaleza gentil y casi caprichosa de Charles.

Su pelo castaño, perpetuamente despeinado como si lo hubiera acariciado una brisa juguetona, y el cálido y reconfortante brillo de sus ojos color avellana contradicen la magia potente que fluye por sus venas.

—Ainsley —me saluda, con su voz de barítono cálido que siempre logra calmar mis nervios alterados—. Esperaba encontrarte antes de que te fueras.

Levanto una ceja. —¿En serio? Estaba a punto de ir a tu oficina. ¿Qué pasa, Charles? —Estoy

segura de que está aquí para hablar del molesto adolescente lobo.

Charles me hace señas para que caminemos juntos hacia su oficina, moviéndose con gracia a pesar de su complexión ligeramente robusta. Siempre me ha recordado a un oso de peluche tierno y grandote, una presencia reconfortante en el mundo caótico de la Escuela Xavier. —Quería hablar contigo sobre la situación con Dexton —dice—. Es un poco difícil de manejar, ¿no?

Asiento. —También es un hombre lobo.

Charles suspira y me mira con esos ojos tristes que tiene. —Lo sé, y sé cuánto te desagradan, pero necesito esto, Ainz. Es algo que debo hacer.

—Sé que este es un gran cambio para él —continúa Charles, pasando automáticamente su mano sobre las arrugas de su chaqueta de tweed—. Probablemente está un poco abrumado.

No puedo evitar rodar los ojos. —Sí, claro. Abrumado.

Charles se ríe. —Sé a qué te refieres. Pero creo en él. Creo que tiene el potencial para ser un buen estudiante.

Me encojo de hombros. —No lo sé, Charles. ¿Por qué? ¿Por qué tiene que estar aquí?

—Es un nuevo estudiante de intercambio de una manada de hombres lobo en la ciudad —explica, con un tono más serio.

Mi corazón se hunde, mientras un nudo familiar se aprieta en mi pecho. La idea de que haya más hombres lobo en Xavier, especialmente después de todo lo que he hecho para evitarlos... Bueno, mejor no pensemos en eso.

—Esto es parte de un plan más grande —continúa Charles—. Estoy yendo en contra de mi padre para hacer esto. La escuela se está expandiendo, y estoy intentando fomentar mejores relaciones con los hombres lobo, pero mi padre no está de acuerdo. Sin embargo, creo que es lo mejor. Después de todo, estamos en el siglo XXI.

*Definitivamente estoy de acuerdo con su padre. ¿En serio? ¿Este es el plan de Charles? Sé que siempre ha sido de mente abierta, pero esto ya es demasiado.*

—Sé que no te gustan los hombres lobo, Ainsley —dice Charles, leyendo mi mente—. Pero esto es importante. Es una oportunidad para demostrarle al mundo que todos podemos coexistir en paz.

Suspiro. No estoy tan segura.

—Por favor, Ainsley —suplica Charles, con un tono desesperado—. Necesito que me salves la cara. Esto es importante para mí. No quiero que esto arruine mi plan.

Vacilo, dividida entre mi aversión por los hombres lobo y mi lealtad hacia Charles. —Sé que el chico es grosero y estúpido —admito—, pero si dices que es importante, supongo que puedo dejarlo pasar.

—Proviene de una línea fuerte de hombres lobo —explica Charles—. Su familia es muy respetada en la ciudad. Si logramos fomentar una relación con ellos, podría abrir puertas para la escuela.

Vuelvo a suspirar.

—Sé que los discriminas. Pero al menos por hoy, Ainz, por favor.

...

Al llegar a la oficina de Charles, él abre la puerta y me hace un gesto para que entre. Mi cuerpo se tensa involuntariamente al cruzar el umbral.

Mis ojos se encuentran con un par de ojos dorados-marrones, y siento una sacudida de reconocimiento.

*¿Quién... es ese?*

# CAPÍTULO 2



## BRUCE

*Tap, tap, tap.*

Mis dedos repiquetean un ritmo sobre mis muslos mientras miro fijamente hacia adelante, hacia la brillante puerta de caoba marrón.

Un suspiro de fastidio escapa de mis labios.

Si alguien me hubiera dicho que terminaría siendo enviado a la oficina del director hoy, probablemente pensaría que esa persona está loca. Y con razón.

Pero aquí estoy. En una oficina estrecha, estanterías y mesas repletas de papeles dispersos, la placa con el nombre Charles Henno, el director de Xavier High School.

No soy un estudiante, no.

Soy el tutor de un estudiante cabezota.

Pero siento que soy un estudiante esperando a que el director me imparta su juicio, a pesar de que el asiento del hombre está actualmente vacío.

Escucho el suspiro del pequeño mocoso y siento el sabor aburrido de su frustración en mi lengua antes de escuchar su voz. —¿Puedes parar, primo? Me das un susto de muerte cuando repiqueteas así.

Dirijo mi mirada fulminante hacia él. —Bueno, también me gustaría que no causaras problemas en tu primer día de escuela como estudiante de intercambio en territorio extranjero, pero aquí estamos.

Su pelo rubio cae sobre su rostro mientras baja la cabeza avergonzado. —Solo estaba viendo YouTube.

—¿En clase? Cuando se suponía que debías estar atento?— frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre mi pecho.

Él arruga la nariz, y tengo ganas de darle un golpe en esa maldita cosa. —¿Estás aquí para sermonearme, Bruce?

—¿Sermonearte? Oh no, eso pasará cuando regrese y le explique a tu padre cómo tuve que venir a ayudarte a mantener tu trasero fuera de problemas en tu primer día de escuela.

—Tal vez si simplemente me devuelves a la escuela a la que pertenezco, no tendrías que ver al director cada vez que me meto en problemas— Dexton gruñe entre dientes, pero lo ignoro y me siento ahí, pacientemente esperando al director.

Honestamente, no tengo idea de por qué esto está sucediendo en primer lugar.

Esta no es una escuela para hombres lobo.

Durante décadas y décadas, Xavier High School solo ha sido conocida por atender a brujas, brujos y otras partes de nuestra raza paranormal.

Todos menos hombres lobo.

Por alguna razón, no fuimos invitados, y no nos importó.

Ningún hombre lobo quería realmente estudiar con seres paranormales menores, y las cosas se habían mantenido así.

Nunca estuvimos realmente en un nivel de amistad.

Hasta que Charles Henno llegó a nuestro territorio ese día, con las manos levantadas en señal de sumisión y buenas intenciones.

*Lo habríamos hecho pedazos si no lo hubiera hecho.*

Luego pidió ver al Alfa, mi padre.

Hablamos durante mucho tiempo, y de repente se tomaron decisiones, y de repente, Dexton es sacado de su propia escuela y utilizado como un estudiante de intercambio a regañadientes para ver cómo los lobos se desenvuelven con las otras especies.

Así que sí, entiendo por qué está tan gruñón, pero el plan también era usar esta oportunidad para ver si los brujos o las brujas habían estado guardando algo en secreto.

Ese era el plan, pero ya lo estaban llamando a la oficina del director en solo una mañana.

Mis orejas se agitan al escuchar el sonido de pasos afuera de la puerta.

También escucho voces, suaves y fuertes.

Sintonizo mis habilidades para escuchar lo que se está diciendo.

Todo de repente se vuelve tan ruidoso.

—No puedes discriminarlos, al menos no ahora, Ainz —dice una voz profunda.

*Tiene que ser Charles, ¿pero quién es la otra persona con él?*

*¿Alguien que odia a los lobos?*

—Así que, por favor, ayúdame a salvar las apariencias.

—Pero fue tan grosero...

—Lo siento, Ainz. Pero tienes que hacer esto. ¿Por mí?

La puerta se abre de golpe y entran dos personas.

Uno es Charles, el director de la Escuela Secundaria Xavier. El hijo del propietario y quien vino a darnos la idea de un estudiante de intercambio.

La segunda...

Me quedo helado.

La segunda es una mujer.

Y es tan hermosa que mi corazón da un salto doloroso en mi pecho.

—Hola, señor Bruce —anuncia Charles—. Nos alegra que haya podido llegar a tiempo.

Ella se acerca.

Mientras se aproxima, su aroma a arce y vainilla invade mi nariz, y todo mi cuerpo reacciona de maneras que nunca había experimentado.

*¿Qué?*

Otra ráfaga de aire fresco me envuelve.

Mi respiración se corta cuando mis ojos se encuentran con los suyos. Una mujer deslumbrante, con una piel tan pálida como la luz de la luna y ojos que parecen guardar los secretos del universo.

Y ella me mira fijamente, su mirada intensa e inquebrantable.

Charles la presenta: —Bruce, esta es Ainz. Es la profesora de Pociones aquí en la Escuela Secundaria Xavier; es muy querida y responsable.

Asiento, mi voz apenas un susurro. —Encantado de conocerte, Ainz.

Lleva una blusa blanca sencilla pero elegante, metida en un par de jeans lavados oscuros. La blusa está abierta lo suficiente como para mostrar un escote discreto, pero no demasiado revelador. Sus pies están calzados con un par de zapatillas blancas clásicas que de alguna manera logran verse deportivas y elegantes al mismo tiempo. El conjunto es casual y sin esfuerzo, pero también increíblemente sexy.

Hay algo en esta mujer que me hace sentir todo tipo de cosas raras, y no entiendo de dónde viene esto.

Mientras sus ojos verdes penetran en mi alma, siento una sacudida de electricidad recorriéndome, una conexión primitiva que no puedo ignorar.

¿Qué diablos está pasando?

Pero también siento una oleada de pánico.

Nunca me había sentido así antes; ¿qué está pasando exactamente? ¿Por qué siento esto por ella?

¿Acaso me ha lanzado algún tipo de hechizo?

Miro a mi alrededor, pero parece que soy el único que se siente de esta manera.

Charles me mira expectante, Dexton mira hacia todos lados excepto hacia los adultos en la habitación, y esta mujer... Esta mujer simplemente me mira como si fuera peor que la suciedad bajo su bota.

Fruncio el ceño.

—Una vez más, gracias por venir con tan poca antelación —dice Charles mientras toma asiento, mientras que la otra mujer... Se mantiene lejos de mí como si yo fuera una plaga.

No creo que ella tenga idea de lo que estoy sintiendo. Definitivamente siente algo entre nosotros; por eso se mantiene tan lejos.

—Solo quería que supieran lo que ha sucedido hoy y cómo podría impactar en el mundo exterior. Que Dexton haya reproducido un video durante la clase es una falta de respeto —continúa Charles, sin saber lo que está pasando.

—Era solo un video... Estoy bastante seguro de que no es el único que reproduce videos durante una conferencia.

Los agudos ojos verdes de la mujer se clavan en mí y ella resopla. —No sé en qué tipo de escuela los hombres lobo envían a sus hijos, pero aquí no se le perdonará si actúa de esta manera. No sé qué acuerdos hayan hecho, pero si quiere quedarse aquí, tiene que comportarse como es debido.

Arqueo una ceja. —Usted es la mujer que discrimina a los hombres lobo, ¿verdad?

Ella gira bruscamente su rostro hacia mí. —¿Qué?

Me giro completamente hacia ella, cruzando los brazos sobre mi pecho. —¿Por qué? ¿Cree que estoy equivocado?

Sus ojos brillan, y es la cosa más jodidamente hermosa que he visto en mi vida.

—¿Por qué cree que debería importarme lo que usted piense o no? —ella también cruza los brazos sobre su pecho, como si me estuviera imitando.

Mis labios se estremecen, pero me contengo.

—Ni siquiera nos ha permitido a mi primo o a mí decir una palabra en nuestra defensa antes de recordarnos cómo se hacen las cosas aquí y lo diferentes que somos —me giro hacia Charles—. Si ni siquiera tienen profesores imparciales, ¿qué tan sensato cree que es su plan de expandir esta escuela?

Ainz se eriza. —No le hables así.

Entrecierro los ojos. —¿Quién es él para usted?

—¿Qué? —su voz es un susurro ronco que me eriza la piel—. Es mi amigo y el director de esta escuela; no puedes hablarle así.

Hago un sonido de asentimiento como si la estuviera escuchando, pero en realidad, mis ojos y mi atención están en sus labios llenos y suculentos.

La forma en que se mueven, lo suaves y brillantes que se ven.

Diosa, lo único que quiero hacer es besarlos. Besarlos, lamerlos, mordisquearlos, tocarlos. Todo.

Y como si supiera lo que estoy pensando, de repente se detiene y me mira, con los labios ligeramente entreabiertos.

Es como si sintiera lo mismo que yo siento.

Esta... esta tensión que recorre mis venas. Parece haber enviado una corriente eléctrica a través del espacio que nos separa.

Ella se pone un poco tensa, y no puedo evitar la absoluta satisfacción masculina que recorre mi cuerpo al verlo.

Definitivamente siente lo que sea que esto sea.

Como si el aire vibrara con nuestras palabras no dichas, me inclino levemente, midiendo su reacción. —Oh, creo que puedo hablarle como se me dé la gana. ¿Sabes qué es lo más gracioso? Soy el tutor de uno de tus estudiantes aquí, así que también puedo preguntarte cómo estás haciendo tu trabajo si permites que un chico te falte al respeto de esa manera. Dime, Ainz, ¿siquiera sabes cómo disciplinar a tus estudiantes?

Los ojos de Ainz brillan con indignación, pero hay un destello de algo más profundo, algo innegablemente magnético.

Puedo ver la tensión envolviéndonos como una densa niebla, envolviéndonos en esta atmósfera cargada.

Mi corazón se acelera mientras lucho contra esta atracción, deseando y odiando la cercanía al mismo tiempo.

—¿C-Crees que puedes aparecer aquí y decirme cómo hacer mi trabajo? —balbucea, sus ojos se oscurecen de ira, pero la forma en que su respiración se entrecorta la delata. Es una contradicción; la intensa irritación en su tono choca con la forma en que se inclina sutilmente hacia mí, como si intentara salvar la distancia entre nosotros.

No puedo evitar sonreír, una emoción rebelde recorriéndome. —Quizás lo que necesitas es un recordatorio de que no puedes controlarlo todo, Ainz. Ni siquiera a tus estudiantes —digo, con una voz baja y provocativa, peligrosa.

Hay un momento, una pausa frágil en la que parece que el mundo ha dejado de girar. Casi puedo saborear su determinación desmoronándose bajo el peso de nuestra atracción.

Quiero cerrar la distancia, solo un centímetro más. Quiero sentir que esa tensión estalla en algo más que palabras: un choque de cuerpos, labios y deseos.

—¿Crees que esto es algún juego de hombre lobo maníaco? —replica, pero hay un temblor en sus palabras, una leve grieta como si estuviera luchando contra el impulso de bajar la guardia.

¿Sabe cómo se siente estar tan cerca, desear a alguien que no debería?

Mi mirada cae de nuevo a sus labios, la necesidad de acercarme es abrumadora. —Debería preguntarte a ti; pareces estar disfrutando los juegos incluso más que yo.

Dexton tose y me giro hacia él.

—No seas hostil con mi profesora, primo —susurra en voz baja, pero lo escucho claramente.

Entrecierro los ojos hacia él.

Dexton está actuando un poco raro.

Como un adolescente con un tonto flechazo por su profesora.

Simplemente niego con la cabeza. —Tú no tienes derecho a hablar, jovencito. Estoy aquí por ti.

Charles se aclara la garganta, tratando de hacer de pacificador. —Si todos pudiéramos calmarnos por un momento…

Ainz se levanta de un salto. —No, lo siento, Charles. Sé que dijiste que me portara bien, pero no puedo estar aquí ahora mismo sin destrozar a este hombre.

Me río. —¿Destrozarme con qué? ¿Tus pociones?

Me lanza una mirada fulminante antes de salir marchándose, la puerta se cierra de golpe detrás de ella, y mis dedos pican por hacerla regresar incluso después de que se ha ido.

Charles se pasa las manos por el cabello. —Bueno, eso salió bien.

—Vas a tener que ser capaz de manejar situaciones como esta si de verdad estás serio con la expansión de tu escuela, Charles. Muchos de nosotros tenemos prejuicios entre nosotros incluso sin conocernos, y habrá muchos agravios que resolver. Esta escuela y su expansión serán una oportunidad para ventilar esos agravios.

Charles asiente y suspira.

Respiro hondo. —Y en cuanto a este pequeño diablillo, castígalo como mejor te parezca. Ahora está en tu escuela y debe atenerse a las normas y reglamentos de aquí. Solo trata de no matarlo; no sabría cómo explicarle eso a mi manada —digo con una sonrisa.

—¡Primo! —grita Dexton, consternado, y yo me río. Me levanto y le doy una palmada en la espalda.

—Estás por tu cuenta, amigo. La próxima vez no veas videos en clase.

Un breve apretón de manos con Charles y salgo de la oficina, caminando por los pasillos hasta

salir del edificio de la escuela y llegar al estacionamiento.

Fingí no estar mirando a mi alrededor, con la esperanza de ver a la mujer que me dejó impactado.

Ainz.

Ainz, con sus rasgos marcados, sus ojos verdes y un prejuicio contra los hombres lobo tan espeso como las pociones que prepara.

Camino hacia mi auto, un Benz G63, la bestia negra brillando bajo el sol de la tarde en el estacionamiento de la escuela secundaria Xavier.

Mi estómago se retuerce, un nudo de inquietud asentándose en lo más profundo. Cuando llegué aquí antes, esperaba tal vez una discusión acalorada, una medida disciplinaria menor, pero definitivamente no anticipé la atracción que me atravesó en el momento en que la vi.

Al llegar al auto, encuentro a Elio, mi mejor amigo y mano derecha, apoyado contra él, su postura usual relajada reemplazada por una alerta sutil. —Entonces, ¿cómo te fue? —pregunta, con voz baja—. ¿Van a expulsar a Dexton el primer día?

Intento restarle importancia, pero puedo sentir la tensión que irradio. —No es nada —murmuro.

—No parece nada. Pareces un resorte cargado, Bruce —dice Elio, sus ojos agudos, perceptivos como siempre—. Algo definitivamente pasó ahí y quiero saber qué fue.

Le lanzo una mirada a mi mejor amigo mientras entramos al auto, el motor rugiendo.

Sabiendo que no puedo escapar del interrogatorio, suspiro, mi frustración finalmente saliendo a la luz. —No fue solo Dexton. Había esta... esta profesora. Ainz. La profesora de pociones.

Le explico mi encuentro, la sorprendente atracción que surgió, la irritación que me causó, todo en una ráfaga de palabras frustradas. Todo el encuentro se sintió surrealista.

Elio permanece en silencio por un momento, los engranajes girando en su cabeza, su expresión pensativa. —Tal vez —comienza lentamente—, tal vez es... algo más.

Mis cejas se fruncen. —¿Qué quieres decir con "más"?

—Podría ser —se encoge de hombros mientras conduce— que, aunque tu cerebro no le guste la idea y la rechace constantemente, tu cuerpo ya está reconociendo inconscientemente que necesitas una pareja ahora.

Me congelo por un momento.

*¿Qué? ¿Eso fue? ¿Lo que sentí? ¿Podría haber sido un vínculo de pareja?*

Sacudo la cabeza. *Imposible*.

Me burlo del comentario de Elio. —No empieces, Elio. Definitivamente no es eso. ¿Acaso mi mamá también te ha influenciado?

Se ríe. —Tu mamá ha influenciado a todos; está desesperada por que te aparees lo antes posible.

Pongo los ojos en blanco. —Entonces puedes decirle que no estoy listo para atarme, no estoy listo para la responsabilidad de una pareja. No soy como el resto de la manada, perros olfateando sin cesar en busca de su otra mitad. Tengo cosas mejores que hacer ahora mismo.

—Pero-

—La última vez que revisé, tú también estabas soltero, así que deja de presionarme como todos los demás, o le diré a mi madre que te incluya en sus planes de emparejamiento.

Él tiembla. —No, gracias.

—Bien.

Elio se ríe levemente, entendiendo mi frustración. —Vale, vale, pero en serio, piénsalo. Te conozco demasiado bien como para descartarlo por completo.

Seguimos bromeando un rato más, el tema cambiando hacia el último drama de la manada y las cosas ridículas que Dexton había hecho para meterse en problemas.

Mientras hablamos, me esfuerzo por no pensar en Ainz.

Cuando llegamos frente al extenso territorio de la manada, Elio me da una palmada en el hombro. —No lo olvides —me recuerda—, el Alfa está esperando. Tienes esa reunión con él en treinta minutos.

Asiento. —De acuerdo.

El terreno accidentado del territorio de la manada cruje bajo mis botas al salir del coche.

Mis músculos están tensos, aún arrastrando la rigidez residual del largo viaje.

Y el encuentro con Ainz.

Quiero verla de nuevo.

Necesito saber si fue algo de una sola vez o si esta mujer podría ser mi pareja.

Y entonces la veo. A mi madre.

Está allí, un estallido de energía vibrante en el paisaje apagado. Baja y perpetuamente alegre, tiene los brazos cruzados sobre el pecho, el familiar ceño fruncido de regaño a los cachorros jugando en sus labios.

Conozco esa mirada. Es justo como su nombre lo indica.

Es la que tiene cuando está a punto de regañar a un cachorro, por ejemplo, a Dexton.

—¿Por qué no está aquí? —pregunta, y yo niego con la cabeza.

Ella resopla. —¿Lo dejaste en la escuela, entonces?

Asiento. —Como castigo —le digo, y ella asiente también, con un destello de triunfo en sus ojos.

—Bien. Si lo hubieran enviado de vuelta a casa en su primer día de escuela, yo habría tenido que

darle una lección.

—No es necesario, mamá —digo, dejando escapar una risa.

Empiezo a caminar, el camino familiar marcado en el suelo del bosque guiando mis pasos. Pero ella me sigue, y trato de contener mi suspiro.

—Necesita aprender una lección sobre responsabilidad y respeto.

—Puedo enseñarle eso bien, mamá.

Ella resopla, su mano impidiendo que dé otro paso. —¿Tú? Tú, mi hijo, también necesitas aprender una lección sobre responsabilidades.

Entrecierro los ojos hacia ella, pero ella simplemente me fulmina con la mirada.

—Ya me has enseñado eso, mamá —le digo, y ella se burla.

—Entonces supongo que soy una pésima maestra.

Suspiro y empiezo a alejarme.

Ella aún me sigue.

—Sabes —comienza, su tono cambiando, la broma juguetona reemplazada por una sutil seriedad —, hay algunas jóvenes encantadoras tanto en la manada de Moonstone como en la de Silverclaw. Amigas mías, sus hijas... hermosas, brillantes y sin pareja.

—Mmm —asiento distraídamente, una ola de frustración invadiéndome.

Oigo las palabras no dichas en su voz, las mismas que he escuchado innumerables veces antes. —Encuentra a tu pareja, Bruce. —Asiéntate, aléjate de este estilo de vida peligroso de peleas. —Danos nietos.

Suspiro, un sonido pesado que escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. Es un suspiro de resignación, un suspiro de exasperación cansada. Es el mismo guion, cada vez.

Hay un tipo específico de mujer que mi madre considera 'apropiada', y está decidida a emparejarme con una de ellas.

Su voz continúa, detallando las virtudes de estas mujeres, sus habilidades, su belleza, su idoneidad, todo mientras yo permanezco allí, prisionero de mi propia falta de sentimiento, anhelando el día en que la presión ceda, en que la búsqueda constante se detenga.

Sé que mi madre cree que estoy incompleto sin una pareja, sin una familia. Diablos, todos los hombres lobo lo creen.

No es que no quiera una pareja. La quiero. Pero la verdad es que no he sentido esa chispa, ese impulso instintivo, esa conexión eléctrica que se supone que debe encenderse cuando conoces a tu otra mitad destinada. Mi corazón permanece tercamente inactivo. Sin palpitaciones, sin pulso acelerado, sin calor repentino cuando estoy cerca de estas hermosas, encantadoras e indomables hijas de sus amigas.

El rostro de Ainz aparece en mi mente antes de que lo sacuda.

Mi mamá continúa. —Bruce, sabes que esto es importante —

Un grito espeluznante atraviesa el aire, mi cuello gira hacia el sonido, mi cuerpo inmediatamente en alerta.

El sonido es seguido por el estruendo ensordecedor de las campanas de alarma. —¡Ataque!— grita alguien.

—¿Qué?—

# CAPÍTULO 3



## AINZ

Apenas son las 7 de la mañana, y el sol apenas asoma por las ventanas, proyectando un cálido resplandor sobre los coloridos arreglos florales que me rodean.

No puedo evitar sonreír cuando la campana sobre la puerta suena al cambiar el letrero de "CERRADO" a "ABIERTO".

Comienza otro día en mi pequeño rincón del paraíso. Inhalo profundamente, saboreando la mezcla de aromas de rosas, lirios y tierra recién regada. Mi floristería, enclavada en el corazón de la parte humana de la ciudad, es mi santuario, un lugar donde puedo ser simplemente Ainz, la excéntrica florista, no Ainsley, la bruja-loba híbrida con una montaña de problemas sobrenaturales.

Tarareo para mí misma mientras riego las macetas colgantes, observando cómo las gotas captan la luz de la mañana que se filtra por las ventanas. En momentos como estos, casi puedo olvidar el caos de los últimos días: el drama en la Escuela Secundaria Xavier, las tensiones con la manada de lobos.

Y ese lobo. Había algo en él. Y el hecho de que me mirara fijamente como si fuera algún tipo de pervertido.

Bueno. Todos los lobos son pervertidos arrogantes y molestos. Nada nuevo.

Me muevo por la tienda, revisando a mis pequeños verdes, tarareando una melodía. Probablemente esté desafinada, pero bueno, a las plantas no parece importarles. Toqué suavemente un pétalo aquí, ajusté un tallo allá, sintiendo la vida que palpita en cada flor. Es un mundo aparte del caos de la elaboración de pociones o de lidiar con dramas sobrenaturales. Aquí, soy solo una chica que habla con sus plantas y ocasionalmente las amenaza con tijeras de podar si no se portan bien.

—Buenos días, mis amores —le susurro a un grupo de girasoles descarados—. ¿Listos para alegrar el día de alguien? Los girasoles parecen animarse con mis palabras. O tal vez solo lo estoy imaginando. De cualquier manera, lo cuento como un triunfo.

La campana de la puerta suena, y me giro para ver a Matilda, mi fiel asistente y compañera

entusiasta de las plantas, entrar con paso tranquilo. Su cabello rojo está recogido en su habitual moño desordenado, y luce una sonrisa que podría rivalizar con mis girasoles.

Sus mejillas están sonrosadas, y hay un brillo en sus ojos que no estaba allí hace unos días.

—Vaya, vaya, vaya —digo, apoyando una mano en mi cadera—. Mira quién ha llegado. ¿O debería decir, mira quién acaba de escapar del apartamento de cierto alguien?

El rubor de Matilda se intensifica, pero me mira y sonríe. —¡Buenos días, jefa! —Cuelga su abrigo—. ¿Lista para otro día de estupideces botánicas?

Me río, arqueando una ceja. —¿Estupideces botánicas? ¿Te tragaste un diccionario en el desayuno, Matilda?

Me saca la lengua, demostrando que la madurez claramente no es nuestro punto fuerte. —No critiques mis esfuerzos por ampliar mi vocabulario. Algunos no fuimos a escuelas elegantes ni enseñamos allí, ¿sabes?

Si tan solo supiera la mitad de ello. La Escuela Secundaria Xavier no es exactamente una institución educativa común. Pero ese es un bote de gusanos sobrenaturales que prefiero no abrir tan temprano en la mañana.

—Así que —digo, apoyándome en el mostrador con una chispa de travesura en los ojos—, hablando de expansión... ¿qué tal tu cita caliente de anoche? ¿Hicieron clic tú y el Sr. Alto, Oscuro y Guapo?

Las mejillas de Matilda se tiñen de un rosa que pondría celosas a mis rosas. —¡Dios mío, Ainz! Fue... interesante.

Muevo las cejas con insinuación. —¿Interesante, eh? Cuéntame más. ¡Necesito detalles, chica! ¿Te robó el corazón? ¿O fue más bien un tropezón y cara al suelo?

Ella se ríe, moviendo la cabeza. —Bueno, digamos que trató de ser suave. Intentó hacer un dramático movimiento de pelo, ¿sabes? Pero calculó mal y terminó dándose un golpe en el ojo con su propio cabello.

Estallo en carcajadas, casi tirando un jarrón de margaritas. —¡No puede ser! Eso sí que fue una experiencia de peluquería. ¿Al menos le diste un besito para curarlo?

El rubor de Matilda se intensifica. —Quizás... Pero luego estornudó justo después. Al parecer, es alérgico a la colonia que se empapó para impresionarme.

Ahora me estoy agarrando los costados, con lágrimas de risa a punto de caer. —Ay, Matilda —jadeo entre risas—, solo tú puedes convertir una cita simple en una comedia de errores. Por favor, dime que lo vas a ver de nuevo. ¡Necesito más de estas historias en mi vida!

Mientras Matilda se lanza a un relato detallado de las desventuras de su cita, siento una calidez que se expande en mi pecho y que no tiene nada que ver con el sol de la mañana. Esto —esta charla fácil, esta conexión genuina— es por lo que amo mi pequeña tienda de flores.

Por un momento, me permito deleitarme en la simplicidad de todo. Sin hombres lobo, sin

emergencias de pociones, sin crisis existenciales sobre mi doble naturaleza. Solo flores, amistad y la promesa de un nuevo día lleno de posibilidades.

Pero mientras escucho la historia de Matilda, una pequeña parte de mí no puede evitar preguntarse: ¿alguna vez tendré la oportunidad de algo así? ¿Una cita normal, llena de momentos incómodos y risas compartidas? ¿O estoy destinada a estar siempre a caballo entre el mundo humano y el sobrenatural, sin pertenecer del todo a ninguno?

Aparto el pensamiento. Eso es un problema para la Ainz del futuro. Ahora mismo, tengo flores que arreglar, clientes que cautivar y una mejor amiga a la que molestar sin piedad.

Y, sinceramente, no lo cambiaría por nada.

Echo la cabeza hacia atrás y me río de una broma que Matilda hizo sobre el alcohol derramado. —¡Ay, no! ¡Tus zapatos son tu mejor atributo, Matilda! El olor a ginebra barata es solo un accesorio desafortunado, cariño.

—Gracias, Ainz —dice ella, rodando los ojos mientras se ajusta el delantal—. Nunca te voy a mostrar esos zapatos de nuevo, maniática.

—¡Por favor, hazlo! ¡Al menos déjame agarrar mi cámara primero! —le guiño, y finalmente ella sonríe.

Cambiamos bromas mientras arreglo las margaritas, un alegre toque de amarillo que hace que mi corazón se agite solo de tocarlas. Cada flor me habla; piden atención y un poco de amor. Quizás por eso me siento como en casa entre ellas, en un mundo que a menudo parece más adecuado para criaturas de sombras que para chicas alegres de flores.

Momentos después, el timbre de la puerta suena de nuevo, y al girar veo entrar a una pareja. Mi sonrisa se ensombrece ligeramente al reconocer al hombre. Es él —el hechicero al que le vendí pociones hace semanas. Un cosquilleo de reconocimiento tira de las esquinas de mi mente, entrelazándose en mis recuerdos como enredaderas en un enrejado.

—¡Bienvenidos a Pétalo y Espina! ¿En qué puedo alegrarles el día? —canto, obligando a mis pies a permanecer pegados al suelo a pesar del pequeño tamborileo en mi corazón. Sus ojos se abren ligeramente, captando los míos por un momento, y la chispa de algo familiar se enciende.

—Necesitamos flores —declara la mujer a su lado. Es hermosa, radiante como la primera luz del amanecer, perfecta para un romance capturado en los tonos ambrosiales que cultivo. Mis instintos se activan; sé que debajo de estos pétalos juguetones y colores vibrantes yacen las intenciones de un hombre un poco más complejo de lo que parece.

—¡Tengo justo lo que necesitan! —me muevo entre las flores, alcanzando un ramo de rosas rojas aterciopeladas entrelazadas con delicados lirios blancos —pasión y pureza entrelazadas. Perfecto para los amantes. —¡Estos son absolutamente encantadores juntos!

La mirada del brujo vuelve a posarse en mí. Es una mirada que lleva capas—años de anhelo por encajar, de navegar este mundo salvaje donde los humanos caminan sin saberlo junto a seres encantados. Casi puedo sentir el anhelo en su alma de ser uno de ellos, de fundirse en lo mundano mientras carga con el peso de algo mágico.

—Yo, eh… —balbucea ligeramente, pasándose una mano por su cabello oscuro y despeinado—. En realidad, ¿podríamos salir a hablar un momento?

—¿Quieres discutir los desafíos de cortejar a una humana? —bromeo ligeramente. Matilda me lanza una mirada mientras los guío hacia afuera; sonrío dulcemente, diciéndole en silencio que quiero mostrarle algunas flores al fondo.

Una vez que estamos detrás de la tienda, la luz del sol nos envuelve como una cortina invisible y secreta. El ruido del pueblo se desvanece, dejando solo los susurros suaves de las plantas en mi jardín. —¿Qué necesitas, mi amigo encantado? —adopto un tono falsamente serio, cruzando los brazos y apoyándome en una pila de sacos llenos de tierra.

Él saca un pequeño frasco de su bolsillo, el líquido ámbar brillando con el calor. —No pensé que necesitaría más, pero… realmente quiero estar con ella. Quiero ser la mejor versión de mí mismo para ella. —La sinceridad en su voz me conmueve.

No puedo evitar arquear una ceja. —¿Estás bromeando, verdad? ¿De verdad me estás diciendo que necesitas *más* de eso?

Él asiente, con expresión seria. —Es lo único que ha funcionado. Mi amante humana… está empezando a sospechar algo.

—¿Y crees que más poción va a solucionar eso? —pregunto, cruzando los brazos.

Él me mira, sus ojos llenos de desesperación. —Por favor, Ainsley. La amo. No puedo perderla.

Suspira. Sé que está en una situación difícil. Pero también sé que usar magia para engañar a alguien nunca es una buena idea.

—Mira —digo—, te puedo vender la poción, pero necesitas ser honesto con ella. Díle la verdad, sea lo que sea. Si te ama, lo entenderá.

Él duda por un momento.

—Lo que necesitas es confianza —digo, sintiéndome de repente increíblemente firme.

—A los humanos les encanta la autenticidad, ¿sabes? Pero supongo que si quieres ese toque extra… —tomo el frasco y le doy uno nuevo de mi delantal que brilla bajo el sol—. Este es otro lote de la poción de humanización. Solo recuerda—no te pierdas en ella. A ella le gustas tú, no una versión conjurada de ti.

Sé que lo estoy habilitando, pero no puedo evitar sentir un poco de simpatía. Después de todo, el amor puede hacer que la gente haga locuras.

Su gratitud me invade como el aroma del jazmín en verano—una dulzura embriagadora que me deja un poco mareada. —Gracias, Ainz. Haré que valga la pena —promete, mientras una sonrisa se dibuja en sus labios.

—¡Ahora ve y hazla caer a tus pies! —le doy un empujón juguetón, y él me sonríe, una sonrisa genuina que se ilumina con la luz. Una mirada por encima de su hombro mientras se aleja refleja

a un hombre transformado—no solo físicamente, sino en espíritu, lleno de esperanza y un toque de encanto.

Mientras vuelvo a la tienda, mi corazón se siente un poco más ligero. Al menos hoy, en este mundo humano que a veces se siente abrumador, puedo ayudar a tejer un poco de magia, sin necesidad de varita. Me río para mí misma; ¿quién diría que ganaría mi vida mezclando amor y pétalos?

Estoy empezando a empacar para irme a mi trabajo de medio tiempo cuando Matilda asoma la cabeza desde la trastienda, con el ceño fruncido de esa manera adorable que siempre me hace querer suavizarlo con mi pulgar. —Oye, jefa, tenemos un problema.

—¿Ahora qué? —suspira, levantando dramáticamente las manos—. ¿Regaste accidentalmente los cactus otra vez? Lo juro, esas pobres plantas tienen TEPT por tus tácticas de hidratación demasiado entusiastas.

Matilda pone los ojos en blanco. —No, lista. Nos estamos quedando sin sustrato. Como, peligrosamente poco.

—Mierda —murmuro. El **sustrato** es un ingrediente vital para cultivar plantas en macetas, y con la forma en que han ido las cosas últimamente, no puedo permitirme quedarme sin él. —¿Cuánto nos queda?

—Suficiente para, tal vez, dos lotes más, como máximo —informa Matilda, mordiéndose el labio inferior—. Pensé que teníamos más, pero…

—Pero nada —la interrumpí, haciendo un gesto con la mano—. No es tu culpa. Yo debería haber estado más pendiente. —Me pasé una mano por el cabello, probablemente arruinando el peinado cuidadoso que me había hecho esa mañana. Qué más daba—. Bueno, es hora de llamar a la caballería.

Saqué mi teléfono y recorrí mis contactos hasta encontrar el nombre de Adira y llamé.

Un tono. Dos tonos. Tres...

—Vamos, Adira —murmuré, golpeando el suelo con el pie impacientemente—. Contesta, contesta, contesta...

El buzón de voz. Fantástico.

—Hola, soy yo —dije después del tono, intentando mantener la frustración fuera de mi voz—. Escucha, se nos está terminando el sustrato para macetas y necesito hacer un pedido lo antes posible. Llámame cuando escuches esto, ¿vale? Y tal vez podrías considerar unirte al siglo XXI y contestar tu teléfono de vez en cuando. ¡Te quiero, adiós!

Colgué y miré mi teléfono por un momento, como si pudiera hacerlo sonar con pura fuerza mental. Alerta de spoiler: no funcionó.

—¿Sin suerte? —preguntó Matilda, apoyándose en el marco de la puerta.

Sacudí la cabeza. —Nada. Y yo que pensaba que era la única que tenía permiso para estar

dramáticamente ausente en esta hermandad.

Matilda soltó una risotada. —¿Tal vez todavía está en el campo? Vi ese video que publicó el otro día, parecía bastante aislado.

—¿Video? —Mis oídos se aguzaron—. ¿Qué video?

—¿No lo viste? —Las cejas de Matilda se elevaron—. Estaba por todo YouTube. Adira estaba buscando algunas hierbas en un lugar aislado. Ya sabes, cosas típicas de Adira.

*¿Eh, qué?*

Intenté mantener una expresión neutral porque Matilda no sabía nada del mundo sobrenatural ni de que Adira, quien supuestamente es una YouTuber de hierbas humanas, en realidad es una cazadora de ingredientes para brujas detrás de esa fachada. Las hierbas humanas solo son una tapadera, así que ese lugar aislado definitivamente no es algo bueno.

Fruncí el ceño, una punzada de preocupación se abrió paso en mi estómago. —¿En serio? Eso no parece propio de ella. Creía que no le gustaban los lugares aislados.

—Bueno, tal vez está explorando nuevas cosas —se encogió de hombros Matilda—. Probando algo diferente, ampliando sus horizontes. A diferencia de algunas personas que conozco que todavía usan teléfonos plegables.

—¡Oye! —protesté, abrazando mi viejo Nokia contra mi pecho de manera protectora—. Este bebé ha sobrevivido tres explosiones y un chapuzón en el río. Muestra un poco de respeto por los mayores.

Matilda simplemente sacudió la cabeza, con una sonrisa cariñosa en su rostro. —Lo que tú digas, jefa. Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cómo vamos a conseguir el sustrato si nuestra proveedora no está disponible?

Me mordí el labio inferior, considerando nuestras opciones. Por un lado, realmente necesitaba ese sustrato para macetas.

Ella es mi proveedora, y no sé a dónde más acudir si no está disponible para conseguirlo.

Pero, por otro lado, si Adira se ha desconectado para algún trabajo mágico importante, lo último que quiero hacer es interrumpirla.

Esa es una buena manera de terminar convertida en sapo. O peor, obligada a escuchar su conferencia sobre la importancia del enfoque mágico durante tres horas seguidas.

—Le daremos un día —decidí finalmente—. Si no me ha llamado mañana por la tarde, entonces comenzaremos la Operación: Encontrar al proveedor de sustrato. Por ahora, necesito ir a mi trabajo de medio tiempo en la escuela "elegante".

* * *

Cuando crucé las puertas ornamentadas del Instituto Xavier, la mezcla inconfundible de incienso

y pergamino fresco me golpeó como una ola reconfortante.

Enseñar pociones aquí es más que un simple sueldo; es un placer delicioso para alguien como yo, que vive para las mezclas coloridas y las pociones burbujeantes. Pero también es una lección de paciencia, especialmente hoy.

Al entrar en el aula, ese olor tan familiar a hombre lobo asaltó mis sentidos, y hice una mueca de disgusto. Honestamente, cómo Charles piensa que integrar a estos perros en nuestra escuela es una buena idea, es algo que escapa a mi comprensión.

Mis ojos se posan inmediatamente en Dexton, el único hombre lobo de mi clase, y no puedo evitar fruncir el ceño en señal de confusión. El chico está prácticamente pegado a su asiento, sorprendentemente en el pupitre del frente, mirándome con una expresión casi devota. *¿Qué diablos le pasa?*

Apenas ayer, fue grosero y despectivo, ignorando por completo las reglas de mi aula. Y ahora, actúa como un cachorro enamorado. Sacudo la cabeza, intentando alejar el dolor de cabeza que ya comienza a formarse.

Mientras coloco los diversos frascos e ingredientes sobre la elegante mesa de madera frente a mi clase, no puedo evitar echar otro vistazo a Dexton. No es solo que intente interactuar conmigo; es la intensidad que brota de esos ojos. Es diferente al aburrimiento apático de los otros estudiantes, quienes ya están distraídos con sus teléfonos.

—Clase, ¡tomen asiento! —aplaudo, una señal bien practicada para comenzar—. Hoy prepararemos un Elixir de Memoria, perfecto para refrescar esas mentes adormiladas —añado, conteniendo el impulso de rodar los ojos ante sus inevitables reacciones. Los adolescentes refunfuñan a medias, renuentes a acomodarse en sus lugares asignados.

Mientras trabajo, no puedo evitar sentir la mirada de Dexton clavada en mí. Es desconcertante, por decir lo menos. Hago lo posible por ignorarlo, pero cada vez que miro en su dirección, sigue allí, observándome con una sonrisa tonta en el rostro.

Para cuando termina la clase, estoy prácticamente lista para saltar por la ventana. Los otros estudiantes salen, pero Dexton se queda, esperando hasta que estemos solos.

—¿Necesitas algo más, Dexton? —pregunto, con un tono de exasperación.

Él da un paso adelante, y tengo que luchar contra el instinto de retroceder. —Yo, eh, solo quería decir que disfruté mucho tu clase hoy, señorita Ainz —dice, mientras sus mejillas se sonrojan ligeramente.

Levanto una ceja. —¿De verdad? Bueno, me alegra que te haya parecido educativa. —Me giro para recoger mis cosas, esperando que capte la indirecta y se vaya.

Pero Dexton no se mueve. —Sabes, me preguntaba si tal vez te gustaría, no sé, tomar un café o algo así algún día. —Se frota la nuca, con una sonrisa tímida.

Lo miro, completamente atónita. ¿En serio me está invitando a salir? ¡El descaro de este chico! —Soy tu profesora, Dexton —le recuerdo con firmeza—. Cualquier tipo de relación personal

entre nosotros sería completamente inapropiada.

Su rostro se desploma, y por un momento, casi me siento mal. Casi. —Oh, eh, sí, tienes razón. Supongo que me dejé llevar un poco —se ríe incómodo—. Lo siento, señorita Ainz.

—Simplemente no permitas que vuelva a suceder —le digo, con un tono que no admite discusión —. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Mientras salgo del aula, no puedo evitar sacudir la cabeza incrédula. Dexton, un hombre lobo... mi estudiante, ¿está enamorado de mí? La idea es absurda. Puede que sea una bruja poderosa, pero no tengo ningún interés en involucrarme con nadie, y mucho menos con un miembro de esa especie bestial.

Suelto un suspiro prolongado mientras me dirijo a la oficina del director, donde sé que Charles me estará esperando. Este día sigue mejorando cada vez más.

Cuando llego, Charles me recibe con una mirada preocupada. —Ainz, ¿todo está bien? Pareces un poco... alterada.

—Esa es una manera de decirlo —respondo, rodando los ojos. Le cuento rápidamente mi encuentro con Dexton, observando cómo su expresión pasa de la preocupación a la diversión.

—Ah, el amor juvenil —se ríe, ganándose una mirada fulminante de mi parte.

—Esto no tiene nada de amor, Charles —replico—. Es una completa y absoluta molestia, eso es lo que es.

Charles levanta las manos en un gesto de apaciguamiento. —Vale, vale, lo entiendo. Pero intenta ser paciente con él, Ainz. Al fin y al cabo, solo es un adolescente.

—¿Paciencia? ¿Con un hombre lobo? Debes estar bromeando —escarbo.

—Ainz... —dice Charles, con un tono suplicante.

Suelto un suspiro resignado. —Está bien, está bien. Intentaré ser... civilizada. Pero si ese perro me mira de manera incorrecta, todo está perdido.

Charles me sonríe, con los ojos prácticamente brillando. —Gracias, Ainz. Sabía que podía contar contigo.

No puedo evitar rodar los ojos de nuevo. —Sí, sí, lo que sea. Ahora, ¿qué era eso que querías discutir conmigo? Rona me dijo que viniera a verte después de mi clase.

Charles se aclara la garganta, su expresión volviéndose un poco más seria. —Ah, sí, sobre eso. Quería agradecerte por no tomar tan en serio las... payasadas de Dexton ese día.

Levanto una ceja hacia él. —¿Te refieres a su flagrante desprecio por las reglas de mi clase y su total falta de respeto hacia mí? Sí, estoy encantada con eso —digo con voz cargada de sarcasmo.

Charles hace una mueca ligera. —Lo sé, lo sé. Pero aprecio que no hayas hecho un escándalo mayor. Dexton todavía se está adaptando, y prefiero evitar conflictos innecesarios, especialmente con los planes de expansión de la escuela en marcha.

Suspiro sin comprometerme, sintiendo que ya me viene un dolor de cabeza. —Hablando de eso, ¿cómo va ese plan de "invitemos a todas las criaturas sobrenaturales bajo el sol", eh?

Charles ríe nerviosamente. —Bueno, ya sabes, es un trabajo en progreso. La junta todavía está un poco reacia, pero estoy haciendo lo posible por convencerlos.

—Mmm, estoy segura de que lo estás —hago una pausa, y de repente se me ocurre una idea—. De todos modos, me debes algo, Charles. Por no haberme enojado con tu nuevo hombre lobo. Un pequeño precio, por supuesto.

Me mira con cautela. —¿Un precio? ¿De qué tipo de precio estamos hablando, Ainz?

Le lanzo una dulce sonrisa. —Oh, nada demasiado exagerado, te lo aseguro. Resulta que me estoy quedando sin un ingrediente específico para la mezcla de macetas en mi tienda, y esperaba que pudieras echarme una mano para conseguirlo.

Charles parpadea, con una expresión de perplejidad. —¿Mezcla de macetas? Ainz, soy el director de una prestigiosa academia sobrenatural, no tu chico de los recados.

Hago un chasquido con la lengua y muevo el dedo frente a él. —Vamos, vamos, Charles, no seas así. Piensa en ello como un... *arreglo mutuamente beneficioso*. —Me inclino un poco más, bajando la voz a un susurro conspirador—. Después de todo, estoy segura de que te encantaría contar con mi apoyo total en cuanto a esos planes de expansión tuyos, ¿eh?

Charles suelta un suspiro derrotado, pasando una mano por su cabello. —Bien, bien, has ganado. ¿Qué tipo de mezcla de macetas necesitas y dónde puedo conseguirla?

Aplaudo emocionada. —¡Excelente! Te enviaré los detalles más tarde. ¡Eres el mejor, Charles! —Le doy un rápido beso en la mejilla, riéndome del leve rubor que se extiende por su rostro.

Cuando me doy la vuelta para irme, Charles me llama. —Espera, Ainz. Ya que estamos en el tema, ¿sabes algo sobre los... movimientos recientes de Adira? No la he visto por aquí últimamente.

Me detengo, lanzándole una mirada de reojo. —¿Adira? ¿Y por qué estarías preguntando por mi querida hermana, eh? —no puedo evitar el tono burlón en mi voz.

Charles desvía la mirada, con un leve rubor todavía visible en sus mejillas. —Oh, ya sabes, solo... curiosidad. Ha estado bastante ausente últimamente, y quería asegurarme de que esté bien.

Levanto una ceja, con una sonrisa traviesa en mi rostro. —Vaya, vaya, Charles, no sabía que te preocupabas tanto por el bienestar de mi hermana. ¿Será que nuestro querido director tiene una pequeña admiración? —no puedo resistir la tentación de burlarme un poco de él.

Charles balbucea, su rostro tornándose de un rojo más intenso. —¿Q-qué? Solo estoy... preocupado, eso es todo.

Me río, disfrutando de su incomodidad. —Claro, claro, lo que tú digas. Desafortunadamente, tampoco he sabido de Adira en un tiempo. Pero estoy segura de que está bien. Ya sabes cómo se pone cuando está en una de sus pequeñas aventuras.

Charles asiente, todavía con una expresión algo turbada. —Sí, bueno, si sabes algo de ella, por favor avísame. Odiaría que le pasara algo.

—No te preocupes, Charles, seguro te mantendré informado —le guiño, luego me doy la vuelta y salgo de la oficina, sintiéndome bastante satisfecha conmigo misma.

# CAPÍTULO 4



## BRUCE

—No hay nada aquí —gruñe Elio entre dientes.

El aire nocturno es fresco y frío contra mi pelaje mientras patrullamos el perímetro del territorio de nuestra manada.

—Tiene que haber algo. Escuché ese grito claramente —murmuro, y Elio asiente, sus ojos alertas y listos para atacar a mi lado.

—Todos lo escuchamos.

La inquietante quietud del bosque hace que parezca que la naturaleza misma contuviera la respiración.

Algo está terriblemente mal aquí.

Y no nos iremos hasta que sepamos qué es.

Mis guardianes lo saben.

Cada uno de ellos conoce mi mantra: nada importa si se trata de proteger a los nuestros.

Damos vueltas por un rato antes de que mis orejas se crispen ante el más mínimo sonido.

Años de experiencia como agente de las Fuerzas Sobrenaturales de Nueva York han afinado mis instintos, y ahora mismo, me están gritando que el peligro es inminente.

El ataque llega tan rápido, tan brutalmente, que por un instante, me quedo paralizado por la incredulidad.

Criaturas oscuras y sombrías emergen de la línea de los árboles, sus formas apenas discernibles a la luz de la luna. Tienen un aspecto vagamente lobuno, pero hay algo fundamentalmente incorrecto en ellas. Sus ojos arden con una luz carmesí malévola que me eriza la piel.

—Mierda —escucho que Kira, una de las guardianas, maldice entre dientes, y demonios si no me siento igual.

¿Qué diablos son esas cosas?

Feroces gruñidos estallan a nuestro alrededor, y antes de que pueda extender mis garras, una sombra oscura se lanza hacia mí.

La criatura salta, su cuerpo es una masa de oscuridad, su pelaje erizado de malevolencia, y apenas la esquivo. Se estrella contra el suelo donde estaba hace unos instantes. Garras negras cortan el aire, y siento el calor de su aliento, rancio y resonando con hambre.

No son bestias ordinarias. Sus cuerpos se retuercen como si las sombras mismas les dieran vida. Lobunas pero horripilantes, se mueven en una danza caótica, sus ojos rojos ardiendo con una furia de otro mundo.

—¡Protejan a la manada! —rujo, mi voz recorre nuestro territorio. Estas criaturas, sean lo que sean, han cometido un grave error al atacar a mi familia.

De repente, escucho el grito de Kira mientras una de las bestias atraviesa sus defensas. La rabia hierve en mi interior. —¡No! —grito, sintiendo algo primitivo quebrarse dentro de mí.

Con un movimiento rápido, mis garras cobran vida, brillando bajo la luz de la luna. Me abalanzo hacia adelante, atravesando a una criatura atacante y sintiendo la satisfactoria resistencia cuando mis garras encuentran carne.

La batalla es el caos personificado. Estas sombras se mueven con una velocidad y fuerza antinaturales, sus garras destrozando piel y pelaje con una facilidad aterradora. Me lanzo al combate, mis propias garras y colmillos encontrando su lugar en las formas etéreas de nuestros atacantes. Pero por cada criatura que derribo, parecen aparecer dos más.

No puedo dejar de escuchar el grito de Kira en mi cabeza. Suena espeluznante. Ese sonido se transforma en un silbido agonizante que lucho por mantener fuera de mis pensamientos. Soy consciente de mi entorno; crujidos de huesos, carne desgarrada y el olor del hierro mezclado con el pesado lodazal del terror.

Una de las bestias se abalanza hacia mí, y yo me aparto, el aire pasa velozmente mientras contraataco y dejo caer mis garras. Un destello rápido, una imagen borrosa, y el monstruo cae a mis pies, las llamas fantasmales de sus ojos parpadeando hasta apagarse. Son rápidos, demasiado rápidos. Contengo una sensación de pánico que se arrastra lentamente. ¿Cuántas de estas criaturas repugnantes hay?

—¡Mantengan la línea! —grito a los miembros de mi manada, con la voz cargada de ira y miedo —. ¡Podemos con esto!

Lucho con todo lo que tengo, mi cuerpo es un torbellino de gracia salvaje. Estos monstruos pueden ser fuertes, pero yo soy el protector de esta manada por una razón. Me niego a permitir que lastimen a mi familia.

—¡Bruce! —me giro al oír la voz de Elio, y lo veo luchando con otra criatura. Mi corazón se hunde cuando lo veo sangrando, las garras del demonio han trazado líneas rojas profundas en su brazo. La rabia se enciende de nuevo, eclipsando cualquier chispa de miedo.

Salto sobre el cabrón y le arranco la garganta.

—¡Lleven a los heridos a un lugar seguro! —gruño, ensangrentado y lleno de adrenalina que clama por más sangre y muerte.

Por un momento veo que Elio duda, pero sale corriendo para hacer lo que le dije.

Con eso, avanzo. La manada se forma a mi alrededor, un muro para protegernos unos a otros.

Cargamos como un frente unido contra el caos. Cada golpe se siente como un corte a través del mismísimo tejido de esta afrenta a nuestra existencia. Estoy sudando, jadeando: el tiempo se dobla y se estira, los segundos se vuelven eternos en esta danza mortal.

Parece una eternidad hasta que el último golpe de mis garras envía al último monstruo desangrándose en el suelo.

Me mantengo erguido, cansado y todavía conmocionado hasta los huesos mientras observo la carnicería en el suelo.

¿Qué demonios está pasando?

Todavía puedo escuchar sus gruñidos y gritos resonando.

Miro a mi alrededor. Mis guardias han sufrido mucho.

Muchos se retuercen en el suelo, otros siguen en pie pero apenas.

—Vamos a casa —digo con voz baja, pero me escuchan de todas formas—. Carguemos a nuestros heridos y muertos.

Lleno de pies a cabeza con sangre negra y asquerosa, conduzco a mis guardias de regreso a través de los árboles retorcidos de nuestro territorio. El peso de lo ocurrido se asienta como una roca en mi pecho.

La luna está baja entre las nubes, un centinela fantasmal que ilumina el campo lleno de los restos de nuestra lucha contra los horrores grotescos que surgieron de los rincones más oscuros de la existencia.

¿Qué eran esas cosas? Me pregunto una y otra vez.

Miro a mis guardias: cada uno lleva el peso de la batalla grabado en sus rasgos, sus ojos como plata deslustrada, parpadeando con incredulidad.

Hemos enfrentado a innumerables enemigos antes, pero ¿ser emboscados por entidades que desafían nuestra comprensión del mundo?

Es desconcertante.

Caminamos unos minutos más hasta que veo el contorno de nuestra casa, un bastión contra el caos del mundo.

Me lanzo a correr tan pronto como atravieso las grandes puertas. —¡Necesitamos a los curanderos, ya! —grito para que todos lo escuchen.

Corro hacia donde el olor de Elio es más denso. Él y varios heridos están dentro de la tienda de los curanderos.

Escaneo la habitación, buscando rostros familiares. El alivio me recorre como una lluvia refrescante cuando veo a Elio de pie al fondo, casi ileso aparte del largo corte en su brazo.

Sus profundos ojos azules, generalmente llenos de risa, parecen distantes en este momento, pero al menos está aquí.

—Bruce —se acerca a mí y me agarra el hombro con su brazo bueno—. ¿Qué demonios pasó allá afuera?

Niego con la cabeza. —Esas criaturas —respondo, manteniendo mi voz baja y medida a pesar del ritmo acelerado de mi corazón—. Eran... de otro mundo. Contraatacamos, pero se sintió como luchar contra sombras.

Lo aparto, mis palmas hormiguean al recordar el mordisco afilado de una de sus garras, que había sentido más como una ondulación en el tejido de la realidad misma que como un dolor físico. —Necesitamos a los curanderos. Ya. ¿Dónde carajos están?

—Están en camino. Están reuniendo toda la medicina que esperan que ayude —Elio tropieza con sus pies y lo ayudo a sentarse.

—Te estás debilitando, Elio —digo, mientras la preocupación me llena de nuevo.

—Estoy bien, estaré bien —murmura mi mejor amigo.

Los curanderos entran corriendo de inmediato y Mara grita al límite de su voz. —¡Pongan a los heridos en las camillas, ahora!

Todos nos apresuramos a obedecer, colocando a nuestros heridos en cada superficie disponible. Agarro a Elio y lo acuesto en la camilla más cercana, odiando el suave gemido de dolor que escapa de sus labios.

Observo cómo nuestros curanderos comienzan su trabajo. Sus manos brillan con la suave luz de la magia curativa, una visión que normalmente me trae consuelo.

Pero no hoy. Hoy puedo ver la confusión y el creciente pánico en sus ojos mientras sus hechizos se desvanecen sin efecto alguno sobre las heridas infligidas por esas... cosas.

—¿Qué está pasando? —exijo, acercándome a Mara. —¿Por qué no está funcionando?

Mara me mira, su cabello plateado pegado por el sudor. —No... no lo sé. Estas heridas, están resistiendo nuestra magia. Es algo que nunca antes había visto.

Un gruñido se forma en mi pecho, la frustración y el miedo luchando por dominar. Quiero estallar, encontrar algo contra lo que pelear, pero no hay nada aquí excepto mi manada herida y nuestros curanderos impotentes.

—¡Pues, esfuércense más! —espeto, sabiendo que es injusto incluso mientras las palabras salen de mi boca. —Tiene que haber algo que podamos hacer.

Los ojos de Mara brillan, y por un momento creo que podría replicarme.

Bien. Podría usar una pelea en este momento. Pero ella respira hondo, calmándose visiblemente. —Estamos haciendo todo lo que podemos, Bruce. Pero estas no son heridas normales. Están... contaminadas de alguna manera.

Me paso una mano por el cabello, tirando de las raíces en frustración. La adrenalina de la pelea se está disipando, dejándome sintiéndome vacío y asustado. —¿Contaminadas? ¿Qué demonios significa eso?

—Significa —dice Mara lentamente— que estas heridas van más allá de lo físico. Lo que sea que fueran esas criaturas, dejaron algo atrás. Algo... maligno.

Un escalofrío recorre mi espalda al escuchar sus palabras.

Miro alrededor de la carpa, observando las caras pálidas de mi manada, el miedo en sus ojos. Están buscando en mí respuestas, protección.

Y por primera vez en mucho tiempo, no sé si puedo proporcionarla.

Pero que me maldigan si no lo intento.

—Muy bien —digo, enderezándome. —Si nuestros métodos habituales no funcionan, necesitamos pensar fuera de lo común. ¿Dónde está mi padre?

Estoy recorriendo la carpa de un extremo a otro cuando mis padres entran corriendo, seguidos de cerca por Dexton.

Verlos —la figura imponente de mi padre, los ojos preocupados de mi madre, la sonrisa arrogante de Dexton reemplazada por una expresión de genuina preocupación— me llena de un sentido de alivio.

—Bruce —la voz de mi padre retumba, cortando el caos. —¿Cómo va la curación?

Me vuelvo hacia ellos, sin molestarme en ocultar la desesperación en mis ojos. La cara de Dexton palidece, y veo sus ojos escaneando la habitación, sin duda buscando a sus amigos entre los heridos.

—No va —digo, con la voz ronca. —Nada funciona, papá. Lo hemos intentado todo. Curación tradicional, hierbas, es como si estas heridas fueran... resistentes a nuestra magia.

Como para subrayar mi punto, un gemido de dolor corta el aire. Me doy la vuelta y veo a Elio, mi mejor amigo desde la infancia, retorciéndose en su camilla. Su rostro está cetrino, su respiración entrecortada.

—Elio se está debilitando cada segundo —digo, con la voz quebrada. —Si no encontramos una manera de curarlos pronto, todos morirán. Y yo no... no puedo...

No puedo terminar la frase. La idea de perder a Elio, de perder a cualquiera de ellos, es demasiado para soportar.

El rostro de mi padre se endurece, la determinación brillando en sus ojos. —Usaremos la piedra

lunar —declara.

La carpa queda en silencio. Incluso los heridos parecen contener la respiración.

La piedra lunar. Uno de nuestros tesoros más poderosos, raramente usado debido a su escasez e importancia.

—¿Estás seguro? —pregunta mi madre, con una voz apenas un susurro.

Mi padre asiente con gravedad. —No tenemos otra opción. Dexton, tráela.

No lo duda. Corre hacia la cámara acorazada, y todos esperamos con el corazón en un puño.

Esto tiene que funcionar. Tiene que hacerlo.

Cuando regresa con la piedra que brilla suavemente, no perdemos tiempo.

Mara la toma con reverencia, sus manos tiemblan levemente mientras comienza a canalizar su poder hacia las heridas de Elio.

Por un momento, la esperanza brota en mi pecho cuando las líneas rojizas e irritadas en la piel de Elio comienzan a desvanecerse.

Pero luego... nada. La mejora es mínima, en el mejor de los casos.

—No es suficiente —dice Mara, su voz cargada de derrota—. La piedra lunar está ayudando, pero... el daño es más profundo de lo que pensábamos. No son solo sus cuerpos los que están heridos. Son sus almas.

—¿Sus almas? —repito, la incredulidad y el horror luchando en mi voz—. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo arreglamos eso?

Mara niega con la cabeza. —Necesitamos a una bruja poderosa. Quizás ella pueda extraer la maldad de sus almas para que puedan sanar.

¿Qué?

*¿Una bruja? ¿Es tan grave?*

Dexton, quien ha estado inusualmente callado hasta ahora, habla. —Conocemos a una bruja —dice.

Ainz.

El nombre surge en mi mente de inmediato.

—Mi maestra, Ainsley, es la dueña de Pétalo y Espina —continúa Dexton.

*¿Pétalo y Espina?*

*Claro que ella sería la dueña de esa tienda.*

Todos conocen Pétalo y maldita Espina.

Es propiedad de una bruja poderosa, una bruja que preferiría comerse los dedos de un cerdo antes que ayudar a un hombre lobo. Todos lo sabemos.

Incluso sin todo eso, ¿nos ayudará Ainz?

Nuestro encuentro no ha sido amistoso en absoluto. Ella tiene un prejuicio obvio contra los hombres lobo.

Niego con la cabeza. —¿Cómo diablos la convenceremos para que nos ayude?

Dexton se pasa las manos por el cabello. —Probablemente no debería haberla provocado antes.

Y yo probablemente no debería haber empeorado las cosas.

Gimo y miro a los miembros heridos de mi manada, al rostro pálido de Elio.

No tenemos opción. Tengo que convencerla, cueste lo que cueste.

—Está bien —gruño, ya odiándome por lo que estoy a punto de decir—. Entonces conseguiremos a una bruja. No me importa lo que haga falta. Haré un trato con el mismísimo diablo si eso es lo que se necesita para salvar a nuestra manada.

Miro a los ojos de mi padre, pidiendo permiso en silencio. Él asiente, solo una vez, pero es suficiente.

*Estoy dispuesto a sacrificar mi propia vida por esto.*

Si Ainz quiere sangre, le daré cada gota de sangre que hay en mí.

*Necesitamos su ayuda.*

# CAPÍTULO 5



## AINZ

Tomo una respiración profunda al entrar al salón de clases.

Uf, por supuesto que él está aquí.

Ojalá se diera por vencido con la escuela o algo así.

Dexton, el estudiante más exasperante que he tenido la desgracia de enseñar.

Como de costumbre, hago todo lo posible por ignorar su presencia mientras comienzo la lección del día sobre pociones.

Soy una bruja, y eso significa que no disfruto pasar tiempo cerca de hombres lobo. De hecho, trato de evitarlo a toda costa.

Aun así, me obligo a concentrarme en la tarea que tengo entre manos. Estos estudiantes pueden ser un dolor, pero merecen toda mi atención.

Así que avanzo con la lección, demostrando la técnica adecuada para preparar una poción de curación simple.

—¿Alguna pregunta? —pregunto, ya preparándome para la inevitable interrupción de Dexton.

Como era de esperar, su mano se alza, con esa sonrisa molesta estampada en su rostro.

Considero ignorarlo, pero sé por experiencia que no se detendrá hasta que lo reconozca.

—Sí, Dexton? —suspiró, rogando por paciencia.

—Señorita Ainz —comienza, con un tono de falsa cortesía—. Me preguntaba... ¿es buena idea perdonar a alguien después de que te haya hecho enojar muchísimo, incluso si se disculpa una y otra vez, y hasta te ofrece comprarte un café?

Me tenso, apretando con fuerza el frasco de poción que tengo en la mano. ¿Qué clase de pregunta tan ridícula es esa? ¿Y por qué siento que la dirige específicamente hacia mí?

—Eso no tiene nada que ver con nuestra lección de pociones, Dexton —espeto—. Si tienes una pregunta sobre el material, estaré encantada de responderla. De lo contrario, te sugiero que

guardes tus inquietudes personales para fuera de clase.

Dexton abre la boca, sin duda listo con otra réplica exasperante, pero lo interrumpo.

—Clase terminada —anuncio, comenzando ya a empacar mis cosas—. Continuaremos mañana donde lo dejamos.

Mientras los estudiantes salen, no puedo evitar notar que Dexton se queda rezagado, con la mirada fija en mí. Le frunzo el ceño, desafiándolo en silencio a probar mi paciencia aún más.

—¿Qué quieres, Dexton? —pregunto, con un tono cortante.

Se mueve incómodo, sin rastro de su habitual bravuconería. —¿Puedo llevarte tus libros?

—No —le fulmino con la mirada.

El chico no mueve su trasero.

¿Me arrestarán si uso un hechizo de tos eterna en un hombre lobo?

Suspiro. —¿Qué quieres, Dexton?

Se rasca la nuca. —Yo, eh... me preguntaba si estarías dispuesta a hablar con mi primo cuando venga más tarde. Es que nosotros...

—No me importa —interrumpo, alzando una mano—. No estoy interesada en cualquier drama familiar que tengan. Ahora, si me disculpan, tengo cosas mejores que hacer que...

Pero Dexton se acerca, con los ojos casi suplicantes. —Por favor, profesora Ainz —dice, con una voz inusualmente suave—. Es importante. Bruce, nosotros... él realmente necesita su ayuda.

Algo en su tono me hace detenerme. Este no es el arrogante Dexton al que estoy acostumbrada a tratar.

Hay una genuina desesperación en su voz que tira de mi corazón, a pesar de mi mejor juicio.

Con un suspiro de frustración solo para que me deje en paz, asiento. —Está bien. Hablaré con su primo. Ahora déjeme en paz, antes de que me arrepienta de mi decisión.

El rostro de Dexton se ilumina con una sonrisa de alivio, y por un momento parece que va a abrazarme. Lo fulmino con la mirada, desafiándolo a que lo intente.

—Gracias, señorita Ainz —dice, recuperando su habitual arrogancia—. No se arrepentirá, se lo prometo. Bruce estará aquí tan pronto como pueda.

Mientras sale corriendo por la puerta, no puedo evitar preguntarme en qué tipo de problemas acabo de meterme. Los hombres lobo y sus dramas... siempre son más de lo que parecen.

Pongo los ojos en blanco y doy la vuelta para salir del aula, ya ansiosa por escapar del persistente olor a hombre lobo.

Pero justo cuando doy un paso, algo —o más bien, alguien— bloquea mi camino. Casi choco contra un muro de músculos, y tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarme con la

penetrante mirada de nada menos que Bruce, el primo de Dexton.

Una corriente de... algo recorre mi cuerpo al verlo y hace que mi corazón se acelere.

Maldigo internamente. ¿Por qué siempre reacciono así con él? Es exasperante.

—Ainz —gruñe, su voz profunda enviando un escalofrío no deseado por mi espalda—. ¿Intentando huir después de prometerle a mi primo que hablarías conmigo?

—No prometí nada —escupe, cruzando los brazos sobre mi pecho en un intento inútil de recuperar la compostura—. Y ciertamente no acepté hablar contigo hoy ni nunca, en realidad.

La ceja de Bruce se arquea, y odio cómo me arrebata el aliento al verlo. —Bueno, aquí estoy —dice, con un toque de diversión en su tono—. Entonces, ¿vas a escucharme, o tengo que arrastrarte a esto contra tu voluntad?

Me crispo ante la velada amenaza, mis ojos se estrechan. —¿Arrastrarme? —replico, con púas de indignación atravesándome—. Me encantaría verte intentarlo, chico lobo.

Sus labios se curvan, y tengo la clara impresión de que está conteniendo una sonrisa. La pura audacia me hace hervir la sangre.

Lo fulmino con la mirada. —¿Qué quieren ambos de mí?

—Necesito tu ayuda, Ainz.

*¿Qué?*

*¿Está jugando conmigo ahora mismo?*

—No tengo tiempo para cualquier juego que sea esto, Bruce —espeto—. Por favor, muévase de mi camino antes de que realmente me enoje.

Intento esquivarlo, pero el bastardo simplemente me bloquea de nuevo. Lo miro fijamente, deseando que hubiera un hechizo mágico que conociera para hacer brotar frijoles muy dolorosos de mis ojos y directo en su maldito cráneo tan guapo.

—No estoy bromeando ni intentando perder tu tiempo, Ainz. Realmente desearía no estar haciendo esto, pero hablo en serio. Necesito tu ayuda. Mi manada realmente necesita tu ayuda —dice rápidamente, su expresión poniéndose seria.

*¿Está hablando en serio ahora mismo?*

Vacilo; la genuina preocupación en su voz me toma por sorpresa. Desaparece el hombre lobo burlón y arrogante al que estoy acostumbrada a tratar.

En su lugar hay un hombre que parece... desesperado.

Fruncio el ceño. Mi pecho de repente comienza a sentirse cálido, hasta que se pone realmente hormigueante y francamente caliente.

*¿Qué? ¿Qué demonios está pasando?*

Siento un estremecimiento en mi pecho y jadeo, dando un paso atrás, sorprendida.

¿Es eso... es eso... es eso mi lobo?

Ha estado en un estado latente y muy débil toda mi vida. ¿Y ahora?

¿Por qué?

Levanto la mirada hacia Bruce.

*¿Tendrá algo que ver con él?*

Contra mi mejor juicio, la curiosidad se apodera de mí. —Está bien, de acuerdo —suspiro, descruzando los brazos—. ¿Qué es lo que usted y su manada quieren de mí?

Los hombros de Bruce se relajan visiblemente, y no puedo evitar sentir una punzada de... algo al verlo. —Es mi manada —dice, con la voz baja y tensa—. Fuimos atacados anoche por unas criaturas que parecían salidas de otro mundo; parecía que habían escapado del mismísimo infierno. Mis ejecutores y yo fuimos a luchar contra ellos y, aunque tuvimos éxito, muchos de mis hombres están heridos, y nuestros sanadores no parecen poder curarlos. Dexton dijo que usted es una bruja muy poderosa.

Me burlo. Oh, así que ahora soy poderosa.

*Aunque esto es serio.*

Lo miro fijamente, la mente acelerada. ¿Hombres lobo viniendo a pedirle ayuda a una bruja? Esto es muy inusual, por decir lo menos. Y el hecho de que sea Bruce, de todas las personas, el que lo pida... Bueno, eso solo añade otra capa de complicación.

—¿Y qué te hace pensar que estaría dispuesta a ayudarte? —pregunto, entrecerrando los ojos—. Por si lo has olvidado, los hombres lobo y las brujas no están precisamente en los mejores términos.

La mandíbula de Bruce se tensa, y puedo ver los músculos de su cuello tensarse con la tensión. —Lo sé —dice, con la voz áspera—. Créeme, lo sé. Pero mi manada se está muriendo, Ainz. Haré lo que sea para salvarlos, incluso si eso significa tragar mi orgullo y pedirle ayuda a una bruja.

La vulnerabilidad abierta en su expresión me toma por sorpresa, y me encuentro dudando. Está claro que esto no es una simple petición vacía; está desesperado, realmente desesperado. Y a pesar de mi mejor juicio, una parte de mí no puede evitar sentir una punzada de compasión.

Pero luego recuerdo con quién estoy tratando. Este es Bruce, el arrogante e irritante hombre lobo que me ha estado atormentando desde el día que nos conocimos. Y que me condene si voy a permitir que entre aquí y espere que deje todo para ayudarlo.

Con un resoplido burlón, sacudo la cabeza. —Lo siento, Bruce, pero debes estar fuera de tu mente si crees que voy a ayudarte. No me importa si toda tu manada está al borde de la muerte; no voy a mover un dedo para salvar a un montón de hombres lobo. Ni un solo hombre lobo me salvó o me ayudó cuando más lo necesité. —Sacudo la cabeza, odiando la dolorosa punzada en

mi corazón por mis propias palabras—. Tendrás que encontrar otra solución.

Intento esquivar a Bruce nuevamente, pero él es como una montaña: inmóvil e irritantemente persistente. Sin embargo, sus palabras desgastan mi determinación.

—Ainz, por favor —dice, con la voz tensa—. Te lo ruego. Si no nos ayudas, mi manada morirá. No puedo... No puedo perderlos.

Siento que mi corazón se retuerce dolorosamente en el pecho. Maldición. ¿Por qué tiene que sonar tan... sincero?

Quiero odiarlo, descartar su súplica y alejarme. Pero la desesperación en sus ojos, la emoción cruda en su voz, me están afectando, aunque no quiera admitirlo.

Cierro los ojos por un momento, luchando con mi conciencia. Sí, detesto a los hombres lobo. Sí, nos dieron la espalda cuando desesperadamente necesitábamos su piedra lunar hace tantos años.

Pero, ¿realmente voy a dejar que una manada entera se extinga solo porque estoy aferrándome a viejos rencores?

La respuesta, por mucho que me duela admitirlo, es no. No soy como ellos. Soy mejor que eso.

Abro los ojos y clavo una mirada en Bruce, incluso cuando siento que mi determinación se derrumba. —Está bien —digo con brusquedad, sin molestarme en ocultar mi irritación—. Lo pensaré. Pero no hago promesas, ¿entendido?

El alivio inunda sus rasgos, y tengo que apartar la mirada antes de hacer algo estúpido como sentir compasión por él.

Lo esquivo una vez más, y esta vez me deja pasar. Doy dos pasos antes de darme cuenta de algo y darme la vuelta de golpe.

—¿Y bien? —le exijo, levantando una ceja—. ¿No vienes? ¿Quién me va a llevar a mi tienda? Perdí el autobús gracias a ti y a tu historia triste.

Bruce parece que podría estallar contra mí por un momento, apretando la mandíbula. Pero luego respira hondo, calmándose visiblemente. —Gracias, Ainz —dice, con una voz sorprendentemente suave—. Aprecio que incluso lo estés considerando.

Una sonrisita se dibuja en mis labios antes de que pueda evitarlo. Rápidamente, vuelvo a poner mi expresión en un ceño fruncido. —Sí, bueno, no te entusiasmes demasiado. Aún no he acordado nada.

El viaje a mi tienda es tenso y silencioso. Puedo sentir la ansiedad de Bruce irradiando de él en oleadas, y me está poniendo nerviosa. Para cuando llegamos frente a mi pequeña tienda de hierbas, estoy prácticamente vibrando de energía nerviosa.

Matilda sale de la tienda justo cuando bajo del coche.

Sus ojos se abren y mira de Bruce a mí.

Pongo los ojos en blanco. —Es tu hora de cierre hoy, señora. Deja de mirarme así y vete a casa.

Ella sonríe y me abraza. —Definitivamente hablaremos de esto más tarde.

Después de echarle una mirada de aprecio a Bruce, finalmente se va y yo suspiro.

*Esa chica.*

En cuanto cruzamos la puerta, Bruce se vuelve hacia mí. —¿Has tomado una decisión? —pregunta, sus ojos buscando mi rostro.

Suspiré, ya moviéndome para recoger hierbas y pociones de los estantes. —Sí, te ayudaré —digo, sin poder evitar que la exasperación se cuele en mi voz—. Pero no creas que esto significa que me caes bien o tus amigos peludos.

El alivio de Bruce es palpable, pero no he terminado aún. Me giro para enfrentarlo, una sonrisa astuta jugando en mis labios. —Sin embargo —continúo—, toda la manada de hombres lobo me deberá un favor. Uno grande. Yo elegiré lo que quiero pedir y cuándo quiero pedirlo.

Sus ojos se abren ligeramente. Él sabe tan bien como yo lo significativo que es deberle un favor a una bruja. No es algo que se tome a la ligera.

Pero para su crédito, Bruce no duda. —De acuerdo —dice firmemente—. Lo que quieras, será tuyo. Solo… por favor, ayuda a mi manada.

Asiento, volviendo a mi tarea de reunir suministros. —No te preocupes, chico lobo. Arreglaré a tu manada. Pero no lo olvides: ahora me debes. Y pienso cobrar.

Mientras sigo reuniendo lo que necesito, no puedo evitar preguntarme en qué me he metido. ¿Ayudar a una manada de hombres lobo? Mis ancestros deben estar revolcándose en sus tumbas.

Pero si puedo mandar a Bruce en el proceso, bueno, eso está bien.

Revuelvo entre mis ingredientes, mi mente corriendo con posibles soluciones para la misteriosa enfermedad de los hombres lobo. De repente, una idea me golpea: una que es igualmente necesaria y deliciosamente maliciosa.

—Bruce —llamo, intentando mantener la sonrisa fuera de mi voz—. ¿Podrías ayudarme con algo? Necesito que sostengas esta hoja roja.

Él se acerca, con la ceja levantada pero obediente. Cuando estira la mano hacia la hoja, saco rápidamente un cuchillo pequeño y afilado de mi manga. Antes de que pueda reaccionar, hago un corte rápido y superficial en su muñeca.

—¿Qué…? —grita Bruce, retirando su mano. Pero soy más rápida, ya recolectando su sangre en un pequeño vial.

La expresión de shock y traición en su rostro no tiene precio. No puedo evitar soltar una pequeña risita ante su evidente incomodidad.

—Relájate, chico lobo —digo, tapando el vial con un gesto teatral—. Es para la poción. La sangre de hombre lobo es un ingrediente clave.

Él me mira con los ojos entrecerrados, claramente sin creerlo. —¿De verdad?

Lo mantengo con la mirada un momento antes de romper en una amplia sonrisa. —¡No! Solo quería ver cómo reaccionarías. Considera esto un pago por todas las veces que me has molestado. —Guardo su sangre en un lugar seguro.

El rostro de Bruce pasa por una gama de emociones— ira, incredulidad y, finalmente, un amargo divertimiento. —Eres una bruja loca —gruñe.

—Lo tomaré como un cumplido —bromeo, volviendo a mi trabajo—. Ahora, veamos con qué estamos lidiando realmente.

Mientras reviso mis ingredientes, una sensación de inquietud se instala en mi estómago. Falta una hierba crucial, una que sé es esencial para la poción que necesitamos.

*Nightingale*.

—Maldición —murmuro, mordiéndome el labio inferior. Odio admitirlo, pero podría necesitar ayuda con esto.

Saco mi teléfono y busco el número de mi hermana. No hemos hablado en días, pero si alguien tiene esta hierba, sería ella. Marco, conteniendo la respiración.

Un tono. Dos tonos. Tres… buzoncillo de voz. Otra vez.

—Vamos, Adira —me quejo, tirando el teléfono a un lado con frustración—. No es momento de hacerme el vacío.

Bruce me mira con curiosidad. —¿Todo bien?

Lo aparto con un gesto, ya moviéndome hacia mi laptop. —De maravilla. Mi hermana decidió jugar a las escondidas, como siempre.

Entro a YouTube, navegando rápidamente al canal de Adira.

Pero, a medida que la página carga, mi corazón se hunde. Su último video fue publicado hace semanas.

—¿Qué diablos te pasó, Adira? —murmuro, recorriendo su contenido viejo en vano.

Bruce aclara su garganta, recordándome su presencia. —¿Ainz? ¿Hay algún problema?

Me giro hacia él, con una expresión sombría. —Podrías decirlo así. Necesitamos una hierba rara para esta poción, Nightingale. Sin ella, no estoy segura de poder ayudar a tu manada.

—Pero —continúo, mientras se me ocurre una idea—, podría haber una manera de conseguirla. Si estás dispuesto a una pequeña aventura, claro.

Los ojos de Bruce se iluminan con esperanza. —Lo que sea. ¿Qué necesitas que haga?

Me encojo de hombros. —Irás de excursión, chico lobo. Hay un lugar en lo profundo del bosque donde podría crecer esta hierba.

—¿Vendrás conmigo?

Me río. —Por supuesto que no. Hacer una poción es algo que ni siquiera quiero hacer. ¿Por qué añadir a eso poniendo mi vida en peligro?

—¿No eres una bruja poderosa?

Le lanzó una mirada fulminante. —El bosque es peligroso para todas las criaturas, pero especialmente para alguien como yo.

—¿Alguien como tú? —repite, con evidente confusión en su voz.

—Una bruja, genio. El bosque no siempre es amable con mi especie. Tampoco lo es con la tuya, pero tú eres el desesperado, así que tú vas.

Bruce entrecierra los ojos. —No estarás intentando que me maten, ¿verdad?

Me río. —¿Quién sabe? Tal vez solo casi mueras una o dos veces en el proceso. Pero asegúrate de traer Nightingale, o esto habrá sido una completa pérdida de mi tiempo.

Su gemido de exasperación es música para mis oídos mientras se adentra en lo desconocido. Esto va a ser interesante, por decir lo menos.

Observo la figura de Bruce hasta que el bosque lo engulle por completo. Una parte de mí espera que no muera ahí fuera, pero una parte más grande simplemente está aliviada de deshacerme de él por ahora.

Con un suspiro, me doy vuelta y comienzo el camino de regreso a mi cabaña. El sendero familiar serpentea por las afueras del bosque, y no puedo evitar sentir una punzada de inquietud. Los árboles parecen acercarse más, sus ramas extendiéndose como dedos retorcidos. Acelero el paso.

Finalmente, llego a la seguridad de mi hogar. Tan pronto como cierro la puerta tras de mí, me apoyo en ella, soltando un aliento que no me di cuenta de que estaba conteniendo. El peso de los eventos del día cae sobre mis hombros, y recuerdo por qué tomé este trabajo en primer lugar.

Apartándome de la puerta, me dirijo a mi estudio. La habitación está abarrotada de libros, pergaminos y varios implementos mágicos. Navego por el caos organizado con facilidad, dirigiéndome directamente a un estante en particular.

Mis dedos recorren los lomos de varios tomos antiguos antes de detenerse en el que necesito. —Aflicciones demoníacas y sus remedios— murmuro, sacando el pesado libro de su lugar. La cubierta de cuero está agrietada y desgastada, un testimonio de su edad y de las incontables veces que he hojeado sus páginas.

Me acomodo en mi sillón favorito, con el libro abierto sobre mi regazo. Mientras avanzo por las páginas familiares, mi mente divaga hacia la verdadera razón por la que estoy tan involucrada en esta investigación. El recuerdo del dolor ardiente y el olor acre de carne quemada amenaza con abrumarme, pero lo reprimo. No ahora. No puedo permitirme perderme en esos recuerdos.

En lugar de eso, me concentro en la tarea que tengo entre manos. El libro detalla varios tipos de lesiones demoníacas y sus posibles curas. Algunas son sencillas: un emplasto aquí, un conjuro allá. Otras son más complejas, requiriendo ingredientes raros o rituales intrincados.

Agarro un cuaderno cercano y comienzo a anotar ideas. Si Bruce logra traer el ruiseñor, sus plumas podrían ser un componente clave en un ungüento curativo. Combinadas con las hierbas adecuadas y un toque de mi propia magia, podría ser lo suficientemente potente como para...

Un pensamiento repentino de Bruce tropezando por el bosque, probablemente perdido y maldiciendo mi nombre, invade mi concentración. Sacudo la cabeza, desterrando la imagen. Él no es mi problema. El trabajo es lo que importa. La posible cura es lo que importa.

Las horas pasan mientras me sumerjo más en mi investigación. Las velas se consumen, proyectando sombras titilantes sobre las páginas. Mis ojos arden por el esfuerzo, pero sigo adelante. Cada pieza de información, cada posible remedio, me acerca un paso más a mi objetivo.

Cuando la primera luz del amanecer comienza a asomarse por las ventanas, finalmente dejo el libro a un lado. Mi cuaderno está lleno de notas garabateadas e ideas a medio formar. Es un comienzo, pero todavía queda mucho trabajo por hacer.

Me estiro, con mis articulaciones crujiendo en protesta después de horas de inmovilidad. Al levantarme, mi mirada cae sobre una pequeña fotografía enmarcada escondida detrás de una pila de libros. Por un momento, me tienta mirarla, recordarme por qué estoy haciendo todo esto.

Pero resisto el impulso. No puedo permitirme ser sentimental ahora. Hay trabajo que hacer, y Bruce regresará pronto, si sobrevivió a la noche, claro. Necesito estar lista.

Con determinación en mi mandíbula, comienzo a prepararme para el día que viene. Pase lo que pase, lo enfrentaré de frente. Después de todo, eso es lo que las brujas hacen mejor.

# CAPÍTULO 6



## BRUCE

Llevo aquí más de veinte minutos.

Y mientras avanzo más adentro del bosque, todos mis sentidos están en alerta máxima. Este no es un bosque cualquiera: es un lugar donde las pesadillas cobran vida.

Los árboles se alzan imposiblemente altos, sus ramas retorciéndose en formas grotescas que parecen alcanzarme. Las sombras bailan en el borde de mi visión, desapareciendo siempre cuando me giro para mirar.

El aire mismo se siente pesado, cargado de una energía que hace que se me erice el vello.

—Maldita sea, Ainz —murmuro, agachándome bajo una rama baja que gotea una especie de savia de olor nauseabundo—. ¿No podías haberme enviado a recoger margaritas a un prado soleado?

Una rama se rompe detrás de mí, y me doy la vuelta rápidamente, con las garras extendidas.

No hay nada ahí, al menos nada que pueda ver. Pero la sensación de ser observado es abrumadora. Inspiro hondo, intentando captar un olor, pero el aire está cargado con el hedor de la descomposición y algo más... algo que no pertenece a este mundo.

—Mantén la calma, Bruce —me gruño a mí mismo—. Has enfrentado cosas peores que esto.

Pero incluso mientras lo digo, la duda me carcome. ¿He enfrentado cosas peores? Este bosque se siente antiguo, primitivo de una manera que hace que incluso mi lobo quiera esconderse. Y cuanto más adentro voy, más fuerte se hace la sensación de que no soy bienvenido aquí.

Un pensamiento me golpea, y no puedo evitar soltar una risa amarga. —¿Es esto lo que querías, Ainz? ¿Me enviaste aquí esperando que no volviera?

Esto se siente como una maldita misión suicida.

Antes de que pueda ahondar en ese pensamiento deprimente, el aire a mi alrededor se vuelve repentinamente frío. Quiero decir, frío como hielo en las venas, que congela el aliento en los pulmones.

*Mierda*.

Me giro y mi corazón casi se detiene.

Flotando a unos metros de distancia está... bueno, no estoy seguro de qué es. Parece vagamente humanoide, pero su cuerpo es translúcido, cambiando y deformándose como humo. Sus ojos, sin embargo, son demasiado reales. Completamente negros y llenos de un hambre que hace que se me hiele la sangre.

—Bueno, bueno —sisea, con una voz que parece uñas arrastrándose por una pizarra—. ¿Qué tenemos aquí? Un lobito, completamente solo en el bosque grande y malo.

Enseño los dientes, intentando parecer más seguro de lo que me siento. —No soy pequeño, y definitivamente no estoy solo. Mi...

—Tu manada no está aquí —interrumpe la criatura, deslizándose más cerca—. Solo estamos tú y yo, lobo. Y tengo mucha, mucha hambre.

*Maldita sea*.

Se lanza hacia mí, más rápido que cualquier cosa que haya visto. Apenas logro esquivarlo, sintiendo el toque helado de su... ¿cuerpo? ¿esencia? rozar mi brazo. El dolor estalla donde me tocó, como si mi alma misma se estuviera congelando.

—¡Mierda! —gruño, retrocediendo. Esta cosa no se parece a ningún ser sobrenatural que haya enfrentado antes. Es más antigua, más poderosa. Y me quiere en su estomago brumoso.

Por un momento, el verdadero miedo se apodera de mí. ¿Así es como termina todo? ¿Destrozado por un horror innombrable en un bosque maldito, solo porque una bruja hermosa me pidió que encontrara una hierba?

Pero entonces pienso en mi manada. En sus rostros, retorcidos por el dolor de heridas que no cicatrizan. En la confianza que depositan en mí como su Alfa. Y en Ainz —la irritante y fascinante Ainz— trabajando para salvarlos.

No. No he llegado hasta aquí para morir ahora.

Dejo que el cambio me tome, los huesos crujen y se reforman mientras me transformo en mi forma de lobo. La criatura se detiene, claramente sin esperar esto. Aprovecho su momento de vacilación para atacar, lanzándome sobre ella con toda la fuerza y velocidad que poseo.

Mis garras atraviesan su forma humeante, pero siento que conectan con algo sólido en su núcleo. La cosa grita, un sonido que hace que mis oídos sientan como si estuvieran sangrando. Pero no me detengo. La destrozo una y otra vez, ignorando el frío mordiente que se filtra en mi cuerpo con cada contacto.

Finalmente, después de lo que parecen horas pero probablemente fueron solo minutos, la criatura se disipa con un último alarido ensordecedor. Me desplomo en el suelo, jadeando pesadamente, mi cuerpo duele de formas que no sabía que eran posibles.

Mientras yago ahí, recuperando el aliento y esperando que mi curación acelerada haga efecto, no

puedo evitar reírme. Es un sonido un tanto histérico, pero no puedo detenerlo.

—Escogiste al lobo equivocado con quien meterte —suelto entre jadeos al bosque vacío—. Tengo una manada que salvar y una bruja a la que demostrarle que está equivocada.

Lentamente, me levanto. Estoy magullado, exhausto y bastante seguro de que tengo congelación en lugares que no sabía que podían congelarse. Pero estoy vivo. Y no saldré de este bosque maldito hasta que encuentre esa maldita hierba.

No he avanzado más de diez pasos cuando escucho algo de nuevo.

Una ramita se rompe bajo mi pie, y me detengo, escuchando atentamente. Hay movimiento a mi izquierda —algo grande. Me agacho, listo para transformarme en cualquier momento. Un oso masivo aparece, su nariz se mueve al percibir mi olor.

—Hoy no, amigo —gruño, dejando que un poco de mi lobo se refleje en mis ojos. El oso vacila, luego se da la vuelta y se aleja. Buena decisión.

Mientras continúo mi camino, mi mente vaga hacia Ainz. Esa bruja irritante y fascinante. No puedo entenderla, y eso me está volviendo loco.

¿Qué tiene ella que me afecta tanto?

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. No puedo permitirme distraerme ahora. Mi manada me necesita.

Y hablando de responsabilidades...

La presión por encontrar una pareja ha estado aumentando. Los ancianos han estado insinuando, no tan sutilmente, que es hora de que me establezca, de asegurar el futuro de nuestro linaje. Pero la idea de estar atado a alguien solo por el deber me da escalofríos.

Entonces, sin querer, el rostro de Ainz aparece en mi mente. Sus ojos feroces, esa sonrisa traviesa...

—Compórtate, Bruce —murmuro para mí mismo, escalando una pendiente empinada—. Es una bruja, por el amor de la luna. Una bruja que odia a tu especie con pasión. No funcionará.

Pero incluso al decirlo, no puedo convencerme del todo de que sea cierto.

Un movimiento repentino llama mi atención, y apenas esquivo a tiempo cuando una serpiente venenosa ataca mi tobillo. —¡Mierda! —gruño, saltando hacia atrás. La serpiente se levanta para otro ataque, pero esta vez estoy preparado. Con un movimiento rápido y preciso, agarro una rama cercana y clavo la cabeza de la serpiente en el suelo.

—Buen intento —jadeo, la adrenalina corriendo por mis venas—. Pero tengo una bruja a la que regresar.

Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas, y me quedo congelado. ¿Una bruja a la que regresar?

Diosa ayúdame.

Finalmente, después de lo que parecen horas de búsqueda, lo veo. Un pequeño grupo de plantas con hojas de un vibrante color púrpura, escondido en un claro apartado. La hierba que Ainz describió.

*Ruiseñor*.

—Gracias a la luna —respiro, mientras recojo con cuidado unas ramitas. Al guardarlas de forma segura, una sensación de triunfo me invade. Lo conseguí. Encontré el ingrediente que salvará a mi manada.

El viaje de regreso es un borrón de determinación y anticipación. Cuando llego a la tienda de Ainz, estoy agotado, maltrecho y probablemente huelo como si hubiera estado luchando contra demonios.

Entro de golpe por la puerta, sosteniendo las hierbas como si fueran un trofeo. —Las tengo —anuncio, sin poder ocultar el orgullo en mi voz.

Ainz se da la vuelta, y sus ojos se abren de par en par al verme en mi estado desaliñado. Por un momento, juro que veo alivio en su mirada, rápidamente ocultado por su sarcasmo habitual.

—Bueno, bueno —dice con calma, pero puedo escuchar el tono de impresión en su voz—. Parece que sigues vivo. Ya empezaba a pensar que te habías perdido o que te había comido una ardilla.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro.

Ainz toma las hierbas, y sus dedos rozan los míos por un breve instante. El contacto me recorre como una descarga, y tengo que resistir el impulso de agarrar su mano y acercarla más.

—Muy bien —dice, con una voz más suave de lo habitual—. Hagamos esto.

Mientras la veo trabajar, me asalta una revelación. Lo que sea que hay entre nosotros —esta tensión, esta atracción— no va a desaparecer. Y tal vez, solo tal vez, no quiero que desaparezca.

Pero por ahora, mi manada es lo primero. Todo lo demás... bueno, eso es un problema para el Bruce del futuro. En este momento, tengo una bruja a la que ayudar y una manada que salvar. Y, honestamente, no hay otro lugar donde prefiera estar.

Me apoyo contra la pared de la tienda de Ainz, observándola trabajar. Sus movimientos son precisos, casi hipnóticos, mientras combina los ingredientes con facilidad. Nunca había visto a una bruja preparar pociones de cerca, y me siento fascinado.

—¿Vas a quedarte ahí mirando como un bobo, o piensas hacerte útil? —la voz de Ainz corta mis pensamientos, aguda pero no desagradable.

Me enderezo, aclarando mi garganta. —¿Qué necesitas que haga?

Ella levanta la vista. —¿Crees que puedes triturar estas hierbas sin convertirlas en una papilla?

—Por favor —me burlo, acercándome a su lado—. Tengo más control en mi meñique que la mayoría en todo su cuerpo.

Mientras trabajo, no puedo evitar lanzar miradas furtivas a Ainz. La forma en que su ceño se frunce en concentración, la leve inclinación de su cabeza al medir los ingredientes... Es extrañamente cautivador. Siempre había visto a las brujas como el enemigo, como seres de los que desconfiar. Pero observando a Ainz ahora, todo lo que veo es dedicación y habilidad.

Y odio hacia los hombres lobo.

—No estás tan mal en esto —murmura Ainz, con los ojos en mis manos mientras trituro las hierbas—. Para ser un hombre lobo, quiero decir.

—Sí, bueno —respondo, tratando de mantener mi voz despreocupada—, te sorprendería saber que somos buenos para más cosas que aullarle a la luna y perseguir nuestras colas.

Ainz suelta una risa sorprendida, y el sonido me afecta de alguna manera. Quiero escucharlo de nuevo.

Caemos en un ritmo, trabajando codo a codo. El aire entre nosotros se siente cargado, como el momento previo a una tormenta. Cada vez que nuestras manos se rozan, siento una descarga eléctrica.

—Bruce —dice Ainz en voz baja, su voz inusualmente seria—. Necesito preguntarte algo.

Me giro hacia ella, de repente consciente de lo cerca que estamos. —¿Qué pasa?

Ella vacila, luego me mira a los ojos. —¿Por qué viniste a mí en busca de ayuda? Quiero decir, sé que soy tu única opción, pero... podrías haber enviado a alguien más. ¿Por qué arriesgarte a venir tú mismo?

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Por qué vine? La respuesta fácil es que es mi responsabilidad, haré lo que sea necesario para proteger a mi manada. Pero al mirar a los ojos de Ainz, me doy cuenta de que hay más.

—Supongo… Creí que podría hacer que nos ayudaras —admito, sintiendo que las palabras me resultan extrañas—. A pesar de todo, de nuestra historia… Sabía que lo harías. Y quería ser yo quien te lo pidiera, quería ser yo quien estuviera aquí, tan cerca de ti.

Los ojos de Ainz se abren ligeramente y noto algo que parpadea en sus profundidades.

El aire entre nosotros chispea, casi como electricidad. Y como un imán, mis ojos siguen lentamente el rastro que deja su lengua al deslizarse sobre su labio inferior.

Gruño.

*Diosa*. Necesito saber a qué saben esos labios.

Sus propios ojos se oscurecen mientras me mira y emite un pequeño sonido bajo su respiración.

*Creo que moriré si no siento sus labios sobre los míos.*

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, me inclino, y ella se acerca a la mitad del camino.

Nuestros labios chocan, y es algo que nunca antes he experimentado. Es fuego y hielo, desafío y rendición al mismo tiempo. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola más cerca, y ella enreda sus dedos en mi cabello.

Por un momento, todo lo demás desaparece. No hay una manada que salvar, ni una antigua enemistad entre nuestras especies. Solo somos nosotros, Ainz y Bruce, bruja y hombre lobo.

Pero entonces la realidad vuelve con fuerza. Ainz se separa bruscamente, con las mejillas sonrojadas y la respiración entrecortada.

—Yo… no podemos —tartamudea, dando un paso atrás—. Esto no está… Esto no está bien, no ando besando hombres lobo.

Sus palabras son como un balde de agua fría. Paso una mano por mi cabello, intentando ordenar mis pensamientos. —Ainz, yo…

Pero me interrumpe. —Deberíamos centrarnos en la poción. Tu manada la necesita.

Y así, el momento se esfuma. Volvemos al trabajo, pero el aire entre nosotros está cargado de palabras no dichas y emociones encontradas.

*¿Qué demonios acaba de pasar entre nosotros?*

# CAPÍTULO 7



## AINZ

*No puedo, por más que lo intente, dejar de pensar en ese beso.*

Han pasado tres días, y aquí estoy, arreglando flores en mi tienda mientras mi mente traidora sigue repitiendo el momento en que los labios de Bruce encontraron los míos.

¿La peor parte? Ambos estamos fingiendo que nunca sucedió. Como dos adolescentes torpes que chocaron accidentalmente en el pasillo.

—Ainsley —la voz de Matilda me saca de mi ensueño—. Has estado mirando esa rosa durante cinco minutos seguidos.

Parpadeo, dándome cuenta de que efectivamente he estado sosteniendo la misma rosa roja, olvidada en medio del arreglo. —Simplemente pensando en la colocación adecuada —miento con soltura, colocándola en el ramo con facilidad.

—Ajá —la sonrisa cómplice de Matilda me dan ganas de lanzarle un pequeño hechizo—. ¿Esta colocación adecuada tendrá algo que ver con ese hombre alto, moreno y guapo que sigue visitando después de horas?

La cinta que estoy atando alrededor del jarrón se me escapa de las manos. —Solo está supervisando el proceso de arreglo floral —digo con formalidad, recuperando la cinta caída—. Ya sabes, asegurándose de que no ponga en riesgo sus flores.

Sí, me escuchaste bien. Le mentí a Matilda que Bruce era simplemente un hombre amante de las flores que encargó un arreglo especial y diferente que es difícil de lograr y tiene que estar aquí para guiarme.

—Claro —la sonrisa de Matilda se ensancha—. Por eso se queda hasta medianoche y por qué sonríes cada vez que cruza esa puerta.

—No lo hago —empiezo a protestar, pero la campana de la tienda suena y entra una pareja de ancianos.

Gracias a las estrellas por las interrupciones convenientes.

Reconozco a la mujer de inmediato: una bruja que ha estado comprando mis pociones de amor durante meses. Su amante humano sostiene su mano, ambos irradiando felicidad.

Es dulce, realmente, incluso si me recuerda incómodamente mi propia situación complicada.

Algo que realmente no debería estar entreteniendo en mi cabeza. Algo que nunca debería haber permitido que sucediera.

—¿Lo de siempre? —pregunto, alcanzando ya el compartimento escondido debajo del mostrador donde guardo los productos más... especializados.

La dulce bruja de cabello castaño asiente, y capto su mirada sutil hacia la trastienda. Después de excusarme, la llevo allí mientras su pareja hojea los arreglos florales con Matilda.

—Oh, Ainsley. No sabes lo agradecida que estoy. Estoy feliz de haberte conocido. La poción está funcionando perfectamente —me dice, sus ojos brillando con gratitud—. Estamos pensando en casarnos la próxima primavera.

Mi corazón da un vuelco extraño. —Eso es maravilloso —digo, y lo digo en serio.

Incluso si me hace pensar en ciertos hombres lobo y en ciertos besos en los que definitivamente no estoy pensando.

Basta, Ainsley. *No vas a entretener más pensamientos sobre ese egoísta hombre lobo.*

*Sí, él es como todos los demás. Egoísta, arrogante y molesto.*

De vuelta en el mostrador, estoy terminando de envolver su compra cuando Matilda se acerca a mí ya lista para irse. —Ainsley, me voy ya. Pero quería preguntarte algo. ¿Has logrado contactar a Adira? Sé que tus amigos consiguieron lo que necesitábamos. Solo quería asegurarme de que Adira esté bien.

Mis manos se detienen a mitad del envoltorio. He estado tan metida en el drama de los hombres lobo y en la preparación de pociones que no he revisado actualizaciones sobre Adira en su canal en días. Ni siquiera he pensado en darle un "me gusta".

Algo incómodo se asienta en mi estómago.

—Probablemente solo esté viajando; estará bien. Sabremos de ella cuando regrese —digo, pero incluso yo puedo escuchar la incertidumbre en mi voz. Adira siempre me cuenta sus planes de expedición con anticipación. Siempre.

Termino el resto de mi turno en un estado de aturdimiento, mi mente va y viene entre el silencio inusual de Adira, la poción que estaba preparando y, estúpidamente, el beso. Para la hora de cierre, soy un desastre de energía nerviosa, sabiendo que Bruce llegará pronto para otra sesión de "supervisión".

Y, como era de esperar, justo cuando estoy cerrando, su aroma familiar llega a mí: agujas de pino y aire de montaña con un toque de bayas silvestres.

Mi corazón hace esa molesta palpitación de nuevo. Honestamente, es simplemente ridículo.

No me doy la vuelta. —Sabes, la mayoría de los supervisores no trabajan en el turno de la noche.

—La mayoría de los preparadores de pociones no les contestan a sus supervisores —su voz grave resuena detrás de mí, y puedo escuchar la sonrisa en ella.

Finalmente me giro para enfrentarlo, decidida a mantener mi compostura profesional. Pero cuando nuestros ojos se encuentran, lo único en lo que puedo pensar es en cómo se sintieron sus labios contra los míos, y en cuánto quiero sentirlos de nuevo.

No es que lo admitiría en voz alta. Todavía me queda algo de orgullo.

De ninguna manera querría que un hombre lobo pensara que es superior. Lo usarían en mi contra. Siempre lo hacen.

—¿Empezamos? —hago un gesto exageradamente formal hacia mi espacio de trabajo, luchando contra el impulso de alisarme el cabello—. No quisiera retrasar el sueño de belleza del poderoso alfa.

Los ojos de Bruce se estrechan ligeramente ante mi tono, pero me sigue adentro. La pequeña habitación trasera se siente aún más pequeña con su presencia llenando cada rincón. Me ocupo en reunir los ingredientes, muy consciente de cada uno de sus movimientos.

—El polvo de piedra lunar debe agregarse gradualmente —explico, manteniendo mi voz profesionalmente distante mientras mido la cantidad precisa—. Aunque estoy segura de que los métodos de tu manada son mucho más... primitivos.

Un gruñido bajo retumba detrás de mí. Mi corazón se acelera, pero me niego a mostrar cualquier reacción. —Cuidado, bruja. Incluso tu lengua afilada tiene límites.

—¿Preocupado de que pueda herir tus sentimientos? —Me giro hacia él, con el polvo en la mano —. Y yo que pensaba que los alfas se suponía que eran duros.

Él se acerca más, demasiado cerca. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, ver el peligroso brillo en sus ojos. —Estás jugando con fuego, Ainsley.

—Mejor que jugar con lobos —mantengo mi posición, incluso cuando cada terminación nerviosa en mi cuerpo grita para que huya o cierre la distancia entre nosotros—. Ahora, si has terminado con las tácticas de intimidación, tengo trabajo que hacer.

Vuelvo a mi caldero, agregando el polvo de piedra lunar con una precisión deliberada. Mis manos tiemblan ligeramente, y sé que él lo nota.

Malditos sentidos de hombre lobo.

La poción burbujea, proyectando un brillo azul etéreo por la habitación. La remuevo en sentido contrario a las agujas del reloj, tratando de ignorar cómo la presencia de Bruce detrás de mí me hace temblar. Está lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su aliento en mi cuello.

—Tu corazón está acelerado —murmura.

—Porque estás respirando en mi cuello como un perro guardián gigante —agrego lavanda

triturada con más fuerza de la necesaria—. Es distrayente.

—¿Es así como lo llamamos ahora? —Su voz tiene un dejo de diversión que me dan ganas de arrojarle todo el caldero. O besarlo.

Tal vez ambas cosas.

Dioses, ¿este astuto hombre lobo habrá usado algún tipo de hechizo en mí?

*Necesito controlarme.*

Aprieto más fuerte mi varilla de revolver. —No te hagas ilusiones. Reaccionaría igual con cualquier depredador que invadiera mi espacio personal.

—¿Depredador? —Ahora suena genuinamente ofendido. Bien—. ¿Es eso lo que realmente piensas de mí?

—¿Qué más debería pensar? —Las palabras salen amargas, con años de prejuicios y dolor dejándose sentir—. Tu clase siempre se ha creído superior. Utilizando su fuerza para tomar lo que quieren, sin importarles las consecuencias.

El silencio que sigue se siente pesado, cargado de tensiones no expresadas. La poción hierve entre nosotros, su suave resplandor azul destacando los ángulos marcados del rostro de Bruce cuando finalmente me atrevo a mirarlo.

Su expresión es inescrutable, pero algo en sus ojos hace que mi pecho se oprima. Él avanza, y yo retrocedo, chocando contra la mesa de trabajo.

Atrapada.

—No sabes nada de mi clase —dice en voz baja, de manera peligrosa—. Ni de mí.

—Sé lo suficiente —mi voz sale más entrecortada de lo que me gustaría—. Sé lo que pasa cuando las brujas confían en los hombres lobo.

Su mano se alza para apartar un mechón de mi rostro, y odio cómo me inclino hacia su toque antes de poder evitarlo—. Quizás es hora de que aprendas algo nuevo.

La poción se desborda, rompiendo el momento. Me agacho bajo su brazo, agradecida por la excusa para poner distancia entre nosotros—. La poción necesita removerse —digo con brusquedad, ignorando cómo me hormiguea la piel donde me tocó.

Pero mientras trabajo, puedo sentir sus ojos sobre mí, y sé con una certeza aterradora que lo que sea que esté creciendo entre nosotros no va a desaparecer. No importa cuánto desee que así sea.

Me obligo a concentrarme en la tintura, agregando los ingredientes finales con un cuidado meticuloso.

Esta poción es demasiado importante para arruinarla por... lo que sea que esto sea con Bruce. Los pétalos de plata de la flor lunar se disuelven en la mezcla, creando una espiral de hilos iridiscentes.

—Necesita hervir por otra hora —anuncio, secándome las manos en el delantal—. Y voy contigo cuando la administres.

Las cejas de Bruce se elevan—. ¿Quieres venir a la manada?

—No te veas tan sorprendido —compruebo la temperatura de las llamas bajo el caldero—. Necesito monitorear los efectos de primera mano. A menos que prefieras que los miembros de tu manada se conviertan en sapos si algo sale mal.

—Y yo que pensé que tal vez te importaba de verdad.

Le lanzo una mirada asesina—. Me enorgullezco de mi trabajo, lobo. Eso es todo.

La hora pasa en un silencio tenso. Envuelvo la poción terminada con cuidado, empacando ingredientes adicionales por si se necesitan ajustes. Solo porque sean hombres lobo no significa que entregaré un trabajo mediocre.

El viaje al territorio de la manada es incómodo, por decir lo menos. El coche de Bruce huele como él, y estar confinada en este pequeño espacio con su aroma a mi alrededor es... distraído. Me concentro en repasar mentalmente las propiedades de la poción en lugar de cómo su mano roza la mía al cambiar de marcha.

Cuando llegamos a la casa de la manada, mi estómago se tensa. Hay hombres lobo por todas partes, sus ojos curiosos siguiendo nuestra llegada. Levanto la barbilla, apretando mi bolsa de poción con más fuerza. Me niego a mostrar debilidad alguna.

—¿Lista? —pregunta Bruce, abriendo mi puerta.

—Vamos a terminar con esto —murmuro, saliendo del coche. Los olores de la manada me golpean de repente: tierra, bosque y algo salvaje que hace que mi lado de bruja quiera retroceder y mi lado de lobo enterrado quiera... algo que no estoy lista para examinar.

Los lobos heridos están en un edificio aparte, y estoy agradecida por la privacidad. Sus condiciones son peores de lo que esperaba: rostros pálidos, ojos apagados, espíritus visiblemente dañados.

Algo se retuerce en mi pecho, pero lo aparto. Estoy aquí como una profesional.

—Bien —digo, sacando la primera botella—. Veamos con qué estamos lidiando.

Trabajo metódicamente, revisando la condición de cada paciente antes de administrar la tintura. Sus heridas son diferentes a cualquier cosa que haya visto antes: no solo físicas, sino algo más oscuro, algo que hace que mis sentidos mágicos se estremezcan incómodamente.

Un lobo joven —apenas un adolescente— gime cuando me acerco con la poción. Sin pensar, me encuentro tarareando suavemente, como solía hacer mi madre al tratar a los pacientes. Es puramente práctico, me digo. Los pacientes tranquilos se curan mejor.

—Pequeños sorbos —instruyo, ayudándole a beber—. No luches contra la magia, déjala actuar.

El efecto es casi inmediato. El color regresa a sus mejillas y sus ojos se iluminan. Alrededor de la

habitación, otros lobos muestran mejoras similares. Me muevo entre ellos, tomando notas, ajustando las dosis, ignorando firmemente las miradas cómplices de Bruce.

—Eres buena en esto —dice en voz baja mientras me observa trabajar.

—Lo sé —mido otra dosis, manteniendo la voz serena—. Tu sorpresa se nota, alfa.

Un bullicio en la puerta capta nuestra atención. Mi estómago se encoge cuando veo quién es.

—¿Señorita Ainsley? —Dexton está ahí de pie, mirándome con una expresión que me hace querer desaparecer bajo el suelo—. ¿Tú... viniste a ayudarnos?

Oh, maravilloso. Justo lo que necesitaba: un lobo adolescente enamorado que hace esto aún más complicado de lo que ya es.

Puedo sentir a Bruce tensarse a mi lado, y el aire de repente se vuelve espeso con un tipo de tensión completamente diferente. Este día sigue mejorando cada vez más.

Respiro hondo y pongo mi mejor sonrisa profesional al volverme hacia Dexton. —Sí, estoy aquí para ayudar. Eso es lo que hago: ayudar a la gente, incluso cuando son... —me detengo, conteniendo el comentario sarcástico sobre lobos molestos. Ahora no es el momento.

—¡Guau, señorita Ainsley, no puedo creer que estés realmente aquí en nuestro territorio de la manada! —Los ojos de Dexton brillan prácticamente de admiración.

Oh, cielos.

Siento a Bruce moverse a mi lado, su presencia de repente muy grande y muy cálida. El aire chispea con una tensión extraña que no logro identificar. La mirada de Dexton va de uno a otro, frunciendo ligeramente el ceño.

—Bueno, créelo —digo con brusquedad—. Ahora, ¿dónde están los pacientes que necesitan la poción?

Pero Dexton no se mueve de la puerta. —Es solo que... quería decirte lo increíble que eres. La forma en que elaboras pociones, cómo nos enseñas en clase... eres asombrosa.

Oh, por el amor de... Resisto el impulso de rodar los ojos. —Eso es muy amable, Dexton, pero...

—Esperaba que quizás pudiéramos hablar más, fuera de clase —parece tan sincero que casi duele—. ¿Conocernos mejor?

Oigo un rumor bajo de Bruce que suena sospechosamente como un gruñido. Genial. Simplemente genial. Atrapada entre un lobo alfa y su primo adolescente enamorado. No es así como imaginé que iría mi día.

—Dexton —digo con firmeza, mirándolo a los ojos—. Estoy halagada, de verdad. Pero soy tu maestra, y eso es todo lo que seré. Necesitas dirigir tus sentimientos a otro lado, ¿entendido?

Su rostro se desanima, pero no le presto atención porque lo último que necesito es fomentar el enamoramiento de un estudiante, especialmente cuando dicho estudiante es un lobo.

—Bien, hay más miembros heridos en el ala oeste —Dexton aprieta los dientes, mirando al suelo.

—Bien —suavizo un poco el tono—. ¿Puedes mostrarnos dónde están los miembros heridos de la manada? Tenemos trabajo que hacer.

Dexton asiente con tristeza y se hace a un lado. Mientras lo seguimos por el pasillo, casi puedo sentir las oleadas de satisfacción que emanan de Bruce. Le echo una mirada furtiva y parece tan sombrío como su primo.

¡Necesito salir de esta situación!

Las siguientes horas pasan en un torbellino de actividad. Paso de paciente en paciente, administrando la poción y monitoreando sus efectos. Para mi sorpresa, muchos de los lobos son amigables, incluso agradecidos. Hacen preguntas sobre la poción, mostrando un interés genuino en mi oficio.

Mientras trabajo, no puedo evitar notar cómo interactúan entre ellos: las bromas suaves, las miradas preocupadas, la forma en que se unen alrededor de sus compañeros heridos. Es... no lo que esperaba. No son las criaturas frías y arrogantes que siempre imaginé. Son una familia.

Estoy tan absorta en mis observaciones que casi no me doy cuenta cuando uno de los pacientes comienza a mostrar una reacción extraña. Su respiración se vuelve laboriosa y un leve brillo de sudor aparece en su frente.

—Bruce —llamo con firmeza. Está a mi lado en un instante.

—Algo no está bien —frunzo el ceño, revisando el pulso del lobo—. Esto no debería estar sucediendo.

Mientras trabajo para estabilizar al paciente, un pensamiento persistente tira de mi mente. La hierba que suelo usar para equilibrar esta poción... ¿cuándo fue la última vez que Adira me la trajo? De repente, me doy cuenta de que no puedo recordar. ¿Cuánto ha pasado desde la última vez que hablé con mi hermana?

El lobo se estabiliza, pero mi inquietud crece. Necesito ver a Adira lo antes posible.

Me giro hacia Bruce, intentando mantener la voz firme. —Tengo que irme. Los pacientes deberían estar bien ahora, pero vigílalos y llámame si algo cambia.

Bruce frunce el ceño, el concerno marcando sus facciones. —¿Está todo bien, Ainz?

—No creo que te importara aunque te lo dijera, Alfa. Adiós. Me apresuro a salir del territorio de la manada, apenas registrando los adioses de los hombres lobo a los que he estado tratando. La piel se me eriza al atravesar sus tierras. A pesar de todo, no puedo sacudirme la desconfianza arraigada. Una buena acción no borra una vida de dolor.

Tan pronto como estoy fuera del territorio de los hombres lobo, empiezo a correr, dirigiéndome directamente al apartamento de Adira. Mi corazón late con fuerza con cada paso, una mezcla de esfuerzo y creciente temor.

Llego a su edificio, subiendo las escaleras de dos en dos. —¿Adira? —llamo, golpeando su puerta. No hay respuesta.

Una vecina asoma la cabeza. —¿Estás buscando a la chica que vive ahí? No la he visto en meses, cariño.

La sangre se me hiela. ¿Meses? ¿Cómo pude no darme cuenta durante meses?

Estoy a punto de derribar la puerta cuando suena mi teléfono. Charles. Casi lo ignoro, pero algo me dice que debería contestar.

—¿Qué? —espeto, mis nervios al límite.

—Ainz, te necesito —dice Charles, su voz urgente—. Reunión de emergencia del consejo. Sé que odias estas cosas, pero... por favor. Necesito a alguien de mi lado.

Cierro los ojos, dividida entre mi preocupación por Adira y mi lealtad hacia Charles. —Charles, ahora mismo no es un buen momento...

—Por favor, Ainz. No te lo pediría si no fuera importante.

Suspiró, sabiendo que voy a arrepentirme de esto. —Está bien. Estaré ahí pronto.

Lanzo una última mirada a la puerta de Adira, prometiéndole en silencio que volveré. Luego me doy la vuelta y me dirijo a la preparatoria Xavier, mi mente un torbellino de preocupación y frustración.

# CAPÍTULO 8



## AINZ

Llego a la Escuela Secundaria Xavier, sin aliento y con los nervios de punta. Charles me espera junto a la entrada, luciendo tan impecable como siempre con su traje a medida. A veces me pregunto si siquiera posee ropa casual.

—Has llegado —dice, con evidente alivio en su voz.

Pongo los ojos en blanco.

—¿De verdad creías que quiero más hombres lobo en esta escuela? Como si uno no fuera suficiente problema.

Charles suspira, pasando una mano por su cabello perfectamente peinado.

—Sé que no los quieres, Ainz. Pero necesito a alguien sentado a mi lado cuando todos los miembros de la junta están apoyando a mi padre. Eres la única en quien puedo confiar.

Me ablando ligeramente ante eso. Charles y yo hemos sido amigos durante años, y sé cuánta presión tiene encima.

—Bien —refunfuño—. Pero no esperes que diga nada. Solo estoy aquí como apoyo moral, ¿entendido?

Asiente agradecido y nos dirigimos a la sala de juntas. Al acercarnos a las imponentes puertas de roble, Charles hace una pausa, con la mano en el pomo.

—Ainz —dice en voz baja—. Gracias. Sé que tienes tus propias... reservas sobre esto. Pero significa mucho que estés aquí.

Me encojo de hombros, incómoda con la sinceridad en su voz.

—Sí, bueno. No te acostumbres. Y me debes una grande por esto.

Él se ríe, abandonando parte de la tensión de sus hombros.

—Anotado. Ahora, enfrentemos a los lobos, ¿de acuerdo?

—Mala elección de palabras —murmuro mientras entramos en la sala de juntas.

El aire está cargado de tensión cuando tomamos asiento. Examino la sala, notando las caras familiares de los miembros de la junta, todos observando a Charles con diversos grados de escepticismo y desaprobación. En la cabecera de la mesa está sentado el padre de Charles, con una expresión indescifrable.

Mientras Charles comienza su presentación sobre la expansión de la escuela para incluir más especies sobrenaturales, me encuentro divagando. ¿Dónde está Adira? ¿Está en problemas? ¿Y por qué tengo la horrible sensación de que algo anda mal?

El mismo nudo de ansiedad me invade el estómago, como siempre ocurre cuando no puedo contactarla. Envío un mensaje rápido, mis dedos vuelan sobre la pantalla. «¿Dónde estás? Por favor, responde».

Vuelvo a prestar atención cuando la voz de Charles se eleva, con pasión evidente en cada palabra. A pesar de mí misma, siento una chispa de admiración por mi amigo. Realmente cree en esta visión de una comunidad sobrenatural unida.

Pero al mirar alrededor de la sala, puedo ver la resistencia en los ojos de los miembros de la junta. Esta no va a ser una lucha fácil.

—¡Imaginad una escuela donde brujas, brujos, vampiros e incluso hombres lobo compartan conocimientos, colaboren y crezcan juntos! —Gesticula extravagantemente, cortando el aire viciado con su mano, y no puedo evitar admirarlo.

Contra mi mejor juicio, me dejo llevar por la visión que pinta, incluso cuando la realidad pincha mi entusiasmo con su borde helado y punzante. Pero ahí está otra vez, ese molesto destello de inquietud en mis entrañas, un nudo retorcido que parece burlarse de mí.

Todo está a punto de cambiar, y francamente, puedo sentirlo hasta en los huesos.

¿Honestamente? No me gusta.

Alrededor de la sala de juntas, absorbo las expresiones grabadas en los rostros de los miembros de la junta; son como gárgolas talladas en piedra, inmóviles y claramente poco impresionados.

Caen unos alfileres audiblemente, y arqueo una ceja mientras observo al padre de Charles, una figura imponente con el ceño tan fruncido que podría haber parecido elegante una vez en el estante de una bruja, mirando furiosamente a su hijo.

No puedo evitar poner los ojos en blanco; ¿eso fue una mueca o solo su expresión normal? El hombre parece estar constantemente chupando un limón.

Charles enfatiza su punto con fervor.

—Tenemos la obligación de preparar a nuestros estudiantes para un mundo más allá del nuestro. ¡Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de asegurar que nuestra comunidad no exista únicamente en una burbuja, ciega a la existencia de otros! —Mi corazón se hincha mientras lo observo. Pero soy la única que se siente así entre todos en la sala.

Recorro la sala con la mirada. Es como ver a alguien servir una comida gourmet a una habitación

llena de niños pequeños mirando sus guisantes con sospecha.

Una gota de sudor se desliza por mi cuello. Me coloco un mechón de pelo suelto detrás de la oreja, moviéndome incómodamente en mi asiento.

El aire se siente cargado, casi eléctrico, y me muerdo el comentario sarcástico que baila en la punta de mi lengua, algo sobre lo difícil que es luchar por la unidad cuando la mayoría de esta junta está atrapada en la Edad Media.

Unidad con la que no estoy de acuerdo, pero esto es lo que Charles quiere; lo apoyaré.

Y entonces sucede. Justo cuando Charles hace un apasionado alegato sobre la inclusión, la puerta de la sala se abre con un dramatismo exagerado. Una de las miembros del personal entra precipitadamente, con pánico entretejido en sus facciones, y mi estómago se hunde cuando anuncia un ataque demoníaco en el campus.

Las palabras flotan pesadamente en el aire, cada sílaba golpeando como un trueno en una tormenta de verano.

¿Ataque demoníaco? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo entró un demonio en la Escuela Secundaria Xavier?

Sin dudarlo, Charles sale disparado de la habitación, con la adrenalina recorriéndole como un incendio forestal. Me pongo de pie al instante, siguiéndole a pesar del caos que se desarrolla en la sala de juntas detrás de mí, sus miradas atónitas se convierten en un zumbido distante.

Todas mis protestas internas sobre mantenerme a salvo se disuelven en el aire, reemplazadas por una feroz determinación de ayudarle a través de cualquier caos que nos espere.

El campus es un torbellino de confusión mientras nos apresuramos hacia el disturbio. Me mantengo al ritmo de Charles, mi habitual sarcasmo sofocado por una creciente sensación de pavor. La vista que nos recibe me revuelve el estómago.

Dos jóvenes brujos yacen inertes en el suelo, jirones etéreos de su esencia deshilachándose en los bordes, sus almas parcialmente consumidas por un demonio que se encorva sobre ellos, grotesco y malvado, sonriendo burlonamente por el caos que ha causado. La bestia parece algo salido de una pesadilla retorcida, con cuernos dentados y colmillos al descubierto en una sonrisa despectiva.

Oh, genial, justo lo que necesitaba hoy, obviamente un demonio con un ego enorme.

—¡Atrás! —grito, moviendo mi mano mientras un zarcillo de magia se enciende en mis dedos, brillando en tonos de lavanda e índigo. Lo último que quiero hacer es enfrentarme a un demonio, pero el vislumbre de esos pobres brujos, sus rostros retorcidos en desesperación, enciende un infierno de furia en mí.

Charles se mueve delante de mí, su propia magia resplandeciendo con claridad inquebrantable mientras levanta las manos, una barrera protectora brillando alrededor de los brujos inconscientes. Nunca uno para rehuir del heroísmo, se inclina sobre ellos, enfocado e intenso, bloqueando sus cuerpos de la malévola entidad.

—¡No te atrevas a tocarlos! —gruño, dando un paso adelante.

Mi corazón se acelera.

No puedo permitir que esto suceda. Esa sensación de hundimiento se transforma en justa indignación; nadie lastima a mi comunidad.

El demonio gruñe, desatando un gruñido rancoroso que envía fríos zarcillos pellizcando mi valor.

—Necios. Sus almas son mías ahora. Las he reclamado —Su voz es como cadenas oxidadas raspando contra vidrio, y puedo sentir la tensión en el aire cambiando, cargándose como una tormenta inminente.

—No si yo tengo algo que decir al respecto —replico, tomando aire, mi voz firme mientras la magia se acumula en mi núcleo. Los encantamientos fluyen a través de mí, peligrosos e intoxicantes. Soy una fuerza de la naturaleza, un feroz y ocurrente torbellino que se niega a ser silenciado.

Charles comienza a cantar, su voz firme e inquebrantable. Puedo ver la concentración grabada en sus facciones; el calor irradia de él como el sol superando la escarcha. Pero no voy a dejar que enfrente a este demonio solo.

Con un movimiento de mi muñeca, conjuro un escudo de luz brillante, una barrera entre nosotros y la bestia.

—¿Por qué no te largas de vuelta a tu pequeño rincón sombrío, eh? No eres bienvenido aquí, y dudo que siquiera hayas traído galletas —bromeo, con adrenalina bombeando a través de mis venas.

Confío en mis poderes contra estos monstruos feos; siempre me he enfocado en perfeccionar mis habilidades de bruja desde que supe que las tenía.

El demonio sisea, estrechando los ojos mientras evalúa la situación.

—Eres una necia, chica —Se abalanza hacia nosotros, una mano con garras extendida, la voluntad de consumir grabada en su rostro nudoso.

—¿Necia? ¡Para nada! —me río, mi voz es un desafío mientras desato una explosión de magia, una tempestad arremolinada hacia la criatura. El orgullo y la diversión se entrelazan mientras recuerdo mis lecciones, el conocimiento parpadea en mi mente como destellos de relámpagos. Me concentro, afino, y el rayo de energía envía al demonio tambaleándose hacia atrás, chillando de agonía.

El calor irradia a mi alrededor, intensificándose a medida que el momento se estira como elástico, pero me niego a romperme. Charles se mantiene firme, magia arremolinándose en tándem con la mía como una danza de luz y sombras. Juntos, la pura voluntad de proteger enciende llamas de determinación mientras empujamos contra el mal que amenaza nuestro hogar.

Los gritos de los brujos tiran de mi corazón. Les miro, sabiendo que la lucha no es solo por

nuestras vidas, sino también por las suyas. Son inocentes, víctimas atrapadas en el oscuro abrazo de algo mucho peor que nuestros animados debates sobre expansiones escolares. Todo a mi alrededor se atenúa, un solo enfoque consume mis pensamientos. Necesitamos salvarlos.

Charles me mira a los ojos, la determinación se encuentra con destellos de miedo, su firme creencia en la unidad compartida en un momento tácito.

—Ainz —comienza, pero yo interrumpo, audazmente valiente.

—¡Vamos a hacer esto. Juntos!

El demonio ruge de nuevo, pero me mantengo alta, con los puños apretados a mis costados.

Asiento a Charles, nuestros ojos se encuentran en resolución compartida. Es hora de mostrarle a este demonio lo que sucede cuando te metes con la Escuela Secundaria Xavier.

—Lista cuando tú lo estés, Director —digo con un guiño, mi voz goteando sarcasmo a pesar de la gravedad de la situación.

Charles levanta sus manos, zarcillos plateados de magia de brujo arremolinándose alrededor de sus dedos. Yo le sigo, sintiendo el familiar hormigueo de brujería corriendo por mis venas.

Nos movemos en perfecta sincronización, nuestros poderes entrelazándose en una deslumbrante exhibición de trabajo en equipo sobrenatural. La energía de brujo de Charles crepita y explota, mientras mi magia de bruja gira en espirales de púrpura profundo. El demonio aúlla cuando nuestro ataque combinado se estrella contra él, su forma sombría retorciéndose y contorsionándose.

El demonio ataca, un zarcillo de oscuridad golpeando hacia nosotros. Me agacho, sintiéndolo silbar sobre mi cabeza.

Charles gruñe por el esfuerzo a mi lado, gotas de sudor perlando su frente.

—Ainz —jadea—, necesitamos golpearlo más fuerte. A mi señal...

Asiento, reuniendo cada onza de energía mágica que puedo reunir. El aire a nuestro alrededor crepita con poder, haciendo que mi cabello se erice.

—¡Ahora! —grita Charles.

Desatamos un torrente de magia tan intenso que hace que mis dientes crujan. El demonio chilla, su forma comenzando a deshacerse en los bordes. No puedo evitar sonreír, incluso cuando el agotamiento amenaza con abrumarme.

—Adiós, feo —bromeo, viendo con satisfacción cómo el demonio se disuelve en jirones de humo oscuro.

Tan pronto como la amenaza es neutralizada, Charles corre hacia los brujos caídos. Lo sigo, mi corazón latiendo con preocupación. Sus rostros están pálidos, ojos vacíos, es como mirar cáscaras vacías. Un escalofrío recorre mi espina dorsal al darme cuenta de lo cerca que estuvimos de perderlos por completo.

Charles se arrodilla junto a ellos, sus manos brillando con energía. Observo con asombro cómo el color regresa lentamente a sus mejillas, sus ojos parpadeando de vuelta a la conciencia.

Es hermoso, realmente, pero puedo ver el precio que le está costando a Charles. Su rostro está demacrado, líneas de dolor grabándose alrededor de sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente, poniendo una mano en su hombro.

Asiente, pero puedo sentirlo temblando ligeramente.

—Estaré bien —murmura, aunque no estoy completamente convencida—. Necesitarán descansar, pero deberían recuperarse completamente.

Mientras los jóvenes brujos se sientan, aturdidos pero vivos.

Gracias a los dioses, todo está bien.

Pero, ¿cómo llegó exactamente el demonio aquí?

¿Cómo escapó del Infierno?

Pero la realidad vuelve a golpear cuando los miembros de la junta irrumpen en la sala, sus rostros una mezcla de shock e indignación. Ya puedo escucharlos comenzando a discutir, sus voces elevándose en una cacofonía de miedo y prejuicio.

—¡Esto es exactamente por qué no podemos permitir otras especies aquí!

—¡La escuela no está equipada para manejar tales amenazas!

—¡Piensen en el peligro para nuestros estudiantes!

Aprieto los puños, lista para darles un pedazo de mi mente. ¿Es esto de lo que deberían estar hablando ahora? ¿No sobre cómo prevenir que eso suceda?

Pero Charles levanta una mano.

Su rostro es una máscara de calma, pero puedo ver el conflicto en sus ojos. Está desgarrado entre su visión para la escuela y las preocupaciones muy reales que se están planteando.

—Discutiremos este asunto a fondo —dice, su voz firme a pesar de su obvio agotamiento—. Pero por ahora, nuestra prioridad es asegurar la seguridad y recuperación de nuestros estudiantes.

Mientras los miembros de la junta asienten a regañadientes y comienzan a dispersarse, capto la mirada de Charles.

—¿Y ahora qué? —pregunto en voz baja.

Él suspira, pasándose una mano por el pelo.

—No lo sé, Ainz. Pero no puedo rendirme. Tiene que haber una manera de hacer que esto funcione, de mantener a todos a salvo mientras seguimos avanzando.

Charles mira hacia abajo y no puedo evitar sentirme mal por él, así que menciono lo único que

puede animarle.

A mi hermana le habría encantado ver esto: Charles siendo heroico y desinteresado. Es obvio cuánto le importa, no solo la escuela sino cada individuo dentro de ella. Incluyendo a Adira, aunque trate de ocultarlo.

—Charles —digo, mi voz inusualmente suave—, Adira estaría orgullosa de ti, ¿sabes? La forma en que manejaste esto... es exactamente por eso que ella cree tanto en ti.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, una mezcla de emociones cruza su rostro.

—Yo... gracias, Ainz —dice suavemente—. Solo desearía que ella estuviera aquí. Su experiencia habría sido invaluable.

Resoplo, sin poder evitarlo.

—Por favor, solo quieres impresionarla con tus heroicas hazañas.

Charles balbucea, sus mejillas sonrojándose, y no puedo evitar reírme. Se siente bien romper la tensión, aunque solo sea por un momento.

Mi risa se desvanece cuando la realidad vuelve a caer sobre mí como un balde de agua helada.

Adira. Mi hermana. Todavía está desaparecida, y aquí estoy haciendo bromas.

—Charles —empiezo, con la voz un poco entrecortada—. Yo... no he podido comunicarme con Adira. Para nada.

El cambio en Charles es inmediato. El rubor desaparece de su rostro, reemplazado por una palidez que hace que mi estómago se contraiga.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, con la voz tensa—. ¿Desde cuándo?

Me muerdo el labio, calculando mentalmente.

—Han sido... Dios, casi meses ya. Al principio, pensé que estaba absorta en una de sus maratones de investigación, ya sabes cómo se pone. Pero ahora... —me detengo, incapaz de expresar el miedo que ha estado creciendo en la boca de mi estómago.

Los ojos de Charles se ensanchan, y prácticamente puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—¿Meses? —repite, sonando atónito—. Ainz, ¿por qué no dijiste algo antes?

Me encojo de hombros impotente.

—No quería preocupar a nadie. Y con todo lo que está pasando aquí... —hago un gesto vago al caos que nos rodea—. Supongo que seguía esperando que apareciera de repente con alguna historia loca sobre perder la noción del tiempo en una dimensión de bolsillo o algo así.

Charles extiende la mano, agarrando mi hombro firmemente.

—La encontraremos —dice, su voz llena de una determinación que casi me hace creerlo—. Te lo

prometo, Ainz. Nosotros...

—Charles.

Ambos nos giramos al oír la voz severa. El padre de Charles se dirige hacia nosotros, su rostro una máscara de furia apenas contenida.

Oh, genial, justo lo que necesitamos ahora.

—Padre —dice Charles, enderezando su postura. Puedo ver el conflicto en sus ojos, la forma en que está luchando por equilibrar su papel como director con su posición como hijo.

—¿Qué significa esto? —exige su padre, señalando a los brujos que aún se están recuperando y los rastros persistentes de energía demoníaca—. Esto es exactamente por qué no podemos permitir otras especies en nuestra escuela. ¡El riesgo es demasiado grande!

—Padre —comienza Charles, su voz tranquila pero firme—. Lo que sucedió aquí hoy solo demuestra por qué necesitamos estar más unidos, no menos. Si tuviéramos la fuerza y el conocimiento de otras comunidades sobrenaturales, podríamos haber estado mejor preparados para enfrentar esta amenaza.

Su padre se burla.

—¿Y invitar más peligro a nuestros pasillos? Charles, estás siendo ingenuo. Nuestro deber es proteger a los nuestros, no ponerlos en peligro por el bien de tus ideales equivocados de unidad.

Observo cómo la mandíbula de Charles se tensa, el músculo palpitando visiblemente. La tensión entre ellos es tan espesa que podrías cortarla con un cuchillo. Está claro que esta es una vieja discusión, una con raíces profundas y espinas dolorosas en ambos lados.

—Los 'nuestros' no sobrevivirán en el aislamiento —argumenta Charles—. El mundo está cambiando, padre. Debemos cambiar con él, o nos arriesgamos a volvernos obsoletos... o algo peor.

Los dos hombres se miran fijamente, ninguno dispuesto a ceder. Me muevo incómodamente, sintiendo que estoy presenciando algo intensamente privado.

Mientras tanto, puedo oír los susurros y murmullos asustados de los estudiantes en el pasillo. La noticia del ataque demoníaco se está extendiendo rápidamente, y con ella, una ola de miedo e incertidumbre. Genial. Justo lo que necesitamos: más combustible para el fuego anti-inclusión.

Charles respira profundamente, con la mandíbula firme.

—Padre —continúa, su voz tranquila pero firme—. Lo que sucedió aquí hoy no tiene nada que ver con nuestros planes de inclusión sobrenatural. Los demonios no son parte de la comunidad sobrenatural terrestre de la que estamos hablando. Pertenecen al Infierno, regulados por los señores demoníacos. Este ataque fue una violación de esas regulaciones, no un resultado de la cooperación entre diferentes especies sobrenaturales.

Su padre se burla, agitando una mano desdeñosa.

—Estás dividiendo cabello, Charles. El peligro es peligro, independientemente de su fuente.

—No, no lo estoy haciendo —contraataca Charles, su voz ganando fuerza—. Estás confundiendo deliberadamente dos asuntos separados. Los hombres lobo, vampiros y otros seres sobrenaturales terrestres han vivido junto a nosotros durante siglos. Puede que no siempre nos llevemos bien, pero hemos encontrado formas de coexistir y mantener la armonía. Los demonios, por otro lado, son un asunto completamente diferente.

Observo el intercambio, impresionada por la compostura de Charles. No está retrocediendo, y puedo ver a la sala pendiente de cada una de sus palabras.

—El demonio que atacó hoy —continúa Charles—, era una entidad renegada que rompió las barreras entre los reinos. Es una anomalía, no una representación de la comunidad sobrenatural que estamos tratando de reunir. De hecho, si tuviéramos un frente más unido de seres sobrenaturales terrestres, podríamos estar mejor equipados para manejar tales incursiones demoníacas raras.

El rostro de su padre enrojece, claramente sin esperar un argumento tan bien fundamentado.

—Sea como fuere —balbucea—, el hecho es que nuestros estudiantes fueron puestos en peligro. ¿Cómo puedes justificar exponerlos a más amenazas potenciales?

Charles suspira, su expresión suavizándose ligeramente.

—Padre, entiendo tu preocupación. Pero aislarnos no es la respuesta. El mundo está cambiando, y necesitamos cambiar con él. Al unir diferentes comunidades sobrenaturales, no estamos invitando al peligro, estamos construyendo fortaleza a través de la diversidad y el conocimiento compartido.

No puedo evitar asentir en acuerdo. Por mucho que haya tenido mis dudas sobre el plan de Charles, escuchándolo articularlo así... bueno, es difícil no dejarse persuadir.

—Además —añade Charles, su voz ganando un toque de acero—, este incidente solo prueba cuán crucial es para nosotros estar preparados para todo tipo de amenazas. Imagina si tuviéramos hombres lobo con sus sentidos mejorados para detectar al demonio antes, o vampiros con su fuerza sobrehumana para ayudar en la lucha. Somos más fuertes juntos, no divididos.

La habitación vuelve a quedarse en silencio.

El padre de Charles abre la boca para replicar, pero Charles lo corta suavemente.

—Podemos discutir esto más a fondo más tarde, padre. Ahora mismo, nuestra prioridad debe ser calmar a los estudiantes y asegurar la seguridad de todos.

Por un momento, pienso que su padre podría discutir. Pero luego asiente secamente.

—Muy bien. Pero esta conversación está lejos de terminar, Charles.

Mientras se aleja a grandes zancadas, dejo escapar un suspiro que no me di cuenta que estaba conteniendo.

—Bueno —digo, apuntando a la ligereza—, eso fue divertido. Nada como un poco de unión padre-hijo sobre ataques demoníacos y política sobrenatural, ¿eh?

Charles me da una débil sonrisa.

—Efectivamente. Pero tiene razón en una cosa: necesitamos dirigirnos a los estudiantes. Este incidente solo va a aumentar las tensiones y los miedos.

Asiento, mi mente ya acelerando con ideas.

—Bien, entonces organizamos una asamblea. Reunimos a todos, explicamos lo que sucedió, enfatizamos cómo fueron brujas y brujos trabajando juntos los que salvaron el día. Quizás agreguemos algo de retórica cursi de "unidos permanecemos" para rematar.

Charles se ríe.

—A veces olvido lo ingeniosa que puedes ser, Ainz.

Sonrío, lanzando mi cabello dramáticamente.

—¿Qué puedo decir? Es un don.

Pero mientras comenzamos a caminar hacia el salón principal, mi sonrisa se desvanece.

—¿Charles? —digo suavemente—. Encontraremos a Adira, ¿verdad?

Él me mira, sus ojos llenos de una determinación que hace que mi corazón se hinche.

—Lo haremos —promete—. No importa lo que cueste.

Asiento, cuadrando mis hombros. Es hora de enfrentar la música y, con suerte, prevenir un pánico sobrenatural a gran escala. Solo otro día en la Escuela Secundaria Xavier, ¿verdad?

Dioses, necesito un trago. O diez.

# CAPÍTULO 9



## BRUCE

Me despierto de golpe, mis sentidos abrumados por un aroma que no pertenece a mi habitación ni a mí en absoluto.

*Ainz.*

Su rostro aparece detrás de mis párpados, y gruño de frustración.

*¿Qué diablos me pasa?*

Nunca le había dado una segunda pensada a ninguna mujer, y menos aún a una bruja, y ahora no puedo sacármela de la cabeza.

Antes era solo una experiencia nueva y extraña, pero ahora? Con todo el tiempo que hemos terminado pasando juntos, ha empeorado.

*No puedo pasar cinco minutos sin pensar en Ainz.*

*¿Necesito ayuda?*

Arrojo las mantas y camino hacia el baño, esperando que una ducha fría despeje mi mente.

El agua helada cae sobre mi cuerpo musculoso, pero hace poco para atenuar el recuerdo de su cabello rojo como el fuego o la determinación en sus ojos mientras preparaba esas pociones que salvaron la vida de mi manada.

Mis dedos tienen ganas de tocar su piel, su cabello, sus labios.

Esa bruja que de alguna manera ha logrado meterse en mis pensamientos como una garrapata persistente.

Es exasperante, de verdad. Soy Bruce, por el amor de Dios. No me obsesiono con mujeres, y mucho menos con brujas.

Al menos eso es lo que pensaba. Estoy perdiendo el control, y sé que solo puede significar una cosa.

No es inusual tener una pareja que no sea un hombre lobo... ¿pero es Ainz mi pareja o estoy

siendo estúpido?

*Si ella es mi pareja, ¿será capaz de despreciarme a mí y a mi raza de esta manera?*

*Pedí una pareja, y la diosa de la luna me está enviando una que no soporta a los hombres lobo.*

*Genial. Simplemente genial.*

—Ponte las pilas, Bruce —murmuro para mí, apoyando mi frente contra las frescas baldosas—. Tienes un trabajo muy serio dentro de la manada. Serás el Alfa. No tienes tiempo para estas tonterías.

Pero incluso mientras intento convencerme, su aroma persiste, como si se hubiera impregnado en mi piel.

Estoy agradecido, por supuesto.

Sin su ayuda, muchos de mis guardias seguirían en la enfermería, sus almas dañadas sin remedio. Incluso muertos.

Pero esto... ¿esta preocupación constante? Es inquietante.

Salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla alrededor de la cintura y me veo en el espejo.

Mis ojos brillan en oro por un momento, mi lobo inquieto e intranquilo dentro de mí. Quiere salir. La quiere a ella también, y esa realización me hace estremecer.

—Ella no es una de nosotros —me recuerdo con firmeza—. Tenemos que tener cuidado, los demás...

Corto esa idea de golpe. ¿Desde cuándo me importa lo que piensen los demás?

Vistiéndome rápidamente con mis usuales jeans y camiseta negra, intento concentrarme en el día que tengo por delante. Hay patrullas que organizar, sesiones de entrenamiento que supervisar y reuniones interminables sobre la seguridad de la manada.

Los recientes ataques de demonios tienen a todos al borde del colapso, y es mi trabajo mantenerlos a salvo, ser el pilar de fuerza en el que todos confían.

Pero aquí estoy, recorriendo mi habitación, su rostro apareciendo en mi mente por la centésima vez hoy.

Un golpe en la puerta interrumpe mi lucha interna. —¿Qué? —gruñí, sin molestarme en ocultar mi irritación.

Mi padre entra, su presencia llenando la habitación con una autoridad que solía intimidarme de niño.

Su cabello plateado no hace nada para suavizar los rasgos duros de su rostro; más bien, lo hace parecer alguien que podría romperte el cuello en dos si se lo propusiera.

—Hijo, tenemos que hablar —comienza, cruzando los brazos sobre el pecho.

Huelo a mi madre justo detrás de esa puerta y suspiro.

Ya sé hacia dónde va esto.

Levanto la barbilla. —¿De qué quieres hablar?

Mi padre estrecha los ojos hacia mí, y sé que no debería presionarlo demasiado.

Pero demonios, me estoy enfureciendo.

—De tu futuro.

Lo corto antes de que pueda lanzarse a su discurso habitual. —Déjame adivinar, ¿has encontrado otra "pareja adecuada" para mí?

El sarcasmo en mi voz es tan denso que casi sofoca.

Él no se inmuta. Claro que no.

Sus cejas afiladas solo se elevan con fastidio. —Bruce, tienes una responsabilidad con esta manada. Necesitamos alianzas fuertes, y una pareja podría...

—¿Podría qué, papá? ¿Resolver mágicamente todos nuestros problemas? —gruño, mi paciencia al límite—. Porque todos sabemos que eso no es cierto. Una pareja solo me cargará más y me dará responsabilidades innecesarias. Estoy manejando nuestros problemas, papá. La manada es fuerte, estoy defendiendo nuestro territorio y estoy haciendo mi trabajo como tu heredero.

El lobo de mi padre ruge en su pecho, pero ni siquiera se refleja en sus ojos, haber tenido control total sobre su lobo durante años parece haberlos fusionado. —¿Y qué hay de los recientes ataques? ¿De los demonios que se están volviendo más audaces cada día? ¿Vamos a sacrificar a más de nuestra gente antes de darnos cuenta de que necesitamos más aliados, hijo?

La mención de los ataques me hace recobrar la seriedad. Imágenes de miembros heridos de la manada pasan por mi mente, y siento una oleada de rabia protectora. —Estoy trabajando en eso —gruño, apretando los puños—. Y no necesito una pareja para resolver ese problema.

Pero incluso mientras lo digo, el rostro de Ainsley aparece de nuevo en mi mente. Su conocimiento, su poder... podrían ser invaluables en esta lucha. La idea me emociona y me aterra al mismo tiempo.

—Lo será; necesitamos más hombres. Necesitamos más gente. Más poder. ¿Y qué mejor forma de obtenerlo que con una alianza matrimonial poderosa?

Me paso las manos por el cabello, y por un segundo, parece que mi padre va a estallar, pero se detiene.

Luego suspira, sacando una pila de fotos de su chaqueta. —Solo mira estas, Bruce. Cualquiera de estas mujeres sería una buena pareja. Fuertes, de buenas familias, capaces de fortalecer nuestro linaje.

Miro las fotos, rostros hermosos de mujeres lobo que me miran fijamente. En el pasado, podría haberme interesado. Ahora, todas palidecen en comparación con la bruja que ha invadido mis

pensamientos.

—No estoy interesado —digo firmemente, devolviéndole las fotos—. Mi enfoque está en proteger a esta manada, no en encontrar una pareja. Si encuentro a mi pareja ahora, no será malo, pero no me conformaré con nada que no sea mi pareja elegida por la luna, padre. Por nada.

La decepción de mi padre es palpable, pero me mantengo firme. Él no lo entiende.

¿Cómo podría? Apenas yo mismo lo entiendo.

Esta atracción hacia Ainsley, es como nada que haya experimentado antes. No es solo atracción —es como si ella hubiera despertado algo en mí, algo primitivo e innegable.

Ni siquiera puedo pensar en estar con otra mujer.

Mientras mi padre se marcha, con la frustración evidente en cada línea de su cuerpo, me giro para mirar por la ventana hacia mi territorio.

Me paso una mano por el cabello, un gruñido bajo retumbando en mi pecho. Esto tiene que parar. Necesito concentrarme, ser el heredero que mi manada necesita. Pero incluso mientras lo pienso, sé que es una batalla perdida. Ainsley se ha metido bajo mi piel, y ninguna cantidad de negación va a cambiar eso.

La verdadera pregunta es: ¿qué diablos voy a hacer al respecto?

Nada.

Nada es lo que hay.

Estoy completamente impotente ante esto.

* * *

*No estoy engañando a nadie, y menos a mí mismo.*

Mientras llevo a Dexton a la escuela secundaria Xavier, puedo sentir su mirada sospechosa perforando el costado de mi cabeza.

Me esfuerzo por mantener mi rostro impasible.

Él ve directamente a través de eso.

*El chico no es tonto, le doy eso.*

—Así que, primo —dice con sorna, el sarcasmo goteando en cada palabra—, ¿desde cuándo te interesas tanto en mi educación?

Aprieto el volante con más fuerza, manteniendo los ojos fijos en la carretera. —Desde que decidiste ser un dolor en mi trasero, cachorro. Alguien tiene que mantenerte en línea.

—¿Y por eso has insistido en llevarme a la escuela esta mañana?

Bufo. —Por supuesto, ¿qué otra razón crees que hay?

Él bufó a su vez, claramente sin creerlo. —Nada más, estoy seguro. También estoy seguro de que no tiene nada que ver con cierta profesora de pociones.

Siento cómo mi mandíbula se tensa.

*El chico es demasiado perspicaz para su propio bien.*

—Cuidado, Dexton —gruño, con una advertencia en mi tono.

Levanta las manos en una falsa rendición, pero puedo ver la sonrisa burlona en las comisuras de su boca.

*Pequeño cabrón.*

Mientras entramos al estacionamiento de la escuela, miro alrededor con disimulo.

¿Estará cerca? Mi lobo se agita, de repente alerta.

*Maldita sea. Pensé que tenía mejor control que esto.*

—Recuerda —le digo a Dexton mientras salimos del coche—, compórtate. No quiero escuchar sobre más disturbios en clase.

Él pone los ojos en blanco pero asiente, dirigiéndose hacia el edificio.

Lo observo irse, luego me encuentro caminando hacia la escuela también, atraído por el aroma de Ainsley.

Es un suave viento en el aire, pero me aferro a él y sigo.

Solo la miraré desde lejos y me iré.

*Sí, como un acosador.*

Proviene de una ventana abierta en el segundo piso. Antes de darme cuenta, me estoy acercando, diciéndome a mí mismo que solo estoy haciendo una revisión de seguridad.

Mientras me acerco al edificio, escucho voces.

Una de ellas es definitivamente la de Ainsley, y la otra... Charles. El director. Siento un gruñido formándose en mi pecho pero lo reprimo.

*¿Qué diablos me pasa?*

—...no puedes seguir ignorando esto, Charles —la voz de Ainsley llega hasta mí. Suena frustrada. —Los ataques de los demonios están empeorando. Necesitamos hacer algo.

*¿Demonios?*

Me detengo justo antes de doblar la esquina, dejando que la curiosidad me gane. Escuchar a escondidas no es exactamente el comportamiento de un heredero Alfa, pero al diablo con eso. Necesito saber qué está pasando.

—Lo sé, Ainz —responde Charles, con voz cansada—. Pero no es tan simple. El consejo, mi padre... se resisten a cualquier medida drástica.

Me apoyo en la pared, fuera de la vista pero bien dentro del alcance auditivo. Mi lobo está en alerta máxima, pendiente de cada palabra.

—¡Al diablo con el consejo! —grita Ainsley, y no puedo evitar sonreír.

Esa es mi chica. Espera, ¿qué? Sacudo la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos.

—Ainz —dice Charles, su tono suavizándose—, entiendo tu frustración. Pero debemos ser cuidadosos. Si actuamos demasiado rápido, podríamos empeorar las cosas.

Hay una pausa, y casi puedo sentir la tensión en el aire. Cuando Ainsley habla de nuevo, su voz es más baja, casi íntima. —Charles, sé que estás tratando de equilibrar todo. Pero la gente está resultando herida, los estudiantes, los niños están resultando heridos y ahí es donde trazo la línea. —Puedo sentir que sacude la cabeza—. No podemos permitirnos esperar más.

—Vamos a tener que asegurarnos de que los estudiantes puedan protegerse a sí mismos y a la escuela —suspira Charles.

—Charles, no puedes hablar en serio —la voz de Ainsley, teñida de exasperación, llega a mis oídos—. La escuela no está equipada para manejar este tipo de ataques. Se supone que debemos proteger a nuestros estudiantes, ¡no que ellos nos protejan a nosotros!

—¿Qué opción tenemos, Ainz? —responde Charles, su tono lleno de frustración y preocupación —. Como dijiste, no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras los demonios campan a sus anchas.

Ainsley suspira, su expresión suavizándose ligeramente. —Lo sé, lo sé. Pero actuar a la ligera no es la respuesta. Necesitamos un plan.

—¿Ah, sí? ¿Y supongo que tú tienes uno? —replica Charles, con una pizca de sonrisa en su rostro.

Ainsley pone los ojos en blanco, pero noto una ligera curva en sus labios. —De hecho, podría tenerlo. Pero implica que esa cabeza dura tuya esté abierta a nuevas ideas.

—¿Mi cabeza? ¿Dura? Me has herido, Ainz —Charles coloca una mano sobre su corazón, fingiendo dolor—. Y yo que pensaba que éramos amigos.

—Los amigos no dejan que los amigos tomen decisiones estúpidas —replica Ainsley.

Siento que se me eriza el pelo ante la familiaridad en su tono. Antes de que pueda detenerme, doblo la esquina, haciéndome presente.

—Vaya, vaya —digo, apoyándome en el marco de la puerta con una falsa casualidad—. Una conversación bastante intensa la que están teniendo.

Ambos se giran para mirarme, la sorpresa evidente en sus rostros. Ainsley se recupera primero, estrechando sus ojos.

—Bruce —susurra, y la forma en que dice mi nombre me hace estremecer—. ¿Qué haces aquí?

Me encojo de hombros. —Traer a mi prima a la escuela, ¿qué más?

Ainz cruza los brazos sobre su pecho. —Y también escuchando a escondidas, al parecer. Pensé que eso estaba por debajo de ti —se burla.

Me encojo de hombros, entrando en la habitación. —Solo estaba pasando por aquí. No es mi culpa que tenga un oído muy claro, incluso desde lejos.

Sacude la cabeza. —Malditos hombres lobo nunca se meten en sus propios asuntos.

Charles se aclara la garganta, incómodo. —Hola, Bruce, esta es una conversación privada...

Le levanto una ceja. —¿Sobre una amenaza pública? Creo que tengo derecho a estar involucrado, ¿no? Especialmente porque mi manada parece estar llevando la peor parte de estos ataques también.

Los ojos de Ainsley brillan, y por un momento, creo que va a discutir. Pero entonces suspira, pasándose una mano por el cabello de una manera que me hace querer hacer lo mismo. —Tiene razón, Charles. Ellos también han luchado contra estos demonios, podríamos usar su aporte.

Me inclino. —Gracias por ver la razón.

—Ahora me arrepiento —replica ella con rudeza.

—Bueno, mala suerte. Tengo un plan que podría ayudarnos a todos.

Charles se aclara la garganta. —Creo que deberíamos llevarnos esto a mi oficina —me lanza una mirada significativa—. Antes de que alguien más con muy buen oído escuche lo que no debería.

Me río con ironía y le permito guiarnos a su oficina. Ainz avanza pisando fuerte, y me encuentro sin poder apartar la mirada de ella.

Mientras nos reunimos alrededor del escritorio de Charles, no puedo evitar ser muy consciente de la presencia de Ainsley a mi lado. Su aroma, su calor, la forma en que su mano roza la mía de vez en cuando mientras se sienta.

La tensión en la habitación cambia, transformándose en algo completamente distinto. Cuando los ojos de Ainsley se encuentran con los míos, siento ese tirón familiar, esa conexión inexplicable. Es exasperante y emocionante al mismo tiempo.

—Muy bien, ilumíname con tu brillante plan —dice Charles, apoyándose contra la pared y fijándome con una mirada intensa—. Hablemos de estrategia.

Me acerco a él, bajando la voz. —Implica un poco de cooperación entre especies. Algo que sé que te gusta, por fortuna.

Ainz resopla. —¿Esa es tu brillante idea? ¿Cooperación entre especies? ¿Debería recordarte que a ninguno de los otros realmente les caes bien? ¿Y que nadie quiere trabajar contigo?

Aprieto el puño, mirándola con los ojos entrecerrados. —Bueno, a menos que los demás estén

dispuestos a ser alimento sin mente para los demonios, haz lo que quieras. Pero si todos queremos sobrevivir, vivir otro día para odiarnos, tenemos que trabajar juntos.

Ella abre la boca para hablar, pero Charles interviene rápidamente.

—Cooperación entre especies, ¿eh? —murmura Charles, sin apartar la mirada de nuestras caras —. Suena intrigante. Y potencialmente peligroso.

—Los mejores planes suelen serlo —sonrío, con un brillo desafiante en los ojos, dirigido a una molesta Ainz.

—Mira —digo, apartando la mirada de Ainz y centrándome en Charles—. Mi manada tiene fuerza y experiencia en combate. Tus brujos y brujas tienen magia. Juntos, podríamos crear una defensa formidable.

Ainz resopla, y siento que se me eriza el pelo. —¿Algo gracioso, bruja? —gruño.

Ella se voltea para enfrentarme, con una sonrisa empalagosa en los labios. —Oh, nada. Solo me pregunto cuándo el lobo feroz se interesó tanto en llevarse bien con los demás.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de enseñar los dientes. Su aroma es más fuerte ahora que está más cerca, y está haciendo cosas en mi cabeza que no quiero pensar. —Cuando se hizo necesario proteger lo que es mío —digo.

—¿Y qué es exactamente tuyo? —desafía Ainz, con los ojos brillantes.

Me inclino hacia adelante, cerrando la distancia entre nosotros. Estamos casi nariz con nariz, y puedo escuchar que su ritmo cardíaco aumenta. —Mi manada. Mi ciudad. Todo y todos en ella. Incluyendo tu terco trasero, te guste o no.

Por un momento, veo algo parpadear en sus ojos: ¿sorpresa? ¿Interés? Pero desaparece antes de que pueda identificarlo. Ella abre la boca para replicar, pero Charles se aclara la garganta con fuerza.

—Si ustedes dos ya terminaron —dice, con exasperación evidente en su voz—. Bruce, tu oferta es... inesperada, pero no desagradable. Sin embargo, necesitaré tiempo para considerarla. Esta no es una decisión que pueda tomar a la ligera.

Me obligo a retroceder de Ainz, mientras mi lobo aúlla en protesta. ¿Qué me pasa? —Tómate todo el tiempo que necesites —digo, con voz ronca—. Pero no demasiado. Cada día que esperamos es otro día en que los demonios se fortalecen.

Cuando me doy la vuelta para irme, la voz de Ainz me detiene. —¿Y qué piensa tu manada de esto? ¿Están tan ansiosos por trabajar con brujas como pareces estarlo tú?

Me vuelvo a mirarla por encima del hombro, observando su postura desafiante y el fuego en sus ojos. A pesar de mi irritación, siento que una sonrisa tira de mis labios. —Mi manada confía en que haga lo necesario para protegerlos. Si eso significa trabajar con brujas, entonces eso es lo que haremos.

—¿Incluso si significa trabajar conmigo? —presiona Ainz, y puedo escuchar la pregunta

subyacente que no está formulando.

Me giro por completo para mirarla, permitiéndome un momento para observarla de verdad. Es hermosa, irritante y completamente inalcanzable. Y aún así... —Especialmente si significa trabajar contigo —digo suavemente—. Ya hemos hecho esto antes, ¿recuerdas? Eres poderosa, Ainz. Juntos, podríamos ser imparables.

La veo tragar saliva con fuerza, notando cómo late su pulso en su garganta. Por un momento, el aire entre nosotros se siente cargado de algo que no estoy listo para nombrar. Luego ella aparta la mirada, rompiendo el hechizo.

—Ya veremos —murmura.

Mientras salgo de la oficina, mi mente está acelerada. ¿Qué estoy haciendo? ¿Hice lo correcto al proponer esto?

# CAPÍTULO 10



## AINZ

*Juro que si un estudiante más me pregunta sobre pociones de amor, lo convertiré en un sapo.*

*Bueno, no lo haré, pero la tentación es real.* Quizás enseñarles sobre pociones de amor no fue la mejor elección.

Pero eso no es lo que me preocupa. Mientras estoy al frente de mi salón, intentando centrarme en la lección de hoy sobre la forma correcta de preparar una poción curativa, mi mente no deja de pensar en Adira.

¿Dónde está? ¿Por qué no ha llamado? No es propio de ella estar tan ausente durante tanto tiempo.

—Miss Ainsley, está removiendo en sentido contrario a las agujas del reloj —dice una voz, sacándome de mis pensamientos.

Parpadeo y miro mi caldero. Mierda. La sabelotodo tiene razón. —Bien visto, Jessica —digo, forzando una sonrisa—. Cinco puntos para... la casa a la que pertenezcas. De verdad debería prestar más atención a esas cosas, pero honestamente, tengo asuntos más importantes ahora mismo.

Mientras corrijo mi movimiento, no puedo evitar notar los susurros y risitas que vienen del fondo de la clase. Genial.

¿Qué será ahora? Estoy a punto de soltar mi famosa mirada asesina cuando un aroma familiar llega a mis fosas nasales. A madera, con un toque de almizcle y algo únicamente... Bruce.

Algo en mi pecho da un vuelco, lo cual es ridículo. No hago ese tipo de cosas, soy una mujer adulta, por el amor de Dios, no una adolescente.

Pero, estúpidamente, al volverme hacia la puerta, no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro.

Ahí está él, alto, moreno y misterioso, apoyado en el marco de la puerta como si fuera el dueño del lugar. Bruce, en todo su esplendor, justo aquí en mi salón.

Esto no puede ser bueno.

—Bueno, hola —digo con tono casual, intentando mantener la calma—. ¿A qué debemos el placer, señor Blackburn?

Mientras mis palabras flotan en el aire, la clase estalla en carcajadas, retorciéndose en sus asientos como una manada de chacales silenciosos. Noto a Dexton lanzando miradas asesinas a su tío.

Oh, Dios, drama adolescente. ¡Justo lo que necesito un jueves por la mañana! Como si controlar las hormonas de los adolescentes ya no fuera suficiente trabajo.

Puedo sentir un destello de emoción burbujeando dentro de mí, una emoción prohibida al ver a Bruce, quien, admitámoslo, es fastidiosamente guapo. Está ahí, con los brazos cruzados, su expresión una mezcla perfecta de diversión y molestia. Hay algo en la sombra que cae perfectamente sobre sus pómulos afilados que hace que mi corazón haga un ridículo bailecito.

De verdad, tengo que parar. ¡Este hombre es un hombre lobo!

¡No tenemos ningún tipo de sentimientos aparte de odio hacia los hombres lobo, Ainz! Contrólate.

Pero en medio de mi mantra mental, me sorprendo sonriendo como una tonta. Sonriendo cuando probablemente debería estar frunciendo el ceño y activando mi "modo profesora". Es decir, ¿qué estarán pensando mis estudiantes? Especialmente Dexton. Se inclina hacia adelante, con una expresión de incredulidad grabada en su rostro.

—Miss Ainsley, ¿por qué está sonriendo? —pregunta Dexton con incredulidad. Los otros estudiantes se unen, haciendo eco de la pregunta.

—¡Porque la señorita Ainsley está bajo un hechizo de amor! —grita alguien.

Una ola de risas recorre el aula, y yo finjo ofenderme, colocándome dramáticamente una mano sobre el corazón. —¡Disculpen! Mis afectos están reservados para la literatura encantadora, ¡muchas gracias! —Intento ignorar la inminente oleada de risitas, pero incluso yo puedo escuchar el temblor en mi voz que me delata.

—Nadie se cree eso, señorita Ainsley —se burla una chica.

—¡Sí, sé honesta! —agrega otra, moviendo las cejas de una manera que me hace rodar los ojos.

En medio de mi festival interno de ojos en blanco y su burla histérica, vuelvo a mirar de reojo a Dexton. Su expresión cambia; parece herido, como si alguien acabara de reventar su globo de ego adolescente. Siento un tirón incómodo en el pecho.

Dexton no solo es el primo de Bruce; también es uno de mis estudiantes más brillantes y, sinceramente, un chico decente. Sí, yo también me sorprendí después de la jugarreta que hizo en su primer día. Ha sido un estudiante muy obediente y, de hecho, aprende muy rápido y es inteligente. Lo último que quiero es herir sus sentimientos o hacerlo sentir atrapado en cualquier drama familiar que esté hirviendo debajo de la superficie.

—¡Vale, vale! ¡Basta ya! —corto el caos, levantando las manos para pedir silencio. —La presencia del señor Blackburn no tiene nada que ver con mi vida personal. Y no olviden que yo soy la profesora aquí. Ustedes son los estudiantes.

Las risitas se apagan de mala gana, pero todavía persiste un fantasma de risa o dos. Vuelvo mi atención a Bruce, tratando de no dejar que se note el calor que sube a mis mejillas.

—Entonces... ¿qué te trae por aquí? —pregunto, tratando de sonar mitad interesada, mitad exasperada, mientras internamente hago el cha-cha y también planifico rutas de escape por si esto sale mal.

Los labios de Bruce se contraen, como si estuviera luchando por no sonreír. —Lamento interrumpir, señorita Ainsley. Esperaba que pudiéramos hablar.

La seriedad en sus ojos me envía un escalofrío por la columna vertebral. Esto no es una visita social. Algo anda mal.

—Clase —digo, volviéndome hacia mis estudiantes—, quiero un ensayo de un pie de largo sobre las propiedades de la piedra de luna en las pociones curativas para la próxima clase. Y no, Tyler, no puedes escribirlo en fuente extra grande. Conozco tus trucos.

Mientras la clase gime en conjunto, me acerco a Bruce, con el corazón latiendo con fuerza. De cerca, puedo ver la tensión en su mandíbula, las líneas de preocupación alrededor de sus ojos. Sea lo que sea esto, es grave.

—Suéltalo, Lobito —murmuro, demasiado bajo para que la clase escuche—. ¿Qué te tiene tan alterado?

Bruce se inclina, su aliento cálido contra mi oído. —Necesitamos hablar. Se trata de los ataques.

Mi sangre se congela. Los ataques. Los que han estado acosando a la manada de hombres lobo. Los que se están volviendo más frecuentes, más violentos. Los que, en el fondo, sé que están conectados con la desaparición de Adira.

Realmente espero que no sea así, pero no puedo evitar pensarlo.

Asiento, tratando de mantener mi rostro neutral. —Dame cinco minutos para terminar aquí.

Al volverme hacia la clase, veo la cara de Dexton. Parece... ¿herido? ¿Enojado? Es difícil decirlo con adolescentes temperamentales. Pero la forma en que nos está mirando a Bruce y a mí, uno pensaría que acabamos de anunciar que cancelamos la Navidad.

—Muy bien, pequeños demonios —digo, aplaudiendo—. La clase ha terminado. No olviden ese ensayo, o los convertiré en ingredientes de poción.

Mientras los estudiantes salen, charlando y lanzando miradas curiosas a Bruce, escucho un fragmento de conversación que me hace querer golpearme la frente.

—Apuesto a que la señorita Ainsley está bajo un hechizo de amor —ríe una chica—. ¿Viste cómo le sonrió?

—No —responde su amiga—. Apuesto a que ella le lanzó uno. ¿Por qué más estaría un hombre lobo guapo rondando a una bruja?

Ruedo los ojos tan fuerte que me sorprende que no se me caigan de la cabeza. Si supieran la mitad de la verdad.

Cuando el último estudiante sale, me vuelvo hacia Bruce, mi fachada sarcástica cayéndose. —Muy bien, Bruce. ¿Qué está pasando? Y, por favor, por el amor de todo lo mágico, dime todo lo que sabes porque necesito saber exactamente qué está ocurriendo.

La mirada en sus ojos me dice todo lo que necesito saber. Estamos por meternos en un gran lío, y tengo la sensación de que mi mundo está a punto de volverse del revés.

De nuevo.

Qué alegría.

Bruce se pasa una mano por el cabello, y odio que note cómo ese movimiento hace que su bíceps se tense. Estúpido lobo atractivo.

¡Concéntrate, Ainz!

—No es bueno —dice, con voz grave y áspera. ¿Es raro que me parezca algo sexy su tono serio? Ugh, ¿qué me pasa? —Los ataques a la manada están empeorando. Más demonios, más frecuentes. No son solo demonios al azar escapando de su señor en el infierno. Es como si la mitad de los demonios hubieran sido derramados.

Siento que el estómago se me hunde.

—Mierda —murmuro, con la mente acelerada—. Eso... eso no es bueno.

Empiezo a caminar de un lado a otro, un hábito nervioso que pensé que había dejado hace años.

Bruce se acerca, y capto un atisbo de su aroma. Es molestamente reconfortante, como una manta cálida en una noche fría. Quiero dejarme llevar por él, pero me obligo a quedarme quieta.

Definitivamente algo anda mal aquí. ¿Realmente me envenenó con una poción? Esto se está saliendo de control.

La voz de Bruce me saca de mi ensueño.

—Exacto —dice—. Y por eso necesitamos tu ayuda, Ainz. Tus pociones, tu conocimiento... lo necesitamos todo si vamos a resolver esto y mantener la ciudad a salvo.

Lo miro con una ceja levantada. —¿Nosotros? ¿Quieres decir que quieres que trabaje contigo y tu manada? ¿El señor Lobo Feroz necesita ayuda de humilde yo?

Él pone los ojos en blanco, pero capto una pincelada de sonrisa en sus labios. Me hace sentir cosas extrañas por dentro. —No actúes tan sorprendida. Sabes que eres la mejor fabricante de pociones de la ciudad. Y... —vacila, luego añade suavemente— confío en ti, Ainz.

Bueno, maldición. ¿Cómo se supone que me mantenga sarcástica cuando dice cosas así? Siento

que mi determinación se debilita, junto con mis rodillas. No, no, no. No voy a caer por esto. No voy a caer por él.

—Está bien —digo, tratando de sonar reacia—. Ayudaré. Pero tengo condiciones. Primero, trabajo directamente contigo. Nada de lidiar con las políticas de tu manada o el postureo de alfa. Y segundo... —hago una pausa para dar efecto dramático— me compras café. El bueno, no esa porquería de la sala de profesores.

La sonrisa de Bruce se ensancha, y es como si el sol saliera de detrás de las nubes. Es tan injusto lo guapo que es. —Trato hecho —dice, extendiendo su mano.

La tomo, tratando de ignorar la chispa que recorre mi brazo al contacto. Su mano es cálida, fuerte, y envuelve la mía por completo. Por un momento, me permito imaginar cómo sería ser abrazada por esos brazos, ser...

No. No voy por ahí. Rápidamente retiro mi mano, aclarándome la garganta. —Entonces, ¿por dónde empezamos, socio?

—Charles y yo nos reuniremos mañana por la tarde. Los veremos.

¿Charles?

—¿Charles está en esto? —digo, genuinamente sorprendida, pero bueno, es Charles. Estoy segura de que haría cualquier cosa para mantener a todos a salvo, ese.

—Sí, lo está. También estaremos trabajando juntos —Bruce inclina ligeramente la cabeza mientras habla, mirándome fijamente a los ojos.

Por un breve instante, nuestras miradas se encuentran, y algo no dicho pasa entre nosotros; una conexión que se siente tan densa como para cortarla. Pero Bruce mantiene su expresión estoica habitual, sus labios una fina línea, y rápidamente desvío la mirada, sin querer adentrarme en la zona peligrosa de mis propias emociones.

¿Por qué este hombre tiene que complicarlo todo tanto?

—Eh, bien. Entonces nos vemos mañana —mi voz tiembla ligeramente, y maldigo a mi cerebro por convertirse en gelatina cuando me enfrento a la mirada firme de Bruce. Es como tratar de superar a una estatua: inamovible, inquebrantable, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Genial, Ainsley. ¿Cuándo se fue "adulta sofisticada" al atardecer, dejándote como un lío nervioso?

Rápidamente desvío la mirada, enfocándome en una mota de polvo que baila en el pasillo iluminado por el crepúsculo del salón, negándome a darle a Bruce la satisfacción de ver mi cara convertirse en un tomate. Esa sonrisa suya... cree que me conoce, cree que ha descifrado el torbellino interminable de emociones que giran dentro de mi mente tan parlanchina.

Tsk.

Se queda ahí, casi burlándose de mí con su silencio antes de finalmente darse la vuelta. Justo cuando pienso que estoy libre y a salvo de más de esa conexión innegable, lo llamo,

impulsivamente.

—¡Eh! ¡Espera! —Mi voz sale como un chillido, y siento que mis mejillas arden como si estuviera rogándole que se quedara, como si fuera el último waffle en un brunch de domingo. ¿Quién diablos creía que era en este momento?

¿Y por qué demonios le acabo de decir que espere? Oh, Diosa.

Él se detiene a mitad de paso, se da la vuelta y levanta una ceja con falsa curiosidad. —¿Sí?

Abro la boca, buscando una réplica, pero mi cerebro levanta un muro de silencio. No puedo evitarlo; es el tipo de persona que te hace dudar de cada pensamiento. —Por favor, cierra la puerta al salir. Gracias. —Oh, genial, ahora he caído en el pozo de la absurdidad. Bien hecho, Ainsley.

Él vuelve a reírse, sacudiendo la cabeza como si yo fuera una pieza de rompecabezas que simplemente no encaja. —Por supuesto, señorita Ainsley —dice con un guiño, y así, se da la vuelta nuevamente, caminando por el pasillo.

Lo escucho reírse suavemente antes de desaparecer en el pasillo, dejándome sola con la cacofonía de voces que se mezclan en una sola. Y así, la realidad regresa, recordándome que, aunque pueda bromear para alejar la incomodidad que representa Bruce, aún necesito encontrar a mi hermana.

Esa es exactamente la razón por la que me uniré a esto. Tengo la extraña sensación de que Adira podría estar involucrada y necesito salvarla.

* * *

Estoy en mi tienda, más tarde esa misma noche, cuando de repente siento un cambio en el aire. La atmósfera se vuelve pesada, cargada de una energía que hace que los pelos de mi nuca se ericen.

Mis sentidos vibran, una campana de advertencia en el fondo de mi mente.

Algo viene.

Antes de que pueda reaccionar, una chispa se enciende en el aire frente a mí. Parpadea y danza, creciendo rápidamente hasta convertirse en una pequeña llama flotante. El fuego toma forma, formando letras que brillan intensamente contra la oscuridad de mi tienda.

Un mensaje de fuego, algo no muy común en mi línea de trabajo.

Mi corazón se acelera mientras observo cómo las palabras ardientes toman forma: —No busques a tu hermana —El mensaje flota por un momento, grabándose en mi memoria antes de disolverse en cenizas que se esparcen por el suelo de madera gastado de mi tienda.

Mi sangre se congela. Adira. ¿En qué tipo de problemas se ha metido esta vez?

¿Y quién envió el mensaje? ¿Quién tiene a mi hermana?

Agarro el borde del mostrador, con los nudillos blancos, intentando estabilizarme. El aroma de hierbas y pociones que normalmente me trae consuelo ahora parece empalagoso, casi asfixiante. Me obligo a respirar profundamente, luchando contra el pánico que amenaza con abrumarme.

—Piensa, Ainsley —murmuro para mí misma, pasando una mano por mi cabello. —¿Qué haría mamá?

Pero mamá no está aquí, y estoy sola. Bueno, no del todo sola, me doy cuenta de repente. Tengo opciones, aunque sean limitadas.

Charles es mi primer pensamiento. Siempre ha estado ahí para mí, una presencia constante en el caótico mundo de lo sobrenatural. Pero la imagen de su rostro cansado, desgastado por los recientes problemas con la junta escolar, aparece en mi mente. No, no puedo cargarlo con esto.

No ahora.

Lo que me deja con... Bruce. Casi me río ante lo absurdo de eso. Yo, considerando pedirle ayuda a un hombre lobo. Papá estaría revolcándose en su tumba.

Pero los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, y si hay algo que Bruce tiene en abundancia, es experiencia con el lado más oscuro del mundo sobrenatural. Además, aunque me cueste admitirlo, podría usar un poco de ese poder bruto de hombre lobo en este momento.

Saco mi teléfono, con el dedo sobre el contacto de Bruce. La gravedad de la situación me golpea con toda su fuerza. Esto no se trata solo de tragar mi orgullo o enfrentar mis sentimientos complicados hacia los hombres lobo. Se trata de Adira. Mi hermana. La única familia que me queda.

Respirando profundamente, presiono el botón de llamada.

Mientras suena el teléfono, no puedo evitar reflexionar sobre los extraños giros que ha tomado mi vida. Una híbrida de bruja y hombre lobo que le vendió el alma de su lobo a un demonio, ahora le pide ayuda a un alfa de sangre pura.

Suena como el comienzo de un chiste malo.

Pero esa es mi realidad ahora. Cambié mi lado lobo por más poder de bruja, una decisión que pareció inteligente en su momento. Ahora, estoy atrapada persiguiendo a un señor demonio para salvar a la gente y, tal vez, incluso a mi hermana.

Tengo un maldito hombre lobo en mi clase y otro que hace que mi corazón se acelere cuando lo veo. Pero Bruce no es cualquier hombre lobo. Es un ex agente de las Fuerzas Sobrenaturales de NY, y en este momento, podría ser mi única esperanza de rastrear a la persona que tiene a mi hermana.

Mientras el teléfono sigue sonando, me pregunto qué dirá Bruce cuando escuche mi solicitud. ¿Se reirá? ¿Colgará? ¿O entenderá la desesperación que me impulsa a contactarlo?

Cual sea su respuesta, sé una cosa con certeza: haré lo que sea necesario para salvar a Adira. Incluso si eso significa enfrentar las partes de mí misma que he intentado tanto dejar atrás.

# CAPÍTULO 11



## BRUCE

Estoy en medio de una reunión con los ejecutores cuando mi teléfono vibra. Normalmente, lo ignoraría, pero algo me hace mirar la pantalla. Es Ainz. Mi corazón da un vuelco extraño que intento aplastar de inmediato.

—Tomen cinco —gruño a los ejecutores, quienes intercambian miradas curiosas mientras salgo de la sala.

Contesto la llamada, intentando mantener mi voz neutra. —¿Una bruja prejuiciosa llamando voluntariamente a un hombre lobo? ¿Es el fin del mundo?

Su voz llega, tensa por la preocupación, y mi columna se endurece. —Bruce...

Aprieto el teléfono. —¿Ainz? ¿Qué pasa?

Puedo escucharla tragar; sé que esto fue difícil para ella. —Necesito... necesito tu ayuda. Es Adira, mi hermana. Ha desaparecido.

Mi agarre se tensa sobre el teléfono. Adira, la hermana de Ainz. La que Dexton siempre está viendo en YouTube. —¿Desaparecida? ¿Cómo?

—No puedo encontrarla en ningún lado. No está en el aquelarre, ni en la casa de los humanos, no ha publicado nada en su canal en dos semanas. Acabo de recibir un mensaje de fuego diciendo que no debería buscarla. —Su voz se quiebra ligeramente. —Bruce, creo... creo que está en problemas.

Cierro los ojos, inhalando profundamente. El protector en mí quiere correr hacia Ainz de inmediato, consolarla y resolver este problema. La parte racional de mí recuerda que tengo responsabilidades aquí, una manada que liderar, una reunión de apareamiento a la que asistir.

—¿Bruce? —La voz de Ainz me devuelve a la realidad. —¿Estás ahí?

Tomo mi decisión en ese momento. —Estoy aquí. ¿Dónde estás? Voy en camino.

—¿Me ayudarás? —El alivio en su voz es palpable.

—Por supuesto que te ayudaré —digo, ya moviéndome hacia mis aposentos para empacar. —

Eres... —Me detengo, sin saber cómo terminar esa frase. ¿Qué es ella para mí? ¿Una aliada? ¿Una amiga? ¿Algo más?

—¿Soy qué?

Sonrío a pesar de la situación. —Eres un dolor en mi trasero, y no creo que tenga elección aquí, así que sí, te ayudaré.

Ella resopla, y casi puedo ver cómo pone los ojos en blanco. —Encantador como siempre, chico lobo. Estoy en mi tienda. ¿Cuánto tardarás en llegar?

—Dame una hora. Necesito arreglar algunas cosas con la manada. —Hago una pausa, luego añado, —Ainz, la encontraremos. Lo prometo.

Hay un momento de silencio, luego un suave, —Gracias, Bruce.

Al colgar, ya estoy mentalmente preparándome para lo que viene. Necesitaré informar a Elio, organizar la seguridad de la manada en mi ausencia y pensar en una buena excusa para faltar a la estúpida reunión de apareamiento. Pero mientras empiezo a caminar, me doy cuenta de que nada de eso importa tanto como el hecho de que Ainz me necesita.

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. ¿Cuándo se volvió esta bruja tan importante para mí? ¿Y por qué la idea de verla en peligro hace que mi lobo aúlle con la necesidad de protegerla?

Habrá tiempo para entender mis sentimientos más tarde. Ahora mismo, Ainz me necesita. Y, lo entienda o no, estaré ahí para ella.

Vuelvo a entrar en la reunión de los ejecutores, mi mente acelerada con planes y preparativos. El olor de mi manada me rodea, algo que normalmente me reconforta, pero ahora solo me recuerda la responsabilidad que estoy a punto de dejar temporalmente de lado.

—Escuchen bien —gruño, y mi voz hace que todas las cabezas se giren—. Tengo una situación que resolver. Estaré fuera unos días.

Murmullos recorren la habitación. Elio da un paso al frente, con el ceño fruncido. —Bruce, ¿y qué hay de la reunión de apareamiento? Las otras manadas esperarán tu presencia.

Contengo un gruñido.

—La reunión puede esperar —digo con firmeza—. Esto es más importante.

—¿Más importante que encontrar una pareja? —pregunta una anciana presente en la reunión, su tono afilado—. ¿Más importante que asegurar el futuro de nuestra manada?

Me giro para mirarla, dejando que un atisbo de mi lobo se asome en mis ojos. —Con todo respeto, el futuro de nuestra manada no significará nada si somos invadidos por demonios. Esta misión podría darnos información valiosa sobre los ataques.

No es del todo una mentira. Si la hermana de Ainz ha sido capturada por demonios, podría estar conectada con la amenaza más amplia que enfrentamos. Pero, incluso mientras lo pienso, sé que

no es toda la verdad. La verdadera razón por la que voy es más simple y complicada a la vez: Ainz pidió mi ayuda.

—Elio —digo, dirigiéndome a mi beta—. Tú estarás a cargo mientras esté fuera. Duplica las patrullas, especialmente alrededor de las fronteras. Si algo parece extraño, cualquier cosa, me llamas de inmediato. ¿Entendido?

Elio asiente, su rostro serio. —Sí, Alfa. Pero... ¿estás seguro de esto? ¿Ir solo a donde sea que vayas? Esto se trata de la bruja, ¿verdad?

Aprieto la mandíbula, conteniendo las ganas de reaccionar con dureza. —Ella no es cualquier bruja. Es Ainz. Es... —Me detengo, sin saber cómo explicar lo que ella significa para mí, para nosotros—. Nos ha ayudado antes. Le debemos, ya lo sabes.

Elio levanta una ceja, pero sabiamente no insiste. —Si tú lo dices, Bruce. Solo... ten cuidado, ¿de acuerdo? Te necesitamos.

Asiento, agarrando su hombro. —Lo estaré. Y Elio... Gracias. Por entender.

Cuando Elio se va, entro en mi habitación y empiezo a empacar en serio. Ropa, armas, suministros de primeros auxilios; no estoy seguro de lo que enfrentaremos, así que me preparo para todo. Mientras trabajo, mi mente divaga hacia Ainz. Las palabras de Elio resuenan en mi cabeza. ¿Es realmente tan obvio? ¿La miro de manera diferente?

Sacudo la cabeza, intentando concentrarme. No importa en este momento. Lo que importa es encontrar a su hermana y mantener a Ainz a salvo. Todo lo demás puede esperar.

Justo cuando estoy cerrando mi mochila, alguien golpea la puerta. Es mi madre. Extiende una pequeña bolsa. —Escuché que te vas por unos días. No te preguntaré por qué. Solo toma esto. Algunas hierbas curativas —explica—. Y unos amuletos de protección. Para ti y... para quien sea que te encuentres.

Tomo la bolsa, con una pequeña sonrisa en mi rostro. —Gracias, mamá.

Ella asiente, luego vacila. —Hijo... todos te queremos. Sea lo que sea esto, lo que estés sintiendo... está bien. Solo regresa conmigo, ¿de acuerdo?

Trago saliva y asiento. —Lo haré. Te lo prometo.

Cuando mi madre se va, doy un último vistazo a mi habitación. —Espero estar haciendo lo correcto —murmuro.

Con un respiro profundo, salgo.

Ainz me necesita. Y pase lo que pase, estaré ahí para ella. Cueste lo que cueste.

* * *

Las luces de la ciudad se desdibujan al pasar mientras conduzco por las bulliciosas calles de Nueva York, mi mente corriendo más rápido que mi auto.

La llamada de Ainsley se repite en mi cabeza, su voz usualmente sarcástica teñida de un miedo genuino. Es suficiente para ponerme los nervios de punta.

Que ella me llame así.

Algo está mal, muy mal.

Pero haré lo que sea para arreglarlo.

Llego frente a su tienda y estaciono mi auto justo en la entrada.

Tomando una respiración profunda, me preparo para el lío en el que estoy a punto de meterme.

La campana suena al abrir la puerta, y de inmediato me golpea el aroma de hierbas y magia que siempre la rodea. Ainsley está allí, caminando de un lado a otro detrás del mostrador, su presencia usualmente vibrante apagada por la preocupación. Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, me sorprende la vulnerabilidad que veo en ella.

Camino hacia ella, con los dedos ansiosos por agarrarla y acercarla a mí para consolarla.

Me detengo justo frente a ella, con los dedos apretados.

—Muy bien, Ainsley —digo, manteniendo mi voz baja y firme—. Cuéntame todo.

Ella lo hace, las palabras salen en un torrente acelerado. Un mensaje de fuego, una advertencia sobre su hermana. Mi mente comienza inmediatamente a armar el rompecabezas, años de experiencia con las Fuerzas Sobrenaturales entrando en acción.

—Podría ser Baphomet —digo cuando termina, observando cómo su rostro se pone pálido al mencionar al señor demonio—. Ha estado más activo últimamente, y un secuestro de alto perfil encajaría con su modus operandi.

Ainsley traga saliva con dificultad, sus manos se aprietan a los costados. —¿Baphomet? ¿El gobernante del submundo de Nueva York? ¿Qué podría querer él con mi hermana?

Niego con la cabeza, deseando tener una mejor respuesta. —Podría ser cualquier cosa. Apalancamiento, entretenimiento, un nuevo demonio para agregar a su colección. Con Baphomet, es difícil saberlo.

Ella comienza a caminar de un lado a otro otra vez, murmurando entre dientes. Casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza, probablemente ideando algún plan de rescate a medias. Pero no bajo mi vigilancia.

—Ainsley —digo, con un tono más severo de lo que pretendo. Ella se detiene, mirándome con una mezcla de desafío y desesperación que tira de algo en mi pecho. Suavizo mi voz. —La encontraremos, pero tenemos que ser inteligentes con esto. Baphomet no es alguien para tomar a la ligera, pero no mata al azar. Es un señor demonio, después de todo, y tiene razones.

Ella me mira por un segundo, y no sé qué encuentra allí, pero lentamente, la tensión abandona sus hombros. —¿Entonces cuál es el plan, lobo feroz?

Me burlo suavemente pero ignoro la pulla, sacando mi teléfono. —Una vez me enfrenté a él

cuando todavía trabajaba en las Fuerzas Sobrenaturales. Primero llamaré refuerzos. Tengo contactos que me deben favores. Gente que puede ayudar.

Mientras hago las llamadas, observo a Ainsley de reojo. Está moviéndose por su tienda, recogiendo ingredientes y murmurando encantamientos.

Mi primera llamada es a Rona, la profesora vampira de la escuela comunitaria de hombres lobo. Sus siglos de experiencia y conexiones en el mundo sobrenatural podrían ser invaluables. Luego, contacto a algunos de mis antiguos colegas de las Fuerzas Sobrenaturales. Puede que no puedan ayudar oficialmente, pero sé que algunos no tendrán problema en saltarse las reglas por una buena causa.

Al terminar mis llamadas, Ainsley se acerca, con los brazos llenos de frascos y bolsitas. —Tengo pociones de protección, hechizos de rastreo y algunas sorpresas desagradables para cualquier demonio que se interponga en nuestro camino —dice, con un atisbo de su sass habitual regresando.

No puedo evitar estar impresionado. —Buena idea. Vamos a necesitar toda la ayuda posible.

Pasamos la siguiente hora preparándonos, la gravedad de lo que estamos a punto de hacer se cierne sobre nosotros como una pesada capa. Ainsley me informa sobre el último paradero conocido de su hermana, mientras yo detallo lo que sé sobre el territorio y las defensas de Baphomet. Baphomet no ha sido visto por un tiempo. Parece haberse cansado de los trucos que antes le interesaban, como seducir a los vampiros para que cambien sus colecciones por dientes más fuertes o robar gemas de las tiendas de brujas. Adira había sido el primer informe de su mala conducta en meses.

Mientras trabajamos, me encuentro observando a Ainsley. Siempre supe que era capaz, pero verla así —enfocada, decidida, muy diferente de la bruja despreocupada con la que estoy acostumbrado a tratar— es revelador. Hay una fuerza en ella que he subestimado.

—¿Qué? —pregunta, al darse cuenta de que la estoy mirando.

Sacudo la cabeza. —Nada. Solo... estás manejando esto bien.

Ella me regala una pequeña y triste sonrisa. —No tengo mucha opción, ¿verdad? Es mi hermana.

Asiento, entendiendo demasiado bien las medidas que tomamos por la familia. Es una de las pocas cosas que los hombres lobo y las brujas tienen en común.

A medida que avanza la noche, nuestro plan comienza a tomar forma. Empezaremos en los bordes de la montaña Adirondack, un lugar donde Baphomet solía merodear. Los hechizos de rastreo de Ainsley nos ayudarían a reducir la ubicación de Adira allí si tenemos algo de suerte.

Finalmente, cuando las primeras luces del amanecer comienzan a filtrarse por las ventanas de la tienda, estamos tan listos como podremos estar. Miro a Ainsley, viendo mi propia mezcla de determinación y miedo reflejada en sus ojos.

Mientras salimos a la luz temprana de la mañana, no puedo evitar sentir que esto es el comienzo de algo más grande que ambos. Una bruja y un hombre lobo, caminando voluntariamente hacia

la guarida de uno de los demonios más poderosos de Nueva York. Suena como el comienzo de un mal chiste.

O tal vez, solo tal vez, es el comienzo de una leyenda.

De cualquier manera, ya no hay vuelta atrás. Adira nos necesita, y pase lo que pase (posiblemente de manera literal, dado que estamos tratando con un demonio), vamos a traerla a casa. El submundo de la ciudad de Nueva York más vale que esté preparado, porque Bruce y Ainsley están llegando, y vamos a llevar la pelea hasta ellos.

Justo cuando estoy a punto de salir, siento las manos de Ainz en mi brazo.

Me quedo helado.

Me doy vuelta para mirarla, y tiene una expresión en su rostro que no puedo descifrar.

—Bruce —dice suavemente—, solo... necesito agradecerte por venir conmigo. Pero... este va a ser un viaje muy peligroso. Todavía puedes echarte atrás si quieres.

No puedo evitar burlarme de su sugerencia.

¿De verdad cree que la abandonaría ahora?

—¿Echarme atrás? Ni en sueños, pequeña bruja. No voy a ningún lugar sino a tu lado.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios incluso mientras frunce el ceño, de esa manera adorable que me hace querer suavizarlo con mi pulgar. —¿Por qué? —pregunta, con una voz apenas un susurro—. ¿Por qué me estás ayudando realmente?

Por un momento, me pillo desprevenido.

Es una pregunta simple, pero la respuesta es todo menos eso.

*¿Cómo le digo que creo que es mía?*

Me paso una mano por el cabello, ganando tiempo mientras busco las palabras adecuadas. —No lo sé —admito finalmente, sorprendiéndome a mí mismo con mi honestidad—. Solo... realmente quiero protegerte, Ainz.

Las palabras cuelgan en el aire entre nosotros, cargadas de implicaciones no dichas.

Siempre he sido el protector de mi manada, el heredero fuerte y poderoso que haría cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Pero esto... esto es diferente. Ainz no es parte de la manada —todavía no—, pero el abrumador impulso que siento por protegerla va más allá de mis instintos protectores habituales.

*Ella es mía.*

Creo que lo sé ahora. Es la única explicación que tiene sentido.

Los ojos de Ainz se abren ligeramente, y puedo ver un destello de algo —¿sorpresa? ¿esperanza? — en sus profundidades.

Mis dedos se mueven hacia su pequeño rostro y ella suelta un aliento tembloroso. Sé que está pensando en el beso que compartimos.

—Ainz...

Ella traga saliva, su lengua asomando para humedecer sus labios. —¿V-vas a... besarme ahora?

Sonrío. —¿Quieres que te bese, Ainz?

Sus ojos brillan con emociones encontradas. Deseo, miedo, todo se refleja en su mirada mientras lentamente paso mi pulgar por su barbilla.

Tranquilizador.

Ella traga saliva de nuevo y asiente. —S-sí.

Gruñó. —Dios, Ainz, vas a matarme.

Nuestros labios se encuentran, y es como si una descarga eléctrica recorriera mi cuerpo.

*Debería haberlo sabido. Ella es mía.*

Sus labios son suaves y cálidos contra los míos, y puedo sentir el leve sabor del té de hierbas que probablemente bebió antes.

Mis manos se mueven por su cuenta, una acariciando su rostro mientras la otra se desliza alrededor de su cintura, acercándola más a mí.

Ainz responde con igual fervor, sus dedos entrelazándose en mi pelo mientras profundiza el beso.

Un gruñido bajo resuena en mi pecho, mi lobo despertando con aprobación y deseo. Su aroma llena mis sentidos, amenazando con abrumarme.

Mientras el beso se intensifica, una pequeña parte de mi cerebro —la parte que no está completamente perdida en la sensación del cuerpo de Ainz contra el mío— registra que estamos pisando terreno peligroso.

Estamos a punto de embarcarnos en una misión peligrosa, y perdernos en la pasión ahora mismo podría ser desastroso.

Con un esfuerzo monumental, me separo, rompiendo el beso. Ambos respiramos con dificultad, y puedo escuchar el corazón de Ainz latiendo al mismo ritmo que el mío.

*Mía*. Es salvaje en mi pecho. Esta mujer... Esta bruja es mía.

Sus mejillas están sonrojadas, sus labios ligeramente hinchados por nuestro beso, y me cuesta cada gramo de autocontrol no volver a sumergirme en ellos.

—Deberíamos... deberíamos parar —logro decir, mi voz más ronca de lo usual—. Antes de que sea demasiado tarde.

Ainz asiente, luciendo tan aturdida como yo me siento. —Tienes razón —concuerda, aunque no

hace nada para salir de mi abrazo—. Lo siento.

La agarro. —Nunca... nunca te disculpes por eso, Ainz.

Me permito unos momentos más de tenerla cerca, saboreando la sensación de ella en mis brazos.

Ella se muerde el labio y asiente.

Esta es una sensación nueva para mí; nunca he sido de abrazos ni de afecto físico excesivo, siempre manteniendo cierta distancia incluso con posibles parejas.

Pero con Ainz, se siente natural, correcto.

La revelación me inquieta.

Si esta bruja es realmente mi pareja, ¿qué va a pasar?

¿Lo sentirá?

No es la primera vez que una bruja se empareja con un lobo, pero nunca he estado cerca de ninguna de esas parejas como para saber cómo sucedió.

A regañadientes, doy un paso atrás, poniendo algo de espacio muy necesario entre nosotros. —Deberíamos movernos ahora —digo, intentando inyectar algo de normalidad en mi voz—. Cuanto antes nos vayamos, antes podremos encontrar a tu hermana y lidiar con este problema del demonio.

# CAPÍTULO 12



## AINZ

*Debo dejar de permitir que esto suceda.*

El aire fresco de Adirondack roza mis mejillas mientras avanzo por la maleza, mis botas crujen sobre las hojas caídas. La espalda ancha de Bruce está justo delante de mí, y no puedo evitar admirar cómo sus músculos se tensan bajo su camisa con cada paso. No es que lo admitiría en voz alta, por supuesto.

Sí, eso es lo que necesito dejar de hacer. ¿Por qué estoy aquí soñando despierta con un hombre lobo en lugar de preocuparme completamente por mi hermana?

*Un hombre lobo con el que siempre pierdo el control.* No creo que pueda detenerme si sucede de nuevo.

—¿Cómo vas, bruja? —Bruce echa un vistazo por encima del hombro, con un dejo de preocupación en sus ojos.

Hago un gesto dramático con los ojos. —Por favor, lobito. Podría hacer esto en tacones si fuera necesario.

Él se ríe, y el sonido envía una inesperada calidez a través de mi pecho. Me sacudo rápidamente la sensación. Concéntrate, Ainz. Estamos aquí por Adira.

Mientras nos adentramos más en el bosque, saco un pequeño frasco de mi bolsillo. El líquido en su interior brilla con un resplandor de otro mundo. —Es hora de obtener algo de información local —anuncio, destapando el frasco.

Bruce levanta una ceja. —¿Qué se supone que hace eso?

—Observa y aprende, peludo. —Tomo un sorbo de la poción, haciendo una mueca por su sabor amargo. Casi al instante, el bosque a mi alrededor cobra vida con susurros y murmullos. Cierro los ojos, escuchando atentamente el parloteo de las ardillas, los chismes de los pájaros y los gruñidos bajos de los osos.

El parloteo agudo de una ardilla llama mi atención primero. —¡Dos piernas extrañas! ¡Dos piernas extrañas en el bosque!

—Silencio, pequeño —ulula un búho sabio—. He visto a muchos de dos piernas venir e irse. Estos huelen... diferente.

Un coro de cantos de pájaros se une—: ¡Energía oscura! ¡Energía oscura al norte! ¡Cuidado, cuidado!

Me concentro más, tratando de identificar información más específica. Una voz grave y retumbante que solo puede pertenecer a un oso llena mi mente—: Viejo refugio de piedra, cinco caminatas del sol al norte. Malos olores. Sonidos aterradores. Nos mantenemos alejados.

Cuando los efectos de la poción comienzan a desvanecerse, abro los ojos y encuentro a Bruce mirándome, con una mezcla de asombro y confusión en su rostro. No puedo evitar sonreír—: La fauna local es toda una cadena de chismes. Ha habido actividad extraña cerca de un viejo castillo a unas cinco millas al norte de aquí. Mucha energía oscura y vibraciones espeluznantes. Un oso mencionó "malos olores" y "sonidos aterradores" provenientes de un "viejo refugio de piedra".

Bruce asiente, impresionado a pesar de sí mismo. —Buen truco. ¿Crees que ahí es donde Baphomet tiene a tu hermana?

Cuando el sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de naranjas y rosas brillantes, Bruce divisa una cueva escondida en la ladera de una colina. —Deberíamos descansar esta noche —sugiere —. No es seguro acercarse al castillo en la oscuridad.

Me siento pesadamente, mis músculos adoloridos por la caminata del día. Bruce se acomoda a mi lado, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor que emana de su cuerpo. El aire entre nosotros parece cargado, denso con una tensión no dicha.

Los labios de Bruce se curvan en una media sonrisa. —¿Intentas asustarte a ti misma, bruja?

Se inclina un poco más, su voz bajando a un murmullo grave. —¿Ah, sí?

Rápidamente me aclaro la garganta, poniendo distancia entre nosotros.

Mientras la hoguera crepita a nuestro lado, me encuentro estudiando el perfil de Bruce. La luz parpadeante proyecta sombras sobre su fuerte mandíbula, y me sorprende lo vulnerable que se ve en este momento. Es un mundo lejano al hombre lobo duro y sarcástico con el que estoy acostumbrada a lidiar.

Bruce se vuelve hacia mí, sus ojos reflejando la luz del fuego. —Solo pienso en lo loco que es todo esto. Un hombre lobo y una bruja, trabajando juntos para rescatar a tu hermana de un señor demonio.

—¿Y ahora? —pregunta Bruce, su voz baja e intensa.

Como si sintiera mi confusión interna, Bruce se ríe.

Oh, genial. Ahora lo estoy imaginando transformándose: los músculos que se ondulan, el pelaje, el gruñido primitivo que podría dejarme sin aliento. Un escalofrío de un tipo diferente recorre mi nuca. Fingí estudiar el suelo, jugueteando con una escama de piedra. —Sabes, Bruce, en realidad soy más del tipo de bruja que prefiere mantenerse en lados opuestos de la habitación cuando se

trata de hombres lobos.

—Tu idea de lo difícil está claramente distorsionada, Sr. Hombre Lobo: «Me comí toda la pirámide alimenticia sobrenatural».

—Bien. Y ¿cómo te está yendo con eso? —respondo, lanzándole una mirada burlona y escéptica. Mi corazón se acelera, y no puedo decidir si quiero mantener esta tensión o lanzar la precaución al viento.

Se acerca un poco más, el brillo burlón en sus ojos apagado por algo completamente diferente, algo que vagamente se asemeja a la comprensión. —Parece que tú tampoco sabes qué hacer conmigo. Un momento estás lanzando hechizos, y al siguiente... bueno, sentada aquí pensando en lo loco que es todo esto.

Ese rubor involuntario que sube por mis mejillas no es bienvenido. No te ruborices frente a él, no te ruborices frente a él. Me trago el nerviosismo. —Disculpa, sé exactamente qué hacer contigo. Se llama "mantenerte a distancia", lo cual, déjame recalcar, no es muy difícil.

—Aprecio el esfuerzo —Su voz se vuelve más baja, casi conspirativa, mientras se acerca aún más, el calor que emana de él casi palpable contra el frío de la cueva. Cada centímetro que perdemos se siente monumental, como un paso hacia un territorio desconocido donde el peligro acecha en cada esquina, pero al mismo tiempo es el lugar más tentador en el que podría estar.

Me muerdo el labio, intentando dominar mis pensamientos rebeldes. Su cercanía está haciendo que mantener mi compostura de bruja sea demasiado difícil. —¿Te das cuenta de que podría desterrarte a quién sabe dónde, verdad?

—Exacto. Pero en cambio, estamos aquí hablando como personas normales. Casi te hace dudar de usar esa varita mágica conmigo —Sonríe con esa sonrisa demasiado bien ejecutada para mi gusto.

Pero esta charla, tan cargada como está, se siente como una lenta combustión en más de un sentido. No estoy segura de si es el fuego jugando con mis sentidos, o si es la mirada intensa de Bruce la que me atrae, pero siento que me inclino hacia adelante también, atrapada en una extraña fuerza gravitacional. Estoy más cerca ahora, mi corazón se acelera, mi respiración se entrecorta al darme cuenta de lo cerca que estamos, prácticamente al alcance.

—Bueno, solo para que conste —susurro, con una sonrisa conspiradora en los labios—, si alguien va a lanzarte un hechizo, voy a necesitar tu ayuda. Así que, ¿te importa mantenerte en una pieza, Bruce?

Se ríe suavemente, y es tan delicioso que me siento mareada. —Haré lo mejor que pueda, Ainz. Pero no puedo prometer nada.

Y ahí está, la burla, la tensión que se espesa como el mismo aire que respiramos. Puedo oler el humo de leña mezclado con su olor terroso, y de alguna manera es abrumador. No estoy preparada para esto, para esta extraña conexión, esta atracción que no debería existir pero que es innegablemente real entre nosotros.

De repente, me encuentro inclinando la cabeza, mirando fijamente sus labios, esos labios

terriblemente tentadores que guardan una promesa que no debería desear, pero deseo. Mi pulso retumba en mis oídos.

Culpo a Bruce por esto. Me ha hecho algo. Tal vez realmente lanzó un hechizo sobre mí, porque no puedo entender todo esto.

—¿Por qué sigues mirándome, Ainz? —Su voz fluye como miel, rica y suave, provocando que las palabras salgan de mis labios antes de que pueda contenerlas.

—Solo estoy trazando mi plan —respondo sin aliento, la fachada casi resquebrajándose mientras nuestras miradas se encuentran de nuevo, un nuevo tipo de calor encendiéndose entre nosotros. Si lo planeo bien, tal vez pueda lidiar con él sin que el final sea desastroso.

Pero en ese momento, mientras el fuego sigue parpadeando, sé que estoy mucho más allá de cualquier plan que pueda formular. No estoy pensando en hechizos ni encantamientos; en cambio, todo lo que puedo pensar es en su cercanía, esos labios hermosos, su aroma intoxicante y en qué diablos estamos haciendo.

No quiero odiarlo. Definitivamente no quiero hechizarlo.

Solo quiero... quiero que me bese. Quiero que me bese y me atraiga hacia él.

—Bruce —susurro, mi voz habitual abandonándome.

Su mano se acerca para acariciar mi mejilla, y me inclino hacia su tacto a pesar de mí misma. —Ainz —murmura, y luego sus labios están sobre los míos.

El beso es eléctrico, enviando ondas de choque a través de todo mi cuerpo. Me fundo en él, mis manos se aferran a su camisa mientras lo acerco más. Todos los pensamientos sobre Adira, Baphomet y nuestra misión desaparecen de mi mente. En este momento, solo existimos Bruce y yo, y el fuego crepitando a nuestro lado.

El beso enciende algo en el fondo de mi estómago que no puedo nombrar.

¿Por dónde empiezo? ¿Con su cabello despeinado que parece sacado de una novela sobre héroes temerarios? ¿O tal vez es la forma en que se inclina hacia mí, como si yo fuera lo único que lo mantiene anclado al suelo, como si pudiera salir volando si me soltara — algo completamente absurdo.

Lo acerco más, mis manos se aferran a la tela de su camisa, mi pulso late frenéticamente mientras el fuego crepita a nuestro lado, casi incitándome a continuar.

—No deberíamos —murmuro contra sus labios, aún medio consciente del mundo que nos rodea, pero la protesta muere cuando los dedos de Bruce se deslizan por mi mandíbula, enviando escalofríos por mi piel.

—¿No deberíamos? —ret suavemente, y puedo oír la diversión en su voz, como si disfrutara de mi conflicto interno—. ¿Por qué no?

—Oh, no sé —logro decir, el sarcasmo apenas disimula lo entrecortado de mi tono—. Estamos en una misión sagrada para derrotar a Baphomet, ¿recuerdas? ¿Qué pensaría si descubriera que

preferimos besarnos que planear estrategias?

Bruce se ríe, y su risa reverbera en mí —¿cómo algo tan simple como una risa puede hacer que mis rodillas tiemblen? —Estoy bastante seguro de que preferiría lo segundo.

Se separa lo suficiente para mirarme a los ojos, y hay un destello de travesura reflejado en su mirada. Me enciende, reavivando esa insistente necesidad de olvidar el mundo, el destino de los humanos y la magia. ¿Por qué tiene que mirarme así, como si yo fuera lo único importante en todo el universo?

—Ahora estás diciendo locuras —replico, intentando recuperar la compostura a pesar de que mi corazón late como un tambor—. Probablemente tienes cien planes de armamento encantado perfectamente categorizados en esa cabecita bonita tuya.

—Puede esperar —se encoge de hombros, acercándose de nuevo, su frente rozando suavemente la mía—. En este momento, estoy más interesado en esto.

Y así, captura mis labios nuevamente, esta vez con una intensidad que me hace perder la cabeza.

Sus manos recorren mi cintura, acercándome más a él, y puedo sentir la presión firme de su cuerpo —su calor, su ritmo.

Finalmente me permito sucumbir al impulso, deslizando con audacia mis dedos hacia su cabello, retorciendo sus suaves y sedosos mechones entre mis dedos.

Me fundo contra él, el frescor de la cueva contrasta con su calor, sus manos recorren debajo de mi camisa, sus yemas de los dedos encendiendo cada terminación nerviosa.

Puedo sentir cómo mi cuerpo responde, cada centímetro de mí florece bajo su toque. Sus manos exploran, sus dedos trazan hábilmente las curvas de mi cuerpo, empujando los límites de mi autocontrol. Apenas puedo pensar; solo puedo sentir —sus manos, el calor que emana de él, la rugosidad suave de la cueva, el fuego crepitando cerca.

Es intoxicante, emocionante. Quiero más.

Necesito más.

Con un estallido repentino de confianza, me separo, sintiéndome audaz. —Te quiero —ahora.

Parece sorprendido, divertido por mi osadía, sus ojos brillan de deseo. Su respuesta es inmediata, un hambre que iguala al mío se enciende en él. Me besa de nuevo, esta vez más profundamente.

Cada presión de su boca extrae un gemido de mí, cada una de sus caricias estratégicas enciende un fuego ahí abajo, enviando ondas de choque a mi centro. Me arqueo contra él, mi cuerpo pidiendo más contacto, más fricción. Apenas puedo contener la necesidad que crece dentro de mí.

Sus manos se deslizan debajo de mi camisa, las palmas callosas rozan la suavidad de mi piel, enviando escalofríos por mi espalda. Jadeo, las sensaciones son abrumadoras. Trato desesperadamente con los botones de su camisa, ansiosa por tocarlo, por sentir su piel contra la mía.

—Ainz —susurra, su voz cargada de deseo, y eso me envía una ola de euforia.

Enrosco mis dedos alrededor de su muñeca, acercándolo más, y murmuro sin aliento: —Dime que tú también lo quieres.

—Más que nada —responde, sus labios deslizándose por mi cuello, cada beso encendiendo llamas en mi piel.

Es exquisito. La manera en que se toma su tiempo, saboreándome como si fuera su última comida. Quiero perderme en él, completamente.

Mientras comienza a desvestirme, centímetro a centímetro, mi interior se retuerce de anticipación. Es deliciosamente perverso, el impulso primario de acercarlo más, de tocarlo por todas partes, de sentir el calor de nuestros cuerpos fundirse mientras caemos en el éxtasis.

—Quiero escucharte, Ainz —insta, su voz baja y sensual.

Lo acerco más, necesitando sentirlo. Mis manos recorren su cuerpo, explorando cada contorno, trazando las líneas de su figura.

Lo siento contra mí, duro.

Lo empujo ligeramente, lo suficiente para admirarlo. Mi respiración se acelera mientras observo cómo su cuerpo responde a mi mirada, cada músculo tenso por la anticipación. —Tócame —susurro, mi voz suave pero firme, exigiendo que tome lo que le ofrezco tan voluntariamente.

No necesita una segunda invitación. Sus manos vuelven a mi piel con una urgencia que acelera mi pulso. Las yemas de sus dedos rozan mi clavícula, deslizándose por mi columna de una manera que enciende cada terminación nerviosa dentro de mí. Mi cuerpo responde instintivamente, arqueándose hacia su toque, deseando más.

—Dios, Ainz —respira, su voz un murmullo bajo, cargada de hambre. El sonido me envía un escalofrío delicioso, y no puedo evitar el gemido que escapa de mis labios.

Me encanta cómo suena mi nombre en su boca, como un secreto que no puede contener.

Siento sus manos agarrando mis caderas, acercándome a él como si necesitara fundir nuestros cuerpos en uno. Hay una salvajedad en sus movimientos, una rudeza que me recorre la espalda con una emoción intensa.

—Tómame —susurro contra sus labios, las palabras un desafío audaz que enciende un fuego en sus ojos. Sin dudarlo, me empuja suavemente hacia el suelo duro de la cueva, su frescura contrastando con mi piel caliente.

Lo miro, su silueta oscura e imponente, y siento una oleada de excitación. Se cierne sobre mí por un momento, dejando que la anticipación crezca hasta que apenas puedo soportarla.

Entonces, con una rapidez que me quita el aliento, desciende sobre mí, capturando mi boca en otro beso ardiente mientras frota su cuerpo contra el mío. Siento su excitación, dura contra mí, y todo mi cuerpo responde con ansias. Envuelvo mis piernas alrededor de él, instándolo a tomar lo que desea, a perderse en mí.

—¿Estás segura de esto, Ainz? No podré detenerme si continuamos. ¿Estás segura? —pregunta, su voz baja y posesiva.

Asiento, sin aliento por el deseo, y en un movimiento rápido, entra en mí, llenando cada centímetro con un calor que envía ondas de placer desde mi núcleo a todo mi cuerpo.

Jadeo, la sensación es abrumadora mientras comienza a moverse, cada empuje profundo y decidido.

—Mmm… sí.

Mi respiración se vuelve agitada mientras mis ojos se cierran de placer.

Escucho el sonido de nuestros cuerpos chocando, los jadeos y gemidos que resuenan en la habitación. Estoy perdida en la dicha, perdiendo la noción de dónde termino yo y comienza él mientras empuja con más fuerza, un impulso primitivo llevándolo más profundo.

Siento cada centímetro de él, cómo me llena, cómo me empuja al límite con cada movimiento poderoso.

Hay algo primitivo en la forma en que sus manos recorren mi cuerpo, una conexión que va más allá de la mera atracción. Es eléctrico; chisporrotea y silba en el aire. Me agarra de la cintura y me acerca, y siento cada latido de mi corazón en sintonía con el suyo.

—Bruce... —Mi voz apenas logra escapar mientras él se acerca, su aliento caliente en mi oído. —Yo...

—Mía —gruñe, justo cuando sus labios rozan mi cuello. La posesividad en esa simple palabra envía una sacudida de algo profundo y enterrado a través de mí. Es una propiedad que me golpea de maneras que no puedo comprender del todo, pero algo dentro de mí se agita, un instinto latente que ni siquiera sabía que existía.

Por un fugaz instante, olvido dónde estoy, ahogándome en la sensación que me envuelve como una manta cálida. El mundo a nuestro alrededor se difumina, y todo en lo que puedo concentrarme es en él. Pero entonces, algo cambia. Un tirón desde las profundidades de mi alma, un hilo invisible de conexión, tira insistentemente de mi corazón.

Mi respiración se corta cuando la realización cae sobre mí, una ola tan poderosa que amenaza con derribarme. Conecto los puntos, los sentimientos chocan en una revelación que hace que mi corazón lata aún más rápido.

*Somos pareja.*

Es como si el universo hubiera conspirado para dar vida a este momento, para entrelazar nuestros destinos de una manera que nunca había anticipado.

No sé qué es, pero la realización... en lugar de enviarme miedo, hace algo completamente diferente.

Me vuelve loca.

Loca de lujuria, pasión, deseo y necesidad por él.

Por Bruce.

Él se inclina, capturando mis labios de nuevo, besándome ferozmente como si quisiera reclamarme por completo. Con cada empuje, me sumerge más en un estado de éxtasis, y todo lo que puedo hacer es aferrarme a él, mis uñas se clavan en su carne mientras persigo la creciente ola de placer que amenaza con estallar.

—Ainz —gime, su voz cargada de deseo, y eso envía otra oleada de emoción a través de mí. Siento cómo mi cuerpo se tensa, ese delicioso nudo que se forma dentro de mí mientras él me lleva más cerca del borde.

—Más —exijo, mi voz entrecortada y desesperada, mientras arqueo la espalda, anhelando que las olas de placer se intensifiquen. Y él obedece, aumentando su ritmo, el calor entre nosotros explota mientras el deseo alcanza su punto máximo.

El calor entre nosotros explota, y me siento completamente consumida por el deseo. Mientras sus manos se deslizan sobre mi cuerpo, cada toque aviva mi anhelo. Cuando toma mi pecho, dejo escapar un suave gemido, sintiéndolo explorar la tierna carne. Sus dedos juegan con mis pezones, y la electricidad recorre mi cuerpo, encendiendo cada terminación nerviosa.

—Eres tan hermosa —murmura, sus palabras envolviéndome como un abrazo cálido, haciendo que cada parte de mí anhele más. —Me vuelves loco —susurra, y es una confesión que aviva aún más mi deseo. Puedo ver el hambre en sus ojos, reflejada en los míos mientras me retuerzo debajo de él.

Él sabe cómo tocarme, cómo despertar cada deseo que burbujea justo debajo de la superficie. Su mano viaja más abajo, sus yemas de dedos rozan mi muslo y encienden un rastro de fuego hasta mi centro. El calor entre nosotros se vuelve insoportable, y me derrito bajo su toque. Estoy perdida en una neblina de placer mientras él me encuentra, jugando y explorando, mi cuerpo arqueándose hacia su mano, rogando por liberación.

Me aferro a él, y con cada caricia y empuje, siento cómo el espiral de placer se tensa y se tensa dentro de mí.

Él sabe lo que está haciendo, y eso me vuelve loca mientras siento que mi cuerpo responde, listo para sucumbir a las deliciosas olas de éxtasis que se acercan rápidamente. Entonces, en un momento emocionante que destroza el tiempo mismo, ambos caemos por el borde, jadeando en puro éxtasis.

Mi cuerpo estalla a su alrededor, olas de placer caen sobre mí, y siento cómo el éxtasis nos envuelve a ambos, envolviendo nuestros sentidos, uniéndonos en este perfecto momento de liberación.

Mientras el mundo se desvanece, susurro su nombre, un sello sin aliento al hermoso caos que hemos creado juntos.

Con él. Mi... mi pareja.

* * *

Cuando los primeros rayos del amanecer se filtran por la entrada de la cueva, me muevo, sintiendo cómo mi cuerpo duele de maneras tanto familiares como emocionantemente nuevas. Los eventos de la noche anterior regresan a mi mente, como una ola de sensaciones y revelaciones que me dejan sin aliento.

*Almas gemelas.*

La palabra resuena en mí, igualmente emocionante y aterradora.

Entreabro un ojo, buscando a Bruce. Él ya está despierto, de espaldas a mí mientras empaca metódicamente nuestro equipo. Verlo —con sus músculos tensos y su fuerza silenciosa— hace que un escalofrío recorra mi espalda. ¿Cómo se supone que debo actuar ahora? ¿Qué debo decir?

—Buenos días —digo con voz ronca, frunciendo el ceño al escuchar lo débil que suena.

Bruce se da la vuelta, sus ojos se encuentran con los míos. Por un momento, ninguno de los dos habla. El aire entre nosotros se siente cargado, lleno de palabras no dichas y una intimidad recién descubierta.

—¿Dormiste bien? —pregunta, con su voz ronca más suave de lo habitual.

Asiento, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas. —Sí, um... ¿y tú?

*Muy suave, Ainz. Muy suave.*

Los labios de Bruce se curvan en lo que podría ser el esbozo de una sonrisa. —Mejor que en años.

Mi corazón da un vuelco. Me siento, sujetando la manta contra mi pecho, repentinamente muy consciente de mi desnudez debajo. —Entonces, sobre lo de anoche...

—Ainz —interrumpe Bruce, moviéndose para arrodillarse a mi lado. Su mano se extiende, vacila, luego acaricia suavemente mi mejilla. —No tenemos que resolverlo todo ahora mismo.

Me inclino hacia su toque, sintiendo un alivio recorrer mi cuerpo. —Pero nosotros... quiero decir, yo sentí...

—Almas gemelas —termina él, con una voz profunda que siento en mis huesos. —Yo también lo sentí.

—¿Asustado? —pregunto, odiando lo vulnerable que sueno.

El pulgar de Bruce recorre mi pómulo, su toque me ancla. —No necesariamente —admite. —Pero también... correcto.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. —Sí —susurro. —Correcto.

Por un momento, nos quedamos así, frente a frente, respirando el uno al otro. Luego Bruce se aparta, y una determinación familiar se asienta en sus rasgos.

—Deberíamos ponernos en marcha —dice, pero hay una nueva calidez en sus ojos. —Tu hermana todavía está ahí afuera.

Cierto. Adira. El mundo real regresa de golpe, pero de alguna manera no se siente tan abrumador como antes. Asiento, enderezando mis hombros. —Pásame mi ropa, ¿quieres? A menos que prefieras que viaje al natural. —

Bruce se ríe, lanzándome mi mochila. Mientras me visto, lo atrapo mirándome de reojo, y una emoción recorre mi cuerpo. Esto entre nosotros —es nuevo, frágil y un poco aterrador.

—¿Lista para seguir? —pregunta Bruce, ofreciéndome una mano para levantarme.

La tomo, dejando que me ayude a ponerme de pie. Nuestros dedos permanecen entrelazados un momento más de lo necesario.

—Vamos a encontrar a mi hermana —digo, inyectando tanto descaro en mi voz como puedo. —Y tal vez patear algunos traseros de demonios mientras estamos en eso.

La sonrisa de Bruce es feroz y hermosa. —No lo tendría de otra manera.

Lado a lado, salimos de la cueva y lo desconocido, con el sol naciente calentando nuestras espaldas.

Caminamos a través del denso bosque, siguiendo el leve sendero.

El aire de la mañana es fresco, lleno del canto de los pájaros y el crujir de pequeños animales. Normalmente, estaría charlando sin parar, pero hoy estoy perdida en mis pensamientos. ¿Qué siente Bruce sobre todo esto de las almas gemelas? ¿Acaso entiende lo que significa? Y lo más importante, ¿cómo me siento yo al respecto?

Mis reflexiones se interrumpen cuando atravesamos una línea de árboles y entramos en un claro. Mi corazón se hunde al ver lo que tenemos delante.

El claro es un páramo de tierra carbonizada y tocones de árboles ennegrecidos. El olor acre del humo aún flota en el aire. Mi mente se llena de posibilidades horribles. ¿Fue Adira quien hizo esto? O peor, ¿le pasó algo aquí?

Siento la mano de Bruce en mi hombro, estabilizándome. —No saques conclusiones precipitadas —dice suavemente—. No sabemos qué pasó aquí.

Me giro hacia él, sorprendida por la dulzura en su voz. Su rostro, normalmente severo, está marcado por la preocupación. Una preocupación por mí, me doy cuenta. Es una faceta suya que no había visto antes, y me llena de calidez a pesar de la escena sombría que nos rodea.

—Tienes razón —asiento, tomando una respiración profunda—. Necesitamos más información.

Meto la mano en mi mochila y mis dedos rodean un pequeño vial lleno de un líquido brillante. La poción de visión. La he estado guardando para el momento adecuado, y este parece tan bueno como cualquier otro.

—Aléjate —le advierto a Bruce—. Esto podría ponerse raro.

Destapo el vial y me lo tomo de un trago. El sabor es amargo y eléctrico, como lamer una batería. Por un momento, no pasa nada. Luego, el mundo a mi alrededor comienza a brillar y a desdibujarse.

De repente, ya no estoy en el claro. Imágenes pasan ante mis ojos, demasiado rápido para procesarlas. Atisbos de bosque, montañas, un camino serpenteante. Luego, todo se ralentiza, y me encuentro mirando una estructura imponente que se recorta contra un cielo tormentoso. Un castillo, pero uno que claramente ha visto mejores días. Sus muros de piedra se desmoronan, la hiedra trepa por sus lados como dedos que se aferran.

Tan rápido como apareció, la visión se desvanece. Parpadeo y me encuentro de vuelta en el claro, con Bruce mirándome ansioso.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Qué viste?

Describo el castillo, observando cómo su ceño se frunce en concentración. —Creo saber dónde está —dice tras un momento—. Es una ruina antigua, a unas pocas horas de aquí. Traté algunos problemas de demonios cuando trabajaba en Fuerzas Sobrenaturales. Originalmente diseñado como parte de Universal Studios a principios del siglo XX, pero como todos saben, Universal Studios fue trasladado a Los Ángeles. Después de que varios YouTubers entraran y se encontraran con demonios, fue sellado por SF.

Una mezcla de esperanza y aprensión se revuelve en mi estómago. ¿Podría estar Adira allí? Y si lo está, ¿qué encontraremos?

—Entonces ahí es donde vamos —declaro, enderezando los hombros.

Mientras partimos en dirección al castillo, no puedo quitarme la sensación de que nos estamos metiendo en algo mucho más grande y peligroso de lo que estamos preparados. Pero con Bruce a mi lado —mi compañero, mi... pareja—, siento una oleada de determinación. Sea lo que sea lo que nos espera, lo enfrentaremos juntos.

Le echo una mirada furtiva mientras caminamos, estudiando su perfil. Todavía hay tanto sin decir entre nosotros, tanto por resolver. Pero ahora mismo, encontrar a Adira es lo único que importa. El resto... bueno, cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Por ahora, es un pie delante del otro, y una oración silenciosa de que no lleguemos demasiado tarde.

* * *

Horas después, el castillo se alza ante nosotros, una monstruosidad decrépita contra el cielo que se oscurece. Mi corazón late con fuerza en el pecho, la anticipación y el miedo recorriéndome.

*Adira está ahí. Lo puedo sentir.*

—¿Lista? —La voz grave de Bruce resuena a mi lado.

Le lanzo una mirada de reojo, esbozando mi mejor sonrisa arrogante. —Nací lista, grandulón.

Vamos a estropear la fiesta de este demonio.

Nos acercamos a las enormes puertas de madera, desgastadas y marcadas por el tiempo. Levanto la mano para llamar, pero antes de que pueda hacerlo, se abren solas con un chirrido. Qué cliché y escalofriante. Genial.

El vestíbulo está débilmente iluminado, con sombras que bailan sobre las paredes de piedra. El aire se siente pesado, opresivo. Me resisto a agarrar la mano de Bruce al entrar.

—Bienvenida, pequeña bruja —la voz, suave como la seda y fría como el hielo, resuena en el salón—. Te estaba esperando.

De repente, una figura se materializa frente a nosotros, y tengo que evitar que se me caiga la mandíbula.

Él es... Baphomet, el señor demonio, es... hermoso. Etéreo, en realidad, con piel de alabastro y ojos que parecen contener galaxias. Pero hay un filo en esa belleza, algo peligroso y seductor.

Enderezo la espalda, canalizando toda mi fuerza en la voz. —¿Dónde está mi hermana? Sé que la tienes. Tú enviaste el mensaje de fuego.

Los labios de Baphomet se curvan en una sonrisa burlona. —Directo al grano, veo. Tu hermana está... a salvo. Por ahora.

—Deja las tonterías —gruño, sintiendo que mi temperamento se encrespa—. Devuélvemela, o yo...

—¿Tú qué? —interrumpe Baphomet con una voz sedosa—. ¿Me lanzarás una poción? ¿Mostrarás tus colmillos? —Sus ojos se dirigen a Bruce—. ¿O quizás soltarás a tu perro contra mí?

Escucho a Bruce gruñir bajito, pero me adelanto, poniéndome entre ellos. —Quiero verla. Ahora. Di lo que quieres y terminemos con esto.

Baphomet me estudia durante un largo momento, con la cabeza ligeramente inclinada. —Interesante —murmura—. Una bruja haciendo tratos con demonios no es algo nuevo, pero tú... tú eres algo diferente, ¿no es así?

Un escalofrío recorre mi espalda.

No. No hay forma de que lo sepa. Mantén la calma, Ainsley.

—Lo que sea que yo sea no es de tu incumbencia —espeto—. ¿Dónde. Está. Adira?

La sonrisa de Baphomet se ensancha, revelando dientes un poco demasiado afilados. —Oh, pero sí es de mi incumbencia. Verás, estoy muy intrigado por ti, Ainsley. Una bruja con el alma de un lobo... ¿o es al revés?

El pánico se enciende en mi pecho. Lo sabe. De alguna manera, lo sabe.

—¿Y qué hay con eso? —intento mantener mi voz firme, pero puedo escuchar el temblor.

Siento que Bruce se mueve a mi lado, pero no le echo un vistazo.

No puedo; tengo miedo de lo que encontraré allí. De lo que veré en sus ojos.

—Deja este estúpido espectáculo. ¡Exijo que me devuelvas. A mi. Hermana!

Los ojos de Baphomet se estrechan, toda su fachada de diversión desaparece. —¿Te atreves a exigirme algo, híbrida?

Sin previo aviso, hace un gesto con la mano, enviando una oleada de energía oscura hacia nosotros. Apenas tengo tiempo de levantar una barrera protectora, y la colisión de nuestras magias envía chispas por el aire.

—¡Bruce, quédate atrás! —grito, mientras mis manos ya se mueven para preparar el siguiente hechizo. Lanzo una ráfaga de bolas de fuego hacia Baphomet, cada una silbando y escupiendo mientras vuela.

El señor demonio ríe, apartándolas como si fueran moscas molestas. —¿Eso es lo mejor que puedes hacer?

Aprieto los dientes, sacando fuerzas de lo más profundo de mis reservas. El aire a mi alrededor crepita con electricidad mientras convoco una tormenta de rayos dentro del salón del castillo. Rayos de energía blanca y caliente se lanzan hacia Baphomet desde todas las direcciones.

Por un momento, creo que lo tengo. Pero entonces los rayos simplemente... se detienen. Suspendidos en el aire, se retuercen y giran antes de dispararse de vuelta hacia mí.

Me tiro a un lado, sintiendo el calor que abrasa mi cabello al pasar. Mi corazón late con fuerza, la adrenalina corriendo por mis venas. Pero, en el fondo, hay una sensación de hundimiento: estoy superada.

Baphomet avanza con paso firme, completamente imperturbable. —Un esfuerzo admirable —dice, con un tono casi aburrido—. Pero inútil.

Con un gesto casual de su mano, una fuerza invisible me golpea, enviándome volando por la habitación. Choque contra la pared con fuerza, el impacto me deja sin aliento.

—¡Ainz! —el grito de Bruce parece llegar desde lejos mientras me esfuerzo por levantarme.

Baphomet está allí en un instante, su mano cerrándose alrededor de mi garganta. Me levanta sin esfuerzo, mis pies colgando sobre el suelo. —Ahora bien —susurra—, veamos de qué estás hecha en realidad, ¿no crees?

Sus ojos se clavan en los míos, y siento algo invasivo que husmea en los límites de mi mente. Intento resistir, reforzar mis defensas mentales, pero es como intentar contener el océano con las manos desnudas.

—Ah —la voz de Baphomet gotea con alegría maliciosa—. Ahí está. Ese equilibrio cuidadosamente construido. Me pregunto... ¿qué pasa cuando se perturba?

Antes de que pueda reaccionar, su mano libre presiona contra mi pecho. Hay un pulso de

energía, y luego... agonía.

Comienza en lo más profundo de mi ser, una chispa ardiente que explota hacia afuera. Cada célula de mi cuerpo siente como si fuera desgarrada y vuelta a coser. Escucho gritos y me doy cuenta vagamente de que vienen de mí.

No. No, no, no.

—¿Ainz? —la voz de Bruce suena distante, preocupada.

No puedo responder. El cambio se está apoderando de mí, mi cuerpo se retuerce y contorsiona. Pero esto no es como ningún cambio que haya experimentado antes. Es violento, doloroso, desgarrando desde adentro hacia afuera.

Mis huesos crujen y se reforman, los músculos se estiran y contorsionan. Me brota pelo por la piel en parches, áspero y salvaje. Pero no se detiene, no se asienta en ninguna forma en particular. Lobo, humano, algo intermedio: mi cuerpo cicla entre ellos en rápida sucesión.

A través de la bruma del dolor, veo a Bruce corriendo hacia mí, el horror grabado en su rostro. Pero no puede alcanzarme. Ninguno de ellos puede.

Me caigo, me ahogo, me quemo, todo al mismo tiempo. El mundo a mi alrededor se desdibuja en una cacofonía de sonido y color. Siento cómo mi mente se fractura, la cordura escapándose como arena en un reloj de arena.

En mis últimos momentos de lucidez, un pensamiento aterrador atraviesa el caos: Esto es todo. Me estoy convirtiendo en el monstruo que siempre temí. Y no sé si alguna vez encontraré el camino de regreso.

No. Por favor, no.

Un sollozo escapa de mi boca, pero dudo que alguien lo escuche porque ya estoy siendo consumida. Consumida por el monstruo que había hecho todo por ocultar.

¿Qué... qué pasa si lo lastimo? ¿A mi pareja? No... no.

Entonces, la oscuridad me traga por completo.

# CAPÍTULO 13



## BRUCE

*Qué?*

Me quedo paralizado, con el corazón palpitando en mi pecho mientras presencio lo impensable.

Ainz, la bruja que inexplicablemente ha capturado mi atención, la mujer que es mi pareja, se transforma ante mis ojos.

*Pero... ¿cómo?*

*¿Qué significa esto? ¿Es una híbrida?*

*¿Una loba y una bruja?*

*Muy curioso. Ya que odia a los hombres lobo como tal. Pero no tengo tiempo para quedarme en mi shock.*

Observo, con la mandíbula floja, cómo sus delicadas facciones se tuercen y contorsionan. El cabello rojo fuego de Ainz chisporrotea y enciende una energía primitiva que vibra en el aire como la tensión antes de una tormenta. Su cuerpo se estremece, los músculos se tensan y desplazan bajo su piel, los huesos crujen y se alargan. He visto transformaciones antes—familiares, hermosas en su propia manera. Pero mientras Ainz se transforma ante mí, no puedo evitar sentir un escalofrío recorriendo mi espalda.

Esta no es una transformación cualquiera. La forma de lobo de Ainz emerge, feroz y poderosa, pero hay algo inquietante en ella. La elegancia tradicional de un hombre lobo da paso a una criatura mucho más extraña. El pelaje que brota es de un obsidiano sedoso, brillando con un resplandor iridiscente.

Sin embargo, no es esta belleza lo que agarra mi corazón con miedo; son sus ojos—o mejor dicho, la ausencia de ellos.

Donde esperaría un ámbar ardiente o un amarillo penetrante, la loba de Ainz tiene ojos que son vacíos puros, como mirar a un pozo de la nada. No hay un destello de humanidad, ni una chispa de alma; es como si el espíritu brillante que una vez vivió dentro de ella se hubiera apagado. Doy

un paso atrás, el aire denso con una tensión que no logro comprender del todo. Su forma es magnífica, casi regia, pero es ajena—desconocida de una manera que se siente incorrecta.

*Guau*.

—¿Qué diablos? —murmuro, incapaz de comprender lo que estoy viendo.

El shock recorre mi cuerpo, dejándome momentáneamente paralizado.

*¿Cómo ocurrió esto y cómo diablos Baphomet pudo desencadenar su transformación?*

*Ese maldito bastardo.*

La criatura que una vez fue Ainz emite un aullido que hiela los huesos, sus garras recién formadas se clavan en la tierra.

Sus ojos antes cálidos y de un marrón vibrante, llenos de vida, ahora están vacíos. No hay profundidad, ni un destello de reconocimiento, y la ausencia de pupilas los hace parecer como gemelos vacíos, tragándose el mundo a su alrededor. Puedo sentir el miedo emanando de ella como olas chocando contra la orilla, cada una más pesada que la anterior.

—¿Ainz? —susurro, aunque mi voz suena extraña en este silencio sofocante.

Intento verla debajo del tormento claro en sus ojos, pero todo lo que encuentro es una sombra—una silueta de alguien que una vez bailó a través de la vida. Ahora, el dolor la ha vaciado, dejándola casi fantasmal.

Doy un paso cauteloso hacia adelante, con las manos extendidas en un intento inútil de cerrar la brecha entre nosotros. —Soy yo, Bruce. Por favor, háblame.

Pero ella no reacciona—su mirada permanece fija en algo mucho más allá de mí, como si estuviera atrapada en las garras de una pesadilla que no puedo penetrar. El miedo en su aroma flota en el aire, espeso y punzante, mezclándose con el olor rancio que nos rodea.

No puedo decir si siente algo en absoluto.

*Algo está terriblemente mal aquí, con su lobo.*

—¿Qué le hiciste? —gruño.

Baphomet, ese bastardo engreído, está de pie con una sonrisa satisfecha en su rostro. El señor demoníaco se mantiene allí, tan tranquilo como si nada, mientras Ainz se retuerce en lo que parece ser agonía.

Todos mis instintos gritan para ir hacia ella, para ayudarla en esta transformación inesperada. Pero el líder en mí sabe que Baphomet es la verdadera amenaza aquí.

Justo cuando estoy a punto de lanzarme sobre Baphomet, un nuevo aroma golpea mi nariz.

Giro la cabeza y veo a una joven corriendo hacia nosotros, sus ojos llenos de horror.

—Adira —oigo decirme, reconociendo a la hermana de Ainz por su parecido familiar. Además,

la estrella de YouTube es algo famosa.

Adira pasa corriendo a mi lado, dirigiéndose directamente hacia su hermana transformada. —¡Ainz! —grita, su voz quebrada por la emoción—. ¿Qué le hiciste a mi hermana? —exige, volviéndose para mirar con dureza a Baphomet.

Observo, atónito, cómo la actitud arrogante de Baphomet se desmorona bajo la mirada acusadora de Adira.

—Yo… no quise… —balbucea, luciendo genuinamente arrepentido. Es un contraste impactante con su arrogancia habitual, y me siento aún más confundido.

*¿Qué diablos está pasando aquí?*

—Era solo una broma —dice Baphomet rápidamente, sus ojos moviéndose entre Adira y la transformada Ainz—. Se recuperará pronto, lo prometo.

No puedo evitar burlarme de su débil excusa. —¿Una broma? ¿A esto le llamas una maldita broma? —gruño, dando un paso amenazante hacia él.

Mi lobo aúlla dentro de mí, exigiendo venganza por el daño hecho a Ainz.

La necesidad de proteger a mi compañera es abrumadora.

Baphomet levanta las manos en un gesto de apaciguamiento. —Mira, lo siento, ¿de acuerdo? Pronto se transformará de nuevo en humana. Su lobo es tan débil que mantener la forma de lobo por mucho tiempo es altamente improbable. Unas horas como máximo, lo prometo. Pero si no recibe el tratamiento adecuado, podría perder la razón.

Sus palabras me hacen estremecer. ¿Perder la razón? La idea de Ainz, con su ingenio rápido y su espíritu fogoso, reducida a una bestia sin mente es insoportable. La miro retorcerse, mi pecho apretado por una emoción que no puedo nombrar.

—¿Por qué estaría así? ¡Baphomet! —exijo, odiando lo desesperado que sueno. Pero en este momento, el bienestar de Ainz es lo único que importa. Todo lo demás pasa a un segundo plano ante la necesidad urgente de ayudarla.

Mientras estoy allí, dividido entre la ira hacia Baphomet y la preocupación por Ainz, no puedo evitar preguntarme cómo me metí en este lío.

Hace solo unas semanas, mi vida era simple: liderar la manada, proteger nuestro territorio, tal vez encontrar una compañera algún día.

Ahora, estoy metido en la escuela de señores de la guerra, demonios y una mujer que ha puesto mi mundo patas arriba.

Baphomet no se molestó en responder mi pregunta y tuvo el descaro de verse ofendido. —Bruce, me hieres. ¿Es esa la forma de saludar a un viejo conocido? ¿Ni un saludo?

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de borrar esa mirada engreída de su rostro. —La forma en que me has saludado tampoco es correcta, pero no me ves quejándome. Abre la boca

para hablar, pero me burlo. —Déjate de tonterías, Baphomet. ¿Qué está pasando aquí? ¿Estás detrás de los recientes ataques demoníacos?

Su expresión cambia, volviéndose más seria. —Ah, así que también los has notado. Problemáticos, ¿no?

—¿Problemáticos? —gruño, dando un paso más cerca—. Son una maldita pesadilla. Mi manada ha estado bajo constante amenaza. Hemos perdido buenos lobos, Baphomet. ¿Y ahora esto? —hago un gesto hacia el estado transformado de Ainz—. ¿Qué estás tramando?

Puedo sentir a mi lobo presionando para salir, exigiendo venganza.

Necesito cada pizca de autocontrol para no transformarme aquí mismo y destrozarlo. Pero necesito respuestas más que la satisfacción de una pelea.

Baphomet suspira, pasando una mano por su cabello. —Es… complicado, Bruce. El sello de la puerta del infierno, se está debilitando. No tengo idea de por qué está pasando, pero los demonios están filtrándose con más frecuencia que nunca.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

¿La puerta del infierno? Eso es algo muy serio.

—¿Y qué, pensaste que convertir a Ainz en una loba ayudaría? —espeté, aún luchando por entender la conexión.

—Eso fue... un efecto secundario desafortunado —admitió Baphomet, luciendo algo avergonzado por una vez—. No la estaba convirtiendo en una loba. Solo intentaba sacar a relucir su lado lobuno latente. No esperaba una transformación tan violenta. Era evidente que vendió el alma de su lobo a los demonios hace mucho tiempo, que su lobo ahora estaba tan débil e inconsciente. Y debo advertirte, ya que pareces preocupado por ella, que el alma de su lobo debe ser reparada. El demonio con quien hizo el trato podría engañarla diciéndole que no habría efectos secundarios. Pero los hay. Tú eres más experto en hombres lobo, ya lo verás.

Una bruja fuerte que incluso se atrevió a hacer un trato con los demonios, ¿eh? ¿Qué tipo de sorpresa me traerías, Ainz? Dejé escapar un respiro profundo antes de exigir—: ¿Por qué te metiste con Adira en primer lugar?

La mirada de Baphomet se dirigió hacia Adira, quien todavía consolaba a su hermana. —Porque necesito ayuda —dijo en voz baja—. El sello fue creado por tres brujas poderosas. He estado... trabajando con Adira para estudiarlo, para encontrar una forma de reforzarlo antes de que sea demasiado tarde.

Miré a la joven bruja, viéndola bajo una nueva luz. Ella sostuvo mi mirada con firmeza, con una determinación en sus ojos que me recordó a Ainz.

—La secuestraste —gruñí, recordando por qué habíamos venido aquí en primer lugar—. Hiciste pasar a Ainz por un infierno preocupada por su hermana, ¿y para qué? ¿Para un proyecto de investigación mágica? Eres el maldito señor de los demonios, deberías saber cómo resolver este maldito problema.

Baphomet al menos tuvo la decencia de parecer avergonzado. —Bueno, no tengo ni idea de cómo resolverlo, y por eso necesito ayuda... esta vez es demasiado para mí, viejo amigo.

Maldita sea. —Secuestrar no es la forma de pedir ayuda.

—Yo... puede que lo haya hecho de la manera incorrecta —admitió, y puso los ojos en blanco—. Pero las apuestas son altas, Bruce. Si ese sello se rompe por completo...

No necesité que terminara la frase. He visto suficiente destrucción en los ataques recientes para imaginar cómo sería una invasión demoníaca a gran escala.

El pensamiento hizo que un escalofrío recorriera mi espalda.

—¿Y ahora qué? —pregunté, mi mente acelerándose con las implicaciones de todo esto—. ¿Cómo arreglamos este lío?

Mientras estaba allí, atrapado en esta nueva y abrumadora respuesta a la amenaza hacia mi manada, no pude evitar sentir el peso de la responsabilidad posándose sobre mis hombros.

Ya no se trataba solo de proteger a mis lobos.

Esto es más grande que nosotros, más grande que las rivalidades insignificantes entre especies. Se trata de todo el mundo.

El gruñido de Ainz cortó el aire como un cuchillo, sacándome de golpe a la realidad. Sus ojos, ardiendo con una intensidad feroz, se fijaron en los míos.

Adira estaba a su lado.

Ainz todavía estaba en su forma de loba, gimiendo suavemente mientras Adira acariciaba su pelaje. La vista me tocó algo profundo en mi interior, un impulso primario de proteger y consolar.

Me di cuenta de que Ainz todavía estaba sufriendo, aunque menos que antes. Extendí la mano para tocarla, pero ella se apartó, tensando su cuerpo.

Los ojos de Adira se encontraron con los míos, una pregunta silenciosa.

—Necesitamos llevarla a mi manada para ver qué se puede hacer con su lobo —dije, mi voz ronca por la urgencia—. Ahora.

Me moví hacia Ainz, pero Baphomet se interpuso en mi camino. —Espera —dijo, alzando una mano—. Aún no hemos terminado aquí. Hay mucho que discutir, que planear...

Sentí que mi temperamento estallaba de nuevo. —¿Discutir? ¿Planear? ¿Estás bromeando? —gruñí, acercándome tanto a él que nuestras caras casi se tocaron—. Ainz necesita ayuda, ¿y tú quieres tener una maldita reunión de estrategia?

Baphomet no retrocedió, pero vi un destello de incertidumbre en sus ojos.

Bien. Debería estar asustado.

—Bruce, sé razonable. El destino de todos nuestros mundos está en juego, y te prometo que recuperará su forma humana pronto. No podemos simplemente...

—Mírame —gruñí, empujándolo mientras pasaba. Me acerqué a Ainz y Adira, agachándome a su lado.

De cerca, el olor del miedo y la confusión de Ainz era abrumador.

Hizo que mi lobo aullara con la necesidad de consolarla, de arreglar todo.

*¡Mía!* Mi lobo gritó.

Me giro hacia Adira. —Nos vamos. ¿Vienes con nosotros?

Adira mira entre Baphomet y yo, el conflicto se refleja claramente en su rostro. —Yo… sí, por supuesto. Ainz me necesita.

Mientras Adira ayuda a Ainz a ponerse de pie, escucho la respiración entrecortada de Baphomet. —Adira, por favor —dice, con una voz inusualmente vulnerable—. Te necesito aquí.

Observo cómo la determinación de Adira flaquea. Claramente hay algo entre ellos, una conexión que no termino de entender.

Pero, en este momento, no tengo tiempo para desentrañar todo ese drama.

—Ella viene con nosotros —afirmo con firmeza, colocándome entre Baphomet y las hermanas —. Esto no está abierto a debate.

Los ojos de Baphomet se estrechan, y por un momento, creo que podría desafiarme.

—Sé que la necesitas —digo, con un tono agudo pero no abiertamente hostil—. Pero Ainz también la necesita. Espero no estar yendo demasiado lejos, pero la urgencia del momento me impulsa. Haría cualquier cosa para asegurarme de que Adira esté a salvo.

Adira da un paso al frente, con una expresión resuelta, rompiendo el silencio tenso entre nosotros dos. —Baphomet —comienza, con voz cuidadosa pero firme—. Aprecio todo lo que has hecho por mí, por nosotras. Pero Ainz está en peligro. Me necesitan, y no puedo ignorarlo. La determinación en sus ojos enciende algo profundo dentro de mí: un orgullo feroz que se mezcla con mi instinto de proteger.

La mandíbula de Baphomet se tensa, pero puedo ver en su mirada que no está enojado; está frustrado. Después de respirar para recuperarse, se pasa una mano por el cabello, en un gesto de derrota. —Lo entiendo —dice finalmente, con un destello de tristeza en esos ojos tormentosos—. Pero prométeme que volverás.

Adira asiente lentamente, con una mirada firme e inquebrantable. —Lo haré. Lo prometo.

La intensidad en su voz me incomoda.

Es demasiado… íntimo.

Dejo de lado ese pensamiento, centrándome en la tarea que tengo entre manos.

—Vámonos —digo, mientras levanto a Ainz en su forma de lobo, sin confiar en que pueda caminar bien en este estado.

El contacto me provoca una sacudida, incluso a través de su grueso pelaje.

Mi corazón late al compás del suyo.

A medida que salimos del antro de Baphomet, mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones conflictivas.

Una parte de mí está totalmente concentrada en llevar a Ainz a un lugar seguro, evaluando cada sombra en busca de posibles amenazas. Pero otra parte, una con la que no me siento del todo cómodo, está hiperconciente de su presencia a mi lado. Quiero esconderla y enterrar mi cara en su suave vientre.

*Es el vínculo de compañero, se ha vuelto más fuerte.*

Incluso en esta forma, hay algo en ella que me llama.

La forma en que se aferra a mí, el gemido ocasional de dolor o confusión, la confianza en sus ojos cuando me mira.

Para mi sorpresa, se acurruca más contra mí, cierra los ojos y descansa pacíficamente en mis brazos, con el cuerpo relajado y la respiración constante. Todo esto despierta algo profundo en mi pecho.

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos.

Soy Bruce maldito Xavier, heredero Alfa de la manada de hombres lobo más poderosa de la región.

Y esta mujer es mi compañera. Haría cualquier cosa por ella.

Cuando emergemos al aire fresco de la noche, Ainz vuelve a gemir de dolor.

—Te tengo —murmuro, sin estar seguro de si puede entenderme en este estado—. Estás a salvo ahora. No dejaré que te pase nada.

Las palabras me sorprenden al salir de mi boca. No es solo una frase vacía: lo digo en serio. Y esa realización me aterra más que cualquier demonio o puerta al infierno.

Mientras regresamos a mi territorio, con Adira siguiéndonos de cerca, no puedo evitar notarla. La presencia de Adira es a la vez formidable y grácil.

Su cabello largo y oscuro ondea detrás de ella mientras se mueve con una cualidad casi etérea. Hay una nueva confianza en su paso, un destello de poder en sus ojos que no estaba allí antes.

No puedo quitarme la sensación de que todo está a punto de cambiar.

El mundo tal como lo conozco está cambiando, las alianzas se están reconfigurando, las amenazas acechan. Y en el centro de todo está esta mujer en mis brazos, este híbrido imposible que ha revolucionado mi vida en cuestión de días.

Ainz, todavía en su forma de lobo, se siente a la vez familiar y extraña en mi abrazo.

Su pelaje es más suave de lo que esperaba. Puedo sentir el constante subir y bajar de su pecho contra el mío, su respiración trabajosa pero constante.

Su nariz húmeda ocasionalmente se estremece, incluso en su estado inconsciente, como si intentara comprender los olores que la rodean. Sus orejas, aterciopeladas y expresivas, tiemblan ligeramente con cada paso que doy. Es un recordatorio claro de su doble naturaleza: la bruja que he llegado a conocer y este nuevo lado salvaje que acaba de ser revelado.

Lo que venga después, una cosa es segura: estoy en esto ahora, para bien o para mal. Y que Dios ayude a cualquiera que intente lastimar a Ainz o se interponga en nuestro camino.

Porque tendrán que pasar primero por mí, y nunca he sido de los que retroceden ante una pelea.

Y así, sin siquiera darme cuenta, Ainz se ha convertido en eso exactamente: mía para proteger, mía para cuidar, mía por la que luchar.

* * *

Sostengo el cuerpo inerte de Ainz contra mi pecho mientras avanzo sigilosamente por los terrenos de la manada. Mi corazón late acelerado, no por el esfuerzo, sino por el miedo a ser descubierto. Cada sombra parece esconder ojos curiosos, cada crujido de hojas una amenaza potencial para nuestro secreto.

Finalmente, llego a mis aposentos privados y coloco suavemente a Ainz en mi cama. Su cuerpo, que hace unos momentos era un temible hombre lobo, ahora yace pequeño y frágil en su forma humana. No puedo evitar maravillarme ante la contradicción: esta bruja poderosa, este hombre lobo recién descubierto, ahora tan vulnerable.

—Aguanta, Ainz —susurro, mi voz apenas audible incluso para mis propios oídos agudos.

Reúno suministros médicos, mis manos tiemblan ligeramente mientras limpio y cubro sus heridas. Cada mueca, cada pequeño gemido que escapa de sus labios, me atraviesa el pecho. ¿Cómo llegamos a esto? ¿Cómo esta mujer, a quien una vez vi con sospecha, se volvió tan importante para mí?

Mientras trabajo, mi oído mejorado capta murmullos desde afuera. Mi manada está inquieta, cuestionando. Sé que pronto tendré que enfrentarme a ellos, explicar mis recientes ausencias, mi distracción. Pero por ahora, Ainz es mi prioridad.

Acabo de terminar de vendar una herida particularmente fea en su brazo cuando un golpe fuerte en la puerta me hace quedarme inmóvil.

—¿Alfa? Necesitamos hablar. —Es mi beta, su voz teñida de preocupación y un toque de acusación.

Respiro hondo, preparándome. —Ya salgo —digo, intentando mantener la voz firme.

Echo un último vistazo a Ainz antes de salir para enfrentarme a mi manada. Sus rostros son una mezcla de confusión, preocupación y decepción. Siento el peso de sus expectativas sobre mí.

—Sé que he estado... ausente últimamente —comienzo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Pero les aseguro que todo lo que he hecho ha sido en servicio de encontrar soluciones a nuestros problemas.

Murmullos escépticos recorren al grupo. Mi beta da un paso al frente, con el ceño fruncido. —¿Qué tipo de soluciones, Alfa? Los ataques están empeorando, y usted no ha estado por ningún lado.

Asiento, reconociendo sus preocupaciones. —He estado investigando la fuente de estos ataques, y creo que estoy cerca de encontrar respuestas que podrían protegernos a todos.

Mientras sigo explicando, omitiendo cuidadosamente cualquier mención de Ainz, puedo ver cómo algo de la tensión se relaja en sus hombros. No en todos —todavía hay duda en algunos ojos—, pero es un comienzo.

Finalmente, después de lo que parecen horas de preguntas y seguridades, la manada se dispersa. Me desplomo contra la puerta de mis aposentos, exhausto. Pero no hay tiempo para descansar. Necesito ver cómo está Ainz.

Entro en silencio a la habitación, mis ojos inmediatamente se dirigen a la cama. Mi respiración se corta al ver cómo sus párpados tiemblan. Lentamente, con dolor, Ainz abre los ojos.

Nuestras miradas se encuentran, y en ese momento, todas las explicaciones, todas las complicaciones, todos los peligros que nos esperan se desvanecen. Lo único que importa es que está despierta, está aquí, y de alguna manera, contra todo pronóstico, estamos juntos en esto.

# CAPÍTULO 14



## AINZ

Despierto en un mundo de dolor.

Mi cuerpo duele, y mi alma también.

Cada músculo de mi cuerpo me grita, y mi cabeza palpita al ritmo de cada latido. Los recuerdos del enfrentamiento con Baphomet vuelven a mí, y con ellos una oleada de náuseas que no tiene nada que ver con el malestar físico.

*Me transformé*. Frente a Bruce. En eso... ese monstruo.

Mi respiración se atasca en mi garganta, y lucho por no hiperventilar.

Esto no puede estar pasando. No de nuevo. No después de todos estos años de mantenerlo bajo control.

Mi corazón comienza a acelerarse, y puedo sentir el pánico subiendo por mi garganta. Me obligo a respirar profundamente.

*Inspira, expira. Inspira, expira.*

Vamos, Ainz, concéntrate.

Gimiendo, intento sentarme, pero mis músculos protestan con furia. —Ay, ay, ay —murmuro, desplomándome de nuevo en lo que ahora noto que es una cama muy cómoda.

Abro los ojos con dificultad, observando un entorno desconocido. Paredes de madera rústicas, tonos terrosos, el aroma a pino... definitivamente no es mi lugar. Estoy en el territorio de Bruce, me doy cuenta de golpe...

—Estás despierta.

La voz de Bruce me hace estremecer. Me giro y lo veo de pie en la puerta, su expresión es inescrutable.

*¿Preocupación? ¿Lástima? ¿Asco? No estoy segura de cuál sería peor.*

Mi corazón se acelera, y tengo que luchar contra el impulso de salir corriendo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, sentándose en una silla junto a la cama.

—He estado mejor —logro farfullar, haciendo una mueca al escuchar lo débil que suena mi voz. No puedo mirarlo a los ojos, temerosa de lo que pueda ver ahí.

—Ainz —dice suavemente—, ¿qué pasó allá atrás?

La pregunta que tanto he temido. Cierro los ojos, tratando de encontrar las palabras para explicar el desastre que es mi vida. ¿Cómo le digo que soy precisamente aquello que he dicho odiar?

—Es... complicado —finalmente digo, obligándome a mirarlo.

—Te escucho —responde, su mirada firme.

Respiro hondo. —Soy un híbrido —admito, las palabras me saben amargas en la boca—. Mitad bruja, mitad hombre lobo.

Las cejas de Bruce se elevan ligeramente, pero se mantiene en silencio, esperando que continúe.

—Mi madre es una bruja de un linaje forestal secreto. Mi padre era un hombre lobo de una manada tradicional. —Hago una pausa, tragando con dificultad—. Diferente a la tuya, creo. Muy tradicional, muy "no se permite relacionarse con brujas".

Me detengo, observando la reacción de Bruce. Su rostro permanece neutral, pero puedo ver las ruedas girando detrás de esos ojos tormentosos suyos.

—Bueno, para hacer el cuento corto, papá conoció a mamá cuando tropezó y se lastimó en el bosque, mamá le salvó la vida con una poción. Se enamoraron, y mi padre dejó su manada para estar con ella. Pero cuando yo nací...

Intento mantener mi tono ligero, pero siento que la vieja amargura se filtra. Bruce debe notarlo también, porque se inclina hacia adelante, sus ojos se suavizan.

—Hay más en esto, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y trago con dificultad. —Sí. Verás, cuando nací, mi lado lobo era... débil. Muy débil. Necesitaba piedra lunar para fortalecerlo, pero esa cosa es más rara que un bronceado de vampiro.

Bruce hace una mueca ante mi pobre intento de humor, pero sigo adelante.

Siento que las lágrimas amenazan, pero las parpadeo. No voy a llorar. No ahora.

—Mi padre intentó robar piedra lunar para mí. Lo mataron por eso.

La habitación queda en silencio. Siento las lágrimas pinchando en las comisuras de mis ojos, pero me niego a dejarlas caer. Ya he llorado suficiente por esto.

—Por eso —dice Bruce en voz baja.

—¿Por eso qué?

—Por eso odias a los hombres lobo. Por eso actuaste como lo hiciste cuando nos conocimos.

Asiento, incapaz de hablar. El viejo dolor y la ira se alzan, ahogándome.

—Pero eso no explica lo que pasó con Baphomet —apunta Bruce con suavidad.

La vergüenza me invade, y tengo que luchar contra el impulso de esconder mi rostro. —Cuando era adolescente, luchaba con mi magia. No podía equilibrar los ingredientes de las pociones, no podía controlar mis poderes. Estaba enojada, frustrada... vulnerable.

Respiración temblorosa. —Un demonio apareció. Me ofreció un trato. Mi alma de lobo a cambio de poder.

Las palabras salen a toda prisa, como si decirlas más rápido las hiciera menos condenatorias. —Lo acepté. Cambié mi lado lobo para ser una mejor bruja.

El silencio que sigue es ensordecedor. Me obligo a mirar a Bruce a los ojos, preparándome para el rechazo que estoy segura que vendrá.

—¿Y ahora? —pregunta, su voz cuidadosamente neutral.

—¿Ahora? —Me río, pero es un sonido hueco. —Ahora estoy atrapada entre dos mundos, sin pertenecer a ninguno. Si me veo obligada a transformarme, como lo que pasó con Baphomet, me convierto en... esa cosa. Un monstruo sin control, sin humanidad.

Miro mis manos, apretándolas en puños. —Lo odio. Odio lo que me he convertido. Lo que me hice a mí misma.

Cuando finalmente reúno el coraje para mirar a Bruce de nuevo, me sorprende lo que veo en sus ojos.

Están suaves.

Pero al mismo tiempo, no dice ni hace nada, solo me mira.

Y justo entonces, la mirada comprensiva de Bruce me inquieta más que la ira. Me muevo incómoda en la cama, las sábanas suaves de pronto me parecen papel de lija contra mi piel. La habitación, con sus tonos tierra y aroma a pino, parece cerrarse a mi alrededor.

—Necesitamos que te examinen —dice Bruce, su voz más suave de lo que jamás la he escuchado.

Hace que me duela el pecho de una manera que no estoy lista para examinar.

—¿Examinar?

—Nuestra sacerdotisa de la manada —explica. —Necesita echarte un vistazo.

Un nudo se forma en mi estómago. Otra persona que verá el desastre en el que me he convertido.

Asiento, sin confiar en mi voz. Al intentar levantarme, mis piernas flaquean. Bruce está allí en un instante, sus brazos fuertes sosteniéndome. Odio lo segura que me hace sentir.

—Despacio —murmura. —Has pasado por mucho.

Eso es quedarse corto.

Avanzamos lentamente por un largo pasillo, las paredes llenas de fotos de miembros de la manada.

Felices y completos, los hombres lobo. Todo lo que yo no soy. *Todo lo que renuncié.*

La habitación de la sacerdotisa del grupo huele a salvia y flor de luna. Una mujer mayor con cabello plateado y ojos penetrantes nos recibe, su mirada se posa en mí con una intensidad que me hace querer esconderme.

—Siéntate —ordena, señalando una silla en el centro de la habitación.

Obdezco, sintiéndome como un niño a punto de ser regañado. Bruce se mantiene cerca, su presencia tan reconfortante como asfixiante.

El examen de la sacerdotisa es minucioso e incómodo. Sus manos, nudosas por la edad pero sorprendentemente fuertes, exploran mi piel, mis articulaciones, mi cuero cabelludo. Todo el tiempo murmura en voz baja en un idioma que no entiendo.

Finalmente, después de lo que parecen horas, retrocede. Su rostro está grave, y mi corazón se hunde.

—¿Y bien? —pregunta Bruce, apenas conteniendo su impaciencia.

La sacerdotisa le lanza una mirada acalladora antes de volverse hacia mí. —Tu condición es grave, niña. El legado del hombre lobo y de tu herencia de bruja están en guerra dentro de ti. Cada transformación debilita las barreras entre ellos.

Trago saliva, mi boca de repente seca. —¿Qué significa eso?

—Significa —dice lentamente— que, sin intervención, perderás el control. Permanentemente.

La habitación gira, y me aferro a los brazos de la silla para no caerme. —Pero... tiene que haber algo que podamos hacer, ¿no?

La sacerdotisa asiente, pero su expresión no se ilumina. —La piedra de luna que mencionaste. No solo es beneficiosa, es esencial. Es lo único que puede estabilizar tu naturaleza dual y evitar que te pierdas por completo.

Miro a Bruce, esperando ver... no sé qué. ¿Un plan? ¿Esperanza? Pero su rostro es una máscara de preocupación y algo más. Determinación, tal vez.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunta a la sacerdotisa.

Ella niega con la cabeza. —Es imposible decirlo con certeza. Pero después de lo que he visto... estimo que no más de unos pocos meses antes de que el daño sea irreversible.

Unos meses. Las palabras resuenan en mi cabeza, una sentencia de muerte que nunca vi venir.

—Gracias —dice Bruce a la sacerdotisa—. Le avisaremos si necesitamos algo más.

Al salir de la habitación, me siento entumecida. La mano de Bruce en mi espalda me guía, y dejo que me lleve de vuelta al dormitorio. Estoy demasiado perdida en mis propios pensamientos como para prestar atención a dónde vamos.

Una vez dentro, Bruce cierra la puerta y se vuelve hacia mí. El silencio se extiende entre nosotros, cargado de todas las cosas que no estamos diciendo.

—Ainz —comienza, luego se detiene, pasándose una mano por el cabello—. Lo... siento que tengas que pasar por todo esto. Sabía del trato con el demonio, pero no me di cuenta...

—¿De que soy una bomba de tiempo? —termino por él, escapándose una risa amarga. —Únete al club.

Bruce frunce el ceño. —No es eso lo que quise decir. Es solo que... desearía haberlo sabido antes. Tal vez podríamos haber hecho algo.

—¿Como qué? —espeto, repentinamente furiosa. Con Bruce, conmigo misma, con todo el maldito mundo. —Estoy rota, Bruce. Mi lado de lobo se ha vuelto loco y mi lado de bruja no puede controlarlo.

—No —dice, su voz firme—. Encontraremos una manera. Mi grupo tiene recursos, conexiones. Te ayudaremos.

Quiero creerle. Dios, cómo quiero creerle. Pero la esperanza se siente peligrosa en este momento. —¿Y si no podemos? —pregunto, expresando el miedo que me ha estado carcomiendo—. ¿Qué pasa cuando pierda el control de nuevo?

Bruce guarda silencio por un largo momento. Cuando habla, sus palabras me causan un escalofrío. —Si eso sucede... haremos lo que tengamos que hacer. Pero no llegará a eso. No lo permitiré.

La implicación es clara. Si me convierto en un peligro, me darán muerte. Como a un animal rabioso. Pero la feroz protección en su voz... hace que algo revolotee en mi pecho.

Me levanto de repente, necesitando moverme. —Necesito irme a casa. Necesito... necesito pensar.

Bruce asiente, luciendo conflictivo. —Lo entiendo. Pero Ainz... no tienes que enfrentar esto sola. Mi manada, yo, estamos aquí para ti.

Sus palabras, tan sinceras, casi me derrumban. Contengo las lágrimas. —Gracias —logro decir con voz entrecortada—. Pero creo que necesito un poco de tiempo a solas ahora mismo.

—Está bien —dice Bruce suavemente—. Adira está aquí en la manada. ¿Quieres que la llame?

De pronto, caigo en cuenta. Adira.

La razón por la que vine aquí en primer lugar era por Adira.

Tengo muchas preguntas, pero no tengo la fuerza para hacerlas, así que solo sonrío y digo: —No te preocupes, la llamaré. Mi celular está aquí, ¿verdad?

Pregunto, mirando alrededor de la habitación, mientras Bruce lo señala en la mesita de noche.

Le susurro un pequeño "gracias" mientras sale.

Me derrumbo de nuevo en la cama, los eventos finalmente me alcanzan de nuevo. Las lágrimas que he estado reteniendo finalmente brotan, calientes y amargas en mis mejillas.

*¿Qué voy a hacer? ¿Cómo puedo arreglar este lío en el que he convertido mi vida?*

Mientras el sol se pone fuera de la ventana, proyectando largas sombras en la habitación, nunca me he sentido más sola. Atrapada entre dos mundos, perteneciendo a ninguno.

La bruja que no puede controlar por completo su magia. La loba que vendió su alma.

Una cosa es segura: no puedo quedarme aquí, hundida en la autocompasión. Necesito un plan. Necesito ayuda.

Con manos temblorosas, tomo mi teléfono. Es hora de llamar a Adira. Si alguien puede ayudarme a entender este lío, es mi hermana.

Mientras suena el teléfono, respiro hondo.

El teléfono suena una, dos, tres veces. Con cada tono sin respuesta, mi ansiedad aumenta un poco más. Vamos, Adira. Contesta.

Justo cuando estoy a punto de perder la esperanza, hay un clic, y la voz de mi hermana llena la línea. —¿Ainz? ¿Estás despierta? ¿Estás bien?

Dejémoslo en manos de Adira para saber que algo pasa solo con una llamada. Respiro temblorosamente, tratando de averiguar por dónde empezar. —Yo... lo he arruinado, Adira. Gravemente.

—Voy para allá ahora mismo —dice Adira sin dudarlo—. Aguanta, hermana.

Para cuando Adira entra por la puerta, he logrado dejar de llorar, aunque seguro que todavía luzco hecho un desastre. Me mira y me abraza con fuerza.

—Oh, Ainz —murmura, acariciando mi cabello—. Está bien. Todo va a estar bien. ¿De acuerdo?

Me aferro a ella, sintiéndome como una niña pequeña de nuevo. —Todo —susurro—. ¿Realmente todo va a estar bien?

—No te preocupes, Ainz —vuelve a decir—. Todo va a estar bien.

Quiero decir que no lo estará y preguntarle qué le pasó a ella y dónde había estado, pero todo me invade mientras abrazo a mi hermana.

Tal vez todo realmente vaya a estar bien.

# CAPÍTULO 15



## BRUCE

*Aquí vamos...*

Ajusto mis hombros antes de empujar las pesadas puertas de roble del estudio de mi padre. El familiar olor de libros encuadernados en cuero y whisky añejo no logra calmar mis nervios.

Como Alfa de nuestra manada, mi padre siempre ha comandado respeto, pero hoy no estoy aquí como su heredero, estoy aquí como un hijo que busca ayuda para su pareja.

*Pareja*.

Esa palabra aún me hace estremecer, seguida de esa conocida sensación en el pecho que me atrae hacia Ainz.

Incluso ahora, a varios pasillos de distancia en mi habitación, puedo sentir su presencia, percibir el ritmo constante de su latido que coincide con el mío.

La certeza de que ella es mi pareja destinada lo explica todo: la necesidad abrumadora de protegerla, la forma en que mi lobo prácticamente ronronea con su olor, esa atracción enloquecedora que he estado combatiendo desde el momento en que nos conocimos.

—Padre —mantengo mi voz firme, aunque mi lobo ya se tensa bajo mi piel—, necesito hablar con usted sobre algo.

Él asiente. —Adelante, hijo.

Me aclaro la garganta. —Necesito la piedra lunar, Padre.

No levanta la vista del acuerdo territorial extendido sobre su escritorio, y tengo que contener un gruñido.

El clásico juego de poder de un Alfa: hacer esperar a los demás. Normalmente, respeto estas demostraciones de autoridad, pero hoy no. No cuando Ainz necesita ayuda.

—¿Para qué la necesitas, Bruce?

Me aclaro la garganta. Ainz ha estado conmigo durante unos días, recuperándose.

Y en esos días, no he permitido que nadie, excepto el sanador de la manada, la sacerdotisa, Elio y Adira, la vean.

Pero toda la manada sabe que tengo a una mujer en mi habitación.

Mis padres —para mi gran sorpresa— tampoco han venido a golpear mi puerta.

Pero sé que tienen preguntas.

Me aclaro la garganta. —Es para Adira.

—¿La bruja que tienes en tu habitación?

—Sí, Padre. La necesita para su salud.

Silencio.

—La piedra lunar no está sujeta a discusión, Bruce —su voz tiene ese tono final que he escuchado innumerables veces con los miembros desafiantes de la manada—. Ya conoces nuestra postura sobre los recursos de la manada para los forasteros.

Mis dedos se cierran en puños a mis costados, las garras amenazando con salir. —Esto es diferente. Ella no es una forastera.

—¿Mmm? —Todavía no levanta la mirada y estoy haciendo todo lo posible para no rugir de rabia.

—No es solo una bruja, también es parte hombre lobo y es mi compañera.

Eso llama su atención.

Su cabeza se levanta bruscamente, sus ojos grises —tan similares a los míos— se estrechan mientras estudia mi rostro. —¿El híbrido? ¿Estás seguro?

—Su nombre es Ainsley —respondo bruscamente, dejando que un atisbo de gruñido tiña mis palabras.

La falta de respeto hacia mi compañera hace que mi lobo gruña. —Y sí, estoy seguro. Sabes tan bien como yo que un lobo nunca se equivoca con su compañera.

Mi padre se recuesta en su silla de cuero, juntando las yemas de sus dedos. —Ya veo...

—Así que, por favor, padre, déjame tener la piedra lunar.

Él suspira y niega con la cabeza. —Escucha, hijo, que sea tu compañera no cambia el hecho de que...

—¡Se está muriendo! —Las palabras estallan de mí, resonando en las paredes de madera.

Mi control se desliza por un momento, mis ojos brillan dorados mientras mi lobo avanza.

Respiro hondo, obligándolo a retroceder. —La piedra lunar podría estabilizar su magia. Sin ella... —Ni siquiera puedo terminar la frase.

El pensamiento de perderla hace que tanto el hombre como el lobo aúllen de angustia.

—Entonces quizás sea la forma en que la naturaleza corrige un desequilibrio.

La crueldad casual de sus palabras me golpea como un impacto físico.

Mi padre nunca ha sido tan cruel antes. ¿Cómo está pasando esto?

Esto es exactamente por lo que Ainz odia a los hombres lobo.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, he golpeado sus manos sobre el escritorio, haciendo que los papeles vuelen. —Ella no es un desequilibrio —gruño, mi voz baja a ese registro peligroso que hace que los lobos menores se sometan. —Ella es mi compañera. La ley de la manada establece que una compañera se convierte en manada, y la manada protege a los suyos.

—La ley de la manada también establece que la palabra del Alfa es final. —Mi padre se levanta lentamente, su propio poder llenando la habitación como una nube de tormenta. —Y yo digo que no. La piedra lunar se queda donde está. Esta discusión ha terminado.

Por primera vez en mi vida, quiero desafiar a mi padre. Mi lobo aúlla por ello, instándome a luchar por nuestra compañera. Pero no soy cualquier lobo: soy el heredero.

Sé lo que significaría un desafío: caos en la manada, posible guerra civil, lobos obligados a elegir bando. No puedo someterlos a eso, no importa cuánto cada fibra de mi ser grite por proteger a Ainz.

Me enderezo lentamente, dejando caer mis manos a los lados. Cuando hablo, mi voz es hielo. —Entonces no me dejas más opción que encontrar otra manera. Y recuerda, padre: tú eres quien me enseñó que un lobo nunca olvida cuando su manada le da la espalda.

Me doy la vuelta y salgo del estudio sin esperar a ser despedido. Mi lobo está demasiado cerca de la superficie, la rabia y la desesperación luchando en mi pecho.

Pero debajo de todo está la determinación. Si mi padre no ayuda a Ainz, encontraré otra manera. Moveré montañas, desafiaré a la diosa de la luna misma si es necesario.

Estoy a mitad del corredor cuando las palabras de mi padre me llegan a través del vínculo que todos los Alfas comparten con los miembros de su manada.

*Si tanto quieres la piedra lunar, hazla oficialmente tu compañera. Nada de piedra lunar sin una ceremonia de aparejamiento adecuada.*

Lo planeó bien. Mi padre.

Una ceremonia de aparejamiento no es solo un ritual simple: es una unión de almas, permanente e irrompible.

El pensamiento de unir a Ainz a mí para siempre hace que mi lobo aúlle de alegría, pero el momento... No es así como quería hacer esto.

No con su vida en juego, no con esta espada demoníaca pendiendo sobre nuestras cabezas.

Me encuentro frente a la puerta de mi habitación antes de haber decidido conscientemente ir allí.

Su aroma me envuelve: hierbas silvestres y luz de luna, con ese toque subyacente de poder que la marca como bruja y loba.

Mis nudillos apenas rozan la madera antes de que su voz me llame.

—Pasa, Bruce.

La visión de ella me detiene en seco.

Está acurrucada en el asiento de la ventana, su cabello oscuro atrapa la luz de la tarde, haciéndola parecer coronada por estrellas.

Pero puedo ver el costo que su magia inestable está teniendo: las sombras bajo sus ojos, el temblor leve en sus manos mientras deja a un lado su grimorio.

—Tu padre dijo que no.

No es una pregunta. Es demasiado perceptiva, mi compañera.

—Está siendo un idiota —las palabras salen más cortantes de lo que pretendía. Cruzo la habitación en tres zancadas largas, arrodillándome a su lado.

Mis manos encuentran las suyas, y el contacto envía esa chispa familiar de electricidad a través de mi cuerpo. —Pero me dio otra opción.

Ainz se tensa, sus ojos se fijan en mi rostro. —Bruce…

—Cásate conmigo.

Las palabras salen antes de que pueda pensarlo dos veces. —Sé mi compañera, oficialmente, frente a la manada, con todas las ceremonias y rituales.

—Solo lo preguntas por la piedra lunar —intenta separar sus manos, pero me aferro con fuerza.

—No —mi voz cae a ese tono grave que hace que su pulso se acelere. Puedo oírlo, oler cómo su aroma se intensifica con interés a pesar de sus protestas. —Te lo pido porque eres mía, Ainz. Porque cada momento que paso sin reclamarte como mi compañera siento que estoy luchando contra la diosa misma.

Me levanto sobre mis rodillas, llevando una mano a su rostro.

Su piel está fría contra mi palma, demasiado fría. Necesita la piedra lunar pronto. —Seré honesto: sí, esto te daría acceso a la piedra lunar. Pero no pienses ni por un segundo que esa es la única razón. Te he querido desde el momento en que entraste a esa oficina, con los ojos llenos de ira hacia todos los hombres lobo que existen.

Una pequeña sonrisa asoma en sus labios al recordarlo, y continúo, dejando que sienta cada gota de emoción en mis palabras. —Me desafías. Me enfureces. Me haces querer aullar a la luna y arrancarme el cabello al mismo tiempo. Y, maldita sea, disfruto cada segundo.

—Bruce… —hay vacilación en su voz, pero también puedo oler la esperanza, verla parpadeando en sus ojos.

—Sé que el momento no es perfecto. Sé que probablemente querías romanticismo, luz de luna y todas esas cosas de esas novelas que piensas que no sé que lees.

Eso le arranca una risa, aunque es un poco temblorosa. —Pero te lo pido: sé mi compañera. Déjame protegerte, luchar por ti, estar a tu lado. Déjame mostrarte lo que significa ser parte de una verdadera manada.

Me alejo lo suficiente para mirarla directamente a los ojos. —Y si te preocupa la política de todo esto, la manipulación de mi padre, no lo hagas, solo es el sueño de mi padre y mi madre verme emparejado. Di que sí, y aún encontraré otra forma de conseguirte la piedra lunar si lo deseas. Di que sí porque quieres ser mía tan desesperadamente como yo quiero ser tuyo.

El silencio se extiende entre nosotros, espeso con posibilidades. Mi lobo está prácticamente arañando mi piel, desesperado por escuchar su respuesta.

Me obligo a permanecer quieto, a dejarla procesar. Pero no puedo evitar añadir: —Además, tienes que admitir que estar atrapada conmigo por la eternidad no sería el peor destino del mundo.

Su risa se mezcla con algo que podría ser un sollozo o una carcajada. —Eres imposible.

—Eso no es un no —me inclino más cerca, dejando que mi frente descanse sobre la suya. —Vamos, pequeña bruja. Di que serás mía. Déjame ser tuyo. Déjame mostrarte cómo es la verdadera devoción de un lobo.

—Sí —susurra Ainz contra mis labios, y esa sola palabra lo cambia todo.

Sí.

*Sí.*

*¡¡SÍ!!*

Mi lobo aúlla triunfante, y apenas puedo contener la oleada de gozo posesivo que me inunda al agarrarla y abrazarla fuerte.

Pero hay algo en su aroma, un indicio de inseguridad que me hace retroceder lo suficiente para estudiar su rostro. —Háblame, brujita. ¿Qué te detiene?

Intenta apartar la mirada, pero le sostengo suavemente la barbilla entre mis dedos. —Eh, nada de eso. Sea lo que sea, lo enfrentamos juntos.

—No quiero que te arrepientas de esto —admite en voz baja—. No sé si a tu manada le agradaré, ¿y si susurran cosas sobre mí? Si unirte a mí causa problemas...

Un gruñido retumba en mi pecho. —Que susurren. Tú eres mía. —Deslizo mis dedos por su mandíbula, saboreando cómo se inclina hacia mi contacto—. Y cualquiera que tenga un problema con eso, puede hablarlo conmigo personalmente.

Su risa es temblorosa pero genuina. —Mi lobo feroz.

—Tuyo —asiento, y la palabra se siente correcta de una manera que pocas cosas lo han hecho—. Siempre tuyo.

Cuando me besa, no hay vacilación.

Su magia chispea contra mi piel, salvaje y embriagadora. Mi lobo avanza, deseando reclamarla, marcarla, hacerla irrevocablemente nuestra.

Pero me obligo a ser gentil, a dejar que ella marque el ritmo.

El beso enciende algo primitivo dentro de mí.

Es crudo y urgente, la ferocidad de mi lobo anhelando tomar lo que le pertenece.

*¡Mía!* —grita mi lobo, y debo recordarme a mí mismo controlar esa necesidad.

Su sabor es embriagador, dulce como el vino con miel, mezclado con un toque de peligro.

Puedo sentir su magia chispear contra mi piel, encendiendo cada terminación nerviosa.

Mis manos encuentran su cintura, acercándola más, sintiendo la curva de sus caderas bajo mis yemas.

Su respiración se corta, y eso me provoca un escalofrío, avivando el fuego de mi deseo.

Quiero reclamarla, marcarla con mi tacto, hacerle saber que es mía y solo mía.

Dejo que mis labios se desplacen desde su boca, recorriendo su mandíbula, saboreando la sal de su piel, su latido sincronizado con el ritmo de nuestra pasión.

Se aparta ligeramente, su mirada buscando la mía, y en esas profundidades veo su confianza, su necesidad, reflejada en mí.

—Tómame, Bruce. Por favor.

*Mierda*.

—Sí...

Con un hambre ardiente en mi interior, me tomo mi tiempo para quitarle la ropa, cada prenda cayendo al suelo como si estuviera despojándonos de las capas de restricción que nos mantenían separados.

Mis dedos rozan su piel, dejando un rastro de calor mientras le revelo su cuerpo ante mí.

En el momento en que su figura desnuda está frente a mí, me arrodillo ante ella, cautivado por la forma en que la luz baila sobre su piel, resaltando cada curva, cada línea suave.

—Guau, Ainz. —Planto besos suaves en el interior de sus muslos, moviéndome lenta y deliberadamente, mis labios rozando su piel con un toque ligero como una pluma.

Cada beso es una promesa, una trayectoria que nos guía al borde del éxtasis.

Mientras mi boca asciende, saboreo cada centímetro de ella, rindiendo homenaje a su cuerpo con besos reverentes, adorándola como si fuera la esencia misma de la noche.

Con fervor, beso su vientre, trazando las delicadas líneas de su cintura, deleitándome en la forma en que su cuerpo responde a mi tacto.

Aspiro su aroma, el dulce y embriagador olor que me atrae como el néctar más dulce.

Cuando finalmente llego a su núcleo, me detengo, provocándola con suaves lengüetadas, sacando de ella jadeos y gemidos que resuenan en la quietud de la noche.

Saboreo cada sonido, cada estremecimiento de su cuerpo mientras profundizo, encendiendo el fuego en su interior hasta que arde con una intensidad abrumadora.

Sus caderas comienzan a moverse, balanceándose hacia mí como si me guiaran, suplicando más.

Cada lengüetada la acerca más al borde, sus gritos convirtiéndose en una sinfonía de pasión que reverbera en mi pecho. Me pierdo en la forma en que tiembla bajo mi toque, en la forma en que su respiración se corta y su cuerpo se arquea hacia mí mientras trabajo para llevarla al precipicio. Y cuando finalmente llega el momento, cuando su cuerpo se tensa y el mundo se desvanece dejándonos solo a nosotros, entrelazados, es como si el tiempo se detuviera.

—¡Bruce! —Su orgasmo la golpea, una ola de placer que envía ondas a través del aire y la sacude hasta su núcleo.

Puedo sentirlo, la dicha que lo destroza todo a nuestro alrededor, y estoy allí, mi boca aún sobre ella, montando las olas de su liberación, adorando cada una de sus necesidades mientras cae, temblando por el puro éxtasis de todo.

Mientras su cuerpo tiembla bajo las réplicas de su liberación, puedo sentir cómo la tensión palpable en el aire cambia, encendiendo un nuevo fuego dentro de nosotros dos.

Ella me acerca más, sus dedos entrelazándose en mi cabello, guiando mis labios de vuelta a los suyos.

Capturo su boca en un beso ferviente, saboreando su dulzura, los restos del éxtasis aún danzando en sus labios como una poción intoxicante.

Me elevo sobre ella, nuestros cuerpos alineándose mientras me acomodo entre sus muslos, el calor de su piel anclándome, empujándome a seguir.

Nuestras miradas se encuentran, y veo el deseo, la pasión y la locura reflejadas en ella, instándome a avanzar.

Con una presión suave pero insistente, me introduzco en ella, nuestro cuerpo fundiéndose en una unión sagrada. La sensación es eléctrica, como una chispa encendiendo el núcleo mismo de mi ser. Hago una pausa por un momento, permitiendo que ambos saboreemos la conexión divina, la sensación de ser uno: dos almas entrelazadas bajo el cielo iluminado por la luna.

Ella gime cuando comienzo a moverme. Me tomo mi tiempo, mis empujones lentos y deliberados, cada uno extrayendo un jadeo afanoso de sus labios.

Quiero explorar cada centímetro de ella, sentir cada reacción.

Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundo, instándome a seguir. Respondo a su súplica silenciosa, acelerando el ritmo mientras mantengo la intimidad de nuestra conexión.

Con cada empujón, siento su cuerpo apretándose alrededor de mí, sus paredes palpitan como si me dieran la bienvenida a casa. Me pierdo en el ritmo que creamos, sumergido en la melodía embriagadora de nuestros jadeos y suspiros. Me inclino para besarla, nuestras bocas moviéndose al unísono, mis manos sosteniendo su rostro como si estuviera hecha del cristal más delicado.

Quiero más de ella: la forma en que se siente, la forma en que sabe y la forma en que me hace sentir vivo.

Con un gruñido de urgencia, aumento el ritmo, empujando dentro de ella con un fervor que hace que el mundo a nuestro alrededor se desvanezca.

Sus gemidos se hacen más fuertes, haciendo eco de mis propios deseos mientras ella me anima, susurrando dulces frivolidades que avivan las llamas de nuestra intimidad.

Puedo sentir cada matiz de su placer profundamente dentro de mí, y eso me enloquece. Desde la forma en que arquea su espalda en respuesta a cada uno de mis empujones, hasta la forma en que sus uñas recorren mi espalda, marcándome como suyo, cada sensación aumenta la urgencia dentro de mí.

Mientras seguimos moviéndonos juntos, el ritmo se vuelve frenético, una dulce liberación construyéndose, enrollándose más fuerte dentro de nosotros como un resorte listo para estallar.

Finalmente, mientras ambos nos acercamos al borde, siento cómo ella se aprieta a mi alrededor, su cuerpo arqueándose contra el mío, llevándonos a caer juntos al abismo. Me pierdo en esas profundidades dichosas, y mientras nuestro mundo estalla en una sinfonía de puro placer, nos convertimos en uno, una hermosa cacofonía de amor, deseo y absoluta rendición en el embrujador abrazo de la noche.

# CAPÍTULO 16



## AINZ

—Queda tranquila, cariño —dice Elize, la madre de Bruce, mientras ajusta la túnica ceremonial sobre mis hombros.

Me río mientras su pequeña figura casi vibra de emoción al arreglar el bordado plateado.

A pesar de que apenas me llega a la barbilla, domina la habitación llena de mujeres lobo con una autoridad que me recuerda de dónde heredó Bruce su presencia.

—Eres peor que un cachorro en luna llena —me regaña cuando me muevo de nuevo, pero sus ojos dorados brillan con cariño—. Tenemos que preparar muchas cosas para tu ceremonia de apareamiento, y el atuendo de la novia es lo más importante, así que ¡quédate quieta!

Es difícil creer que esta es la misma mujer a la que temía conocer hace una semana. Ahora está aquí, supervisando personalmente cada detalle de los preparativos para nuestra ceremonia de apareamiento como si fuera la hija que nunca tuvo.

Han sido unas semanas locas. Esta es la semana de mi ceremonia de apareamiento, y según la tradición de la manada, toda la semana suele estar llena de ceremonias como estas hasta el día del apareamiento.

—Lo siento —murmuro, tratando de quedarme quieta mientras Sarah, una de las lobas más jóvenes de la manada, teje flores lunares en mi cabello plateado—. Es solo que estoy nerviosa.

—¿Nerviosa? —La risa de Elize suena como campanillas al viento—. Cariño, enfrentaste a una horda de demonios el mes pasado, ¿y estás nerviosa por una ceremonia?

El calor me sube a las mejillas. —Eso fue diferente. Pelear es... sencillo. —Hago un gesto con las manos, olvidando que debo quedarme quieta, y Sarah emite un pequeño sonido de protesta—. ¡Lo siento! Es solo que... pelear contra demonios es directo. Esto es... esto es para siempre.

La expresión de Elize se suaviza. Con un gesto elegante de su muñeca, ahuyenta a las otras mujeres, que inmediatamente se dispersan, dejándonos solas en la cámara ceremonial de la casa de la manada.

El aire se llena del aroma de salvia y flores lunares, mezclado con los rastros de la magia

generacional de la manada.

—Ven aquí, pequeña bruja —Elize golpea suavemente el banco acolchado a su lado. Cuando me siento, toma mis manos temblorosas entre las suyas, tan pequeñas.

Su piel está caliente, irradiando ese peculiar calor que todos los hombres lobo parecen tener. —Dime qué es lo que realmente te preocupa.

Miro nuestras manos unidas, sus dedos bronceados contra los míos, pálidos. —Pasé tanto tiempo odiando a los hombres lobo —susurro—. Después de lo que le pasó a mi padre... me convencí de que todos ustedes eran monstruos. Pero estar aquí, estar con Bruce, ver cómo se aman y protegen unos a otros... —Mi voz se quiebra—. Estaba tan equivocada, y a veces siento que no merezco esto.

—Oh, cariño —aprieta mis manos—. El pasado es pasado. Lo que importa es el ahora, y ahora mismo, estás eligiendo ser parte de nuestra familia. Eso es todo lo que nos importa.

Un golpe en la puerta nos interrumpe, y percibo un aroma familiar que me hace ponerme tensa. —Pasa —llama Elize, pero no suelta mis manos.

El padre de Bruce ocupa el marco de la puerta, su presencia masiva tan similar a la de su hijo que me hace sentir un dolor en el corazón.

Pero hoy, no hay rastro de la severa personalidad de Alfa que suele proyectar. En cambio, parece... inseguro.

—¿Puedo tener un momento con mi futura hija? —le pregunta a Elize.

Mi futura suegra aprieta mis manos una última vez antes de levantarse. —Por supuesto. Debo revisar los preparativos del banquete de todos modos. —Hace una pausa junto a su pareja, estirándose para susurrarle algo al oído que lo hace sonreír levemente.

Luego se va, dejándome a solas con el Alfa que no quiere entregarme la piedra lunar a menos que su hijo se empareje conmigo.

Es seguro decir que no hemos conectado realmente.

—Ainsley —cruza la habitación lentamente, como si se acercara a un ciervo asustado—. Te debo una disculpa.

¿Eh?

De todas las cosas que esperaba que dijera, esa no era una de ellas. Lo miro parpadeando, sin palabras.

Él suspira profundamente y se sienta en una silla cercana. —La piedra lunar... No fui del todo honesto sobre mis razones para retenerla.

Mi magia hormiguea bajo mi piel, respondiendo a mi tensión, pero me obligo a mantener la calma. —¿Oh?

—Cuando mi hijo me habló por primera vez de ti, de haber encontrado a su pareja... tuve miedo

—admitir esto parece costarle algo—. No de ti, específicamente, sino del cambio. Nuestra manada ha sobrevivido durante siglos siendo cautelosa, tradicional. Y aquí estabas tú: poderosa, única, diferente a todo lo que habíamos visto antes.

Se pasa una mano por el cabello entrecano, un gesto tan parecido al de Bruce que me aprieta el pecho. —Pensé que si te obligaba a demostrar tu valía, a comprometerte con la manada antes de recibir nuestra ayuda... Pero estaba equivocado. Te habías demostrado mucho antes de eso, aquella vez que nos ayudaste, cada vez que has ayudado a nuestros sanadores desde que llegaste.

—Yo... —las palabras me fallan de nuevo.

—La piedra lunar es tuya —dice con firmeza—. Sin condiciones, sin ceremonia requerida. Aunque —sus labios se curvan en una media sonrisa familiar— espero que todavía quieras unirte oficialmente a nuestra familia.

Las lágrimas nublan mi visión. —Gracias —logro susurrar.

Se levanta, y por un momento creo que se va, pero en lugar de eso hace algo que me deja estupefacta: me abraza. —Bienvenida a la manada, hija.

La puerta se abre de golpe antes de que pueda responder, y el aroma de Bruce llena la habitación junto con su voz risueña. —Padre, deberías ver lo que Dexton está... —se detiene, observando la escena—. ¿Todo bien aquí?

Me separo del abrazo de su padre, secándome los ojos. —Todo está perfecto.

—Absolutamente perfecto —acepta su padre, y luego, guiñándome un ojo, añade—: Aunque tienes razón, hijo. Debo ir a ver qué nuevo problema me ha causado ese chico esta vez.

En cuanto sale, Bruce cruza la habitación y me envuelve en sus brazos. —Estás llorando. ¿Qué te dijo? ¿Necesito desafiar a mi padre? Porque lo haré, maldita sea la ceremonia de emparejamiento.

Lo silencio con un beso, amando cómo inmediatamente se derrite, sus manos deslizándose en mi cabello a pesar del cuidadoso peinado de Sarah.

Cuando nos separamos, no puedo evitar sonreír ante su expresión aturdida. —Tu padre se disculpó. Y nos dio su bendición. Y la piedra lunar cuando la quiera.

—Él... —Bruce parpadea—. Bueno, maldición. Tal vez debería dejarte más tiempo a solas con él.

Le doy un golpe en el pecho. —Ni siquiera deberías estar aquí. Elize dice que da mala suerte.

—¿Desde cuándo te importan las tradiciones de los lobos? —roba otro beso, y olvido por qué me quejaba.

Es entonces cuando las alarmas comienzan a sonar.

El aullido profundo y resonante atraviesa la casa de la manada, y siento el cambio en el aire de inmediato: la oleada de magia demoníaca que hace que mis poderes de bruja respondan. Bruce se

pone rígido junto a mí, sus ojos brillando en dorado.

—¿Q-qué está pasando? ¿Estamos —

La explosión sacude los cimientos de la casa de la manada antes de que pueda terminar. Los brazos de Bruce me aprietan mientras las ventanas se rompen en algún lugar cercano.

A través de nuestro vínculo de pareja parcialmente formado, siento su furia mezclándose con la mía.

—¡Bruce! —la voz de su padre se alza sobre el caos—. ¡La frontera norte! ¡Están abriéndose paso!

Bruce me mira, el conflicto claro en sus ojos.

—Ve —le digo, mientras ya estoy reuniendo mi magia. La túnica ceremonial se disuelve en mi equipo de batalla con un pensamiento: cuero negro reforzado y runas plateadas que palpitan con magia protectora—. Estaré justo detrás de ti.

—Ainz…

—¡He dicho que te vayas! —Lo empujo hacia la puerta—. Cuanto antes solucionemos esto, antes podremos volver a nuestra ceremonia.

Su sonrisa de respuesta es totalmente lobuna. —Te amo —gruñe, y luego desaparece, su aullido de guerra uniéndose a los demás mientras se transforma en plena carrera.

Echo un último vistazo a la cámara ceremonial, a las flores de luna esparcidas y los restos de una mañana tan perfecta.

Luego, dejo que mi magia se eleve por completo, sintiendo la mezcla única de poder de bruja y lobo que me define. Estos demonios eligieron el día equivocado para atacar.

Reúno mi magia y salgo corriendo para unirme a Bruce en la batalla.

Corro afuera y de inmediato me asalta el hedor ácido de la magia demoníaca. Un sabueso infernal se lanza hacia mí, con fauces que chasquean y ojos de lava. Me agacho y ruedo, mi mano ya trazando un sigilo en el aire. La ráfaga de energía pura lo alcanza en pleno salto, convirtiéndolo en cenizas.

—¡Detrás de ti! —La voz de Adira resuena. Me giro para verla posada en un tejado cercano, sus manos tejiendo patrones complejos. El aire a su alrededor brilla con amuletos protectores mientras lanza hechizo tras hechizo contra los demonios de abajo. Mi hermana puede ser imprudente a veces, pero demonios, no deja de ser magnífica en la batalla.

La enorme forma lobuna de Bruce destroza a tres demonios de un solo golpe, su pelaje gris plateado brillando bajo la luz matutina. Siento una oleada de orgullo —y bueno, tal vez un poco de atracción— al verlo luchar. Un demonio intenta flanquearlo, y le envío una ráfaga de fuego, las llamas teñidas de púrpura por mi magia híbrida.

—¡Buen tiro! —exclama Adira, saltando para aterrizar a mi lado. Su chaqueta de cuero está

cubierta de polvo demoníaco, pero sus ojos brillan con el fervor de la batalla. Juntas, creamos un hechizo de barrera, atrapando a un grupo de demonios menores en una jaula de energía pura.

En realidad, estamos defendiéndonos bastante bien cuando Baphomet aparece en un dramático remolino de humo negro, su impecable traje blanco de alguna manera intacto en medio del caos. Con un movimiento de su mano, los demonios restantes se disuelven en cenizas.

—Un poco de advertencia la próxima vez sería agradable —Adira le espetó a mi lado, materializándose desde las sombras.

—Cariño —susurra—, lamento interrumpir la fiesta, pero me temo que tenemos un problema.

Entrecierro los ojos. —Déjame adivinar, ¿este ataque demoníaco está conectado contigo de alguna manera?

Asiente con gravedad. —El sello de la puerta del infierno se ha estado debilitando. Por eso los demonios se están filtrando. Necesito repararlo, pero… —Se detiene, luciendo inusualmente inseguro.

—¿Pero qué? —pregunto, tratando de ocultar la impaciencia en mi voz.

—No sé cómo —admite—. La puerta fue sellada por tres brujas poderosas hace mucho tiempo. Su magia es… desconocida para mí.

Bruce aparece a mi lado, ya transformado de nuevo en su forma humana. —El sello de las tres brujas —dice sin preámbulos—. Adira mencionó algo sobre eso durante su… tiempo fuera.

Levanto una ceja hacia él y luego hacia Adira. —¿Te importaría ampliar?

—Quizás deberíamos discutir esto en un lugar más cómodo. Es… complicado.

Respiro hondo, con la mente acelerada. —Bueno, magia de bruja. Ese es mi terreno. Más o menos. —Agarro mi teléfono—. Pero vamos a necesitar refuerzos en el frente histórico.

Llamo a Charles, diciéndole que venga urgentemente.

Veinte minutos después, estoy con ropa fresca —unos sencillos leggings negros y un suéter grande, porque si los demonios van a seguir interrumpiendo los preparativos de mi boda, al menos voy a estar cómoda— cuando Charles llega a través de su portal. Su apariencia habitual, impecable, está ligeramente despeinada hoy, con ojeras bajo sus ojos verde jade que sugieren noches de insomnio. El traje gris carbón que lleva no logra ocultar la tensión en sus hombros.

Nos reunimos en la sala de guerra, y Baphomet se inclina hacia adelante, su frivolidad habitual desaparecida. —El sello de la puerta del infierno se ha deteriorado con el tiempo. Debería haber sido mi responsabilidad mantenerlo, pero… se pasó por alto. Ahora los demonios se están filtrando más rápido de lo que puedo contenerlos. Si el sello falla por completo…

—Apocalipsis demoníaco —termina Charles con gravedad.

El peso de la situación se asienta pesadamente sobre mis hombros. —¿Qué sabemos sobre el sello original? ¿Mencionaste que habían brujas involucradas?

Baphomet asiente. —Tres de ellas. Poderosas más allá de lo imaginable. Pero su magia... es diferente a cualquier cosa que haya encontrado en milenios de existencia.

—¿Tenemos alguna pista sobre quiénes podrían haber sido estas brujas? —pregunta Charles.

Baphomet finalmente revela lo que sabe. —Las brujas que sellaron la puerta —comienza, mientras sus dedos se entrelazan distraídamente con los de Adira sobre la mesa—, no solo eran poderosas. Provenían del linaje Lunaris.

Charles inhala bruscamente, su rostro ya pálido se vuelve blanco. —¿Las brujas Lunaris? ¿Estás seguro?

—¿Qué tiene de especial ese linaje? —pregunto, notando cómo las manos elegantes de Charles agarran el borde de la mesa, con los nudillos blancos.

—Eran conocidas por su magia de vinculación —explica Adira, sus ojos brillan de emoción—. Hechizos que podían atrapar incluso a los seres más poderosos. Pero se pensaba que su linaje se había perdido hace siglos.

—No perdido —corrige Baphomet, sus ojos carmesí fijos en mí con una intensidad inquietante —. Oculto. Y si estoy en lo cierto, la solución para arreglar la puerta podría estar más cerca de lo que pensamos.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda cuando todos se voltean para mirarme... y a Adira.

Maldita sea.

El silencio que sigue se siente cargado de implicaciones. Miro a Charles, cuyos rasgos aristocráticos están cuidadosamente neutrales, aunque sus ojos delatan su preocupación. Su cabello oscuro cae ligeramente hacia adelante mientras se inclina, rompiendo la tensión.

—Necesitamos verificar esto —dice, su voz culta es firme a pesar de su evidente agotamiento—. Los grimorios Lunaris en los archivos de la escuela podrían ayudarnos, aunque acceder a ellos no será fácil.

—Déjame adivinar —suspiro—, ¿más medidas de seguridad antiguas y brujeriles?

—Desafortunadamente —Charles pasa una mano por su cabello, un raro gesto de frustración—. Los archivos han estado... temperamentales últimamente. Las barreras mágicas están fallando, probablemente en respuesta al aumento de la actividad demoníaca.

Baphomet se mueve en su asiento, captando mi atención. A pesar de su postura relajada, hay algo depredador en la forma en que nos observa a todos, especialmente a Adira. —El hechizo que usaron —ofrece—, no se parecía a nada que hubiera visto antes. Tejía la luz de la luna y la magia de sangre de maneras que no deberían ser posibles.

—¿Luz de luna y magia de sangre? —Mi voz sale más aguda de lo que pretendía. Por supuesto que serían esas dos cosas. La historia de mi vida.

Adira se inclina hacia adelante, sus ojos brillan con esa intensidad de modo investigación que conozco demasiado bien. —Durante mi... estadía en el reino demoníaco, encontré referencias al

ritual. Requería de tres brujas del mismo linaje, cada una representando una fase diferente de la luna.

La mirada de Baphomet se desliza hacia Adira, y siento una sensación de hundimiento en el estómago. —Esa es... en realidad la razón por la que... tomé prestada a tu hermana.

—Quieres decir secuestraste —gruño.

Baphomet tiene la decencia de parecer ligeramente avergonzado. —Necesitaba a alguien con conexiones en el mundo sobrenatural que pudiera ayudarme a investigar. Y... nos desviamos un poco.

Es entonces cuando noto lo cerca que están sentados Adira y Baphomet. Cómo ella se inclina hacia él. Cómo sus dedos rozan los de ella sobre la mesa.

Una fría comprensión me envuelve. Atrapo la mirada de Charles al otro lado de la mesa y veo que la misma comprensión surge en él. Su rostro se vuelve cuidadosamente inexpresivo, pero puedo ver el dolor que intenta ocultar.

—Tal vez —dice Charles, con la voz tensa—, deberíamos tomar un breve receso. Para... ordenar nuestras ideas.

Antes de que alguien pueda objetar, ya está fuera de su asiento y caminando hacia la salida. Dudo por un momento, dividida entre seguirlo y quedarme para interrogar a mi hermana sobre su aparente romance con un demonio.

Bruce me da un suave codazo. —Ve —murmura—. Yo estaré al tanto de las cosas aquí.

Encuentro a Charles en el jardín, mirando sin ver un parche de flores lunares. El aroma de salvia y jazmín nocturno llena el aire, un marcado contraste con la tensión que emana de él.

—Hola —digo suavemente.

Él no se voltea. —Estoy bien, Ainz.

Me muevo para estar a su lado, con el corazón dolido por mi amigo. —Háblame, Charles.

Permanece en silencio durante un largo momento. Cuando habla, su voz apenas supera un susurro. —He cuidado de Adira durante tanto tiempo. Pensé... quizás... Pero fui un tonto. Y ahora, un señor demonio...

Coloco suavemente mi mano en su brazo, ofreciendo el consuelo que puedo. —No eres tonto, Charles. Eres uno de los mejores hombres que conozco.

Él suspira, y algo de la tensión abandona su cuerpo. —Gracias, Ainz. No sé qué haría sin tu amistad.

Sonríe, pero la sonrisa no llega por completo a sus ojos. Luego se vuelve para mirarme, y las flores lunares parecen responder a su angustia, sus pétalos se enroscan ligeramente hacia adentro.

—Ainz, la conexión con Lunaris cambia todo —dice antes de que pueda hablar—. Si realmente eres de su linaje... —Deja de caminar, finalmente encontrando mi mirada. El dolor y la

preocupación que veo allí me dejan sin aliento—. El poder necesario para estos hechizos, Ainz. El desgaste que causan...

Me acerco más. —Oye, lo resolveremos. Siempre lo hacemos.

Él exhala con temblor. —Ya he fallado en protegerte a ti y a Adira tantas veces. Y ahora, con la puerta, Baphomet y estos hechizos antiguos... —Su voz se quiebra ligeramente—. No puedo perder a nadie más.

La confesión se siente cruda, vulnerable de una manera en que Charles rara vez se permite estar. En este momento, no es el poderoso director ni el hijo compuesto de un gran brujo, solo es mi amigo, aterrorizado de fallarle a las personas que ama.

—No has fallado a nadie —le digo con firmeza—. Y no vas a perdernos. Pero ahora mismo, necesitamos tu gran cerebro y todo ese conocimiento histórico del que tanto te enorgulleces.

Eso le arranca una sonrisa más grande que antes, aunque aún no llega a sus ojos. —Supongo que deberíamos reunirnos con los demás —dice, ajustando su ya impecable corbata—. Hay mucho que discutir sobre estos hechizos.

Asiento, dándole un último apretón en el brazo antes de soltarlo. Mientras regresamos al interior, mi mente se acelera con la enormidad de lo que enfrentamos. Una puerta del infierno debilitándose, magia de brujas ancestrales y la intrincada red de relaciones que amenaza con complicarlo todo.

Tomo una respiración profunda, preparándome para lo que venga. Una cosa es segura: esta será una batalla infernal.

# CAPÍTULO 17



## BRUCE

Recorro mi habitación de un lado a otro, con todos los músculos tensos mientras otro informe llega a mi teléfono.

*Tercer ataque de demonios esta semana, esta vez a solo dos cuadras de donde se encuentra la tienda de Ainz.*

*Estos malditos no se detienen ante nada.*

Mis garras amenazan con salir al pensar en lo cerca que están de ella.

—Bien —respondo sin molestarme en ocultar mi fastidio—. Que hablen.

El consejo de ancianos no ha dejado de hablar sobre el protocolo adecuado desde que anuncié mi apareamiento con Ainz, pero ninguno de sus preciosos protocolos importó antes, cuando me presionaron para encontrar una compañera o simplemente casarme con cualquier mujer lobo. Tampoco esos protocolos nos mantuvieron vivos durante la primera insurgencia demoníaca.

Ainz lo hizo —mi astuta e imposible compañera con su magia híbrida y esa actitud que hace aullar a mi lobo.

Aparto la mirada de Elio.

La piedra lunar, pesada en mi bolsillo.

Me tomó tres días de negociación con mi padre para conseguirla, y llevarla conmigo mientras me preparaba para la ceremonia de apareamiento.

Simplemente no quiero que nada salga mal.

Le prometí a mis padres una ceremonia de apareamiento inmediata y ellos me prometieron la piedra lunar.

Valió la pena. La piedra estabilizará la habilidad de transformación de Ainz, evitando que pierda el control cuando se transforme. Solo necesito completar el ritual de apareamiento antes de...

Mi teléfono vibra de nuevo. Otro pequeño ataque, esta vez más cerca.

Parece que están jugando con nosotros.

—El espacio ceremonial está casi listo —informa—. Aunque uno de los ancianos, Bronc, está armando un escándalo por apresurar el tiempo de preparación tradicional.

Los labios de Elio tiemblan levemente.

Ambos sabemos que Bronc, por mucho que alardee de la tradición, no se atreverá a desafiarme.

Es más de hablar que de actuar, ese.

El sol se está poniendo, tiñendo mi habitación de tonos ámbar.

Ainz estará terminando en la escuela ahora, probablemente regañando a alguna joven bruja sobre las proporciones correctas de las pociones.

La imagen calienta mi pecho, aunque mi lobo pace inquieto bajo mi piel.

Ella pertenece aquí, con nosotros. Conmigo.

Y una vez que llegue, celebraremos nuestra ceremonia de apareamiento y será completamente mía.

Mi teléfono suena—el número de Charles ilumina la pantalla.

—Está prácticamente vibrando de energía —dice el brujo antes de que yo pueda hablar, la diversión es clara en su voz—. Casi convierte a un estudiante en sapo por meterse en una pelea con tu primo y sugerir que los hombres lobo son, y cito, *'simples cachorros glorificados con problemas de ira'*.

Una risa retumba en mi pecho. Esa es mi pareja—letal y encantadora al mismo tiempo. —¿En serio?

Estoy tan orgulloso de lo lejos que ha llegado Ainz.

—No, pero la expresión en su cara... —Charles se ríe—. Le hizo escribir un ensayo de mil palabras sobre el respeto y la diversidad sobrenatural. Para mañana.

—Esa es mi chica. —El orgullo crece en mi pecho.

Otros lobos podrían querer una pareja sumisa, alguien que siga las viejas costumbres. Pero yo? Necesito su fuego, su desafío, su absoluta negativa a ceder ante lo correcto.

—Ella regresará pronto a casa —continúa Charles, su tono suavizándose—. Bruce... sabes que la considero familia. Cuídala.

—Siempre. —La palabra sale como un gruñido, mi lobo se alza ante la sola idea de protegerla.

La línea se queda en silencio por un momento. —Y Bruce... felicitaciones. Ustedes dos... tienen sentido, de la manera más maravillosamente absurda.

Aún estoy sonriendo cuando cuelgo.

Elio simplemente se apoya en el marco de la puerta. Su expresión es seria.

—No empieces —lo advierto, pero no hay verdadero enfado en mis palabras.

Elio se ha ganado el derecho a decir lo que piensa.

—¿Estás listo, Bruce?

—¿Listo para qué?

—Para defender a tu pareja, frente a tu manada. Porque no todos querrán esto.

—¿Qué diablos significa eso? Ya no estamos en el siglo XVIII, los brujos y los lobos se aparean sin problemas en estos días. —Gruño incluso al decirlo porque sé lo que Elio quiere decir.

—Esto es diferente. —Los ojos oscuros de Elio se encuentran con los míos con firmeza—. Un híbrido como futura Luna. ¿Una bruja-loba que suprimió deliberadamente su lado lobo? Algunos dicen que es un insulto a nuestras tradiciones.

Mi gruñido hace vibrar las ventanas. —¿Tradiciones? —Avanzó hacia él, dejando que mi poder llenara la habitación—. ¿Dónde estaban esas tradiciones cuando ella y su padre necesitaban ayuda desesperadamente? ¿Importaron esas tradiciones cuando una vez más, incluso con sus prejuicios, ella ayudó a nuestra manada cuando nadie más pudo?

—Lo sé. —Elio no retrocede—por eso confío en él—. Sé lo que hizo por nosotros, soy un testigo viviente. —Hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero otros solo ven lo que quieren ver. Una bruja que eligió la magia sobre su lado lobo. Una maestra que trabaja con otros sobrenaturales en lugar de dedicarse a la vida de la manada.

—Entonces son idiotas. —Mi lobo se acerca más a la superficie, poniendo mi voz áspera—. Ella no eligió nada. Salvó la vida de su padre de la única manera que pudo, y ha pagado por ello cada día desde entonces. Y aún así—todavía—ayuda a todos los que se lo piden. Lobos incluidos.

Me dirijo a la ventana, mirando la ciudad que protejo. Mi territorio. Pronto será nuestro territorio.

—Tendrás que luchar por ella —dice Elio en voz baja—. No físicamente, tal vez. Pero en todas las formas que importan. Cada día. Cada reunión de la manada. Cada luna llena. ¿Estás listo para eso?

—Me estás preguntando si estoy listo para enfrentarme a la manada por ella. —Me vuelvo hacia mi amigo, dejando que vea la absoluta certeza en mis ojos—. Estoy listo para enfrentarme al maldito mundo entero.

Elio me estudia durante un largo momento, luego esboza una amplia sonrisa. —Bien. Porque si no estuvieras dispuesto a luchar por ella, yo mismo tendría que patearte el trasero. Ella no merece menos.

—Como si pudieras vencerme —me burlo, pero una calidez se extiende por mi pecho. Por esto Elio es mi amigo. No solo acepta mis decisiones, sino que se asegura de que las tome por las razones correctas.

El reloj marca las tres. Algo en mi pecho se tensiona con anticipación. Ella estará saliendo de la escuela ahora, dirigiéndose aquí para prepararse para la ceremonia. En solo unas horas, será mía en todos los aspectos que importan.

—¿Qué quieres que le diga a la manada?

Me enderezo a mi altura completa, dejando que el poder de Alfa que hierve en mis venas fluya libremente. —Diles que he elegido. Diles que se preparen para la ceremonia. —Mis labios se curvan en una sonrisa peligrosa. —Y dile a Bronc que si tiene alguna objeción, es bienvenido a plantearmela en persona.

Elio ríe mientras se dirige hacia la puerta. —Vas a causar ataques cardíacos a los tradicionalistas.

—Bien. —Me vuelvo hacia la ventana, siguiendo la posición del sol. —Quizás entonces finalmente se den cuenta de que no haré las cosas a su manera.

A través de nuestra creciente conexión, siento un aleteo de la conciencia de Ainz: emoción, nerviosismo y, en el fondo, un amor que iguala al mío.

Solo unas pocas horas más. Solo unas pocas horas más hasta que pueda mostrarle a todos exactamente por qué la elegí, por qué es perfecta, por qué estamos destinados a estar juntos.

* * *

Los veo tan pronto como salgo de mi habitación.

—¿Una bruja-loba? —Sabina, la hija de un anciano, se burla. —¿Y una que odia a los de nuestra especie?

Me giro hacia ella, dejando que mis ojos brillen en dorado. Los lobos más jóvenes retroceden, pero ella avanza.

—Bruce, no queremos faltarte al respeto, pero…

—¿Pero qué? —Mi voz sale en un gruñido bajo que hace temblar las ventanas. —¿Pero has olvidado cómo trabajó durante tres días seguidos preparando pociones curativas cuando esos demonios nos atacaron?

El silencio que sigue es satisfactorio. Los veo moverse incómodos, recordando esos días oscuros.

Elio se mueve para pararse a mi lado, su presencia silenciosa un recordatorio de lo que casi perdimos.

—Ainz salvó a diecisiete de nuestra manada —dice Elio suavemente. —Incluyéndome a mí. Sin pedir nada a cambio.

—Ella es diferente —murmura alguien. —Todos saben de su… condición. Lo que le hizo a su lado lobo.

Un gruñido escapa de mi garganta antes de que pueda detenerlo. Las luces fluorescentes

parpadean con mi ira. —¿Quieres saber sobre su condición? Su padre fue asesinado cuando intentaba ayudarla con su lado lobo usando piedra lunar. Ella carga con ese peso todos los días, y aún así elige ayudarnos. Ayudar a todos.

A través de nuestra creciente conexión, siento que la presencia de Ainz se fortalece. Ella está cerca, probablemente escuchando cada palabra.

Diosa, espero que no.

—Ella no solo es poderosa —continúo, mi voz baja hasta un ronroneo peligroso. —Es brillante. Despiadada cuando es necesario. Suave cuando importa. —Muestro mis dientes en lo que definitivamente no es una sonrisa. —Y es mía.

La última palabra sale con suficiente fuerza para hacerlos retroceder.

—La luna está saliendo —aparece mi madre al final del pasillo, su usual suavidad afilada por la urgencia. —Cualquier objeción que alguien tenga, tendrá que esperar. Los demonios se están moviendo.

—Bruce —uno de mis ejecutores llama. —Alfa dice que es hora…

La luna es brillante y hermosa en el cielo oscuro.

Perfecto.

* * *

Una hora después, el claro de la manada está totalmente transformado bajo los arreglos del grupo.

Velas parpadeantes y runas antiguas se arremolinan por los pisos y paredes en una luz plateada reluciente.

Las luces fluorescentes se atenúan, reemplazadas por orbes flotantes de fuego de bruja que bañan todo con un resplandor etéreo.

Algunos miembros de la manada forman un círculo a nuestro alrededor, su energía sumándose al poder que se acumula.

Ainz se para frente a mí, sus ojos cambiando entre un marrón profundo y un dorado brillante mientras su magia crece.

Es hermosa así, salvaje y poderosa, indómita a pesar de todo lo que ha pasado.

Sonrío y le extiendo la mano.

—Por las antiguas leyes —comienzo, mi voz llegando a cada rincón de nuestro espacio sagrado improvisado—, reclamo a esta mujer como mi compañera, mi igual, mi hembra, para siempre.

Ainz presiona sus manos contra las mías.

El contacto envía electricidad recorriendo mi cuerpo, mi lobo avanzando con necesidad y reconocimiento.

—Por sangre —responde ella, su voz cargada de poder y ternura—, por magia, por elección, acepto este reclamo.

El aire se espesa con energía sobrenatural mientras mi padre comienza el hechizo de vinculación.

Entre nuestras palmas, el fuego de bruja de Ainz se mezcla con el poder de mi lobo, creando remolinos de luz dorada y púrpura que bailan a nuestro alrededor.

Me acerco más, atraído por un instinto más antiguo que el tiempo. —Mía —gruño, dejando que mi lobo se acerque más a la superficie.

Su sonrisa es feroz y amorosa al mismo tiempo. —Tuyo —acepta—. Como tú eres mío.

El ritual de reclamación fluye a través de nosotros como luz de luna líquida.

Cada toque, cada palabra susurrada del antiguo rito, fortalece y profundiza la conexión entre nosotros.

La siento en mi mente, en mi alma: su fuerza, sus miedos, su absoluta confianza en este momento.

Cuando mis dientes encuentran su cuello, marcándola como mía para que todos lo vean, su magia explota hacia afuera en una ola de poder puro.

La manada jadea en conjunto al sentir la fuerza de esa energía. Pero yo estoy perdido en la sensación de ella: su piel bajo mis manos, su poder fusionándose con el mío, su alma entrelazándose con la mía hasta que no sé dónde termino yo y comienza ella.

Su cuerpo se arquea en mis brazos mientras el vínculo se afianza, y la sostengo más fuerte, ofreciéndole mi fortaleza.

—Te tengo —murmuro contra su piel—. Te tengo, amor.

Su respuesta es acercarme más, sus propios dientes encuentran mi cuello para completar la reclamación.

La mordida dual sella nuestro vínculo permanentemente, y el mundo explota en sensaciones. Cada toque es eléctrico, cada respiro compartido entre nosotros lleva magia y significado.

La energía de la manada crece a nuestro alrededor, sus lobos reconociendo y celebrando la formación de un verdadero vínculo de compañeros. Incluso los escépticos no pueden negar el poder crudo que fluye a través del espacio sagrado, un poder que habla de lo correcto, de un destino cumplido.

Cuando las últimas palabras del ritual se desvanecen, cuando los últimos hilos de magia se posan en nuestra piel como polvo de estrellas, Ainz abre los ojos y me sonríe.

—Mi compañera —susurro, presionando mi frente contra la suya—. Mi hembra.

Su sonrisa ilumina todo su rostro. —Mi lobo ridículamente sobreprotector —bromea, pero su voz está cargada de emociones.

Estamos unidos ahora, más fuertes juntos que nunca lo fuimos separados. Que vengan los demonios. Que susurren los tradicionalistas. Nos tenemos el uno al otro, tenemos a nuestra manada, y tenemos un poder que se siente infinito.

El círculo de lobos a nuestro alrededor comienza a aullar: un canto de celebración, de bienvenida, de aceptación.

Uno por uno, caen de rodillas, reconociendo a su nueva pareja de apareamiento.

Ainz aprieta mi mano, y a través de nuestro nuevo vínculo, siento su alegría, su amor, su absoluta certeza de que esto es correcto. Yo aprieto también, acercándola mientras el canto de la manada se eleva hacia la luna en lo alto.

Somos reclamados. Somos pareja. Somos uno.

Y que los dioses ayuden a quien intente oponerse a nosotros ahora.

Una vez terminada la ceremonia, tomo la mano de Ainz, su deseo espesándose tanto como el mío. —Te necesito— gruño, y ella asiente con entusiasmo.

—Sí… sí, Bruce.

Un segundo después estamos en nuestra habitación, y mis labios se encuentran con los de Ainz como una bestia hambrienta.

# CAPÍTULO 18



## AINZ

Cuando Bruce me arrastra hacia nuestra habitación y la puerta se cierra tras nosotros, mi corazón late con anticipación.

La puerta se cierra de golpe tras nosotros, el sonido resonando en la habitación como un trueno. Mi corazón late con fuerza, cada latido retumbando en mis oídos mientras las manos de Bruce me agarran por la cintura, atrayéndome hacia él.

Sus ojos arden de deseo, la intensidad de su mirada hace que se me corte la respiración. Siento el calor que emana de su cuerpo, el poder crudo de su tacto enviando escalofríos por mi espalda.

—Ainsley —gruñe, su voz baja y gutural, cargada de deseo—. Te necesito. Ahora.

Sus palabras encienden un fuego dentro de mí, el vínculo de apareamiento entre nosotros palpita con energía.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, me paro de puntillas para presionar mis labios contra los suyos. El beso es desesperado, alimentado por el hambre que ha estado creciendo entre nosotros desde el momento en que nos apareamos. Su lengua entra en mi boca, explorando cada centímetro, saboreando cada rincón.

Gimo en su boca, mis dedos se enredan en su cabello mientras lo acerco más.

Mientras presiona sus labios aún más contra los míos, un suave gruñido retumba en su pecho, enviando un calor ardiente a mi centro.

Sus manos recorren mi cintura, agarrándome con posesión, acercándome hasta que siento el calor que emana de él.

Me derrito en él, incapaz de suprimir el suave gemido que escapa de mis labios. Los besos de Bruce se profundizan, llenos de urgencia y pasión cruda, encendiendo un fuego que palpita bajo mi piel.

Siento cada beso, cada rozar de sus labios como si fueran marcas de fuego, señalando posesión. Mi cuerpo responde instintivamente, arqueándose hacia él, anhelando más de su tacto.

—Ainz... —murmura contra mi boca, su voz ronca y cargada de deseo.

Bruce me levanta del suelo, su fuerza innegable mientras me lleva a la cama. No rompe el beso, sus labios nunca abandonan los míos mientras me acuesta.

El colchón cede bajo nuestro peso, su cuerpo presionándome contra la superficie suave. Sus manos recorren mi cuerpo, explorando cada curva, cada contorno. Separa su boca de la mía.

—Ainsley —gruñe, su voz baja y áspera—, eres mía ahora.

Tiemblo al escuchar su voz, la intensidad de sus palabras enviando una oleada de emoción a través de mí. Mi corazón late con fuerza, retumbando en mi pecho mientras lo miro, mi propio deseo reflejando el suyo.

Yo también lo quiero, más que a nada.

Se baja sobre mí, presionando su peso contra mi cuerpo, y puedo sentir su dureza contra mi muslo.

Su aliento es caliente contra mi cuello mientras se frota contra el lugar donde me mordió antes, sus dientes rozando mi piel de nuevo. Un suave gemido escapa de mis labios mientras comienza a mordisquear, su boca moviéndose hacia abajo para dejar un rastro de besos en mi garganta.

—Sabe tan jodidamente bien —murmura contra mi piel, su voz áspera de necesidad.

Arqueo la espalda, presionándome contra su toque mientras continúa su descenso. Sus dientes rozan mi clavícula, la sensación enviando un calambre eléctrico a través de mí.

Muerde suavemente, no lo suficiente como para romper la piel, pero sí para dejar una marca. Mis caderas se elevan involuntariamente, mi cuerpo respondiendo a cada toque, cada mordisco.

Sus labios regresan a los lugares que ha marcado, besando tiernamente sobre los moretones que ha dejado, creando un contraste exquisito entre dolor y placer.

Quiero gritar, suplicar por más, sintiéndome al borde de la rendición. Quiero que sepa cuánto anhelo este abandono, cuánto ansío ser consumida por él.

Sus manos se mueven para cubrir mis senos, apretándolos suavemente antes de que sus pulgares rocen mis pezones, ya endurecidos por el aire frío y su toque. Me arqueo hacia sus manos, gimiendo suavemente mientras continúa provocando mi carne sensible.

—Tan receptiva —murmura, su voz cargada de lujuria—. Eres perfecta, Ainsley. Absolutamente perfecta.

Siento un rubor esparcirse por mis mejillas.

*Tiene razón* —soy suya, completamente y sin reservas.

Y quiero que me reclame, que me tome de todas las maneras posibles.

Bruce cambia su atención, bajando la cabeza para tomar uno de mis pezones en su boca. Su lengua lo roza, enviando destellos de placer directo a mi centro. Jadeo, mi espalda arqueándose

aún más sobre la cama mientras succiona y muerde suavemente, su mano moviéndose para amasar mi otro seno.

Puedo sentir mi excitación acumulándose entre mis piernas, anhelando atención. Llego abajo, provocando mi propio calor, pero Bruce atrapa mi muñeca, deteniéndome.

—Aún no —dice, su voz ronca—. Déjame hacerlo yo.

Cambia de posición, separando más mis piernas y colocándose entre ellas. Sus ojos se clavan en los míos mientras baja la mano, sus dedos rozando mi humedad. Jadeo al contacto, mis caderas empujando involuntariamente mientras desliza uno, luego dos dedos dentro de mí.

—Tan mojada para mí —murmura, su tono casi reverente—. Tan lista.

Bombea sus dedos dentro y fuera de mí en un ritmo constante, curvándolos justo para presionar ese punto dulce en mi interior. Gimo, mi cabeza cayendo contra las almohadas mientras las olas de placer comienzan a acumularse.

Bruce no se detiene, su pulgar moviéndose para circular mi clítoris, añadiendo otra capa de sensación. Me retuerzo debajo de él, mis respiraciones llegando en jadeos cortos mientras me lleva al borde.

—Bruce... por favor... —suplico, mi voz apenas un susurro.

Él sonríe socarronamente, sus ojos brillando de satisfacción. —Dilo, Ainsley. Di que quieres esto.

—Te quiero —jadeo, mi voz temblorosa de necesidad—. Por favor, Bruce... te quiero dentro de mí.

Sus pupilas se dilatan, la necesidad en sus ojos casi abrumadora.

No puedo pensar en nada más excepto en él y, aunque me está volviendo loca, lo amo.

Quiero más.

*Más.*

Con un gruñido de aprobación, saca sus dedos.

Puedo sentir el calor radiando entre nosotros mientras sus manos vagan con propósito, moviéndose de mi cintura a mis muslos. Me urge suavemente a envolver mis piernas alrededor de él, dejando en claro que está tan perdido en este momento como yo.

Se mueve, colocándose entre mis piernas, su dureza presionando contra mi centro. Separo más mis piernas, invitándolo, mi cuerpo anhelando por él. Me provoca, rozando la punta de su dureza contra mi entrada, cubriéndola en mi humedad antes de retroceder nuevamente.

—Dime —exige, su voz ronca—. ¿Cuánto lo quieres?

—Mucho —jadeo, mis caderas levantándose de la cama, intentando llevarlo donde más lo necesito—. Por favor, Bruce... te necesito.

Espera un momento, dejando que la anticipación crezca, antes de finalmente empujar dentro. Grito ante la repentina plenitud, mis uñas clavándose en sus hombros mientras me llena por completo.

Hace una pausa, dándome la oportunidad de ajustarme a su tamaño, pero aún es casi demasiado. Me aprieto alrededor de él, intentando acostumbrarme a la sensación de ser tan completamente reclamada.

—Dios, te sientes tan bien —gime, su frente apoyada contra la mía—. Tan apretada...

Él se retira, casi por completo, antes de empujar de nuevo, estableciendo un ritmo lento pero profundo. Cada movimiento es deliberado, diseñado para volverme loca de necesidad. Puedo sentir la presión acumulándose dentro de mí, la tensión enroscándose cada vez más con cada empuje.

Bruce agarra mis caderas, levantándolas ligeramente mientras acelera, sus empujes volviéndose más urgentes. Grito, mi voz quebrándose cuando alcanza un punto especialmente sensible.

—Más fuerte —susurro, mi voz desesperada—. Por favor, más fuerte...

Él responde inmediatamente, golpeándome con un vigor renovado. La cama cruje debajo de nosotros mientras él me golpea, nuestros cuerpos haciendo sonidos húmedos y sucios con cada impacto. Puedo sentir cómo se acerca mi orgasmo, la ola creciendo más y más.

—Bruce... Estoy tan cerca...

—Ven por mí, Ainsley —gruñe, su voz ronca—. Déjate ir.

Y con esas palabras, me deshago. Mi cuerpo se tensa, mi visión se vuelve blanca mientras el orgasmo me atraviesa. Grito su nombre, mi voz resonando en la habitación mientras ola tras ola de placer me sobrepasa.

Bruce no se detiene, continúa empujando a través de mi clímax. Él también está cerca, lo noto, sus movimientos volviéndose más erráticos mientras busca su propia liberación. Con un último y poderoso empujón, echa su cabeza hacia atrás y ruge mientras se derrama dentro de mí, llenándome con su semilla.

Nos quedamos allí, jadeando y sudados, nuestros cuerpos aún unidos mientras bajamos de ese estado. Bruce se derrumba sobre mí, su peso una presión reconfortante. Lo abrazo con fuerza, sosteniéndolo cerca mientras recuperamos el aliento.

—Mía —susurra contra mi oído, su voz llena de posesividad.

Aprieto el abrazo, enterrando mi cara en su hombro mientras dejo escapar un suspiro de satisfacción. —Para siempre —susurro de vuelta, mi voz suave pero resuelta.

* * *

La piedra lunar se siente pesada en mi palma mientras la examino bajo la luz menguante del día.

Su superficie lisa atrapa los últimos rayos dorados del sol que se filtran a través del dosel del bosque, creando pequeños prismas de arcoíris que bailan sobre mi piel.

Cualquier otro día, quizás habría apreciado más su belleza, pero ahora mismo, mi mente está dividida entre el ritual que cambiará mi vida y la constante conciencia de Bruce a través de nuestro recién formado vínculo de compañero.

Los hormigueos de la mordida aún son muy fuertes desde ayer.

Lo extraño. Literalmente lo vi hace cinco minutos, pero ya lo extraño.

El vínculo es tan fuerte que se siente un poco extraño.

Debería hacer esto rápido para poder verlo.

Respiro hondo, tratando de centrarme en el pequeño claro que hemos elegido para la curación.

A mi alrededor, los ingredientes del ritual que Adira pasó semanas recolectando yacen cuidadosamente dispuestos: polvo de meteorito triturado del mercado demoníaco en Praga formando el círculo interno, lágrimas de fénix cristalizadas del bazar subterráneo de Seúl marcando los puntos cardinales, y hebras de luz de luna plateada capturadas en Damasco que conectan cada runa como delicadas telarañas.

Mi hermana realmente se superó esta vez; ni siquiera quiero saber qué tuvo que intercambiar para conseguir algunos de estos materiales.

Respiro hondo, inhalando el dulce aroma de salvia quemada mezclado con el olor acre de la tinta de sangre de dragón que Charles usó para dibujar las runas. El aire está cargado de magia; mi lado de bruja ya responde a la presencia de la piedra lunar. A mi alrededor, las runas cuidadosamente dibujadas pulsan con una luz azul suave, sus antiguos símbolos un testimonio de horas de preparación.

Charles insistió en verificar cada una tres veces, ajustando meticulosamente la posición de cada componente del ritual hasta que el flujo de energía fuera perfecto. Por una vez, no discutí con su perfeccionismo.

El vínculo de compañero pulsa, cálido y constante, y no puedo evitar sonreír.

Todavía es tan nuevo, esta conexión entre nosotros. Cada movimiento de emoción, cada oleada de instinto protector que no es mío, me hace estremecer.

Bruce probablemente está desgastando un sendero en el suelo del bosque por aquí cerca —puedo sentir su inquietud filtrándose a través del vínculo, mezclándose con mi propia energía nerviosa. Charles le había dicho que se mantuviera ocupado porque su nerviosismo podría distraerme. Por eso solo estamos Charles y yo aquí.

Mi mano se mueve inconscientemente hacia la marca del vínculo en mi cuello.

La piel allí sigue siendo sensible, enviando pequeñas chispas de placer-dolor cada vez que la toco.

La ceremonia de anoche parece un sueño —las antiguas palabras que pronunciamos bajo la luna, la forma en que los ojos de Bruce brillaron dorados cuando me marcó, la oleada de poder cuando nuestras almas literalmente se entrelazaron. Incluso ahora, recordarlo hace que el calor suba a mis mejillas.

*Concéntrate, Ainsley. Puedes repasar los momentos destacados de tu ceremonia de apareamiento después de arreglar tu lado lobo.*

Pero concentrarse es más fácil decirlo que hacerlo cuando las emociones de tu pareja literalmente corren por tus venas. Es como tener un segundo latido, excepto que este viene con comentarios adicionales. Cada pico de preocupación de Bruce hace que mi estómago se revuelva, y cada oleada de su amor hace que mis rodillas flaqueen.

*¿Cómo lidian los lobos nacidos con esta intensidad todo el tiempo?*

Ajusto mi posición en el círculo ritual, con los pies descalzos presionando contra la tierra fresca. El suelo debajo de mí vibra con energía natural, respondiendo a mi magia de bruja.

Es extraño —desde el apareamiento, mis poderes se sienten diferentes. Quizás más fuertes, o simplemente más asentados. Charles dice que es normal, que el vínculo de pareja puede potenciar las habilidades mágicas, pero parte de mí se pregunta si también es mi lado lobo moviéndose, anticipando su restauración.

—Las barreras están colocadas —dice Charles con suavidad desde el borde del claro. Su presencia es tranquilizadora, incluso si puedo sentir su tensión subyacente. Ambos sabemos lo que sucede si esto sale mal —si mi lado lobo emerge roto de nuevo. El recuerdo de mi última transformación me hace estremecer.

La locura pura no le sienta bien a nadie.

La preocupación de Bruce llega a través del vínculo, probablemente sintiendo mi miedo momentáneo. Envío lo que espero que sea energía tranquilizadora, aunque todavía estoy aprendiendo a controlar estos mensajes mentales. Por lo que sé, acabo de transmitir un equivalente mental de un mensaje incoherente. Sin embargo, la oleada de calidez y amor que recibo sugiere que captó la idea general.

Cierro los ojos, dejando que mis sentidos de bruja se expandan. La piedra lunar se calienta en mi mano, respondiendo a mi magia. Esto es lo que he estado esperando —la oportunidad de fusionar ambas partes de mí misma correctamente. No más intercambiar un lado por el otro, no más transformaciones rotas, no más ser menos de lo que soy.

El vínculo de pareja late de nuevo, más fuerte esta vez, y dejo que la fuerza de Bruce fluya a través de mí. Lo que sea que suceda, ya no estoy sola. Ese pensamiento me estabiliza más que cualquier cantidad de preparación mágica.

—Estoy lista —le digo a Charles, orgullosa de lo firme que suena mi voz a pesar de las mariposas que revolotean en mi estómago. Es hora de arreglar lo que rompí hace tantos años. Hora de ser completa.

Empiezo a canalizar poder hacia la piedra lunar, observando cómo comienza a brillar con una luz

interior. Los runas a mi alrededor brillan en respuesta, su magia elevándose para encontrarse con la mía.

Esto es.

Finalmente voy a —

En ese momento, un agudo silbido llena el aire, y Charles se gira, listo para la acción.

Por supuesto, el universo elige este momento exacto para poner a prueba mis habilidades multitarea.

La primera advertencia es un cambio en el aire —ese crujido distintivo de la magia oscura que hace que mis sentidos de bruja griten. Luego viene el chillido, agudo y antinatural, cortando los sonidos pacíficos del bosque como uñas en una pizarra.

*¿En serio? ¿Ahora?*

No puedo moverme. La magia de la piedra lunar ya se ha apoderado de mí, corriendo por mis venas como fuego líquido. Romper la conexión ahora sería... bueno, digamos que "catastrófico" sería quedarse corto. El poder crece bajo mi piel, haciendo que cada respiro se sienta eléctrico.

Charles entra en acción, sus manos tejiendo patrones complejos mientras levanta barreras mágicas. Una luz azul se extiende, formando una cúpula alrededor de nuestro claro. A través del escudo translúcido, puedo verlos —criaturas oscuras deslizándose entre los árboles, sus formas parecen absorber la poca luz del día que queda.

*¿Más demonios? ¿De qué tipo son estos? ¡Ugh!*

El vínculo de pareja explota con la alarma de Bruce, seguida inmediatamente por una oleada de feroz protección que casi me hace perder el equilibrio. Él viene. Por supuesto que sí. Puedo sentirlo acercándose, la velocidad y el poder de su lobo resonando a través de nuestra conexión.

—¡Mantén la concentración! —grita Charles, reforzando otra sección de la barrera mientras las sombras chocan contra ella—. ¡La curación no puede interrumpirse!

Fácil para él decirlo. Él no es el que intenta mantener un ritual mágico complejo mientras siente la furia de batalla de su pareja creciendo. Bruce está cerca ahora: puedo percibirlo justo más allá de la línea de árboles, probablemente transformándose mientras corre.

Una voz familiar corta el caos: —¿Ainsley! ¿Estás bien?

Adira. Mi hermana aventurera con el peor momento posible. Irrumpe en el claro con Baphomet justo detrás de ella, porque aparentemente esta situación necesitaba un señor demonio para hacerla más interesante.

—¡Vaya, esta es toda una fiesta! Cariño, realmente deberías haber enviado invitaciones —se burla Baphomet, su impecable traje blanco de alguna manera intacto a pesar de haber corrido por el bosque.

La piedra lunar late en mis manos, atrayendo más de mi poder. La magia está llegando a un

crescendo, haciendo más difícil concentrarse en cualquier otra cosa. Pero a través de la neblina de poder, veo a Bruce entrar al claro en forma de lobo, enorme y hermoso, irradiando furia protectora.

Criaturas oscuras entran tras él, masas retorcidas de sombra con demasiados dientes. El vínculo de pareja se inunda con la determinación de Bruce, y observo a través de una visión cada vez más borrosa cómo desgarra a la criatura más cercana.

Las barreras de Charles parpadean mientras cambia de defensa a ofensiva, lanzando hechizos que iluminan el cielo que se oscurece. Adira ya ha escalado un árbol, disparando flechas benditas desde su punto de ventaja, mientras Baphomet... ¿Baphomet está siendo útil? El señor demonio parece estar luchando contra las criaturas oscuras.

—¡No te atrevas a detener ese ritual! —grita Adira, lanzando otra flecha—. ¡No arrastré estos ingredientes a través de tres mercados demoníacos para que lo arruines ahora!

La magia es casi abrumadora ahora, haciendo que mi piel zumbee como si hubiera sido golpeada por un rayo. A través del vínculo de pareja, siento la constante conciencia de Bruce sobre mí, incluso mientras lucha. Cada pocos segundos, vuelve más cerca de mi posición, verificando el perímetro que Charles estableció.

Más criaturas presionan, sus sombras retorciéndose contra las barreras de Charles. Pero mi círculo se mantiene, protegido por capas de magia y las personas en las que más confío en este mundo. Incluso si esas personas incluyen a un señor demonio que actualmente se queja de que el ichor de las criaturas oscuras arruina sus zapatos de diseñador.

La piedra lunar se está calentando casi demasiado para sostenerla. La magia curativa busca a mi lado lobo, y puedo sentir algo formándose, algo masivo y transformador. El vínculo de pareja brilla más intensamente en respuesta, el poder de Bruce de alguna manera amplificando el mío.

Lo último que registro antes de que la magia tome el control por completo es el aullido de Bruce cortando el caos, feroz y orgulloso, reclamando.

Entonces todo explota en luz, y caigo en un poder que se siente como volver a casa.

La magia golpea como una avalancha.

Todo dentro de mí se enciende cuando el poder de la piedra lunar alcanza su punto máximo. Mi magia de bruja choca con mi esencia lobuna fracturada, y el mundo se disuelve en pura energía.

Es hermoso, aterrador y nada como lo imaginé.

Siento cómo me deshago y vuelvo a formarme. Cada célula de mi cuerpo parece vibrar a una nueva frecuencia.

Esto no es como mis transformaciones anteriores, siempre manchadas de locura, mi lado lobo retorcido y equivocado.

Esto... esto es una revelación.

El vínculo de pareja explota con poder compartido. La esencia de Bruce fluye hacia la mía a

través de nuestra conexión, su fuerza estabilizándome mientras la transformación destroza mis defensas.

No había esperado esto, no sabía que nuestro vínculo afectaría la curación tan profundamente. Su poder se entrelaza con el mío, ayudando a cerrar la brecha entre mis lados bruja y lobo.

Los recuerdos parpadean detrás de mis ojos cerrados: corriendo por los bosques de niña, mi primer lanzamiento de hechizos, el momento en que mi lado lobo se fracturó, cada intento fallido de transformarme desde entonces. Cada memoria arde con intensidad y se desvanece, dejando espacio para algo nuevo, algo completo.

Mi magia de bruja se alza, ya no luchando contra mi naturaleza de lobo, sino fusionándose con ella. La piedra lunar se vuelve fría en mis manos mientras entrega el último de su poder. Siento a mi lobo despertar, pero no hay rastro de la locura familiar. En su lugar, hay una claridad que nunca antes había conocido.

El cambio me recorre en oleadas.

Mis sentidos se agudizan más allá de cualquier cosa que haya experimentado —de repente puedo oír el viento, sentir el poder fluyendo en el aire, escuchar cada latido del corazón de todos los presentes en el claro.

El poder sigue creciendo, alcanzando alturas imposibles.

Debería sentir miedo, pero todo lo que siento es que esto está bien.

Completa. Como si cada paso de mi vida me hubiera llevado a este momento de perfecto equilibrio entre mis dos naturalezas. Cuando llega la última oleada, es casi gentil. Mi lobo se alza por completo por primera vez desde que era una niña, y no hay dolor, ni lucha.

Abro los ojos a un mundo transformado. Los colores son más intensos, los olores más vívidos. Cada sombra tiene una nueva profundidad, cada movimiento capta mi visión mejorada. El vínculo de pareja palpita con la alegría y el orgullo de Bruce, mezclándose con mi propio asombro.

Las criaturas oscuras aún presionan contra las barreras de Charles, pero ahora parecen menos amenazantes. Mi nuevo poder resuena en mí, bruja y lobo en perfecta armonía. Puedo sentir que mi magia responde a ambos aspectos de mi naturaleza, más fuerte que nunca.

Vuelvo a mi forma humana, maravillada de lo suave que se siente la transición.

Sin resistencia, sin dolor — solo el flujo natural del poder respondiendo a mi llamado.

Ponerme de pie se siente distinto —todo mi cuerpo se reajusta a su forma verdadera. Mi lobo se estira bajo mi piel, ya no una entidad separada luchando por el control, sino una parte integral de lo que soy. Mi magia de bruja fluye libremente, potenciada en lugar de obstaculizada por mi lado de lobo.

La presencia de Bruce en mi mente se intensifica, nuestro vínculo profundizándose con mi transformación. Mis ojos se encuentran con los suyos a través del claro, viendo mi propia

realización reflejada en su mirada. Su lobo llama al mío, y por primera vez, puedo responder por completo, sin miedo ni restricciones.

Flexiono mis manos, sintiendo el poder fluir a través de ellas —ya no solo magia de bruja, sino la fuerza combinada de mis dos naturalezas. El aire a mi alrededor crepita con energía, respondiendo a mi nuevo equilibrio. Cada respiración se siente como absorber poder puro.

Esto es lo que siempre debí ser. No rota, no intercambiada, no fracturada entre dos mundos.

Simplemente completa. Entera.

Finalmente, irrevocablemente yo misma.

Y esas criaturas oscuras eligieron un momento realmente malo para interrumpir esta fiesta.

Atravieso la barrera y corro hacia las criaturas. Mi nuevo poder fluye sin problemas.

Las criaturas oscuras no tienen ninguna posibilidad.

Canalizo fuego de bruja a través de mis garras, cada golpe dejando rastros de llamas azules en el aire. Bruce se mueve como mi sombra, nuestros ataques coordinados empujando a las criaturas de vuelta al bosque. Es casi... divertido, en un sentido mortífero.

Cuando la última criatura se disuelve en sombras, el claro queda en silencio, excepto por nuestra respiración agitada.

Bruce se aprieta contra mi costado en forma de lobo, su pelaje rozando mi brazo. A través de nuestro vínculo, siento su orgullo y alivio mezclándose con una preocupación persistente. Hundiendo mis dedos en su grueso pelaje, me aseguro de tranquilizar a ambos de que estoy bien.

Más que bien, en realidad.

—Bueno —dice Adira, bajando de su lugar en el árbol—, eso fue significativamente más emocionante de lo esperado. —Me mira con cuidado, probablemente buscando cualquier señal de que la transformación salió mal—. No sientes deseos asesinos, ¿verdad? ¿Ni ganas repentinas de aullarle a objetos al azar?

La miro con los ojos en blanco. —Estoy bien. Mejor que bien. —Mi voz suena más fuerte, más segura. Como el resto de mí, refleja quién soy realmente ahora.

Charles se acerca, su compostura habitual ligeramente alterada por la pelea. —El sello —dice, mirando entre Adira y yo—. No podemos retrasarlo más.

Tiene razón. Con mi transformación completa, no hay forma de negar lo que debe hacerse. La sangre de las Brujas Lunaris corre por Adira y por mí — pero sellar la puerta del infierno requerirá tres brujas poderosas.

—¿De verdad vas a ayudar? —pregunta Adira a Charles, arqueando una ceja—. Pensé que todavía estabas en tu fase de "los demonios son lo peor".

—Lo son —murmura Charles, lanzando una mirada significativa a Baphomet, quien de alguna manera ha conseguido conjurar un espejo de mano y está arreglando su impecable cabello—.

Pero esto ya no es solo sobre demonios. Las criaturas oscuras seguirán viniendo a menos que cerremos el portal correctamente.

Bruce vuelve a su forma humana a mi lado, y su brazo se envuelve inmediatamente alrededor de mi cintura. El vínculo de compañeros zumba de satisfacción con el contacto. —Necesitarás acceder a los archivos de la escuela —le dice a Charles—. ¿No dijiste que la magia estaba fallando?

—Así es, pero encontraré la manera de solucionarlo —Charles se endereza la ya perfecta corbata —. Empezaré a buscar de inmediato. Podría haber detalles sobre la ceremonia de sellado de Lunaris que pasamos por alto antes.

—Oh, genial, más investigación —suspiro Adira, pero puedo ver la emoción en sus ojos. Mi hermana nunca ha podido resistirse a un misterio mágico—. Baphomet, ¿no tienes algunos textos antiguos de demonios que podrían ayudarnos?

El señor demonio finalmente deja de mirarse en el espejo. —La biblioteca demoníaca tiene una extensa colección sobre magia de sellado. Aunque debo advertirles que el sistema de organización es literalmente infernal.

—Iré con Charles —digo, sintiendo que Bruce se tensiona a mi lado. Percibo su renuencia a dejarme salir de su vista tan pronto después de la transformación—. Necesito revisar algo en los archivos de pociones de todos modos. —Además, prefiero lidiar con libros polvorientos que con el sistema de archivos de Baphomet.

—¡Iré con Baphy! —anuncia Adira alegremente, ignorando el leve ceño fruncido de Charles por el apodo—. Dos equipos de investigación trabajarán más rápido que uno.

Mientras nos preparamos para separarnos, tomo un momento para centrarme. El poder que fluye a través de mí se siente estable ahora, ambas partes de mi naturaleza trabajando en perfecto equilibrio.

Los dedos de Bruce se entrelazan con los míos mientras nos dirigimos hacia la escuela Xavier. A través de nuestra conexión, siento su mezcla de emociones: orgullo por mi transformación, preocupación por lo que viene después, y, debajo de todo, un amor profundo y constante que hace que mi corazón se acelere.

Lo que sea que venga después con el sello, al menos finalmente lo enfrentaré como mi yo completo. Tanto bruja como loba, exactamente como estaba destinada a ser.

# CAPÍTULO 19



## BRUCE

Las luces de la ciudad pasan borrosas mientras conduzco de regreso a casa, con una mano en el volante y la otra estrechamente entrelazada con la de Ainz.

Ha pasado una semana desde que nos emparejamos y ella usó la piedra lunar.

Todo ha sido perfecto, bueno, excepto por la loca afluencia de demonios.

La ciudad está llena de vida por la noche y sonrío al ver cómo la gente vive pacíficamente sin ser consciente de que su existencia podría terminar con el chasquido de un dedo demoníaco.

Fuimos a combatir otro ataque esta noche, la adrenalina de la batalla todavía resuena en mi sangre, pero el agotamiento acecha en los bordes.

A mi lado, mi pareja es una sinfonía de contradicciones: desgastada por la batalla pero radiante, agotada pero poderosa.

La magia de la piedra lunar la ha cambiado de maneras sutiles que aún estoy descubriendo. Su aroma es más intenso ahora, una mezcla perfecta de lobo y bruja que me deja mareado.

Cuando luchó esta noche, su magia y su lado de lobo se movieron en perfecta armonía, hermosos y letales. Nunca he visto algo así.

—Me estás mirando —murmura, con los ojos aún cerrados pero una sonrisa jugueteando en sus labios.

—No puedo evitarlo —llevo nuestras manos entrelazadas a mis labios—. Fuiste magnífica esta noche.

Ella tararea satisfecha, pero luego hace una mueca al moverse en su asiento. La herida en sus costillas ya está sanando—otro regalo de la influencia estabilizadora de la piedra lunar—, pero claramente aún le duele.

—La próxima vez —dice, abriendo un ojo para mirarme—, recuérdame que no deje que el demonio se acerque tanto antes de incinerarlo.

—La próxima vez —gruño—, le arrancaré la cabeza antes de que se acerque a menos de diez

pies de ti.

Su risa es cansada pero genuina. —Machito sobreprotector y gruñón.

—Lo admito —

Estamos llegando al territorio de la manada cuando lo siento: la presencia de varios lobos adelante.

Mi agarre se tensa en el volante. A través de nuestro vínculo, siento que Ainz se tensa, su magia vibrando justo debajo de su piel.

—Bruce —dice en voz baja—. Hay al menos ocho.

—Lo sé —reduzco la velocidad del auto, escudriñando las sombras—. No les hagas caso.

—Ya ha pasado una semana. Si no me aceptan pronto, nunca lo harán.

Efectivamente, al doblar la esquina, un grupo de lobos emerge de la oscuridad.

Están en forma humana, pero sus posturas son rígidas, confrontacionales. Reconozco a Sabina en el centro, flanqueada por algunas de las familias más antiguas de la manada.

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno —Ainz suspira, enderezándose en su asiento a pesar de su agotamiento—. Esto debería ser divertido.

Estaciono el auto y salgo rápidamente para abrirle la puerta a Ainz antes de que ella misma lo haga.

No porque necesite ayuda—la Diosa sabe que no—, sino porque quiero que lo vean. Que vean cómo un compañero trata a su pareja.

El grupo observa mientras la ayudo a salir, sus ojos siguen cada movimiento. Algunos de ellos se estremecen ante nuestra abierta muestra de afecto.

Hermosa. Perfecta. Pero para ellos, probablemente inquietante, ya que no creerán que Ainz aún no guarda prejuicios contra los hombres lobo.

—Es tarde —digo, dejando que un toque de autoridad Alfa coloree mi voz—. Y estamos cansados. Sea lo que sea esto, puede esperar hasta mañana.

—Con todo respeto, Bruce —Sabina da un paso al frente, y tengo que admirar su valentía, aunque no su timing—, necesitamos abordar esto ahora.

—¿Abordar qué? —La voz de Ainz es calmada, pero siento su poder despertando. El aire se espesa con el aroma de la magia de bruja y la fuerza de lobo combinadas.

—Te vimos pelear esta noche, te hemos visto pelear toda la semana —otra loba, Patricia, una de nuestras miembros más antiguas, habla—. Ese tipo de poder... no es natural.

Un gruñido crece en mi pecho, pero Ainz aprieta mi mano.

—¿Natural? —pregunta, dando un paso al frente. Me muevo con ella, nuestros hombros rozándose—. ¿Como los ataques de demonios son naturales?

Sus palabras dan en el blanco. Varios lobos se mueven incómodos, recordando esos días oscuros.

—Eso es diferente —insiste Sabina—. Has pasado por una transformación que no entendemos. La magia de la piedra lunar, combinada con tus poderes de bruja... ¿Cómo podemos confiar en que no te volverás contra nosotros algún día?

La temperatura baja varios grados. El poder de Ainz estalla, y por un momento, veo lo que ellos ven: una criatura híbrida de inmenso poder, capaz de canalizar tanto la magia de bruja como la fuerza de lobo.

Pero también veo lo que ellos no ven: la mujer que se quedó despierta durante horas preparando pociones curativas para sus hijos.

La maestra que paciente explica la magia a los jóvenes lobos para que comprendan mejor a sus vecinos sobrenaturales. Mi compañera, que mira a nuestra manada y ve familia, no súbditos.

—¿Volverme contra ustedes? —Su voz es suave, peligrosa—. He sangrado por esta manada. He luchado por esta manada. Me he unido a su heredero Alfa y a su territorio de maneras que nunca podrán deshacerse. —Da otro paso al frente, y esta vez varios lobos retroceden—. Elegí esta manada. Elegí a Bruce. Y les guste o no, estoy aquí para quedarme.

El orgullo recorre mi ser, pero mantengo mi enfoque en el grupo. Algunos parecen pensativos, otros aún inseguros. Sabina se mantiene firme.

—Las familias antiguas... —comienza.

—Las familias antiguas —interrumpo, dejando que mi poder Alfa llene la calle—, pueden adaptarse o irse.

Jadeos de sorpresa recorren el grupo. Abandonar una manada no es poca cosa, pero ya estoy harto de jugar a la política.

—Esta es vuestra Luna —continúo, moviéndome para pararme junto a Ainz—. Es mi compañera, mi igual y vuestra protectora. Esta noche, ayudó a destruir una amenaza demoníaca que habría matado a docenas. Lo hizo usando un poder que temen porque no lo entienden.

—Pero... —

—No —mi voz truena—. No más "peros". No más confrontaciones a medianoche. No más cuestionar lo que ya se ha decidido. —Miro a cada lobo a los ojos, dejando que sientan el peso completo de mi autoridad—. Así es como es ahora. Ainz es manada. Más que eso, es vuestra futura Luna. Si no pueden aceptar eso, si no pueden confiar en mi elección y su dedicación, entonces rechácenme también, ahora.

El silencio cae. Ainz se apoya ligeramente en mí, y envuelvo un brazo alrededor de su cintura.

—Entiendo su miedo —dice finalmente, su voz más suave ahora—. El cambio es difícil. El poder da miedo. Pero les hago esta promesa: todo lo que soy, todo lo que puedo hacer, es para

esta manada. No porque tenga que hacerlo, sino porque lo elijo. Porque esta es mi familia ahora.

El grupo se dispersa lentamente, desvaneciéndose en las sombras. Mientras se van, siento que la tensión en el cuerpo de Ainz se libera.

Aún no han terminado por completo, lo sé.

También sé que Ainz definitivamente los ganará.

—Bueno —murmura contra mi pecho—, eso fue divertido. ¿Podemos dormir durante una semana ahora?

Me río, colocando un beso en su cabello. —Lo que quieras, amor. Te lo has ganado con creces.

Nos dirigimos hacia la casa de la manada. El cambio toma tiempo. La confianza toma más. Pero hemos dado el primer paso.

# CAPÍTULO 20

## CHARLES

Los antiguos pergaminos se vuelven borrosos ante mis ojos mientras me siento en el rincón más profundo de la biblioteca de Xavier, rodeado de estanterías imponentes que han sido mi única compañía durante las últimas seis horas.

Como hijo del Gran Brujo y director de la Escuela Secundaria Xavier, debería encontrar consuelo en estos polvorientos tomos —han sido mi refugio desde la infancia. Pero esta noche, cada palabra sobre portales dimensionales y sellos demoníacos parece burlarse de mi incompetencia.

Veo mi reflejo en una de las imponentes ventanas de la biblioteca: pelo oscuro despeinado, sombras bajo los ojos que hablan de demasiadas noches sin dormir.

Mi túnica de profesor, habitualmente impecable, está arrugada tras horas inclinado sobre los libros.

Padre estaría horrorizado.

Aunque, a decir verdad, Padre está horrorizado con la mayoría de mis decisiones últimamente.

La imagen de Adira sigue intrometiéndose en mis pensamientos, haciendo imposible que me concentre.

Debería haberla protegido mejor.

Nunca debería haber permitido que Baphomet pusiera sus manos sobre ella. En cambio, mantuve mi habitual enfoque gentil y no confrontacional, y ahora ella está...

Mi teléfono vibra contra la antigua mesa de roble, haciéndome saltar. El nombre de Ainsley aparece en la pantalla, y siento esa sensación familiar de consuelo y culpa que acompaña cualquier interacción con mi amiga.

Aquí está ella, luchando básicamente por salvar el mundo, mientras yo albergo estos sentimientos por su hermana que apenas puedo reconocer.

—¿Charles? —Su voz transmite cierta ansiedad—. Por favor, dime que has encontrado algo.

Miro la montaña de libros rechazados que me rodea. —He revisado la mitad de la sección restringida —admito, tratando de que no se note la derrota en mi voz—. Hay referencias a portales similares en las Crónicas de la Tercera Era, pero nada lo suficientemente específico para ayudarnos. Los demonios eran más astutos en aquella época para ocultar sus secretos.

El suave sonido de su exhalación llega a través del teléfono.

Puedo imaginarla en su tienda, probablemente preparando otro lote de pociones de protección mientras hablamos.

Ainsley nunca deja de trabajar, incluso cuando está exhausta. Es una de las muchas cosas que me atrajo de ella como amiga, ese impulso incansable por ayudar a los demás.

—¿Qué hay del Grimorio de Vinculación? —pregunta—. La colección personal de tu padre debe tener algo útil.

Me pongo de pie, estirando los músculos agarrotados tras horas de lectura. —Apenas he arañado la superficie —le digo, dirigiéndome a la ventana.

Afuera, la luna cuelga pesada y llena sobre los terrenos de la escuela. En algún lugar allí, los lobos probablemente estén patrullando, intentando protegernos a todos mientras mi padre... No. No puedo pensar en eso todavía.

—Sigue buscando —dice Ainsley suavemente—. Charles... gracias. Sé lo que podría costarte ayudarnos.

La genuina gratitud en su voz hace que me duela el pecho. Arriesgo mucho: mi posición, la aprobación de mi padre, incluso mi lugar en la comunidad de brujos —mi padre todavía insiste en su postura conservadora y exclusiva. Pero necesito dar un paso más antes de que mi padre ceda, hasta que se cause más daño, para mantener el mundo a salvo y, especialmente, para mantener a Adira a salvo.

Pero eso no es algo que pueda decir en voz alta. No ahora. Quizás nunca.

—Encontraremos una manera —prometo en cambio, viendo cómo mi reflejo se vuelve más decidido en el cristal de la ventana—. Lo que sea necesario, Ainsley. Arreglaremos todo.

—Realmente espero que lo hagamos. Cualquier cosa servirá ahora mismo.

He estado temiendo esta conversación desde la reunión de esta mañana, pero Ainsley merece saberlo. Mis dedos se tensan alrededor del teléfono mientras me hundo de nuevo en mi silla, con el peso de las revelaciones de hoy presionando sobre mis hombros.

—Hay algo más —comienzo, con voz más baja ahora—. Tuve una reunión con mi padre esta mañana. Sobre el portal.

—¿Qué dijo? —El filo agudo en la voz de Ainsley me indica que ya está percibiendo que algo va mal.

Cierro los ojos, recordando el opulento escenario del estudio privado de mi padre —el lugar donde siempre ha impartido sus lecciones más duras—. —Convocó a todo el Alto Consejo. Fue

todo un espectáculo, en realidad. Ya sabes cuánto le gustan sus ceremonias. —La amargura en mi risa me sorprende incluso a mí—. Pasaron dos horas discutiendo sobre el "problema de los lobos" antes de finalmente llegar al punto sobre el portal.

—Charles. —El tono de Ainsley lleva una nota frustrada—. ¿Qué dijeron exactamente sobre los lobos?

Mi mano libre traza la veta envejecida de la mesa de la biblioteca, siguiendo sus patrones naturales mientras reúno valor. —Padre sugirió... no, insistió... en que esperemos hasta que la manada de lobos intente sellar el portal por su cuenta. Quiere que fracasen, Ainsley. Que resulten heridos, posiblemente muertos en el intento.

El silencio al otro lado de la línea es ensordecedor.

—¿Pero por qué? —pregunta finalmente, con voz tensa de ira controlada—. La manada de Bruce no ha hecho más que ayudar a proteger la escuela. Ellos también han perdido gente.

—Política. —Escupo la palabra como veneno—. Padre cree que si los lobos fracasan públicamente, recordará a todos por qué los brujos siempre han sido los principales defensores de la comunidad sobrenatural. Quiere aparecer después, salvar el día y restaurar el "orden natural", como él lo llama.

—Eso es... —Ainsley se detiene, y puedo imaginarla caminando de un lado a otro en su taller, como hace cuando está procesando algo particularmente indignante—. Eso es monstruoso, Charles. La gente morirá.

—Lo sé. —La admisión se siente como ácido en mi garganta—. Intenté argumentar en contra. Señalé que se supone que ahora somos aliados, que la existencia misma de Xavier demuestra que somos más fuertes juntos. Pero Padre solo me dio esa mirada... ya sabes cuál... como si todavía fuera un niño que no entiende cómo funciona realmente el mundo.

—¿Y el resto del Consejo?

—Dividido. Algunos estuvieron de acuerdo conmigo, pero la mayoría... —Hago una pausa, recordando su cómoda aceptación del sacrificio siempre que no fueran sus propios pueblos los sacrificados—. La mayoría lo ve como una pérdida aceptable por el bien mayor de mantener la supremacía de los brujos.

Hay un estruendo en el extremo de Ainsley, probablemente un frasco de poción que ha tenido un final prematuro. —¿Entonces, cuál es el plan real para sellar el portal? Seguramente discutieron eso, ¿no?

—Esa es la parte extraña. —Me inclino hacia adelante, bajando la voz a pesar de estar solo en la biblioteca—. Padre estaba absolutamente seguro sobre nuestra capacidad para sellarlo, después de que los lobos fracasen, por supuesto. Habló como si fuera una conclusión inevitable, pero nunca explicó realmente cómo lo haríamos.

—Espera. —La agudeza regresa a la voz de Ainsley—. ¿Tu padre está dispuesto a dejar que la gente muera para demostrar algo, pero ya sabe cómo sellar el portal?

La pregunta me golpea como un golpe físico, porque en el fondo, ya conozco la respuesta. —El conocimiento es poder en nuestro mundo, Ainsley, y Padre... siempre ha sido muy cuidadoso con quién comparte el poder.

Pienso en Adira, en los lobos que han luchado junto a nosotros, en todo lo que he creído sobre lo correcto y lo incorrecto. En el hecho de que mi padre ya podría tener la solución para salvar a todos, encerrada en su colección privada.

Finalmente digo, con voz más fuerte de lo que me siento: —Por una vez en mi vida, voy a hacer lo correcto, independientemente de lo que me cueste.

—Charles... —Hay preocupación en la voz de Ainsley ahora.

—No, escucha. —La resolución en mi voz me sorprende—. Sé dónde guarda sus libros más poderosos. Su estudio privado...

—Eso es increíblemente peligroso —interrumpe Ainsley—. Si te atrapan...

—Entonces me atrapan. —Enderezo mis túnicas, ya planeando mi próximo movimiento—. Pero al menos sabré que intenté ayudar en lugar de ser solo el hijo obediente viendo morir a la gente por ganancias políticas.

Hay una larga pausa antes de que Ainsley hable de nuevo. —Solo... ten cuidado. Y, Charles, gracias. Por elegir ayudar, por arriesgarlo todo. Sé lo que significa para ti la aprobación de tu padre.

—Algunas cosas valen más que la aprobación —digo suavemente—. Algunas personas merecen cualquier riesgo.

—Seguiré buscando en los archivos regulares —ofrece Ainsley—. Tal vez hay algo que pasamos por alto. Y Charles, pase lo que pase... no estás solo en esto.

Mientras termino la llamada, mis ojos captan una sombra moviéndose a través de los terrenos de la escuela. Por un momento, parece casi la silueta de Adira, y mi corazón se detiene.

Pero es solo un truco de la luz de la luna, otro recordatorio de lo que he perdido.

* * *

El estudio privado de mi padre siempre ha sido territorio prohibido, incluso para mí. Mientras me detengo frente a la pesada puerta de roble, con runas ornamentadas parpadeando en su superficie como seres vivos, no puedo evitar recordar todas las veces que fui enviado lejos de aquí cuando era niño. —Los secretos de un Gran Brujo deben permanecer en secreto —solía decir, con esa severa decepción en sus ojos que he pasado toda una vida tratando de borrar.

Esta noche, esas mismas protecciones reconocen mi sangre, permitiéndome entrar sin protestar.

Pequeñas misericordias.

La ironía no se me escapa: la propia magia de mi padre me acepta incluso mientras me preparo

para traicionar su confianza.

El estudio huele a pergamino envejecido y hierbas ceremoniales, un aroma que ha perseguido mis recuerdos de infancia.

La luz de la luna se filtra a través de las ventanas que van del suelo al techo, proyectando largas sombras sobre las alfombras persas.

Todo está meticulosamente organizado, justo como el propio Padre: textos sobre demonología en la pared este, grimorios de magia antigua al norte, y sus diarios personales...

Me detengo, con el corazón retumbando contra mis costillas. Sus diarios. Por supuesto.

Moviéndome lo más silenciosamente posible, me acerco a su enorme escritorio de ébano. La superficie está cubierta de papeles: informes del consejo, expedientes de estudiantes de Xavier y correspondencia que probablemente no debería estar viendo. Pero es el cajón inferior el que atrae mi atención. Lo he visto abrirlo durante nuestras reuniones, siempre cuidadoso de cerrarlo y protegerlo después.

El hechizo de bloqueo es complejo, capas y capas de magia protectora entretejidas. Pero no me convertí en el maestro más joven de magia teórica de Xavier por casualidad. Comienzo a desenredar el encantamiento, con sudor perlando mi frente mientras trabajo. Un movimiento en falso y Padre sabrá que alguien manipuló sus protecciones.

Los minutos se estiran como horas mientras desmantelo cuidadosamente cada capa de protección. Finalmente, el último hilo de magia se disuelve bajo mis dedos. El cajón se abre con un suave clic que suena ensordecedor en el silencio.

Dentro, bajo una pila de carpetas de aspecto ordinario, yace un libro encuadernado en cuero azul medianoche. Ningún título adorna su portada, pero el poder que emana hace que mis sentidos mágicos hormigueen. Esto tiene que ser.

Alcanzo el volumen con dedos temblorosos. En el momento en que lo toco, símbolos se encienden a través de su superficie: runas antiguas que nunca he visto antes, patrones que hablan de puertas y barreras entre mundos. Esto es exactamente lo que necesitamos.

Con cuidado, empiezo a levantar el libro de su lugar de descanso. Un rápido hechizo de copia y puedo devolverlo antes de...

Una tabla del suelo cruje detrás de mí.

El sonido me congela en el sitio, con el libro a medio sacar del cajón.

Estúpido, tan estúpido.

Olvidé revisar si había hechizos de vigilancia física. Padre estaría decepcionado. Otra vez.

No me atrevo a darme la vuelta. No me atrevo a respirar. La luz de la luna que se filtra por las ventanas de repente se siente como un foco, exponiendo cada aspecto de mi traición.

Otro crujido, más cerca esta vez.

En un movimiento desesperado, vuelvo a deslizar el libro en su lugar, esperando que quien esté allí no lo haya visto. Pero mientras comienzo a cerrar el cajón, mi codo golpea el borde de un pisapapeles de cristal. Se tambalea y, a pesar de mi frenético intento por atraparlo, se estrella contra el suelo.

El sonido rompe el silencio como un disparo.

Sin pensarlo, me teletransporto fuera de la habitación.

# CAPÍTULO 21



## AINZ

Miro la caldera burbujeante frente a mí, observando cómo el líquido iridiscente se arremolina con tonos de púrpura y azul. El aroma de flores de luna trituradas y ceniza de fénix llena mis fosas nasales mientras dejo caer otro cristal en la mezcla.

*Por favor, no explotes. Por favor, no explotes.*

La poción silba, escupe una vez y luego se asienta en un tono más profundo de violeta.

*Oh, gracias, diosa.*

—Esa es la poción número... ¿en qué vamos ahora? —murmuro para mí misma, revisando mi grimorio donde he estado documentando cada intento—. Ah, sí, la suertuda número diecisiete.

Mi taller de bruja se ha convertido en mi segunda casa últimamente. Hay libros esparcidos por todas partes, ingredientes cubren cada superficie, y hay una marca de quemadura sospechosa en el techo del intento número doce que todavía estoy tratando de explicar a Bruce.

*Nota mental: Nunca mezclar escamas de dragón con lágrimas de unicornio. Nunca.*

A través de nuestro vínculo de pareja, puedo sentir la constante conciencia de Bruce sobre mí, incluso desde el otro lado del territorio de la manada. Probablemente está en otra reunión de estrategia, pero sus instintos protectores nunca se apagan del todo. Es dulce, aunque a veces un poco distractor cuando estoy tratando de enfocarme en experimentos mágicos potencialmente explosivos.

Tomo un vial del último lote, sosteniéndolo contra la luz. La poción de aumento de poder debe ser perfecta; no podemos permitirnos ningún fallo durante el ritual de sellado. Además, realmente no quiero tener que explicarle a Charles por qué desaparecieron sus cejas. De nuevo.

*Hablando de Charles...*

—Estás merodeando —llamo, sin molestarme en voltear—. O entra y ayuda o ve a merodear a otro lado.

Charles atraviesa la puerta, su apariencia impecable de siempre milagrosamente intacta a pesar

del caos de mi taller. —No estaba merodeando. Estaba observando.

—Tomate, to-mah-to —respondo mientras vierto cuidadosamente la poción en los viales de prueba—. ¿Alguna noticia de Adira?

—No desde su último mensaje —dice, tomando uno de mis cuadernos descartados y alzando una ceja ante los cálculos garabateados—. Tu aritmancia es creativa.

—Quieres decir incorrecta.

—No lo dije.

—No tenías que decirlo. Tu ceja lo dijo todo —le respondo, tapando el último vial y añadiéndolo a mi estante de pruebas—. Y mi aritmancia está perfectamente bien. Solo que es... interpretativa.

Una pequeña sonrisa asoma en sus labios. —¿Es eso lo que le estamos llamando ahora?

—Oye, mi aritmancia "interpretativa" ayudó a salvar tu trasero la semana pasada cuando ese demonio de las sombras intentó comerte la cara.

—Cierto. Aunque sostengo que fue más suerte que precisión matemática.

Le saco la lengua porque soy madura de esa forma.

El vínculo de pareja palpita cálidamente, y puedo sentir la diversión de Bruce. Debe haber captado mi destello de irritación juguetona. Le envío una imagen de mí haciendo muecas a Charles, y recibo una oleada de cariño a cambio.

*Dios, cómo amo este vínculo.*

—Entonces —Charles se apoya en mi banco de trabajo, cuidando de evitar el residuo pegajoso del intento número nueve—, ¿qué tan cerca estás de lograr una poción de fortalecimiento viable?

Señalo mi colección de frascos. —Bueno, este lote no explotó, no cambió de color ni intentó alcanzar la conciencia, así que... ¿progreso?

—Ainsley.

—Lo sé, lo sé. —Me paso una mano por el cabello, probablemente llenándolo de ceniza de fénix.— Necesitamos tener estas pociones listas antes de que Adira regrese. El ritual de sellado no funcionará si no estamos operando a plena capacidad.

Mi estómago se revuelve al pensar en el fracaso. Los ataques de los demonios cada vez son peores, y a pesar de haber logrado equilibrar mis lados de lobo y bruja, cada pelea nos desgasta más. Necesitamos que este ritual funcione.

Charles debe haber notado algo en mi expresión, porque su tono se suaviza. —Lo resolverás. Siempre lo haces.

—Sí, bueno, esta vez las apuestas son un poco más altas que mis habituales "oops, le puse el pelo azul a alguien". —Comienzo a limpiar mi área de trabajo, necesitando mantener las manos ocupadas.— Si estas pociones no son perfectas, si algo sale mal durante el sellado...

No termino la frase. No hace falta. Ambos sabemos lo que está en juego.

—Paso a paso —me recuerda Charles, usando su tono de maestro.— Concéntrate en lo que tienes frente a ti.

—Cierto. —Hago una respiración profunda, centrándome.— Una poción potencialmente explosiva a la vez.

Vuelvo a tomar mi grimorio, pasando a una página en blanco. Tal vez si ajusto la proporción de ceniza de fénix y esencia de flor lunar...

El vínculo de compañeros resuena con la preocupación de Bruce; debe haber captado mi pico de ansiedad. Le envío pensamientos tranquilizadores, aunque no estoy segura de cuán efectivos son. Todo esto de la comunicación telepática todavía es nuevo para mí.

*Intento número dieciocho, allá vamos.*

Mientras alcanzo otro cristal, no puedo evitar sonreír a pesar de la presión. Hace un año, solo intentaba evitar que mi lado de lobo enloqueciera. Ahora estoy preparando pociones de fortalecimiento para un ritual de sellado del infierno mientras me comunico mentalmente con mi compañero lobo.

*La vida se volvió rara. Pero, ya sabes, el tipo bueno de raro.*

Es hora de ver si puedo hacerla un poquito más rara todavía.

—Charles, pásame ese polvo de cuerno de unicornio. Y quizás aléjate un poco. Por si acaso.

La puerta principal de la casa de la manada se abre de golpe, haciéndome saltar y casi tirar el último frasco de poción.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —La voz de Adira resuena en los pasillos.— ¡Y traigo regalos!

Adira irrumpe, su pelo rojo salvaje rebotando mientras corre hacia mí con los brazos llenos de paquetes misteriosos.

—Guau, intenta no parecer tan sorprendida. —Deja los pergaminos en la mesa más cercana.— Por cierto, ¿las bibliotecas de demonios? Una pesadilla total para navegar. Literalmente. Usan pesadillas reales como sistema de archivo.

Siento la llegada de Bruce antes de escuchar sus pasos. Aparece en la puerta justo cuando Baphomet se materializa al lado de Adira con su usual estilo dramático.

—El sistema de archivo es perfectamente lógico —dice Baphomet con aire de superioridad, ajustando su impecable traje blanco.— No es mi culpa que las brujas no comprendan los beneficios organizativos del terror existencial.

Pongo los ojos en blanco. —¿Encontraste algo útil en realidad, o solo viniste a defender la burocracia demoníaca?

—Oh, tú de poca fe. —Adira toma uno de los pergaminos, desenrollándolo con un gesto teatral. — ¡He aquí el desglose completo del sello de la puerta del infierno!

Mi corazón da un vuelco. A través del vínculo, siento que Bruce de inmediato presta más atención.

—Tres capas —continúa Adira, extendiendo el pergamino.— Cada una con un hechizo diferente, cada una crucial para mantener el equilibrio.

Me inclino sobre el pergamino, estudiando los intrincados diagramas. —Estas marcas... son antiguas. Muy antiguas.

—Previas a la mayoría de las civilizaciones mágicas conocidas —agrega Baphomet, por una vez sin sonar completamente arrogante.— El sello fue diseñado para ser prácticamente indestructible.

—Sí, bueno, claramente algo se rompió —murmuro, trazando los símbolos con mi dedo.— ¿Sabemos cómo replicar estos hechizos?

El entusiasmo de Adira disminuye ligeramente. —Tenemos los nombres, la estructura básica, pero la creación real de los hechizos... eso sigue siendo un misterio.

*Claro que sí. Porque nada puede ser sencillo.*

—En realidad... —la voz de Charles nos hizo girarnos a todos. Estaba en la puerta, sosteniendo lo que parecía un libro muy viejo y muy prohibido—. Podría tener algo que nos ayude.

Tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado. —Si crees que es un libro de hechizos restringido que tal vez tomé prestado sin permiso de la colección privada de mi padre, entonces... sin comentarios.

—"Prestado" es la palabra clave aquí —se unió a nosotros en la mesa, colocando el libro con cuidado y evitando deliberadamente mirar hacia Adira—. Y dadas las circunstancias, diría que el fin justifica los medios.

Observé cómo Adira se ponía tensa ante esto, pero Charles continuó: —Es peligroso, pero si podemos convencer al sello de que los tres tenemos el linaje correcto... —dejó la frase en el aire, y noté cómo sus hombros se tensaron cuando Adira se acercó para ver el libro.

—Habrá materiales que necesitaremos —explicó Charles, hojeando las páginas—. Ingredientes raros, pociones específicas... algunos de los cuales solo se encuentran en lugares bastante peligrosos.

Sentí la tensión de Bruce.

—No podemos permitirnos errores —continuó Charles—. Los ingredientes son demasiado raros, demasiado difíciles de obtener. Este ritual tiene que funcionar a la primera.

Adira me miró y vi en su expresión la misma mezcla de determinación y ansiedad que sentía. Pero había algo más: esa nueva madurez, esa fuerza tranquila.

—De acuerdo entonces —me enderecé, canalizando mi interior de bruja-lobo híbrida y dura—. Averigüemos cómo sellar el infierno.

Bruce rodeó mi cintura con su brazo, besó mi sien y, a través de nuestro vínculo, fluía una

corriente constante de orgullo, amor y apoyo inquebrantable.

Esa noche, me encontré en el techo de la casa de la manada, mi lugar favorito para pensar cuando mi mente no se calla. Las luces de la ciudad se extendían frente a mí, brillando como estrellas terrestres, mientras las estrellas reales centelleaban sobre mí.

—No reflexiono —no me di la vuelta, pero lo sentí acomodarse detrás de mí, su pecho cálido contra mi espalda—. Contemplo. Pensativamente. Con estilo.

Tracé patrones en sus antebrazos, observando cómo se le erizaba la piel. —¿Y si fallamos?

—No fallaremos.

—Ainz —me besó en la sien—. No fallaremos.

Corta mi divagación con un beso. Es breve pero efectivo, y cuando se separa, al menos he dejado de catastrofizar en voz alta.

—¿Mejor?

—Más o menos —apoyo mi frente en su pecho, respirando su aroma familiar—. Es solo que... nunca pensé que estaría aquí, ¿sabes? Hace un año, solo intentaba evitar que mi lado lobo se volviera completamente loco. Ahora estoy planeando sellar la puerta del infierno con mi hermana, una profesora de brujas arrogante y un demonio que probablemente gasta más en productos para el cabello de lo que yo gano en un año.

El pecho de Bruce vibra con una risa suave. —La vida se volvió interesante.

—Interesante es una forma de decirlo —me separo lo suficiente para mirarlo de nuevo—. Estás siendo muy tranquilo con todo esto.

—¿Lo estoy?

Le doy un toque en el pecho. —Puedo sentirte a través del vínculo, ¿recuerdas? Tú también estás preocupado.

Suspira, pasando una mano por mi cabello. —Claro que estoy preocupado. Mi pareja está a punto de intentar un ritual antiguo y peligroso que podría salvar a todos o salir horriblemente mal. Mi lobo no está precisamente emocionado.

—¿Pero?

—Pero —me toma el rostro entre sus manos—, también sé lo fuerte que eres. Lo capaz. Lo absolutamente testaruda.

Hago una mueca. —Prefiero "determinada".

—Lo sé —su dedo pulgar recorre mi pómulo—. Te he visto luchar para recuperarte de un lado lobo roto. Te he enfrentado a miembros del grupo prejuiciosos sin titubear. Fusionaste dos naturalezas mágicas diferentes que deberían haberte destrozado. Si alguien puede sacar adelante este plan loco, eres tú.

Una oleada de calor me inunda, tanto por sus palabras como por la absoluta certeza que fluye a través de nuestro vínculo.

—Esa es mucha fe para poner en una bruja-lobo híbrida.

—Menos mal que eres mi bruja-lobo híbrida.

Me inclino para besarlo, vertiendo todo lo que no puedo decir en él. Todos mis miedos, mis esperanzas, mi determinación de que esto funcione para que podamos tener un futuro sin constantes ataques de demonios y apocalipsis inminentes.

Cuando nos separamos, descanso mi cabeza en su hombro, sintiendo el calor de su cuerpo sólido y musculoso contra mí. Su piel está caliente bajo mi mejilla, anclándome de una manera que no sabía que necesitaba, como un ancla en el caos.

—¿Sabes qué es raro? —digo después de un momento—. Una parte de mí está realmente emocionada. Sí, estoy aterrada de que todos muramos horriblemente, pero también... finalmente siento que estoy haciendo lo que debo hacer. Usando ambos lados de mí para proteger a la gente. Para marcar la diferencia.

Los brazos de Bruce se aprietan a mi alrededor. —Siempre has marcado la diferencia.

—Pase lo que pase —dice suavemente—, lo enfrentaremos juntos.

Cierro los ojos, dejando que su fuerza y amor me inunden a través de nuestro vínculo. —¿Prometes?

—Prometo.

Nos quedamos así por mucho tiempo, envueltos el uno en el otro y en la noche tranquila. Mañana volveremos a planificar y prepararnos, enfrentando cualquier desafío que se nos presente.

Pero por ahora, bajo las estrellas con los brazos de mi pareja alrededor de mí, me permito creer que todo saldrá bien.

*Después de todo*, pienso con una pequeña sonrisa, *tengo fuerza de lobo, magia de bruja y un Alfa increíblemente guapo de mi lado. ¿Qué podría salir mal?*

...Inmediatamente me arrepiento de pensar eso. Vaya forma de tentar al destino, Ainz.

# CAPÍTULO 22



## BRUCE

Los terrenos de entrenamiento resuenan con el sonido de armas chocando y hombres lobo gruñendo. Observo desde la plataforma elevada, con los brazos cruzados, mientras mi manada repasa las formaciones defensivas que les hemos estado inculcando durante semanas.

El aroma a sudor, determinación y un trasfondo de miedo llena el aire.

—Tu flanco izquierdo sigue débil, Marcus —grito, viendo a uno de los lobos más jóvenes tropezar—. En una pelea real, esa vacilación te mata.

Justo entonces, diviso a Dexton colándose en los terrenos de entrenamiento, luciendo un poco fuera de lugar con el resto de la manada. Ha estado fuera en la escuela, y no esperaba que regresara hasta que terminaran los preparativos de la guerra.

—Dexton —llamo con firmeza, y él se gira, con los ojos un poco abiertos, como si supiera que lo he pillado—. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver cómo estaba Ainz —dice, mirando alrededor—. No ha estado en la escuela, y pensé que tal vez...

Levanto una mano para interrumpirlo. —Ainsley no vino porque está ocupada preparando pociones para la guerra —digo, firme pero calmado—. Está bien, y tú deberías estar de vuelta en la escuela, no husmeando por aquí.

Dexton parece indeciso por un segundo, pero asiente de mala gana. —Está bien. Solo quería asegurarme.

—Vete ya —digo, asintiendo hacia la dirección de donde vino—. Concéntrate en tus estudios. Habrá mucho que hacer cuando llegue el momento.

Se marcha, lanzando una última mirada antes de desaparecer. Observo por un momento antes de volver mi atención a la manada, que sigue moviéndose a través de las formaciones defensivas.

Elio aparece a mi lado, silencioso como siempre. La presencia de mi mejor amigo es reconfortante, aunque su expresión sea sombría. —Están listos —informa en voz baja—. Han

estado practicando el hechizo de sellado durante días.

Gruño en señal de aprobación, sin apartar la mirada del entrenamiento.

Ainz, Adira y Charles.

Ellos son todo lo que se interpone entre nosotros y que el infierno literalmente se desate. Y mi manada tiene que mantenerlos vivos el tiempo suficiente para cerrar esa maldita puerta.

Mi mirada se dirige hacia donde Ainsley suele estar, al borde del campo. Ha estado repartiendo pociones de protección a nuestros luchadores durante los últimos días.

Mi compañera.

El pensamiento todavía me provoca una oleada de posesividad, incluso en estas circunstancias tan terribles. Ha sido una bendición para la manada: sus pociones fortalecen a nuestros guerreros, y su mente estratégica nos ayuda a planificar.

Y la forma en que se ha adaptado a la vida de la manada, como si siempre hubiera estado destinada a estar aquí...

—Bruce —la voz de Elio me devuelve a la realidad—. Tenemos que hablar de Adira.

Mi mandíbula se tensa al mencionar a la hermana de Ainsley. —¿Y su nuevo *amigo*? —No puedo evitar el gruñido en mi voz.

—Baphomet ha sido visto con más frecuencia en los territorios del norte —confirma Elio, con un tono cauteloso—. Siempre con ella.

El recuerdo de lidiar con criminales demoníacos durante mi tiempo en las Fuerzas Sobrenaturales surge sin querer. Los gritos. La corrupción. La forma en que retorcían todo lo puro hasta que se rompía. —No confío en él.

—Yo tampoco —coincide Elio—. Pero, ¿le has dicho a Ainsley tus preocupaciones?

Como si fuera convocada por su nombre, mi compañera se acerca a nosotros.

El aroma de hierbas y magia se adhiere a ella, mezclándose con su dulzura natural de una manera que normalmente calma a mi lobo.

Hoy no.

—El último lote de pociones de protección está listo —anuncia, pero luego capta nuestras expresiones—. ¿Qué pasa?

Debería ser diplomático. Debería manejar esto con cuidado. Pero la diplomacia nunca ha sido mi fuerte. —El problema demoníaco de tu hermana es lo que pasa.

Ainsley pregunta: —¿Qué quieres decir? Baphomet no es un problema. Nos ha estado ayudando.

Entrecierro los ojos. ¿Está tomando su lado?

—¿En serio? —Me giro para mirarla directamente—. ¿O es eso lo que quiere que pensemos? He

visto a su clase antes, Ainsley. Los demonios no ayudan sin esperar algo a cambio. Y tu hermana le está contando todo.

—¿"Su clase"? —Sus ojos se estrechan peligrosamente—. Qué ironía viniendo de alguien cuya manada ni siquiera consideró aceptar brujas hasta hace poco. ¿O acaso todavía no has aceptado a mi hermana? ¿Debería seguir juzgando a todos los hombres lobo por sus acciones pasadas también?

El comentario duele más de lo que quiero admitir. —Eso es diferente y lo sabes. Baphomet no se comportó precisamente bien durante mi tiempo en las FS. Y es difícil de predecir.

—¿Y qué, Bruce? —Ella da un paso más cerca, con la magia crepitando a su alrededor como electricidad estática—. Mi hermana no nos pondrá en peligro.

—¡He visto lo que hacen los demonios! —Mi voz se eleva, haciendo que varios lobos cercanos se estremezcan. Elio se escabulle—. ¡Solo digo que tu hermana puede ser engañada! Mientras tú mezclabas pociones en tu tiendita segura, ¡yo estaba luchando contra estos monstruos del infierno!

En el momento en que las palabras salen de mi boca, sé que he ido demasiado lejos.

El dolor atraviesa el rostro de Ainsley antes de que su expresión se endurezca en algo frío y distante que hace que mi lobo gima de angustia.

—Mi *tiendita segura* es la razón por la que la mitad de tu manada sobrevivió al último ataque —dice en voz baja—. Pero por favor, cuéntame más sobre cómo mi falta de experiencia invalida mi juicio.

Antes de que pueda responder, antes de que pueda intentar arreglar esto, un aullido de alerta atraviesa el aire. El acre olor a azufre llena mis fosas nasales mientras las sombras comienzan a concentrarse en el borde del campo de entrenamiento.

—¡Demonios! —gritan los guardias del perímetro.

—No hemos terminado con esto —escupe Ainsley, pero ya está sacando frascos de su cinturón.

Me transformo sin pensar, mis huesos crujiendo y reformándose mientras mi lobo toma el control. A través de los ojos transformados, veo las manos de Ainsley brillar con magia defensiva y, a pesar de nuestra discusión, el orgullo surge en mí. Sean cuales sean nuestros desacuerdos, luchamos bien juntos.

La primera oleada de demonios se estrella contra nuestras defensas como agua sobre rocas. Pero esta vez hay algo diferente. No están atacando a lo loco. Hay coordinación en sus movimientos, estrategia en sus golpes.

—Están probando nuestras formaciones —escucho a Elio gritar desde algún lugar a mi izquierda —. ¡Bruce, conocen nuestros patrones!

Una fría comprensión se asienta en mi estómago mientras destrozo a un demonio que intentaba flanquear nuestra posición.

Estos ya no son ataques al azar.

Son reconocimiento.

Y en medio del caos, percibo un aroma familiar. Baphomet aparece en el borde del campo de batalla, con una extraña planta en las manos, y Adira a su lado.

Los ojos del demonio se encuentran con los míos a través de la lucha, y juraría que le veo sonreír.

La verdadera batalla ni siquiera ha comenzado, y ya me pregunto si estamos en más problemas de lo que creíamos.

* * *

El después de la batalla siempre huele a sangre y ozono—una mezcla de icor demoníaco y magia gastada.

Mientras mi manada atiende sus heridas, recorro la longitud de mi oficina, incapaz de sacudirme la precisión estratégica del ataque. Cuatro almas de lobos fueron tomadas, y otros doce yacen heridos—uno de ellos perdió sus garras debido a la inducción del demonio y nunca más caminará a cuatro patas. Ainz y Charles trabajan sin descanso para sanar a los demás, con Dexton cerca, ansioso por ayudar y apenas dejando el lado de Ainz.

Un golpe en la puerta trae el aroma de Baphomet—incienso y poder antiguo. Justo lo que no necesito ahora.

—La planta de Moonshade—dice simplemente, colocando la vegetación retorcida y plateada sobre mi escritorio. Su cortesía perfecta me irrita.—Como prometí.

—Qué conveniente—gruño—que llegaste justo cuando estábamos bajo ataque. Es muy propio de ti filtrar nuestro plan para que los demonios tomen mi territorio como su base en la tierra.

Su sonrisa no llega a sus ojos.—La coincidencia es la broma favorita del universo, ¿no es así?—Mira hacia donde Adira espera en el pasillo, y algo en su expresión hace que se me erice el pelo.—Deberíamos preparar la planta para el ritual. El tiempo se agota.

Después de que se van, golpeo el puño contra la pared, dejando una abolladura de buen tamaño. El dolor ayuda a aclarar mi mente, aunque sea un poco. Ocho años en las Fuerzas Sobrenaturales me enseñaron a confiar en mis instintos, y cada uno de ellos está gritando que nos están manipulando.

Ainz resultará herida cuando Baphomet hiera a Adira.

—Qué maduro—la voz de Ainsley desde la puerta me hace paralizar. Huele a magia de batalla y agotamiento, su cabello plateado suelto de su usual trenza.—¿Golpear la pared ayudó?

Froto mis nudillos, logrando una sonrisa irónica.—Más de lo que piensas.

Ella levanta una ceja, cruzando los brazos.—Sabes, si las paredes pudieran devolver el golpe,

quizás ganarían esta vez.

Suelto una risa seca, luego la miro.—¿Dónde está Dexton?

Ella esboza una leve sonrisa cansada.—Lo envié a limpiar el lugar.

—Tanto como ayudó nuestra discusión—admito, volviéndome hacia ella. La distancia entre nosotros se siente mal, como una picazón bajo la piel que no puedo rascar.—Ainsley...

—No, déjame hablar primero—cierra la puerta tras ella, apoyándose contra ella.—Tienes razón en algunas cosas. No he visto lo que tú has visto. No he luchado las batallas que tú has luchado. —Sus ojos verdes se encuentran con los míos, sin pestañear.—Pero no soy una bruja ingenua jugando a la guerra, Bruce. Yo también he perdido gente. Tomado decisiones difíciles. Y necesito que respetes eso.

Mi lobo gime, deseando cruzar la habitación, abrazarla y eliminar esta tensión entre nosotros. Pero ella no ha terminado.

—Dicho eso...—respira hondo.—Puede que sea demasiado rápida para confiar en Baphomet. Es solo... él está ayudando con Adira, y están tan cerca...

—Lo sé —las palabras salen más suaves de lo que pretendía—. Y lamento lo que dije antes. Sobre tu tienda. Has hecho más por esta manada que... —mi voz se quiebra—. No habríamos llegado tan lejos sin ti.

El olor de sus lágrimas me llega antes de verlas acumulándose en sus ojos. Esta vez cruzo la habitación, envolviéndola en mis brazos. Encaja perfectamente contra mí, como siempre lo ha hecho.

—Tengo miedo, Bruce —susurra contra mi pecho—. Los ataques están empeorando. Son más coordinados. Y si fallamos en la puerta...

—No lo haremos —presiono mi nariz contra su cabello, inhalando su aroma para calmar a mi lobo—. Pero tienes razón sobre los ataques. Están aprendiendo nuestros patrones, probando nuestras defensas. Lo que sea que venga a esa puerta... —me aparto lo suficiente para mirarla— será peor que cualquier cosa que hayamos enfrentado.

Ella alza la mano, trazando la cicatriz que recorre mi mandíbula, un recuerdo de mis días en las Fuerzas Sobrenaturales. —Entonces lo enfrentamos juntos. Nada más de discutir sobre quién sabe más o quién ha visto peor. Solo nosotros, luchando codo a codo.

—La manada está lista —le digo, aunque ambos escuchamos la incertidumbre que normalmente oculto—. Hemos practicado las formaciones hasta que podrían hacerlas dormidos. Los más jóvenes tienen miedo, pero resistirán.

—Confían en ti —dice. Su mano se desliza para descansar sobre mi corazón—. Todos lo hacemos, Bruce.

El peso de esa confianza se asienta pesadamente sobre mis hombros. Cada lobo que estará con nosotros en esa puerta, cada bruja que canalizará poder en el hechizo de sellado, sus vidas están

en mis manos. En nuestras manos.

—Yo también confié en ti —digo con voz ronca—, pero ahora... necesito probarte una vez más, compañera.

Los ojos de Ainz se clavan en los míos, la intensidad de su mirada es casi abrumadora.

—Bruce —susurra, su voz apenas audible, pero resuena en mí como un trueno—. Te necesito.

Sus palabras son un catalizador, rompiendo cualquier frágil restricción que me quedaba. Mis manos encuentran su camino a su rostro, los dedos hundiéndose en las suaves curvas de sus mejillas.

La acerco más, nuestras frentes tocándose mientras inhalo su aroma, una mezcla embriagadora de pino y lluvia que enciende mis instintos, incluso mientras mis músculos están tensos por la batalla que vamos a librar.

—Maldición, yo también te necesito, Ainz —gruño, las palabras arrancadas desde lo más profundo de mi alma.

Mis labios chocan contra los suyos, hambrientos y desesperados. Ella responde a mi beso con igual fervor, su boca abriéndose bajo la mía mientras nuestras lenguas se entrelazan en una danza feroz.

Su sabor es intoxicante, dulce y salvaje, como el bosque mismo.

Mis manos se deslizan por su espalda, moldeando su cuerpo contra el mío.

Gimo dentro de su boca, necesitando reclamarla, poseerla completamente una y otra vez.

Ainz gime, sus uñas se clavan en mis hombros mientras se arquea contra mí.

—Más —jadea entre besos, su aliento caliente contra mi piel. Sus manos están por todas partes, rozando mi pecho, bajando por mis costados, sus dedos trazando los contornos de mis músculos.

*Maldición*.

Aparto mis labios de los suyos, dejando una estela de besos calientes y abiertos por su cuello.

—Bruce... —Ainz inclina la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea vulnerable de su garganta. Saboreo el sonido de sus gemidos, la forma en que su cuerpo tiembla bajo mi toque. Mis dientes rozan la piel sensible, lo suficiente para provocar un grito ahogado antes de calmarlo con mi lengua.

—Bruce, por favor —suplica, su voz cargada de necesidad. Mi nombre en sus labios es un canto de sirena, arrastrándome más profundamente en el abismo de nuestra pasión.

La levanto sin esfuerzo, sus piernas rodeando mi cintura mientras la llevo a la superficie plana más cercana: una mesa de madera gastada.

En el momento en que caemos sobre la madera fresca, Ainz está sobre mí, sus manos frenéticas mientras trabajan en los botones de mi camisa. Abro de un tirón la tela, arrojándola a un lado

mientras sus dedos exploran la extensión descubierta de mi pecho.

Su tacto es como fuego, marcándome como suyo. Agarro su muñeca, guiando su mano hacia abajo, presionando su palma contra el bulto creciente en mis pantalones.

—Siente lo que me haces —raspo, mi voz áspera por el deseo. Los ojos de Ainz se oscurecen con la lujuria mientras aprieta su agarre, su pulgar frotando pequeños círculos sobre la tela tensa.

La sensación es casi dolorosa en su intensidad, pero no quiero que termine. Necesito esta conexión, esta expresión cruda y sin filtros de nuestro vínculo.

Su otra mano se desliza bajo el dobladillo de sus pantalones, buscando el calor húmedo entre sus muslos.

La observo, hipnotizado, mientras se introduce un dedo dentro de sí misma, sus caderas levantándose de la mesa. La vista de sus gemidos de placer me impulsa, mi propia necesidad alcanzando un punto febril.

Su respiración se acelera al percibir la necesidad cruda en mi mirada. —Pruebame —susurra, y yo gimo.

—Sí —me inclino, nuestros labios casi tocándose, el calor entre nosotros intensificándose con cada latido.

Con un gruñido bajo, me acurruco contra su cuello, inhalando su aroma embriagador.

Mis manos descienden por sus costados, sintiendo los músculos tensos bajo su piel suave, mis dedos trazando la curva de su cintura antes de deslizarse más abajo para acariciar su trasero.

Ella gime suavemente, su cuerpo arqueándose hacia el mío, y sé que está lista para lo que viene.

Lentamente, la guío hacia atrás hasta que yace sobre la mesa, su cabello desplegado como una cascada de seda negra.

La luz la baña en un suave resplandor, resaltando cada curva y contorno perfecto de su cuerpo. Me cierno sobre ella, mi boca se hace agua al verla desplegada ante mí, completamente vulnerable y confiada.

—Bruce —susurra, levantando las manos para enredar sus dedos en mi cabello, atrayéndome más cerca.

Presiono un beso suave en sus labios, saboreando su dulzura, antes de recorrer mi boca por su mandíbula hasta su cuello, donde muerdo juguetonamente su punto de pulso.

Ella jadea, y siento su corazón acelerado bajo mis labios, coincidiendo con el ritmo frenético del mío.

—Me vuelves loco, Ainz —murmuro contra su piel, mi voz cargada de deseo.

Mi mano desciende hasta el borde de sus pantalones, jugueteando con la cintura antes de sumergirse debajo, explorando la suavidad sedosa de su muslo interno. Sus piernas se separan instintivamente, concediéndome acceso al tesoro escondido entre ellas.

Me detengo un momento, deleitándome en la vista de su pecho que sube y baja con cada respiración superficial, sus ojos esmeralda semicerrados por el deseo, y sus labios entreabiertos como rogando más.

Quiero saborear este momento, memorizar cada detalle de ella en este estado de excitación elevada.

Con una lentitud deliberada, le bajo los pantalones, exponiéndola por completo a mi mirada. Su centro brilla con anticipación, el dulce aroma de su excitación llenando el aire.

Diosa.

Apoyo mi frente contra su muslo interno, inhalando su esencia, dejándola envolverme, antes de finalmente ceder al impulso que ha estado arañando mis entrañas.

Mi lengua se extiende, rozando ligeramente sus delicados pliegues, saboreando la embriagadora mezcla de su almizcle y sudor. Ainz jadea, sus caderas se estremecen involuntariamente al contacto.

Sonrío contra ella, satisfecho por su reacción, antes de sumergirme más profundamente, mi lengua explorando el cálido y húmedo paraíso entre sus piernas.

Sus manos agarran mi cabello con más fuerza, sus uñas clavándose en mi cuero cabelludo mientras la devoro con mi boca. Lame con avidez, mi lengua mapeando cada centímetro de su carne sensible. Encuentro su clítoris, rodando el pequeño nudo de nervios entre mis labios, chupando suavemente al principio, luego más fuerte mientras se retuerce bajo mí, un sonido agudo escapándose de su garganta.

—¡Dios, Bruce! —grita ella, su voz quebrada por el placer. Sus dedos tiran de mi cabello, instándome a continuar, y acepto la invitación, introduciendo dos dedos dentro de ella, bombeándolos al ritmo del implacable asalto de mi lengua sobre su clítoris.

Está tan apretada, tan caliente alrededor de mis dedos, y siento sus paredes cerrándose sobre ellos, desesperadas por más. Curvo mis dedos hacia arriba, buscando ese punto escurridizo que la llevará al borde del éxtasis. Sus gemidos se convierten en estremecimientos de todo su cuerpo mientras persigue el orgasmo que está justo fuera de su alcance.

—Joder, Bruce, estoy tan cerca —gime, su cuerpo temblando por el esfuerzo de contenerse. La empujo hacia el precipicio, chupando con más fuerza su clítoris mientras empujo mis dedos más rápido, alcanzando ese punto dulce con precisión infalible.

Ainz grita mi nombre, su cuerpo convulsionando mientras ola tras ola de éxtasis la golpean. Sus jugos inundan mi boca, cubriendo mis dedos mientras ella cabalga su clímax, sus respiraciones llegando en jadeos entrecortados. La bebo, tragando cada gota, deleitándome en su liberación, sabiendo que yo soy quien la ha llevado a esta cima.

Mientras comienza a bajar de su éxtasis, retiro lentamente mis dedos, lamiéndolos limpios con un gruñido de satisfacción.

Me coloco entre sus piernas, mi polla palpitando de necesidad, tensa contra mis jeans. Ainz baja

la mano, desabotonándolos con manos temblorosas, liberando mi erección. Envuelve su mano alrededor de mi miembro, estrujándome con firmeza, su tacto familiar y electrizante.

—Tómame —exige, su voz llena de urgencia—. Hazme tuya, Bruce.

Me posiciono en su entrada, la punta de mi miembro rozando sus pliegues resbaladizos.

—¿Estás lista? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Nuestras miradas se encuentran, y en ese momento, no hay duda, ni vacilación. Pertenecemos el uno al otro, y esto es simplemente la progresión natural de nuestro vínculo.

Ainz muerde su labio, sus párpados cerrados mientras asiente. —Siempre para ti.

Con un movimiento rápido, me introduzco en ella, enterrándome hasta el fondo. Ainz grita, su cuerpo cerrándose alrededor mío mientras ambos alcanzamos el borde del éxtasis.

El calor, la opresión, la absoluta perfección de estar unido a ella—es casi demasiado para soportar.

—Dioses, te sientes tan bien —gruño, mi cabeza cayendo hacia atrás mientras lucho por mantener el control.

Pero Ainz no me da tiempo para recuperar el aliento. Envuelve sus piernas con más fuerza alrededor de mi cintura, sus pies clavándose en mi espalda mientras me hunde aún más profundamente.

—No pares —suplica, su voz quebrada por la desesperación.

No hay nada gentil en nuestro amor; es crudo, salvaje, alimentado por años de anhelo reprimido y la amenaza inminente del peligro.

Cada embestida es un testimonio de nuestro vínculo indestructible, una promesa de que, pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos.

Pierdo la noción del tiempo, perdido en el ritmo de nuestros cuerpos moviéndose como uno solo. Las paredes de Ainz se cierran y se relajan al ritmo de mis embestidas, sus músculos internos ordeñándome por todo lo que valgo.

Sus uñas se clavan en mi espalda, dejando rastros de fuego a su paso, y me deleito en el dolor, usándolo para mantenerme en el aquí y ahora.

—Bruce, estoy cerca —jadea, su voz aguda y tensa. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de una mezcla de amor y puro deseo animal—. Por favor, hazme venir.

Su súplica me empuja al límite. Aumento el ritmo, empujando dentro de ella con abandono desenfrenado.

La espalda de Ainz se arquea sobre la mesa, su cuerpo tenso mientras cabalga la ola de su clímax inminente.

—Ven por mí, Ainz —ordeno, mi voz ronca y exigente—. Déjate llevar.

Con un grito ahogado, lo hace. Todo su cuerpo se estremece, sus paredes internas espasmando violentamente alrededor de mi polla mientras alcanza la cima de su placer.

La fuerza de su orgasmo desencadena el mío, y lanzo un rugido mientras me derramo dentro de ella, mi liberación llenándola con olas implacables de éxtasis.

Colapsamos juntos, nuestros alientos mezclándose mientras nos aferramos el uno al otro, tratando de sostener este fugaz momento de felicidad. Ainz entierra su rostro en la curva de mi cuello, su cuerpo aún temblando por las secuelas de su orgasmo.

—Somos más fuertes juntos —susurra, su voz apenas audible. Pero la escucho, y en ese momento, lo creo con cada fibra de mi ser.

—Siempre —respondo, mis labios rozando su cabello. Mi mente se acelera con pensamientos sobre la batalla que nos espera, las vidas que debemos proteger. Pero ahora, en este instante, nada de eso importa. Lo único que existe somos nosotros, nuestro vínculo y la innegable verdad de que enfrentaremos lo que venga juntos.

# CAPÍTULO 23



## AINZ

La energía oscura nos rodea como algo vivo, hambrienta y antigua, cuando nos acercamos a la Puerta del Infierno con el escudo de Baphomet. Está escondida en las montañas, a solo 40 millas de distancia de la manada de Bruce. No es de extrañar que los ataques ocurran tan a menudo. Nos tomó dos horas avanzar entre árboles y cuevas para llegar a ella con la guía de Baphomet. La puerta misma se alza ante nosotros, una enorme herida desgarrada en la realidad, y solo mirarla hace que tanto mi lado de bruja como mi lado de lobo retrocedan. Esto está mal en todos los niveles posibles.

—Es peor de lo que pensábamos —digo en voz baja, agarrando mi poción de mejora con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos.

Siento que Bruce se acerca detrás de mí, su pecho firme contra mi espalda mientras deja un suave beso en mi cabello. No me doy la vuelta, pero su presencia me ayuda a mantenerme firme, incluso cuando Adira me da una palmadita en la mano para consolarme. El sello apenas se sostiene, fragmentos de su magia una vez poderosa parpadean como brasas moribundas.

La puerta parece sentir que los intrusos se están acercando. Otro pulso de energía oscura nos golpea, y me muerdo para no soltar un gemido. Se siente como hielo en mis venas, como si todo lo bueno y cálido se estuviera drenando lentamente. Mi lado de lobo gruñe, mientras que mi magia de bruja retrocede ante el poder corrupto.

Los demonios se filtran a través de las grietas cada vez más amplias del sello, cada uno más oscuro y retorcido que el anterior. El cielo sobre nosotros se oscurece, como si la naturaleza misma intentara apartarse de lo que está sucediendo.

*Se nos está acabando el tiempo.*

—Tenemos que movernos —digo, mi voz firme a pesar del miedo que revuelve mi estómago—. El sello no aguantará mucho más.

Charles se coloca a mi lado, sus manos ya tejiendo sigilos protectores. El aire chispea con su poder, limpio y afilado contra la corrupción de la puerta. Adira toma su posición a mi izquierda, y por una vez su energía no está dispersa: hay una determinación en sus ojos que nunca antes había visto.

La mano de Bruce encuentra la mía, dándole un último apretón firme antes de soltarla de mala gana para unirse a su manada.

Observo cómo Bruce coordina con su manada, sus movimientos precisos y practicados.

La poción de mejora se siente pesada en mi mano: intento número veintidós, porque nunca había sido tan importante acertar como lo es ahora.

Saco el corcho con los dientes y la bebo.

El poder surge dentro de mí, crudo y abrumador. Es como si cada célula de mi cuerpo de repente se despertara, como si finalmente estuviera funcionando a plena capacidad.

Mi magia de bruja zumba bajo mi piel mientras mi fuerza de lobo se tensa, lista para saltar.

La energía negra sale en arcos de la puerta, y un demonio masivo se abre paso, sus alas ocultando lo que queda de la luz. El aire mismo parece temblar.

—Todos en posición —grito, mi voz se alza por encima del caos—. Vamos a sellar este portal.

Charles duda un momento, examinando su propio frasco de la poción de mejoramiento antes de beberla de un trago, junto con otra botella de poción que falsifica su linaje.

Su usual compostura controlada se quiebra cuando el poder lo afecta, haciéndolo tambalearse levemente antes de que sus ojos comiencen a brillar con magia intensificada.

A mi lado, Adira recoge rápidamente su cabello desordenado en una trenza apretada, sus dedos tiemblan pero están decididos mientras lo asegura.

La magia mejorada arde en mis venas como fuego líquido mientras canalizo poder hacia el ritual de sellado. Mis manos brillan con una mezcla de luz púrpura de bruja y la energía plateada de mi lobo: una combinación que no debería existir, pero aquí estamos.

Los demonios reaccionan al instante a nuestra magia, sus gritos elevándose a un crescendo ensordecedor que suena como cada pesadilla convertida en voz.

El portal palpita, vomitando una masa retorcida de cuerpos deformes y garras afiladas como navajas.

Salen en un flujo interminable, sus alas creando un sonido horripilante mientras docenas toman el aire al mismo tiempo. El suelo tiembla bajo nuestros pies cuando los más grandes aterrizan, sus enormes formas proyectando sombras monstruosas.

El hedor a azufre y putrefacción se vuelve abrumador mientras avanzan hacia nosotros, moviéndose con velocidad y propósito antinaturales, sus aullidos de furia resonando en las nubes de arriba.

Esto no es solo un ataque: es un asalto desde las profundidades del mismísimo infierno, y están decididos a destrozarnos.

Un demonio se lanza hacia abajo, todo dientes y sombras, su envergadura bloqueando la poca luz que queda. Me agacho, liberando una ráfaga de energía híbrida que lo envía de vuelta al caos,

con su carne chisporroteando donde mi poder lo golpeó.

—¡Ainz! —la voz de Charles corta a través del caos. Su cabello ondea alrededor de su rostro como una nube tormentosa, sus ojos ardiendo con un brillo blanco intenso por el poder mejorado. El hechicero usualmente compuesto parece casi salvaje ahora, con la magia crepitando a su alrededor en arcos visibles mientras el sudor brilla en su frente—. ¡Necesitamos estabilizar las capas!

Abro más las piernas, afirmándome mientras entrelazo mi magia con el hechizo preciso de Charles y el poder crudo de Adira. El familiar aroma de mi poción de mejoramiento flota en el aire, mezclándose con azufre y ozono hasta que cada respiro quema.

—¡El sello está respondiendo! —grita Adira, su propia magia ardiendo a su alrededor como una supernova—. ¡Sigan!

El sudor empapa mi camiseta mientras arrojo más poder al ritual. Mis músculos gritan de protesta, pero no me atrevo a detenerme. A través del vínculo, Bruce me envía fuerza, su apoyo inquebrantable es un salvavidas en el caos.

*Esto es para lo que estaba destinada.*

El pensamiento me golpea con una claridad sorprendente mientras tejo otra capa del sello. Todos esos años de sentirme rota, de luchar contra mí misma, me estaban preparando para este momento. Esta tarea imposible que requiere a alguien que entienda ambos mundos.

Un demonio chilló sobre nosotros, y la manada de Bruce se mueve como uno para interceptarlo. A través de la tormenta mágica, los vislumbro: gracia salvaje en movimiento, dientes y garras destellando mientras mantienen a los demonios a raya. La presencia de Bruce arde constante en mi mente, su fuerza fluyendo hacia la mía.

—¡Última capa! —grita Charles—. ¡Ainz, necesitamos...!

Sus palabras se cortan cuando un demonio masivo, más grande que cualquiera que hayamos visto, destroza la barrera que se adelgaza. Se mueve con velocidad imposible, su cola con púas azota hacia la espalda expuesta de Charles.

El pánico explota en mi pecho. —¡Charles! —grito, dividiendo instintivamente mi enfoque. La mitad de mi poder permanece en el ritual mientras la otra mitad forma un escudo. El esfuerzo hace que mi visión se nuble, con sangre chorreando de mi nariz—. ¡Detrás de ti!

Charles gira, su propio escudo crepitando justo cuando mi protección lo alcanza. La cola del demonio rebota con un sonido como un trueno. —¡Concéntrate en el sello! —grita de vuelta, su rostro tenso por el esfuerzo—. ¡Yo me encargo de esto!

Mi corazón casi se detiene cuando Charles adopta una posición de lucha que nunca antes había visto. Sus ojos arden con un brillo blanco y candente mientras teje un patrón complejo con sus dedos, y de repente el aire a su alrededor se cristaliza en fragmentos letales de pura magia. Con un gesto brusco, los lanza hacia el demonio. Cortan sus alas como cuchillas a través del papel, provocando alaridos que hacen que mis oídos zumben. El demonio se estrella contra el suelo, pero Charles no ha terminado: sigue con una ráfaga de poder concentrado que atraviesa el pecho

de la criatura, dejando un agujero humeante.

De repente, percibo una emoción intensa.

Mi mirada se dirige hacia donde él y su manada están librando su propia danza mortal. Bruce lidera el ataque, su enorme forma de lobo negro es un borrón de dientes y músculos mientras desgarra la garganta de un demonio.

A su lado, Marcus y Dexton actúan en perfecta sincronía, arreando a demonios más pequeños hacia la emboscada preparada por Elio. La manada se mueve como un solo organismo, protegiendo los flancos del otro, alejando a los demonios de donde trabajamos en el sello.

Mi pecho se oprime cuando las garras de un demonio alcanzan el hombro de Bruce, haciendo que sangre, pero él ni siquiera se inmuta, rodando con el golpe para romper el brazo del demonio con sus poderosas mandíbulas. Su dolor resuena a través de nuestro vínculo, pero es superado por su absoluta concentración en mantenernos a salvo.

—¡Ainz! —El grito de Adira recupera mi atención—. ¡El sello, puedo sentirlo resbalarse!

Tiene razón. Mi atención dividida ha debilitado nuestro control, y la energía oscura comienza a filtrarse por los huecos.

Las lágrimas me queman los ojos: por la tensión, por el miedo, por la agonía de tener que ver a Bruce luchar mientras yo estoy aquí parada. Pero me obligo a apartar la mirada de la batalla, a confiar en Bruce, en Charles y en la manada.

El portal pulsa nuevamente, más fuerte esta vez, y la oscuridad inunda el aire como tinta en el agua. La siento presionar contra mis escudos, probando, sondeando, tratando de encontrar un punto débil, una manera de entrar.

Mi magia cambia, se adapta, se convierte en algo nuevo: no solo bruja, no solo lobo, sino una mezcla perfecta de ambos. El poder fluye a través de mí como una ola gigante.

El sello comienza a tomar forma bajo nuestro poder combinado, la magia antigua responde a nuestro llamado. A través del caos y la oscuridad, siento que algo está empezando a cambiar.

Entonces todo explota.

No veo al demonio que me golpea. En un momento estoy canalizando poder hacia el sello, y al siguiente estoy volando por el aire, con dolor estallando en mi costado.

*Definitivamente eso va a dejar una marca.*

Caigo al suelo con fuerza, rodando para absorber el impacto como Bruce me enseñó. A través de nuestro vínculo llega una oleada de pánico y rabia. Devuelvo seguridad incluso mientras siento el sabor de la sangre en mi boca.

*Estoy bien, estoy bien, concéntrate en el portal.*

Pero Bruce ya está luchando para llegar hacia mí, su forma de lobo es un borrón de músculo y furia. Me obligo a ponerme de pie, ignorando el dolor ardiente en mis costillas. No podemos

permitirnos distracciones. No ahora. No cuando estamos tan cerca.

—¡Charles! —grito, volviendo hacia el ritual, y me detengo.

Charles está de rodillas, con sangre brotando de una herida en su pecho. Más preocupante es la sangre oscura que gotea de la comisura de su boca, sangre que no tiene nada que ver con sus heridas. Sus manos todavía brillan con magia, pero puedo ver que tiemblan. Sin embargo, su rostro no muestra más que determinación mientras continúa canalizando poder hacia el sello.

*No. No, no, no.*

—¡Sigan adelante! —gruñe, mirándome fijamente—. Estamos casi... —Se interrumpe con una tos que saca más sangre, oscura y viscosa. Algo está mal. Esto no es por la pelea.

—La poción —jadea entre toses, su voz apenas audible—. Efecto secundario de... engañar la magia del linaje. No quería... preocuparte. Tenía que ser... convincente. —Otra tos convulsiva.

Mi corazón casi se detiene. Él sabía. Sabía que la poción haría esto con él, y aun así la bebió.

Los demonios giran en círculos sobre nuestras cabezas, atraídos por el olor de la sangre y la debilidad. La manada de Bruce lucha desesperadamente para mantenerlos alejados, pero son demasiados. Demasiados.

El dolor me atraviesa el costado a medida que reúno más poder, pero lo ignoro. La poción de refuerzo aún arde en mis venas, dándome una fuerza que no sabía que tenía. Lo pongo todo en el sello: mi magia, mi dolor, mi miedo, mi esperanza.

*No vamos a fallar. No después de todo. No así.*

Mi voz se une a las de Charles y Adira mientras recitamos las palabras finales del ritual. La sangre gotea por mi costado, cada respiración es un cuchillo en mis costillas, pero no me detengo. No puedo detenerme.

Charles se tambalea peligrosamente, más sangre escapando de sus labios, pero su magia se mantiene firme. Luego lo siento: una presencia detrás de nosotros, enorme y antigua, irradiando un poder que hace que tanto mi lado de bruja como el de lobo retrocedan aterrorizados. El aire se vuelve pesado, cargado de energía malévola que eclipsa incluso a los demonios contra los que hemos estado luchando.

*Por favor, que sean refuerzos. Por favor, que no sea-*

Pero en el fondo, sé que no. Nada bueno podría emanar ese tipo de poder. Nada de nuestro lado haría que el rostro de Charles palideciera tanto, que el aullido de Bruce llevara tanta advertencia.

El portal pulsa una última vez, energía oscura lanzándose como una bestia herida. Siento que intenta atravesar nuestras defensas, intenta romper el sello que estamos construyendo.

*Ah, al diablo con esto.*

La presencia detrás de nosotros se vuelve más fuerte, más cercana, trayendo consigo un frío tan profundo que me arranca el aliento de los pulmones.

No me atrevo a darme la vuelta. No me atrevo a quitar mi atención del sello.

Pero puedo ver el horror que se apodera del rostro de Adira mientras mira más allá de mí, ver cómo su piel pierde todo el color, sus ojos abriéndose con un miedo primario que nunca antes había visto.

Las manos de Charles comienzan a temblar tan violentamente que su magia parpadea, y por primera vez desde que lo conozco, veo un terror puro quebrar su compostura.

Entonces lo escucho: la voz de Bruce, cargada de pánico, un sonido que me detiene el corazón:

—¡AINZ!

# CAPÍTULO 24

## BRUCE

El hedor de la muerte y el azufre me quema las fosas nasales mientras otra oleada de demonios atraviesa nuestras defensas exteriores.

Mi visión mejorada capta cada detalle de la pesadilla que se desarrolla ante nosotros: los cuerpos retorcidos de demonios menores arrastrándose unos sobre otros como insectos, sus garras afiladas dejando surcos en la tierra.

Sus chillidos de otro mundo perforan el aire nocturno, haciendo que mi lobo se erice bajo mi piel.

—¡Mantengan la línea! —rujo, mi voz llega hasta donde mis compañeros de manada luchan.

Pero incluso mientras doy la orden, miro con horror cómo tres demonios —cosas masivas con demasiadas extremidades y ojos como carbones ardientes— atraviesan nuestra formación.

Uno de ellos atrapa a Tyler, uno de nuestros guerreros más jóvenes, lanzándolo por el aire como si fuera un muñeco de trapo.

El sonido de su cuerpo golpeando un viejo roble me revuelve el estómago. El crujido de huesos llega claro a mis oídos, junto con su gemido ahogado de dolor.

Veinte pies a mi derecha, Marcus y Elio están espalda con espalda, sus movimientos un baile mortal.

Las dagas benditas de Marcus brillan bajo la luz de la luna, cada golpe dejando rastros de luz dorada al cortar la carne demoníaca. La lanza con punta de plata de Elio gira en arcos mortales, pero ni siquiera su eficiencia practicada es suficiente.

El líquido negro cubre sus ropas, chisporroteando donde toca la piel, y puedo oler su agotamiento mezclándose con el olor metálico de la sangre en el aire.

Mi atención se centra en el círculo ritual donde Ainz está con Charles y Adira. La vista de ella hace que mi corazón dé un vuelco —mi compañera, mi todo— su cabello oscuro despeinado alrededor de su rostro mientras canaliza una magia que hace vibrar el aire mismo.

Pero algo no está bien. Su flujo de poder, normalmente constante, parpadea como una vela al viento, y puedo ver sus hombros temblar de esfuerzo.

—¡La barrera se está debilitando! —grita Dexton desde algún lugar a mi izquierda, pero apenas registro sus palabras. Mi enfoque se reduce a Ainz mientras ella tropieza, sus rodillas casi ceden. La parte más primitiva de mí —el lobo que la ve como compañera, como la otra mitad de mi alma— aúlla desesperado.

—¡Ainz! —Su nombre sale de mi garganta antes de que pueda detenerlo. Sé el riesgo —cualquier interrupción en su concentración podría ser catastrófica— pero verla flaquear mientras estoy impotente es peor que cualquier tortura física.

El hechizo de sellado vacila peligrosamente, su luz etérea desvaneciéndose. A través de la barrera translúcida, veo a los demonios presionar con más fuerza, sintiendo debilidad.

Sus garras dejan arañazos brillantes en el escudo mágico, como grietas que se expanden sobre el hielo. Detrás de ellos, en algún lugar de esa puerta infernal, la forma masiva de Baphomet se mueve inquieta, sus esfuerzos para contener sus propias fuerzas visiblemente tensos.

—¡Lo estamos perdiendo! —La voz de Charles lleva una nota de pánico que nunca antes le había escuchado. El rostro del usualmente compuesto hechicero está tenso, sangre goteando de su nariz mientras vierte más poder en el sello que está fallando.

Es entonces cuando ocurre. El aire de repente se vuelve pesado, presionando como el momento previo a una tormenta devastadora. Mis sentidos de lobo gritan una advertencia: un poder antiguo, tan viejo como la tierra misma, surge en el claro. El suelo mismo tiembla, y observo cómo los demonios detienen su ataque, sus rostros retorcidos muestran algo que nunca esperé ver: miedo.

Una figura se materializa en el borde del círculo ritual, y aun en medio del caos de la batalla, puedo sentir el poder crudo emanando de él en olas.

El padre de Charles se yergue imponente, su largo abrigo negro intacto a pesar de la carnicería a su alrededor, su cabello plateado moviéndose en un viento que parece afectar solo a él.

Una energía chisporroteante danza sobre su piel, y cuando levanta sus manos, el aire mismo parece abrirse ante él.

El alivio me inunda al ver a un aliado tan poderoso, pero se ve moderado por la tensión en los hombros de Charles. Conozco su historia, sé el peso de las expectativas y la decepción que yace entre padre e hijo. Incluso ahora, con el infierno literal desatándose a nuestro alrededor, puedo sentir las emociones complejas que emanan de Charles: alivio, vergüenza, determinación, todo enredado entre sí.

El anciano brujo lanza una mirada fulminante a su hijo, y su voz retumba por el campo de batalla como un trueno: —Charles, creo que ahora sabes que todavía eres un niño que necesita a su padre para limpiar el desastre de tu sueño de Don Quijote. O estás usando tu seguridad para obligarme a hacerlo.

Extiende su mano y da instrucciones después de burlarse de su hijo: —Apártense, cachorros. Una

nueva oleada de poder explota desde su posición, y la batalla entra en su siguiente fase. Pero al girarme para enfrentar otra oleada de demonios, no puedo sacudir la sensación de que lo que ocurra a continuación nos cambiará a todos para siempre.

—¡Dexton! —Atrapo la mirada de mi primo al otro lado del campo de batalla—. ¡Cierra el círculo! ¡No podemos dejarlos acercarse al ritual!

Asiente con un gesto firme, ya moviéndose para transmitir mis órdenes. Mi manada responde al instante, nuestro vínculo permite que sientan mi intención tanto como escuchan mis palabras. Nos movemos como el agua, fluyendo hacia una nueva formación que nos acerca a las brujas.

El demonio más cercano a mí duda por una fracción de segundo, sus múltiples ojos se abren de par en par ante mi transformación. Ese momento de indecisión le cuesta todo.

Me abalango sobre la criatura con una precisión salvaje, mis garras encuentran el punto débil donde sus escamas acorazadas se unen a la carne más blanda.

Un líquido negro salpica mi pecho al arrancarle la garganta, la sangre ácida quema mi piel, pero apenas noto el dolor.

Otro demonio se lanza hacia mí desde la izquierda, este más humanoide, con cuernos retorcidos brotando de su cráneo.

Me agacho bajo su golpe y clavo mis garras a través de su caja torácica, siento cómo los huesos y tendones ceden ante mi fuerza.

En medio de la sangre y el caos, me tomo un segundo precioso para revisar el círculo ritual, y mi corazón se contrae al ver lo que ocurre. Ainz, Charles y Adira han formado un triángulo perfecto, sus manos levantadas una hacia la otra mientras patrones de luz se tejen entre ellos. La magia se siente diferente ahora, bajo la influencia del padre de Charles: más antigua, más pesada, como el peso de las montañas presionándonos a todos. Símbolos ancestrales giran desde sus pies, quemándose en la tierra con tal intensidad que el suelo comienza a humear.

El padre de Charles se alza en lo que sería el ápice de un triángulo más grande, su presencia de alguna manera hace que el aire mismo se sienta más denso. El poder que emana de él me recuerda a una tormenta a punto de estallar, y donde su magia toca el hechizo de las brujas más jóvenes, la luz cambia de dorado a un azul profundo, como la medianoche. Incluso desde aquí, puedo ver el costo que esto tiene para Charles: el sudor le cae por el rostro, sus manos tiemblan mientras lucha por canalizar un poder tan inmenso.

Un rugido ensordecedor sacude el suelo bajo nuestros pies, y mis ojos se fijan en la puerta parcialmente sellada. A través de la barrera fluctuante, puedo ver la enorme forma de Baphomet luchando contra sus propias fuerzas. El señor demoníaco cambia a su forma oscura intimidante para empezar a bloquear a más demonios. Sus cuernos rozan la parte superior del portal mientras sostiene físicamente a los peores de los demonios que intentan escapar. Pero su aura parece invisible para aquellos que desean desesperadamente escapar del infierno. La mayoría de ellos son de bajo rango, incapaces incluso de hablar, pero se atreven a devorar a su señor con sus cuerpos informes. La fuerza tremenda de Baphomet parece flaquear bajo el ataque.

El canto de las brujas se eleva por encima del caos de la batalla, sus voces entrelazándose en un lenguaje antiguo que hace gemir a mi lobo.

—¡Bruce! —El grito de advertencia de Jordan rasga el aire. Me giro y veo a un enorme demonio —una masa de sombras retorcidas y ojos ardientes— lanzándose hacia el círculo ritual. Sin pensarlo, me arrojo en su camino. Colisionamos en el aire, su peso aplastando el aliento de mis pulmones al caer al suelo. El dolor estalla en mi pecho cuando sus garras se hunden profundamente, pero bloqueo mis brazos alrededor de él, usando mi propio cuerpo como escudo para impedirle llegar al círculo.

—¡Lo tengo! —Sarah aparece sobre nosotros, su espada bendecida clavándose en el cráneo del demonio. La criatura grita, sus estertores de muerte enviando nuevas oleadas de agonía a través de mi pecho herido, pero me mantengo firme hasta que deja de moverse.

Tambaleándome al levantarme, evalúo el campo de batalla a través de una visión empañada por la sangre. La vista hace que mi corazón se detenga —Tyler yace inmóvil cerca del límite de los árboles, Miguel custodiándolo. Dexton se arrastra a pesar de una pierna claramente fracturada, sus ojos aún ardiendo de determinación. Incluso Marcus y Elio muestran signos de fatiga, su coordinación perfecta ahora ligeramente desincronizada mientras luchan contra el agotamiento.

Un destello de movimiento capta mi atención —Ainz me mira directamente a través del caos. Nuestras miradas se cruzan por un instante, pero en esa breve conexión, siento todo lo que ella no puede decir. Su miedo, su determinación, su amor. La sangre le gotea de la nariz, su piel tan pálida que casi parece translúcida, pero el poder aún fluye a través de sus manos levantadas. Le hago un leve gesto con la cabeza.

*Sigue adelante. Los mantendré a raya aunque me cueste la vida.*

Los cánticos alcanzan un crescendo febril, las palabras parecen torcer la realidad misma. El aire se ondula como ondas de calor que se elevan de una acera en verano, y los círculos de magia comienzan a levantarse del suelo, formando intrincados patrones tridimensionales que me recuerdan a una enorme telaraña brillante. La voz del padre de Charles se eleva por encima de las demás, su tono profundo haciendo temblar la tierra.

A través de la barrera temblorosa del portal, Baphomet emite un rugido que suena casi triunfante. Su enorme forma comienza a brillar con el mismo azul medianoche de la magia del padre de Charles. El poder del señor demoníaco —antiguo y terrible— fluye hacia el hechizo de sellado, añadiendo otra capa a la compleja red mágica que se forma a nuestro alrededor.

—¡Detrás de ti! —La advertencia de Marcus llega justo a tiempo. Me giro, pero estoy lento por la pérdida de sangre y el agotamiento. La cola llena de púas del demonio me golpea en la cara, haciéndome tambalear hacia atrás. Mi visión se tiñe de rojo por la sangre, pero años de entrenamiento me mantienen en movimiento. Atrapo la cola cuando se acerca para otro golpe y tiro con fuerza, utilizando el ímpetu del demonio para lanzarlo contra tres de sus compañeros. Los cuatro chocan contra la lanza preparada de Elio.

Un repentino aumento de poder eriza mi pelaje. El padre de Charles ha avanzado, sus manos tejiendo patrones complejos en el aire. Donde su magia toca la matriz del hechizo, se transforma,

la luz dorada y azul cambia a algo más profundo, más antiguo —un color para el que ni siquiera tengo nombre. La presión en el aire se vuelve casi insoportable.

—¡Ahora! —La orden del padre de Charles resuena con autoridad. —¡Canalicen todo a través de mí!

Observo con asombro mientras Ainz, Charles y Adira vierten su poder restante en el anciano hechicero. Los círculos mágicos que giran a su alrededor comienzan a contraerse, apretándose cada vez más alrededor del portal. Baphomet ruge una última vez cuando el hechizo alcanza su punto culminante, y juro que puedo verlo sonreír —una expresión terrible y conocedora— justo antes de que todo estalle en una luz cegadora.

La ola de energía mágica me arroja al suelo. Cuando mi visión se aclara, estoy de espaldas, cada herida gritando de protesta al intentar moverme. Pero a través del dolor, a través del zumbido en mis oídos y la sangre en mis ojos, lo escucho —silencio. Los alaridos de los demonios han cesado. La presión constante de la magia maligna presionando mis sentidos se ha ido.

Lo hicieron. Realmente lo hicieron.

Pero no hay tiempo para celebrar. Incluso mientras observo cómo los últimos rastros de energía demoníaca se desvanecen en el aire, el padre de Charles avanza, su expresión sombría. Toma a Charles del brazo, y aunque no escucho lo que dice, la derrota en la postura de Charles me dice todo lo que necesito saber. Antes de que nadie pueda reaccionar, antes de que los amigos de Charles siquiera intenten alcanzarlo, ambos desaparecen en un remolino de esa extraña y antigua magia.

El silencio que sigue se siente más pesado que cualquier grito de batalla.

A mi alrededor, el campo de batalla se transforma de un escenario de caos a uno de resaca. Los cadáveres de los demonios comienzan a disolverse, sus cuerpos descomponiéndose en una niebla negra que se disipa en el aire nocturno. El olor acre de su descomposición se mezcla con sangre y magia quemada, haciendo que mi sensible nariz se estremezca. Donde se disuelven, la hierba se marchita y muere, dejando parches de tierra estéril como cicatrices a lo largo del claro.

Elio pasa cojeando junto a mí, organizando ya a quienes aún pueden moverse. —Jordan, ayuda a Marcus con la revisión del perímetro. Dexton, llama a los sanadores, necesitamos sus conocimientos curativos— comienza con los heridos más graves—. A pesar de su pierna rota, sigue pensando como un segundo al mando, priorizando a la manada. Siento una oleada de orgullo a través del agotamiento profundo.

Entonces la huelo— lilas y relámpagos, mezclados con sangre y sudor. Me giro para ver a Ainz tambaleándose hacia mí, apenas manteniéndose en pie. Hay sangre seca bajo su nariz, una raya en su mejilla donde intentó limpiarla. Su ropa está rasgada y chamuscada, su cabello desordenado alrededor de su rostro, y nunca me había parecido más hermosa.

Nos encontramos en medio del campo de batalla, ninguno de los dos seguro de quién se movió primero. Mis brazos rodean su cintura mientras los suyos envuelven mi cuello, y de repente puedo respirar de nuevo. Entierro mi rostro en su cabello, inhalando profundamente, dejando que su aroma ahuyente los últimos rastros de la furia de la batalla. Ella tiembla, o quizás soy yo— es

difícil distinguir dónde termina su agotamiento y dónde comienza el mío.

—Pensé...— su voz se quiebra contra mi pecho. —Cuando ese demonio de las sombras...—

—Lo sé— murmuro, acercándola más a pesar de que mis heridas gritan en protesta. —Estoy aquí. Estamos aquí—. Puedo sentir sus lágrimas empapando mi camisa destrozada, mezclándose con sangre tanto mía como de demonio. Sus dedos recorren las heridas en mi espalda, la magia curativa respondiendo lentamente a su voluntad. Atrapo sus manos, llevándolas a mis labios. —Guarda tus fuerzas. Pueden esperar —.

Ella suelta una risa temblorosa que también podría ser un sollozo. —Lobo terco —.

—Tu lobo terco— la corrijo, presionando mi frente contra la suya. A nuestro alrededor, puedo escuchar a mi manada cuidándose unos a otros, contando a los vivos, lamentando a los heridos. Pronto tendremos que movernos— para tratar las heridas, limpiar lo que podamos, prepararnos para las consecuencias que esta noche traerá. Pero por este momento, me permito abrazarla, sentir el milagro de su corazón latiendo contra mi pecho.

—Te amo— susurro contra su sien, sintiendo su sonrisa en mi pecho.

—También te amo— murmura ella. —Incluso cuando eres un idiota imprudente y sobreprotector —.

# EPÍLOGO

## AINZ

La campana suena, y observo a mis estudiantes apresurarse a empacar sus cosas. La mayoría, al menos. Dexton se queda atrás, recogiendo cuidadosamente los ingredientes sobrantes de la clase de elaboración de pociones de hoy.

—No tienes que quedarte cada vez, ya lo sabes —le digo, pero él se encoge de hombros, con esa mirada obstinada que le conozco.

—Alguien tiene que asegurarse de que estos tallos de acónito no terminen en las manos equivocadas —dice, con toda seriedad. Como si ambos no supiéramos que solo está tratando de ganar crédito extra. O tal vez impresionar a su líder de la manada. —Además, ahora eres prácticamente familia.

Pongo los ojos en blanco. —Cuidado. No dejes que se te suba a la cabeza.

Él sonríe, con esos colmillos asomándose un poco. —Demasiado tarde.

Trabajamos en un silencio cómodo, organizando frascos e ingredientes. Se ha convertido en nuestra pequeña rutina, y tengo que admitir que tener un asistente no está nada mal. Especialmente uno que conoce tanto la política de los lobos como la de las brujas.

La puerta cruje y-oh.

*Oh*.

Bruce está ahí, con un traje perfectamente ceñido, y mi cerebro se cortocircuita por un segundo. La forma en que la tela abraza sus hombros debería ser ilegal. En realidad, olvídalo, todo sobre él en este momento debería ser ilegal.

—¿Lista para irnos? —pregunta, con la voz baja y suave, y juro que la temperatura de la habitación sube diez grados.

Intento actuar con naturalidad, pero la sonrisa burlona de Dexton me dice que estoy fracasando miserablemente. —Estoy terminando —logro decir.

—Yo me encargo —dice Dexton rápidamente, tomando el resto de los frascos de mis manos. —

Ustedes dos diviértanse.

—Tienes como doce años —le digo, entrecerrando los ojos.

—Diecisiete —lo corrige—, y lo suficientemente mayor como para saber cuándo hacerme a un lado.

Bruce se ríe, y ese sonido hace cosas en mi interior que prefiero no pensar estando en un salón de clase. Se acerca, tan casual como siempre, pero hay una energía en él que hace que mi piel se erice.

—Tu primo se está volviendo astuto —le digo a Bruce mientras recojo mis cosas.

—Es de familia —dice, y su mano encuentra la parte baja de mi espalda mientras nos dirigimos a la puerta. Incluso a través de mi ropa, su tacto se siente eléctrico.

Estamos a punto de salir cuando nos encontramos con Charles en el pasillo. Tiene esa mirada de director, la que significa que viene en serio.

—Ainz, sobre los nuevos estudiantes vampiros…

—Hoy no —interrumpe Bruce con suavidad—. Es nuestro aniversario.

Charles parpadea, y una sonrisa de complicidad se extiende por su rostro. —Ah. Claro. Mis disculpas.

Llegamos al coche de Bruce, y estoy hiperconsciente de cada movimiento, de cada roce de la tela contra la piel. Él abre la puerta para mí—siempre el caballero, incluso cuando sus ojos prometen algo muy poco caballeroso.

Una vez dentro, me giro hacia él. —Entonces, ¿adónde vamos —

Pero no termino la frase porque de repente estoy besándolo, o él me está besando a mí, y, sinceramente, ¿quién puede distinguirlo ya?

El beso es todo lo que imaginé y más—suave al principio, luego exigente, insistente. Su lengua se desliza entre mis labios, explorando, probando, y me pierdo en la sensación, en la manera en que su boca se mueve contra la mía, en cómo respira dentro de mí, como si me robara el aliento.

Sus manos se enredan en mi cabello, acercándome más, y gimo contra su boca, mis manos encuentran su corbata. La manipulo torpemente, tratando de aflojar el nudo, desesperada por sentir su piel bajo mis dedos.

Mi teléfono vibra.

—No lo hagas —murmura Bruce contra mis labios, su voz áspera, urgente—. Simplemente ignóralo.

Pero vuelve a vibrar, y reconozco ese patrón. —Es Adira —digo, retirándome a regañadientes.

—Ella puede esperar —dice, sus labios recorriendo mi cuello, y por un momento, casi estoy de acuerdo. Casi.

El teléfono sigue vibrando, y logro escabullirme de la boca tan distraída de Bruce. —Dos segundos —prometo, sacando mi teléfono.

—¡Ainz! —la voz de Adira resuena a través del altavoz, junto con algunos cláxones—. Entonces, una historia graciosa —

—¿Por qué no estás en la tienda? —interrumpo, sabiendo ya que no me va a gustar la respuesta.

—Sobre eso... —hay un ruido de movimiento, y luego —

—Hola, cuñada. —La voz suave de Baphomet se desliza por el teléfono como miel—. Estoy tomando prestada a tu hermana esta noche. Compensaré cualquier pérdida de ingresos, por supuesto.

—No puedes simplemente— —Pero la línea se corta. Miro mi teléfono. —¿Acaba de colgarme un señor demonio?

Bruce me está mirando con esa expresión—la que dice que en realidad no está enfadado, pero va a fingir que lo está porque eso suele darle lo que quiere. —Sabes —dice, con voz deliberadamente casual—, algunas personas podrían considerar contestar tu teléfono durante una sesión de besos de aniversario un poco... insultante.

Esnifo. —Algunas personas necesitan dejar de darse tanta importancia. —Pero me inclino y le doy un beso en la mandíbula de todos modos. —¿De verdad estás celoso porque contesté la llamada de mi hermana?

—¿Yo? ¿Celoso? —Se burla, pero sus manos ya están deslizándose de nuevo alrededor de mi cintura—. Nunca.

—Mmhmm. —Recorro su cuello con besos, sintiendo cómo tiembla. —¿Seguro de eso?

Su agarre se aprieta. —Podríamos saltarnos la cena.

—Buen intento. —Me aparto, ignorando su gruñido de protesta—. Pero estoy hambrienta, y me prometiste ese nuevo lugar en el centro.

—Haré que valga la pena —murmura, y el calor en su voz casi me hace cambiar de opinión. Casi.

—Primero la comida —digo con firmeza, incluso cuando sus dedos trazan patrones en mi muslo —. Luego puedes demostrarme exactamente cuánto no estás celoso.

Se ríe, finalmente arrancando el coche. —Eres imposible.

—Te encanta.

—Sí —dice, dándome esa sonrisa que todavía hace que mi corazón dé un vuelco—. Realmente me encanta.

Me acomodo en mi asiento, mirando cómo la ciudad se desdibuja a nuestro paso. Mi hermana probablemente está disfrutando con su novio demonio, mis estudiantes probablemente ya están metiéndose en problemas, y mi guapísimo novio hombre lobo definitivamente está planeando

maneras de hacerme arrepentirme de hacerle esperar por la cena.

¿Y sabes qué? No lo cambiaría por nada del mundo.

Esta es mi vida ahora: caótica, complicada y absolutamente perfecta.

Aunque Bruce definitivamente me hará pagar por esa llamada más tarde.

Y, sinceramente, lo estoy esperando.

Me recuesto en el asiento, viendo cómo las luces de la ciudad bailan sobre el rostro de Bruce, y me doy cuenta—de verdad lo entiendo—de lo lejos que hemos llegado.

Hace un año, yo era solo la bruja híbrida extraña que vendía flores y preparaba pociones, tratando de pasar desapercibida y mantener mis mundos separados. Ahora mírenme. Enseñando en Xavier High, prácticamente dirigiendo entrenamientos de sensibilidad sobrenatural (que, sinceramente, solo consiste en decirles a varias especies que se porten bien o habrá consecuencias), y de alguna manera logrando no perder la cabeza en el proceso.

La puerta del infierno está sellada—todavía no puedo creer que lo logramos—y la ciudad se está asentando en una paz extraña pero funcional. Incluso recuperé a Adira, aunque verla hacer ojitos a un señor demonio reformado es... bueno, digamos que las cenas familiares son interesantes.

—Estás pensando demasiado—dice Bruce, su dedo pulgar trazando círculos perezosos en mi muslo.

Resoplo. —Alguien tiene que pensar aquí.

Pero tiene razón.

Me estoy perdiendo en mis pensamientos otra vez, algo que hago más a menudo estos días. Aunque no de la manera ansiosa de antes.

Más bien... haciendo balance. Apreciando.

Charles tiene la escuela funcionando mejor que nunca, incluso con su padre respirándole en la nuca sobre el "comportamiento adecuado de un brujo".

Los chicos vampiros ahora están asistiendo a las clases matutinas (con bloqueador solar de alta resistencia, pero aún así).

¿Y mis alumnos lobos? Están aprendiendo a preparar pociones sin intentar marcar su territorio en los calderos.

Progreso, gente.

—¿Sabes qué es gracioso?—digo, volteando hacia Bruce. —Solía pensar que estar atrapada entre dos mundos era una maldición. Como si tuviera que elegir un bando.

Él me mira, sus ojos suaves en la penumbra. —¿Y ahora?

—Ahora me doy cuenta de que ser el puente *es* mi bando—. Entrelazo mis dedos con los suyos

en mi muslo. —Además, ayuda tener un novio lobo guapo para mantener las cosas interesantes.

Sonríe, mostrando todos sus dientes y con una promesa en la mirada. —¿Novio? ¿Es así como lo llamamos?

—¿Prefieres "mi lobo feroz"?

Su risa retumba en el auto, y algo en mi pecho se calma. Sí, todavía hay desafíos. Probablemente siempre los habrá. Pero enfrentarlos ya no se siente como caminar sobre la cuerda floja.

Se siente como estar en terreno firme, con un ejército de seres sobrenaturales a mi espalda y este hombre ridículo y maravilloso a mi lado.

Además, ver a Baphomet intentar entender las costumbres humanas de citas vale el precio de entrada por sí solo. (La semana pasada intentó cortejar a Adira con una cabra. Una *cabra*. Tengo fotos.)

Las luces de la ciudad pasan borrosas, y la mano de Bruce vuelve a mi muslo. Intenta actuar con naturalidad, pero puedo sentir el leve temblor en sus dedos, la forma en que trazan patrones que definitivamente no son tan inadvertidos.

—Vas a hacernos chocar—le digo, pero no aparto su mano.

—Tengo reflejos excelentes—dice, su voz baja, más ronca de lo habitual. —Lobo, ¿recuerdas?

—Mmm. Y modesto también.

Captura mi sonrisa y aprieta mi muslo en represalia. El calor de su palma se filtra a través de mi falda, y de repente el auto se siente demasiado pequeño.

—Sabes—dice conversacionalmente, como si su pulgar no estuviera trazando círculos enloquecedores en mi piel—, tenía toda esta velada planeada.

—¿Ah, sí?—

—Cena. Baile —dice, mientras su mano se desliza un poco más arriba—, pero alguien tuvo que contestar su teléfono.

Me giro hacia él, bebiendo su perfil: la mandíbula afilada, la manera en que su garganta se mueve al tragar. —Pobrecito —me burlo, acercándome para pasar los dedos por su cabello en la nuca—. ¿Quieres que te compense?

Su agarre en el volante se tensa. —Ainz...

—¿Sí? —Mantengo mi voz inocente, incluso mientras rasco ligeramente su cuero cabelludo, sabiendo que eso lo vuelve loco.

De verdad gruñe, un gruñido profundo que hace temblar mi espalda. —Estás jugando con fuego.

—Por suerte soy parte bruja. El fuego es algo mío.

Nos detenemos en un semáforo en rojo, y él se voltea a mirarme. El hambre en sus ojos me deja

sin aliento. —Eres imposible —dice, pero suena como una oración.

—Ya lo dijiste.

—Vale la pena repetirlo.

El semáforo se pone en verde, pero por un momento ninguno de los dos se mueve. Hay algo en el aire entre nosotros, eléctrico y vivo, y de repente no recuerdo por qué estaba tan insistente en la cena.

Entonces mi estómago gruñe. Fuerte.

Bruce estalla en risas, y así, la tensión se rompe, o al menos se transforma en algo más cálido, más suave.

—Comida primero —dice, finalmente avanzando—. No puedo permitir que mi bruja se desmaye.

Pongo los ojos en blanco, pero estoy sonriendo. —Mi héroe.

—Siempre —Y la manera en que lo dice, tan natural, como si fuera lo más obvio del mundo, hace que mi corazón dé un saltito tonto en el pecho.

Me inclino y le doy un beso en la mejilla, dejando que mis labios se detengan un momento. —Te quiero —susurro, porque a veces las verdades más simples son las mejores.

Su sonrisa —Dios, su sonrisa podría iluminar toda la ciudad—. Te quiero también, problemática.

Seguimos conduciendo por la noche, su mano todavía en mi muslo, mis dedos jugando con su cabello. El restaurante nos espera, y después de eso... bueno, tenemos toda la noche.

Y, en realidad, ¿qué es un poco de hambre cuando ya estás llena de todo lo que importa?